

A painting of a unicorn in a blue landscape with a tree. The unicorn is white with a blue mane and tail, and a blue horn. It is standing in a blue landscape with a tree and a small figure in the background. The painting is set against a dark blue background.

El  
Unicornio  
Azul

Víctor Celorio

## El Unicornio Azul

El Unicornio Azul

*InstaBook*

El Unicornio Azul

Edited by:  
**Blue Unicorn Editions**

Printed by:  
**InstaBook Maker (tm)**

*Copyright © 1985, by Victor Celorio*

*All rights reserved*

No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, or by any information storage and retrieval system, without permission in writing from the publisher.

InstaBooks are distributed and printed through:

**INSTABOOK**

For more information write to:

*InstaBook Corporation*  
*[www.instabook.net](http://www.instabook.net)*

El Unicornio Azul

**EL UNICORNIO AZUL**  
(De Sirenas y Unicornios)

**Víctor Celorio**

## El Unicornio Azul

## *Uno*

Tres semanas antes del ataque con bombas molotov contra Palacio Nacional durante el desfile obrero del primero de mayo, Antonio Alarcón tuvo una pesadilla. Por lo menos eso creyó al despertar, sudoroso e inquieto, del profundo pozo donde estaba sumido; creyó que todo había sido un mal sueño que ahora, al abrir sus ojos a la conciencia, quedaba roto en mil pedazos dispersos en la niebla del olvido.

Su cerebro aturdido trató de reconocer el lugar donde se encontraba, pero la habitación estaba en penumbras, con las cortinas cerradas. Antonio no pudo distinguir nada que lo ubicara con precisión. Se apoyó sobre el codo derecho, torpemente, y al hacerlo pegó con el brazo en la orilla del buró. Se pinchó un nervio y la punzada sirvió para despabilarlo un poco más.

Encima del buró Antonio descubrió la carátula brillante del reloj de oro macizo que Jenifer le había regalado. Los números digitales pulsaban suavemente la hora exacta, tiempo de la ciudad de México; eran las cinco horas y diez minutos de la mañana. Pero... ¿de qué día? ¿Cuántas horas, o días, había estado él allí? ¿Dónde estaba?

A su lado sintió un bulto en la cama.

Era Jenifer.

Cuando se incorporó del lecho haciendo a un lado la ligera sábana que lo cubría, su cabeza era como una piedra dura y pesada y tenía el estómago revuelto. Las piernas entumecidas lo cosquilleaban y se rebelaron a los primeros pasos. Antonio trastabilló hasta el baño, y tuvo que hincarse y abrazar la taza blanca del excusado para vaciar en grandes arqueadas todo el contenido de su estómago. Estuvo un rato así, con la cabeza dentro de la taza, muy débil para moverse y tosiendo al oler la peste de lo que había expulsado. Tembloroso se puso de pie, encendió la luz que lastimó sus pupilas como si el foco despidiera alfileres, y sin mirarse en el espejo se lavó la cara con agua fría. Se arrojó agua tres o cuatro veces, disfrutando la sensación fresca escurriendo por su cuello. Después respiró profundo y entonces confrontó su imagen reflejada con minuciosa e insultante precisión; tenía los párpados hinchados, los ojos enrojecidos, y la espesa barba y

## El Unicornio Azul

bigote sombreaban su rostro. Hizo una mueca que pretendió ser una sonrisa. Sin rasurar, su cara perdía mucho de su viril atractivo y adquiriría un aire de vulgaridad que siempre había molestado a Jenifer.

- Pareces bandido- le decía ella irritada al mirarlo así.

Y con razón pensó Antonio desviando la mirada para buscar el cepillo de dientes, sin encontrarlo. Cuando no se rasuraba sus pómulos sobresalían, empequeñeciendo los ojos negros para convertirlos en dos líneas que enfatizaban la parte indígena de su herencia genética. Aunque había sido precisamente esa mezcla de español e indígena en partes iguales lo que atrajo a Jenifer cuando ambos se conocieron en Berkeley, California, durante un congreso del P.E.N. Club, al que Antonio asistió como corresponsal y Jenifer como estudiante de Artes Liberales, con el paso del tiempo esa misma mezcla se había convertido en un plato fuerte durante las discusiones. Ella solía atribuir a esa otra mitad de los genes la terquedad de Antonio. Cuando le convenía, Jenifer daba por terminadas las disputas utilizando su arma favorita.

- Ya te salió lo azteca- decía ella, y se negaba a escuchar una sola palabra más.

Antonio no encontró el cepillo de dientes, ni el rastrillo para rasurar. Estiró la mano para agarrar la toalla, y al hacerlo leyó de reojo las letras impresas en rojo carmesí sobre la tela absorbente y blanca.

LAS HADAS, leyó, y mientras restregaba el grueso afelpado contra su cara, Antonio recordó de golpe algunas imágenes borrosas del mal sueño de la noche anterior. Las imágenes lo sacudieron. Volteó hacia el cuarto, y sintió un dedo helado que le recorrió la espalda de arriba abajo. Por la puerta entreabierta la luz blanca rompía un trozo de penumbra en la habitación e iluminaba la cama. Sobre ella, entre las mantas revueltas, la parte superior del cuerpo de Jenifer destacaba con brutal intensidad. Ella estaba tendida boca abajo, y la suave espalda mostraba fríamente la piel dorada por el sol que Antonio había acariciado y besado tantas veces.

Paralizado, Antonio agudizó sus sentidos tratando de descubrir el sonido de la respiración de Jenifer. El mismo dejó de respirar y escuchó con atención, pero lo único que oyó fue el zumbido de las aspas del ventilador en el techo, al batir de su corazón y un



## El Unicornio Azul

murmulo de voces en su mente afiebrada. Trató de descubrir alguna otra señal de vida al tiempo que su cerebro se revolucionaba y se llenaba de imágenes fragmentadas, de gritos de locos babeantes y de confusión. Antonio miró la cabellera rubia de Jenifer ligeramente ensortijada sobre la mejilla; miró también el delicado brazo delgado y plano en la muñeca que descansaba sobre la almohada en una posición incómoda, Y era como tantas otras veces en el pasado cuando él dejaba de escribir ya tarde y regresaba a la cama y encontraba a Jenifer así y la tapaba con las mantas, procurando protegerla para que nada perturbara su sueño.

Era igual, todo era igual. Excepto que sobre la almohada había un charco de sangre ya coagulada.

## *Dos*

Aproximadamente a la misma hora, pero en Ciudad Moctezuma, en las afueras del Distrito Federal, Rubí Toscano fumaba el último cigarrillo de su paquete de Carmencitas. Estaba acostado en la orilla de la cama que compartía con su hermano y una hermana, los dos menores. En el transcurso de la noche su hermanita se había repegado contra él y el tibio calor de su cuerpecito prolongaba la estancia de Rubí bajo las cobijas vagamente olorosas a orín de niño recién nacido y sudor de hombre.

Estiró la mano y botó la ceniza del cigarrito sobre el plato que servía de base para la veladora encendida frente a una fotografía de la Virgen de Guadalupe enmarcada con latón. El improvisado altar estaba colocado sobre una caja de madera junto a la cama. Rubí tiró la ceniza y recordó por enésima ocasión en esa larga noche la última vez que había visto con vida a su abuelo, diez días antes.

Ese día, Rubí fue a visitarlo a su casa de San Pablo Ostotepec, y lo encontró enfermo y de mal humor porque la abuela no lo dejaba salir a trabajar.

El anciano estaba muy inquieto y nervioso. Tenía urgencia de salir de la casa para ir a rotular su terreno de temporal en las tierras ejidales del pueblo. La abuela se oponía terminantemente, y el anciano hacía pucheros y berrinches en vano. Rubí lo vio ya muy flaco. Tan flaco que su cuerpo parecía apenas un armazón de fierro recubierta por una capa de cuero curtido y terroso, arrugado en pliegue sobre pliegue. El anciano había perdido casi todos los dientes desde que comenzara con el problema del riñón, y su cara amarillenta estaba reducida a la mitad de su antiguo tamaño.

- Hágale caso a la abuela. Usted está enfermo, abuelito. Su cara parece limón chupado- lo vaciló Rubí aquel día. Estaban sentados frente a frente en la modesta mesa del comedor, donde el abuelo recibía a sus visitas después de quitarse ceremoniosamente el sombrero de palma que había usado por muchos años. Lo colgaba de un clavo en la pared atrás de él y esperaba a que los demás estuvieran sentados antes de sentarse él mismo.

## El Unicornio Azul

- Escuinle cabrón. En lugar de ayudarme a salir de aquí, usted también está fregando. Mejor lárguese- gruñó el anciano, fingiendo estar enojado con Rubí, a quien siempre había considerado como su nieto favorito. Rubí estaba consciente de ese cariño y lo retribuía con la misma intensidad.

- No se enoje, abuelito, pero, pus, sus tiempos de sudar ya pasaron.

- Pues cuál. ¿Qué ya memorí?

- No, ni Dios lo quiera. Pero, ¿Cuántos años ha sembrado usted ese terreno?

- Ora verás. Ya llevo sesenta y dos siembras. A veces dos por año.

- ¿Ya ve? Ora cálmese. Ora descanse para que se mejore su salud.

- Que descansar, ni que la fregada. El terreno se está azolvando.

- Cuando usted se mejore yo vengo y lo ayudo. Si quiere lo hacemos en mis vacaciones de la fábrica, el mes que entra.

- Noo, hijo. Para entonces ya va a ser muy tarde.

- ¿Por qué? El año pasado por estas fechas usted ni siquiera pensaba en la tierra. Fue sembrando hasta finales de mayo.

- Pues sí, pero es que cada temporada es diferente. Dos siembras nunca son iguales.

- Oiga, abuelito, pero...

- Pero nada. Un día de diferencia en la siembra puede significar todo en la cosecha. Llevo cincuenta años viviendo con esta vieja necia y todavía no lo entiende- dijo el anciano señalando con el dedo tembloroso y retorcido a su esposa, que salía en ese momento de la cocina con las cajas de las medicinas.

- Ya te dijo el doctor que no hagas corajes. Te hacen mal- dijo la mujer, que era igual de anciana. El abuelo gruñó. Rubí se rió, les besó la mano a los dos y se marchó a trabajar sin saber que no volvería a ver con vida a su abuelo. Una semana después el anciano aprovechó un descuido de la abuela y se escapó de la casa mientras caía la primera lluvia del año. Cuando lo encontraron a la madrugada siguiente, el abuelo estaba tendido en un surco de su terreno, con los aperos de labor en las manos. Su cuerpo ya estaba rígido y duro como

## El Unicornio Azul

tabla de roble. Después el velorio, Rubí y sus hermanos, acompañados de los primos y los tíos, subieron cargando el ataúd de madera desde la casa hasta el cementerio de San Pablo, colina arriba. De regreso tuvieron que cargar a la abuela, pues ella se desmayó y quiso morir allí mismo cuando bajaban el cajón al hoyo en la tierra. Pero una vez en su casa se repuso lo suficiente como para compartir los alimentos tradicionales después de una muerte, con todos los vecinos, familiares y amigos que habían acudido a darle el pésame.

Rubí no había podido dormir en toda la noche, pensando en su abuelo. Había querido mucho al viejo y ahora lo extrañaría para el resto de la vida. No parecía posible que el anciano ya no estaría más para recurrir a él en busca de consejo; un día estaba ahí, con su cara de sonrisa desdentada, y al siguiente ya no. La muerte era como un tornado, que llegaba de repente, se marchaba de repente, y se llevaba algo preciado a su paso.

Aplastó la colilla sin filtro sobre las demás que atiborraban el plato de la veladora, y sacó las piernas de la cama para sentarse. Encendió el pequeño radio de pilas y lo sintonizó en la estación de la hora. Sintió el frío del suelo cuando se puso de pie para ponerse el pantalón de mezclilla que recogió de la silla donde lo había arrojado la noche anterior.

*... desde el observatorio de la ciudad de México, minuto a minuto, la hora exacta; cinco horas, con treinta minutos. Las cinco treinta... Rubí apagó el radio. Tenía que apresurarse para llegar a tiempo a la fábrica.*

Se puso una playera roja con el dibujo de un balón de fútbol en el pecho, y un chaleco de imitación piel encima. Encendió la luz y escuchó los murmullos adormecidos de Pedro su hermano, los ronquidos de su padre al otro lado de la cortina que dividía en dos el cuarto, el llanto de Sara, la menor de sus hermanas, y se miró en el trozo de espejo que colgaba de un clavo en la pared de tabique descubierto, bajo el foco blanco y sin pantalla.

Rubí tenía el pelo largo, tan largo como permitían que lo usara en la fábrica, y una mirada hostil en su cara chata. Sus anchos hombros y su espalda pesada le daban un aspecto simiesco y siniestro. En lo alto de la nariz mostraba claramente la cicatriz donde el tabique nasal se había roto durante una bronca callejera, tres años antes. La

## El Unicornio Azul

ceja derecha estaba partida en dos por la misma razón. Rubí estaba orgulloso de haber crecido en la calle jugando fútbol, leyendo pasquines, viendo la televisión en casa de sus amigos en el barrio, y escuchando rock y cumbias por el radio. El trabajo en la fábrica, y el ejercicio en el gimnasio de box lo habían curtido, acentuando su aspecto y fama de maldito. Pero ese aspecto amenazante desaparecía cuando Rubí esbozaba la sonrisa que le había ganado el apodo. Había sido bautizado católicamente como Roberto, pero al verlo sonreír por primera vez su padre dijo que esa cara morena se iluminaba como un rubí. Y así lo llamaron desde entonces.

Pero esa madrugada, al mirarse en el espejo, Rubí no se reconoció. La imagen reflejada era la misma de siempre, y, sin embargo, era diferente. Algo había cambiado en él. Examinó inquieto alrededor suyo. Examinó atentamente la casa que sus padres habían construido lentamente a lo largo de veinte años, en un lote baldío que no les pertenecía. Sus padres habían emigrado de San Pablo sin dinero; siguiendo una costumbre que se remontaba hasta los antiguos aztecas emprendieron la marcha hacia el altiplano y al llegar al Distrito Federal se instalaron en el primer espacio que encontraron despejado en las afueras de la gran urbe, la ciudad de México, la capital de México, la ciudad más grande de la tierra, el ombligo del mundo. Luego llegaron muchos otros hasta que se formó un inmenso barrio anexo a la ciudad, una colonia perdida en la anarquía, sin servicios de ningún tipo. Era conocida como Ciudad Moctezuma. Rubí miró y examinó críticamente los muros levantados tabique por tabique durante tanto tiempo y con tanto esfuerzo por sus padres. La casa consistía en dos cuartos grandes; en uno estaba la cocina y el comedor y un sofá para las visitas. En el otro, dividido en dos por una pared de sábanas viejas, dormían amontonados todos los miembros de la familia, compuesta por los padres y los siete hijos; cuatro mujeres y tres hombres. Vio todo eso y también le parecieron extraños los pisos de concreto gris, los tabiques porosos de color gris, los techos de lámina de asbesto, también grises, y Rubí decidió que el mundo era gris.

Salió a la madrugada. Caminó contra el viento helado de la noche que barría el valle de Anáhuac ubicado a 2,380 metros de altitud. Era un viento seco que recorría las callejuelas sin luz pública,

## El Unicornio Azul

y que arrastraba los olores nauseabundos del tiradero de basura cercano a la casa de Rubí. Caminó por varias cuadras asustando a las enormes ratas como conejos que se escapaban del tiradero, y llegó a una avenida bien iluminada. Se dirigió a la esquina donde paraba el camión. Una cuadra antes estaba un hombre herido sentado en el suelo, con la espalda recargada contra la pared. Sus manos y su cara ensangrentadas eran lamidas por un perro flaco.

- Quihubo- saludó a Rubí.

- Quihubo- respondió Rubí distraído y siguió su camino.

Llegó a la esquina y esperó un rato echando vaho por la boca y pensando que debió haber guardado un par de Carmencitas para el viaje. El camión pasó lleno, como siempre, y lo empujaron y lo insultaron cuando él empujó e insultó para poder subir. A codazos consiguió abrirse un espacio en el estribo de la escalera, un hueco arriba del camión, adentro aunque afuera por milímetros, pero adentro, para evitar el peligro de ser embarrado en cualquier poste de luz. Un día presenció la muerte de esa forma de un hombre que viajaba con el cuerpo colgando fuera del camión; al dar la vuelta en una curva el hombre fue a incrustarse contra un poste y Rubí nunca había podido olvidar aquél cráneo partido por donde escurrían los sesos. Desde entonces viajaba solamente adentro. Los pisotones y patadas que tenía que soportar para lograrlo eran los de rutina, así que ni los tomó en cuenta.

Bajó en Calzada Zaragoza, subió a otro camión que lo dejó en la entrada del metro, y viajó en los vagones anaranjados hasta la terminal de Tasqueña. Allí abordó un pesero que lo dejó frente a la entrada de la fábrica una hora y cuarenta minutos después de haber comenzado el viaje. Llegó apenas a tiempo, cuando los vigilantes cerraban ya los portones azules. Arriba de la caseta de vigilancia un letrero en azul y blanco anunciaba el nombre de la fábrica

## ***TEXMEX***

***(TEXTILES MEXICANOS, SOCIEDAD ANONIMA)***

- Ya no se puede pasar- le dijo a Rubí uno de los vigilantes, asomando la cara y cerrándole el paso.

- Son las siete y diez en punto. Estoy en la tolerancia.

## El Unicornio Azul

- En tu reloj. El mío dice siete y veinte- dijo el vigilante con una sonrisa de satisfacción. Le decían Sapo.

- Déjame pasar, Sapo.

- No. Mañana.

- Te caigo mal, ¿verdad?

- ¿A poco?

- Pues vamos a darnos en la madre. Pero ahorita déjame entrar a chambear, no seas cabrón.

- Ya te dije que mañana- dijo Sapo, colocando la mano derecha sobre la cacha del revólver treinta y ocho que portaba el cinto en una funda negra.

- Eres un hijo de la chingada.

- Eso lo serás tú- respondió el vigilante, e hizo el ademán para sacar el arma, pero un grito lo detuvo.

- ¡Déjelo pasar!

- Sí, teniente- dijo Sapo con rencor, y abrió la puerta. Rubí entró corriendo, dio las gracias al teniente cuando pasó junto a él, corrió a la caseta, buscó su tarjeta de control y asistencia, marcó la hora — siete y nueve minutos— y cruzó aprisa el largo callejón interno de la inmensa fábrica. Atrás de él llegaron otros cinco obreros, que fueron los últimos en pasar a la planta.

Dentro de los casilleros Rubí se cambió de ropa en un minuto, y a las siete y quince ocupó su lugar en las máquinas. No pensó mucho en el Sapo. Sabía que se encontrarían en la calle tarde o temprano y entonces arreglarían cuentas. En ese momento Rubí seguía preocupado por esa sensación de extrañeza que había percibido al mirarse en el espejo.

Un minuto más tarde el ruido ensordecedor de las máquinas lo envolvió y Rubí se concentró en sí mismo y en la rutina diaria.

## *Tres*

Antonio entró a la habitación sin hacer ruido. Sabía que Jenifer no despertaría, pero la costumbre de muchas madrugadas insomnes fue superior. A veces, cuando el amor con ella era grande y bueno él sentía una fuerza devoradora, un fuego interno que lo impulsaba a levantarse a escribir en la máquina como llevado de una mano ajena hasta que salía el sol. Otras veces, cuando no era así (como cuando ambos bebían al parejo y peleaban y ninguno de los dos podía controlar a la bestia) Antonio también se levantaba deseando sentir esa misma energía, pero pasaba las horas como idiota frente a una página en blanco que no alcanzaba a rellenar. Siempre, al regresar a la cama, encontraba el cuerpo de Jenifer esperándolo.

Ahora se acercó a la cama y estiró la mano temblorosa en dirección del cuerpo, aunque la detuvo a unos centímetros de la piel bronceada sin atreverse a tocar la espalda de la mujer. Fue un gesto vacío, inútil, pues nada podía modificar lo ocurrido. Lo comprendió así en su caótica mente cuando aspiró el espeso y dulzón olor de la sangre derramada en la almohada y en las sábanas. Comprendió que toda su pesadilla era una realidad, una realidad que sintió apabullante como si tuviera un peso específico y ese peso lo estuviera aplastando. Antonio se desplomó sobre el piso de mármol blanco. Sintió mucho frío y comenzó a sudar copiosamente en forma simultánea. Una sombra oscura descendió sobre él. Luego perdió el control que aún tenía; sus músculos temblaron, orinó un chisguete de líquido amarillento y la incredulidad y el miedo de esos primeros instantes cedieron ante una inmensa rabia contra los locos que festejaban a carcajadas su triunfo sobre él. Las escuchaba cada vez con mayor claridad por encima de los gritos enfurecidos de Jenifer durante el pleito de la noche anterior, como si fuera una melodía cacofónica.

- No puede ser, no puede ser. - murmuró varias veces antes de ponerse de pie. Miró a Jenifer y la sangre bajo el cuerpo inmóvil. La evidencia estaba ahí, las huellas del mal flotando con un olor a humedad vieja y a trapos podridos. Las carcajadas crecieron. No pudo soportarlas y se arrojó contra uno de los muros con la cabeza por delante.



## El Unicornio Azul

El golpe lo tiró al suelo, casi sin conocimiento, pero las carcajadas seguían ahí. Antonio quiso hacerlo de nuevo pero no atinó a incorporarse. El dolor lo traspasaba de lado a lado, sin que fuera un dolor físico. Era otro, mucho más grande e intenso. Sentía una enorme presión de todo su ser, como si el coro de locos se hubiera abrazado a él y no lo dejaran respirar libremente. Jaló aire con la boca abierta, paladeando en la resequedad de su lengua pastosa el rastro del alcohol consumido y el humo de los cigarrillos fumados la noche anterior.

No podía pensar con claridad. Las ideas y las imágenes y los ruidos en su mente formaban una cortina oscura y él trataba de avanzar entre la niebla. Las risas se trocaron en murmullos seductores y órdenes imperiosas que lo empujaban en direcciones contrarias. Impulsivamente obedeció una de las voces y se arrastró hacia el baño, pero luego otra voz gritó que huyera de ahí y Antonio se fue hacia la puerta de la suite arrastrándose como reptil. Cuando llegó a ella otra voz intervino y él retrocedió y fue hasta el otro lado de la cama. A gatas pasó por encima de la ropa tirada fuera de los cajones de la cómoda de rattan y buscó el bolso de Jenifer, el bolso que había usado la noche anterior, ¿cuál era?, ese, así, ese blanco. Lo encontró tirado a un lado del buró. Sacó la cartera de piel de becerro nonato hecha a mano por los artesanos de Aries. Adentro, bajo la licencia de manejar expedida en la ciudad de San Francisco a nombre de Jenifer Highland, encontró un paquetito cuadrado de papel de estaño.

Antonio obedeció las indicaciones de los locos y sacó cuidadosamente el paquetito. Recogió del buró la cajetilla de Benson & Hedges, el encendedor de oro con sus iniciales y se incorporó. Caminó de regreso al baño, sintiendo débiles las piernas y una terrible punzada que nacía en la frente, bajaba por la nariz y por el ojo derecho y se esparcía hacia atrás, hacia la nuca.

Evitó mirar a Jenifer. Colocó los cigarrillos y el paquetito en la orilla del lavabo y abrió las llaves de los grifos. El ruido del chorro lo sobresaltó. Compulsivamente se lavó de nuevo las manos, las secó en una toalla facial y abrió el paquetito tratando de controlar el temblor de sus dedos. La dosis de polvillo blanco se veía inocente, como talco. Hizo lo que alguien — no recordaba quién — le había indicado; con el encendedor flameó el papel estaño por abajo hasta que se produjo un ligero humo gris. Luego se detuvo un momento

## El Unicornio Azul

cuando tuvo todo listo. El coro de locos lo urgió a seguir adelante. Aspiró el fino polvo blanco. Primero por una fosa nasal. Luego por la otra hasta acabar con el polvillo. Esperó un rato sin sentir nada más que un ligero escozor y cosquilleo dentro de la nariz. Tomó un cigarrillo del largo paquete dorado y lo encendió al dejarse caer sobre el excusado. Fue entonces cuando sintió un géiser de energía ascendiendo hasta su cerebro, en el que había una turbulencia de voces entremezcladas susurrando palabras cabalísticas imposibles de entender en el revoltijo de gritos e insultos y carcajadas burlonas de los locos babeantes. Sus pensamientos se llenaron de ecos y de palabras perdidas, de imágenes relegadas en el fondo del baúl de su memoria, de emociones vividas que parecían haber perdido ya su significado original, de ideas que se habían extraviado como la mierda que corría por la cañería podrida y sin fondo de la ciudad de México, esa ciudad monstruo, esa ciudad caótica, sucia y chaparra, limpia y arbolada, de personalidad esquizofrénica y múltiple con sus restos de civilizaciones perdidas, ahogadas en el fango del subsuelo, bajo las raíces del pasado, ese pasado que era de Antonio y de todo aquél que hubiese tenido la ocurrencia de haber nacido en esa ciudad de simulaciones, de humos negros y costumbres apestosas, de lujo y miseria contrapuestos en la asimetría de residencias millonarias compartiendo el espacio y el mismo terreno con cuartuchos de pordioseros hechos de cartón y madera; la opulencia y el hambre, extremos de un mismo polo que se tocaban sin lanzar chispas...

Los recuerdos se confundían y se entrecruzaban, pero una sensación destacaba con claridad, imponiéndose a todo lo demás, inclusive a ese apabullante dolor de cabeza que lo tenía embrutecido mientras intentaba controlar la avalancha de imágenes; era una sensación desoladora y árida como los desiertos de la noche.

Nerviosamente exhaló el humo del cigarrillo y se esforzó por borrar todas las imágenes que no le importaban ya. Tenía que concentrarse, tenía que recordar qué había sucedido, pero una barrera de locos se lo impedía. Cerró los ojos y se enfrentó a los idiotas balbucientes hasta que logró callarlos y luego los ahuyentó. Para dominar los rezos místicos evocó el mar, tres pisos abajo, y alcanzó a escuchar el rumor del oleaje contra la playa. Luego se fue perfilando la voz de Jenifer, que fue naciendo como un canto desde el fondo de

## El Unicornio Azul

ese océano azul y verde, allí donde el plancton brillaba como estrellas en la oscura profundidad de las aguas tibias de la costa de Colima. Era una voz burbujeante como champaña que surgía lentamente a la superficie donde la luna llena daba pincelazos plateados al oleaje...

- No podías controlarte, ¿verdad? Tenías que arruinarlo todo- dijo Jenifer en cuanto aceleró el Mercedes Benz y ella pudo borrar de su rostro la encantadora sonrisa de niña buena, que era también su sonrisa de señora de alta sociedad y su sonrisa de mujer de negocios. Antonio fingió no escuchar. La borrachera era fenomenal.

- Uf. Qué bueno que ya se acabó. Estoy agotado- dijo con lengua pastosa.

- ¿De qué? ¿Del tequila? Antonio no respondió. Respiró profundo el aire cálido de la noche tratando de secar el alcohol que entorpecía su lengua y su capacidad de respuesta. Regresaban de una reunión en casa de los Fernández Izárraga, en el Club Santiago, la zona más exclusiva de Manzanillo.

Antonio recordó vagamente la discusión en el auto. Jenifer manejaba el auto demasiado aprisa y él intentaba detenerla, pero ella estaba furiosa y no quería ceder el volante del Mercedes Benz gris que los Fernández les habían prestado para que regresaran a Las Hadas. La velocidad acentuaba el vértigo de Antonio y adquiría impulso por sí mismo. Por momentos era agradable la sensación de flotar de noche, pero Jenifer aceleraba más y más y en las curvas parecía perder el control. Entonces el peligro se hacía evidente y se sobreponía a la borrachera y al vuelo nocturno hacia las estrellas. Antonio podía percibir el desastre y quiso detener a Jenifer, pero ella no estaba dispuesta a reducir la velocidad ni a soltar el volante y Antonio tuvo que apretar los dientes mientras Jenifer insistía con voz dulce y peligrosa como el cascabel de una víbora al acecho.

- ¿De qué estabas cansado, Antonio? ¿De jugar con niñas? Y Antonio miró al cielo. Algunos nubarrones seguían presagiando tormenta. Unas horas antes había llovido ligeramente, pero las nubes no se habían desgajado.

- No. Las niñas eran lo único divertido de tu fiesta. En cuanto a los demás parecían tener algún impedimento moral para pensar. Quizá se los prohíba su religión, ja, ja...

## El Unicornio Azul

- Los demás tenemos otras cosas en que pensar, darling. Cosas más importantes. Y más reales.

- ¿La realidad de quién, Jenifer?

- La realidad de tu borrachera. Eso es real. Mira cómo estás. Fajate la camisa y cierra tu bragueta. Estás perdiendo tu clase, querido. Otro poco y terminarás en la calle, como esos infelices *teporochos*.

- *Teporochos*, Jenifer, *teporochos*. Esa es la palabra.

- Drunks!- dijo Jenifer, gritando en inglés la palabra.

Antonio, a pesar de su mareo, notó una rabia y una angustia subyacentes que eran nuevas y endurecían la voz de su mujer. Jenifer escupía las palabras.

- No soltaste la maldita botella en toda la noche. Fuiste rudo y grosero con todos. Ya estoy cansada de tu insolencia.

- ¿Insolencia?

- Oh, Tony. Eres un aburrido, eso es todo, Solamente tienes un tema de conversación. Y créeme que a nadie le interesa saber si Hernán Cortés mató o no a su primera esposa- dijo ella. Fue allí donde él entendió que la bronca venía en grande, más de lo que había creído en un principio. Jenifer jamás se había metido con la investigación que él hacía para su próximo libro. Hicieron una pausa mientras el Mercedes Benz pasaba frente a la caseta de vigilancia a la entrada del Club Santiago y Antonio vio a Jenifer sonreír al policía de guardia y decirle adiós con la mano. En cuanto el automóvil salió a la carretera ella borró su sonrisa y volvió a la carga.

- Y la forma como agrediste a ese pobre hombre, acusándolo de ser un ladrón frente a todos, fue imperdonable.

- Yo no lo acusé de nada. Solamente le hice unas cuantas preguntas.

- ¿Eso te hace sentir importante? ¿A big boy? ¿Te hace sentir inteligente, genial, incomprendido?

- Jenifer, baja la velocidad.

- Deberías aceptar mi oferta y dedicarte a los negocios conmigo. Te necesito- remarcó Jenifer, suavizando ligeramente el tono. Antonio la miró a los ojos verdes, que en ese momento tenían la misma expresión de frialdad que los del viejo Highland, el abuelo de Jenifer.

## El Unicornio Azul

- Soy escritor, no comerciante- murmuró con los dientes apretados, sabiendo de antemano que se estaba dejando expuesto para el siguiente ataque.

- Deberías olvidarte de esa novela y dedicarte de lleno a los negocios conmigo. Te necesito. Y tú lo sabes.

- Cuando quiera consejo yo te lo pediré.

- ¿Y de qué me sirve decírtelo? Nunca me has permitido aconsejarte. Nunca me has escuchado.

- Te escuché una vez y fue suficiente. Pero eso no te detiene, ¿verdad?.

Jenifer calló. Cruzaban en ese momento por un trecho de carretera pegada a la Bahía de Santiago, junto a la costa, donde la brisa marina pegaba con fuerza en una zona libre de obstáculos. La cabellera larga de Jenifer se agitaba con el viento y le daba un aspecto de quinceañera a su belleza clásica de facciones rectas y suaves. El clima, por otra parte, era perfecto; caluroso, pero no agobiante, con poca humedad y sin polución alguna. Abajo, a unos metros de la carretera, las olas rompían sobre la playa iluminada por la luna llena. Encima de ellos, la bóveda celeste, llena de diamantes, era inmensa. Al mirar Antonio los nubarrones negros cubrieron la luna y luego había un hueco en su memoria. Un hueco que se rellenaba más tarde, cuando Jenifer enfrenaba el automóvil para virar en la entrada de la playa La Audiencia, rumbo a Las Hadas. La discusión se había desviado, pero el impulso de bajarse del automóvil seguía presente en Antonio, cada vez más fuerte. No hubiera sido la primera ocasión en que lo hiciera.

Varios años antes, durante una conferencia de escritores estadounidenses afiliados al PEN Club, llevada a cabo en Berkeley, California, Antonio cubría el evento como corresponsal. En el auditorio, repleto de escritores famosos, periodistas no menos famosos, estudiantes y público en general, Antonio descubrió la bellísima cara de una mujer que a la distancia, inmóvil, parecía una estatua griega. Faltaban unos minutos para que comenzara la conferencia. Antonio cruzó el auditorio y se acercó a la mujer sin dejar de mirarla. Ella descubrió su mirada y sonrió. Él pensó que era una sonrisa amistosa y se lo dijo.

- Quihubo, güerita.

## El Unicornio Azul

- What did you say?

- Hola. *Quihubo* quiere decir hola en mexicano.

Ella lo miró fríamente.

- Really. So?

- Nada. Quería conocerte. ¿Te gustaría enseñarme San Francisco cuando todo esto termine?

- No puedo. Vine a trabajar- respondió secamente la mujer. Antonio iba a insistir, pero la conferencia dio comienzo en ese momento y Antonio se concentró en las palabras de cada escritor invitado. El tema de la conferencia era la Guerra. Pero no se olvidó de la mujer. En ese breve intercambio él había podido adivinar de inmediato algo más interesante que los enormes ojos verdes de la rubia, algo escondido y disimulado bajo el grueso suéter de lana tejido a mano y los gastados pantalones de mezclilla que ella vestía aquel día. Después de pensarlo un rato Antonio decidió que esa mujer tenía un dulce pero poderoso aroma a elegancia y clase que ella despedía por todos los poros de su cuerpo por mucho que quisiera ocultarlo. Sus ropas viejas no alcanzaban a disimular lo que había debajo y Antonio se quedó intrigado por la delgada mujer que era más que una belleza natural de California.

Después de cuatro horas y media, al terminar el último de los conferencistas, el coordinador de asistencia y relaciones públicas del auditorio se acercó a Antonio con una sonrisa maliciosa en su rostro rubio y lampiño.

- Ustedes los mexicanos son siempre iguales. No pierden el tiempo, ¿verdad? Alguien quiere conocerte.

- ¿Quién es?

- Ven conmigo.

Cruzaron el auditorio, hasta que Antonio se encontró de nuevo frente a la estatua.

- Miss Highland, este es el señor Alarcón, corresponsal de México.

- Nice to meet you, mister Alarcón.

- Igualmente, señorita Highland.

- Mi nombre es Jenifer.

- El mío Antonio.

## El Unicornio Azul

- Escuche, Antonio, esta es la forma apropiada de conocer gente en Estados Unidos. Aquí no acostumbramos la improvisación.

- Ya veo.

- Sé que usted es periodista. Yo quisiera que usted leyera lo que he escrito para el periódico de mi escuela.

- No puedo. Vine a trabajar- respondió Antonio y se dio media vuelta, dejando a Jenifer con la boca abierta. Antonio se mezcló con el público que abandonaba la sala y una vez en la calle se dirigió a la salida de la universidad. Jenifer lo alcanzó cuando cruzaba el campus.

- Está bien. Me lo merecía. Now we are even.

- Estamos a mano.

- ¿Podrías leer mi trabajo?

- Cómo no. Yo te ayudo, pero cuando regresemos de cenar.

- Hey, eso es un chantaje.

- No me digas. Ella sonrió.

- De acuerdo.

Después de eso la relación creció incontenible y antes de que pudieran pensarlo dos veces, ella se había fugado de su casa para irse con Antonio a México.

Resultó que la primera noche Jenifer llegó al hotel de Antonio a bordo de un pequeño auto deportivo color verde y lo llevó a un restaurante que servía comida italiana. Las mesas con manteles cuadriculados estaban colocadas en una plataforma volada sobre un acantilado que daba al mar. A la distancia se veía claramente el Golden Gate Bridge bañado en luces, dominando majestuoso la entrada a la bahía de San Francisco. Ordenaron al sonriente dueño del restaurante un plato de manacotti y otro de canelloni y aceptaron probar el vino blanco que provenía de los viñedos administrados por la familia del restaurantero en el norte de Italia. Les gustó, pidieron una botella y se instalaron cómodamente a esperar las pastas.

- ¿Acerca de qué escribes?

- De todo un poco.

- ¿Como el amor, por ejemplo?- dijo Jenifer con una sonrisa seductora y coqueta.

- Como el amor. Y el odio. Y la bondad. Y la pasión. Y la historia.

## El Unicornio Azul

- ¿Y la política?

- No me gusta la política. Las mayores desgracias de este siglo han ocurrido debido a la política. En México vivimos obsesionados con ella, creo yo. A veces pienso que la política domina todo el espectro cultural de mi país.

- Quizá sea porque México nunca ha tenido una sola política. Siempre ha navegado entre dos aguas; hoy hacia la derecha, mañana hacia la izquierda.

- Quizá- dijo Antonio sorprendido.

- Y el PRI es tan absorbente y elástico que prácticamente ahoga a todos los demás, ¿no es cierto? Por protegerlos no los deja crecer.

- ¿Tú qué estudias?- preguntó Antonio, intrigado.

- Acabo de regresar a la universidad. Estoy en Liberal Arts.

Digamos que soy una diletante.

El mesero sirvió en ese momento las pastas y la conversación se mantuvo en el mismo tono a lo largo de la cena. Después fueron a rematar la noche a un bar tranquilo que el dueño del restaurante les recomendó en su inglés fracturado. En el bar siguieron hablando durante varias horas de muchas cosas, pero particularmente de México. Por mucho que Antonio intentaba desviar la conversación, Jenifer insistía en hablar de los problemas de México. Cuando regresaban rumbo al hotel donde él se hospedaba, Antonio la detuvo.

- Ya deja de señalarme los problemas de mi país.

- No pensé que te molestara.

- Claro que me molesta. ¿Tú qué sabes de México? ¿Lo has visitado por lo menos?

- Una vez. Estuve una semana- dijo Jenifer orillando el auto.

- ¿Crees que en una semana puedes conocer un país?

- No. Pero mi abuela fue mexicana. Y mi abuelo tiene negocios allá.

- Ajá. Me lo imaginé. Tú eres una de esas pobres niñas ricas que quieren justificarse hablando de los problemas ajenos.

- ¡Eso es lo que te molesta! Te molesta que te lo diga una mujer. Eres uno de esos machos mexicanos.



## El Unicornio Azul

- A mucha honra, mamacita- dijo Antonio y la atrajo hacia él para besarla. Ella lo abofeteó. Antonio la miró desconcertado. Luego la empujó a un lado, abrió la puerta del automóvil y bajó. Comenzó a caminar sobre una delgada capa de nieve que había descendido mientras ellos cenaban. Jenifer le pidió que regresara al automóvil, pero él se negó hasta que ella se dio por vencida y se marchó. Antonio esperó estoicamente. Cuando las luces rojas desaparecieron a la distancia, permitió que un escalofrío intenso lo sacudiera de pies a cabeza.

- Ah, carajo- dijo. El frío era terrible. Nunca se imaginó que la temperatura pudiera bajar tanto en California. Intentó pedir aventón pero nadie se detuvo. Después de dos horas en la carretera, cuando estaba seguro que habría de morir congelado, Antonio pudo conseguir un taxi que lo llevó al hotel. Subió a su habitación sintiendo que sus ropas eran de hielo. En cuanto entró al cuarto, el teléfono sonó. Era Jenifer.

- Te he estado llamando cada quince minutos. Estaba preocupada.

- Olvídalo.

- Escucha, no puedo decir nada inteligente en este momento. Estoy agotada- hubo una pausa. Antonio miró la ventana que afuera amanecía.

- Pero me gustaría verte de nuevo- agregó ella con esfuerzo.

- A mí también.

- ¿Qué tal mañana? Paso por ti a las once y nos vamos juntos a la conferencia. ¿De acuerdo?

- Aquí te espero- dijo Antonio y colgó. Le urgía meterse bajo el agua caliente de la regadera.

Esta fue la primera noche. La segunda, tercera y cuarta la pasaron encerrados en el hotel, haciendo el amor. La quinta la pasaron a bordo del vuelo nocturno de Mexicana rumbo a la ciudad de México.

Jenifer detuvo el Mercedes Benz frente a la entrada de Las Hadas. El portero los recibió con una sonrisa alegre. Jenifer y Antonio bajaron del auto. Ella entregó las llaves, sonrió siempre perfecta al portero y entraron a la recepción.

## El Unicornio Azul

- Oh, my darling, my darling. La verdad es que me fugué contigo porque me cegó mi pasión de adolescente. Tenía fe en tu talento... y te deseaba. ¿Alguna vez te han dicho que eres muy simpático?- dijo ella con sarcasmo sin perder su sonrisa fría. Estiró la mano para acariciar el fuerte cuello masculino.

- La verdad es que jamás he deseado a nadie como a ti, y tú lo sabes- insistió Jenifer y buscó la mano de Antonio. El elevador llegó en ese momento. Al cerrarse las puertas tras ellos Jenifer llevó la mano de Antonio a su seno izquierdo. Bajo el ligero vestido de seda color turquesa ella no tenía nada puesto. Antonio acarició con impaciencia el pezón endurecido de Jenifer y retiró la mano. Adivinó que la angustia de Jenifer seguía presente y si ella actuaba así era en un vano intento por ocultarla.

- Bésame, Tony- pidió ella.

- Ya vamos a llegar- indicó Antonio molesto. La discusión en el auto lo había irritado, pero su borrachera le impedía concentrar su rabia en lo que realmente le molestaba. Las caricias de Jenifer sirvieron de excusa; siempre era lo mismo; primero los insultos y la humillación. Después, Jenifer pretendía arreglar todo por medio de la pasión. El deseo de ella despertaba irremediamente el de él y cuando sus cuerpos se entrelazaban en la cama, a veces con suavidad, pero casi siempre con violencia contenida, ella consideraba todo olvidado. Bastaba una caricia para encender el fuego mutuo. Sin embargo, Antonio sabía que antes y después de encender la hoguera ella lo despreciaba y lo odiaba y se lo hacía saber, aunque después volvían a amarse con pasión y locura y sus diferencias nunca eran resueltas en forma definitiva; cuando comenzaban a amarse todo quedaba volando por los aires. Incapaces de separarse, ella no podía hacer otra cosa que odiarlo de día, para después volver a amarlo con ese fuego avasallador que los devoraba a los dos por las noches.

Sin embargo, Antonio no pensaba en eso al recordar los incidentes de la noche anterior. Encendió otro cigarro con la colilla del primero y recordó que Jenifer, resentida por el rechazo de Antonio en el elevador, reanudó la discusión en cuanto entraron a la suite. Ya adentro, la disputa siguió creciendo de nivel.

Antonio recordó vagamente los gritos, las revelaciones de ambas partes, los insultos, y después de eso todo eran imágenes

## El Unicornio Azul

borrosas de nuevo como si su memoria estuviera bloqueada. Desde el baño vio sobre la cómoda de rattan la maleta que había comenzado a empacar dispuesto a largarse para siempre y la ropa tirada en el suelo por los manotazos de Jenifer cuando ella se opuso, como fiera, a que él se marchara. Antonio sintió los rasguños en el pecho y en la espalda y las mordidas que ella le propinó en el hombro y luego lo ahogaba una inmensa rabia que ennegrecía todo. A partir de ahí los fragmentos de memoria eran como piezas de un rompecabezas flotando en el agua agitada de una piscina.

## *Cuatro*

A las once de la mañana Rubí Toscano sintió un irritante vacío en el estómago y recordó que no había comido nada desde que regresaron del entierro de su abuelo, la tarde anterior. Volteó a ver el reloj de carátula cuarteada que estaba colocado en lo alto sobre la pared central de su sección. Faltaba una hora todavía para que llegar a su turno de salir a comer. Se dijo que tendría que comprar tortas pues se había olvidado de llevar morral ese día. Luego pensó en otras cosas. El hambre fue solamente una noción adyacente a sus pensamientos centrales desde que se había visto al espejo esa madrugada.

A las once treinta pasó el pagador con su carrito, acompañado de dos vigilantes armados. Rubí recibió su salario de la semana. A las doce y cinco llegó su relevo, y Rubí salió a comer. Compró dos tortas de huevo frito a uno de los obreros que vendía alimentos dentro de la fábrica para complementar sus ingresos, tomó un refresco embotellado allí mismo sentado en las bancas de los vestidores y se mantuvo alejado de los demás trabajadores mientras almorzaba. Quería estar solo, lo que iba en contra de sus costumbres.

Cuando terminaba de comer, la tapa del ducto de aire acondicionado se desprendió del techo ruidosamente y uno a uno fueron saliendo cinco obreros que habían hecho una excursión secreta al baño de las mujeres.

- Ese mi Rubí- saludó uno de ellos.
- Quihubo. ¿Vieron algo?
- Nones. Estaba vacío. ¿Mañana nos acompañas?
- Sale.
- Ya vas. Nos vemos.
- Órale.

Cuando regresaba de comer Rubí cruzó el patio central de la inmensa fábrica y pasó por donde estaba el hijo del dueño regañando a uno de los mecánicos de la sección automotriz. Bajo el sol brillante de mediodía las figuras creaban un fuerte contraste; el joven era alto, bien parecido, y sus ropas refulgían a dinero y posición social. El mecánico era un hombre ya mayor, ancho de hombros,

## El Unicornio Azul

chaparro y regordete. Sus ropas de trabajo estaban sucias de grasa y polvo acumulados. Tenía la cara deforme por haber recibido de lleno el impacto de la explosión de un acumulador cuando trataba de arreglar el automóvil del padre del muchacho parado frente a él. Eso había ocurrido varias años antes y ahora la carne del rostro parecía cera derretida. Le faltaba el ojo izquierdo. Los demás obreros le decían Monstruo, aunque el mecánico era un hombre bueno y pacífico.

- Yo no tengo la culpa, joven Elías. No me han traído las refacciones- se excusaba Monstruo con la mirada de su único ojo dirigida al suelo tratando de esquivar la furia del muchacho.

- ¡A mí no me importan sus pretextos! Ustedes siempre tienen una razón para no hacer las cosas. Se le ordenó reparar esa máquina desde hace diez días y la máquina sigue parada.

- Pero joven, entienda, si yo no tengo las piezas...

- ¡Pues consígalas, viejo pendejo! Rubí se detuvo al oír los insultos y se aproximó.

- No lo insulte- dijo impulsivamente.

- ¿Y tú qué te metes? ¡Lárgate a trabajar si no quieres que te corra a ti también! ¡Órale, muévete!- ordenó el muchacho tronando sus dedos. Rubí se acercó más.

- Nomás no insulte. Somos trabajadores, no sus esclavos- respondió con la voz baja, los dientes apretados y su cuerpo entero en tensión. El muchacho sintió la amenaza, enrojeció de la cara lo que hizo que su nariz se viera más larga, y desistió. Pretendió ignorar a Rubí. Miró al mecánico y le dio una orden con la voz ya más tranquila.

- Quiero esa máquina lista para la semana que entra.

- Sí, señor, nomás que me den las refacciones- respondió el mecánico también tranquilo, pero más seguro al recibir el apoyo de Rubí. El muchacho no encontró nada más que decir, y elegantemente dio media vuelta y se alejó.

- Gracias, manito- dijo el mecánico.

- No te dejes, Monstruo. Quéjate con el sindicato.

- Uy, no, para qué quieres. Entonces sí me corren. Mejor déjalo así.

- Que te ayuden los del sindicato. Para eso les pagamos.

## El Unicornio Azul

- No Rubí. Ellos no se meten en esto. Si voy a quejarme, me van a señalar en las listas y yo no puedo arriesgar la chamba. Tengo ocho hijos. No. Mejor ahí que muera. Gracias de todos modos- respondió el mecánico y se alejó caminando con paso cansino y la ancha espalda encorvada.

Rubí se encogió de hombros. Era lo único que podía hacer. Terminó de cruzar el patio y abrió la puerta cerrada a presión del edificio climatizado donde él trabajaba. De inmediato lo ensordeció el ruido de las máquinas. Era como el zumbido ahogado de diez motores de avión y no había forma de amortiguarlo. Rubí se colocó unas bolas de algodón en los oídos, aunque de poco servían. El zumbido persistía como una vibración en su cerebro.

Se dirigió a su puesto, donde el supervisor lo estaba esperando con un reporte por haber regresado tarde de comer.

- Fírmale aquí de recibido- indicó a gritos el supervisor y le presentó unas boletas azules sostenidas en una plaqueta de madera. Rubí leyó y firmó. El supervisor le dio la copia.

- A la otra son dos días de castigo.

- Que sean tres- respondió Rubí, retador.

- Como quieras- dijo el supervisor, acostumbrado a los modos de los obreros, y se alejó. Rubí retomó su lugar. Comenzó a trabajar su línea y de repente entendió por qué razón no se había reconocido a sí mismo ante el espejo esa mañana; porque por primera vez en su vida no se vio únicamente en el presente; también quiso verse en el futuro y lo que había visto le pareció desalentador. Todo el resto de su vida sería obrero, como su padre. Pero la diferencia era que Rubí no compartía la ilusión que a su padre le habían provocado las máquinas, por las que había abandonado el arado. A Rubí no le gustaban, aunque tenía facilidad para entenderlas, y algunos días llegaba a detestarlas al pensar en el ejemplo de su padre, que había trabajado durante veinticinco años en la misma fábrica; veinticinco años de esfuerzo y labor diaria que no significaban nada. Al final no tenía nada, pues las máquinas no le habían dado nada a cambio; para Rubí ser obrero significaba solamente ser parte de un proceso que nunca terminaba. Entonces entendió por qué la muerte de su abuelo lo había afectado tanto; un segundo se vivía, y al siguiente ya no. La vida se le estaba yendo entre esas máquinas. Y la vida tenía que ser

## El Unicornio Azul

paladeada en toda su extensión porque la muerte acechaba en cualquier instante. ¿Pero cómo disfrutar de su vida si él estaba encerrado en el círculo fábrica- barrio- fábrica? ¿Cómo, si solamente transportarse de ida y vuelta a su trabajo agregaba cuatro horas más a su jornada diaria de ocho horas? ¿Cómo, si no tenía tiempo ni dinero para hacer nada más? Sus amigos ya se habían conformado, se habían aguantado y se les había olvidado lo que alguna vez anhelaron en la secundaria. Pichichi quiso ser doctor, Martín quiso ser abogado, y nada más llegó a la preparatoria como Rubí. Ahora tenía un puesto de tacos afuera de un cine, y el Perfumado también era obrero como Rubí. Parecía que para gente como ellos estaba prohibido hacer planes a futuro. Rubí mismo también había soñado con ser abogado, pero en su casa no alcanzaba el dinero para alimentar a todos y Rubí consiguió trabajo en TEXMEX y la preparatoria se fue al carajo al poco tiempo. Todos se habían resignado a buscar como fuera el dinero para sobrevivir, para ir pasando. Todo, menos uno. Isauro Peña todavía soñaba. Rubí lo veía siempre cargando libros que leía de cabo a rabo con ojos ávidos, leyendo atentamente cada letra, cada palabra como si su vida se le fuera en ello. A veces se los prestaba a Rubí e insistía en que los leyera, pero aunque Rubí intentaba concentrarse en la lectura, las imágenes que se formaban en su mente no correspondían a su realidad de día con día. Rubí se preguntaba entonces si los que escribían esos libros eran hombres de otro mundo, de otro planeta, o simplemente estaban locos. Esa sensación era reforzada por las imágenes que veía en la televisión, escenas que presentaban lugares lujosos y atractivos, lugares bellos que eran diferentes a él y a su mundo habitual. Lo mismo le ocurría con los periódicos y por eso solamente leía la sección deportiva de los periódicos. Eso sí lo entendía y lo gozaba, pero eso no le ocultaba el hecho de que aquellos lugares realmente existían allá afuera, en otra parte que parecía inaccesible para él, tan remotos como la luna, y mientras se esforzaba por seguir el ritmo de su hilera de máquinas, Rubí recordó las breves vacaciones que alguna vez, unos años antes, había tomado en Acapulco con sus amigos. Recordó esos días con placer y al mismo tiempo acumuló rencor porque sabía que ese otro mundo estaba vedado para él y para gente como él. Sabía que estaba condenado. Sabía que nunca iba a salir del hoyo, porque mientras más se moviera

## El Unicornio Azul

Sabía que nunca iba a salir del hoyo, porque

Al rato, cuando tenía la boca seca y con sabor a bilis, Rubí vio que el Perfumado le hacía señales desde el otro lado del pasillo que dividía las filas de máquinas. Rubí respondió levantando la mano, y el Perfumado le señaló el reloj en la pared. Marcaba las dos y diez. Siempre por medio de señales que tenían establecidas para comunicarse dentro de la ruidosa planta, el Perfumado le indicó que no se fuera, que lo esperaba en las regaderas. Rubí asintió, distraído. Comenzaba a sentir los primeros síntomas del acostumbrado dolor de cabeza. Al rato sentiría como si algo contundente lo hubiera golpeado, dejándole en el cerebro una espesa nube, oscura y pesada, que no lo dejaría pensar con claridad.

Cuando dieron las tres y terminó su turno, Rubí fue a bañarse con el agua fría de las regaderas. Al salir, sacó de su casillero de metal el resto de la cocaola que había tomado en el almuerzo y con eso tragó tres aspirinas de un golpe. Luego comenzó a vestirse.

- Apúrate, que ya va a comenzar el partido- dijo el Perfumado acercándose. Rubí lo vio de arriba abajo. Su amigo ya estaba completamente vestido con un traje de dos piezas de color azul eléctrico, una corbata de flores blancas y zapatos negros recién boleados. El Perfumado se veía incómodo dentro de esas ropas.

- ¿A poco vas a ir así al juego?

- Clarín. ¿No ves que la Graciela va conmigo? Rubí sonrió mientras metía las piernas en el pantalón. Su cara redonda y morena adquirió un aire de inocencia juguetona con esa sonrisa de dientes blancos y muy fuertes.

- ¿La quieres apantallar?- preguntó y se apretó el cinturón hasta el último hoyo. Eso acentuó su torso cuadrado, de brazos musculosos, que parecía desproporcionado con las piernas delgadas.

- Is. Esa no se me va viva- dijo el Perfumado peinado su cabellera hirsuta frente al pequeño espejo que Rubí guardaba en el dorso de la puerta de su casillero, debajo del póster de una mulata desnuda.

- Muchos desaires me ha hecho como para dejarla irse así como así.

- Se me hace que la estás regando-

- Nel. Ya casi cai.



## El Unicornio Azul

- Nel. Ya casi cai.

Isauro Peña llegó corriendo a interrumpirlos y le pidió a Rubí que lo esperara en la esquina, que no tardaría mucho tiempo.

- ¿Qué te pasa, ratón? ¿Cuál es tu angustia, hijo, si el gato no anda cerca?

- ¿Tienes alguna bronca?

- Ninguna. Es que ya renuncié- dijo Isauro en retirada.

- Al rato les platico- se detuvo un segundo- Órale, mi Perfumado, está resuave su tacuche- dijo, y emprendió la carrera de nuevo.

- Gracias, lambiscón- gritó el Perfumado, pero Isauro no lo oyó y desapareció por la puerta.

- Rubí terminó de vestirse. Luego de amarrarse las agujetas comenzó a revisar el contenido de la bolsa de lona donde cargaba sus calzoncillos, medias, y zapatos para jugar fútbol. El morral apestaba a sudor y polvo.

- Oye, Palomino... - gritó Serafín, un obrero viejo con la cara llena de puntos negros, a un muchacho que esperaba su turno ante las regaderas. El viejo se acercó al muchacho de apellido Palomino, quien lo miró con una sonrisa boba. Rubí y el Perfumado prestaron atención.

- Oye, Palomino, ¿te gusta mi reloj? Pues te lo doy si haces que eso se te pare- ofreció Serafín, señalando el enorme maquinón que Palomino tenía entre las piernas.

- Ora... - dijo el muchacho.

- Pinche viejo puto- dijo el Perfumado.

- Ya suéltalo- gritó otro obrero cuando Serafín trataba de meter la mano entre las piernas del muchacho, quien era lento de entendimiento y se reía tontamente y se limitaba a taparse los genitales con la toalla y las dos manos.

- Voy a creer. Tamaña cosota y que no se le pare- dijo el viejo Serafín, meneando la cabeza entre las carcajadas de los demás obreros.

- Es que no le gustas, güey.

- Qué no le gusto, ni que la chingada. Lo que pasa es que no puede.

## El Unicornio Azul

Palomino enrojeció vivamente de la cara. En cuanto hubo un espacio libre se metió en las regaderas sin dejar de reírse en forma estúpida de sí mismo. Serafín regresó a su casillero toreando las bromas que los otros obreros le hacían a él.

- Vámonos- dijo Rubí cerrando su casillero. Le puso el candado y con el morral en la mano salieron al callejón central. Checaron sus tarjetas de control en la caseta de la entrada. En el portón Rubí se acercó a Sapo, el vigilante.

- Te espero allá afuera- le dijo, retador, Sapo no respondió. Únicamente miró a Rubí con deseos asesinos claramente reflejados en las pupilas negras. Rubí le aguantó la mirada. Cuando el guardia la desvió, Rubí salió a la calle rodeado de los grupos que formaban los miles de obreros al abandonar la fábrica. Los grandes portones azules de la entrada los escupían en oleadas crecientes al principio, y luego las olas iban disminuyendo paulatinamente.

Acompañado del Perfumado, Rubí se dirigió a la esquina.

- ¿Quieres una cerveza? Yo pago- invitó de buen humor el Perfumado.

- Órale.

Cruzaron la avenida. El camellón central estaba cubierto por docenas de obreros aglutinados alrededor de los puestos de tacos y de aguas frescas. Llegaron al otro lado y se dirigieron a una lonchería ubicada en la esquina, donde podían comprar las cervezas sin meterse en problemas con la policía.

## *Cinco*

Antonio tiró la colilla dentro del excusado y soltó el agua después de orinar un líquido sucio y caliente y apestoso que renovó su náusea. Se sentía sucio todo él, con el aliento impregnado con la peste de cañerías, y su cuerpo entero hediendo a podrido, con el olor a sangre muerta, a atarjeas y basura infectada llena de pescado muerto y a medio comer. Le dolía intensamente el chipote en la cabeza, los nudillos desollados y la desgarradura interna. Estuvo a punto de vomitar de nuevo pero ya no tenía nada que pudiera arrojar y el estómago se contrajo inútilmente. Antonio se contuvo y se metió a la regadera. Bajo el chorro de agua fría, recordó los toros de la tarde anterior.

El día había comenzado muy temprano para ellos. A las siete en punto fueron despertados por Carlos Fernández y su esposa Serena Izárraga de Fernández. No los esperaban, por eso se sorprendieron cuando los Fernández los llamaron por teléfono.

- Estamos abajo. Los esperamos- dijo Carlos Fernández en la bocina. Jenifer y Antonio se apresuraron a darse un regaderaso, y cuando bajaron encontraron a los Fernández Izárraga a bordo de un flamante auto descapotado. Don Carlos estaba de un buen humor exuberante. Iba vestido de vaquero, con todo y sombrero de ala ancha. Ese día quería mostrarles su rancho en las afueras de Manzanillo. Estaba muy orgulloso del negocio que había hecho al comprar esas tierras tres años antes de que se construyera el aeropuerto en una zona ubicada entre Manzanillo y Barra de Navidad. - Fue un golpe de suerte- gritó don Carlos para que su voz se alcanzara a escuchar por encima del viento.

- Muchos sabíamos que el nuevo lugar turístico del país sería Manzanillo cuando el rey del cobre lo eligió para construir Las Hadas. Pero nadie se imaginaba que le pondrían un aeropuerto internacional tan pronto. Y mucho menos se sabía el lugar. Un amigo cercano al Presidente me dio el pitaso. Me la jugué, compré las tierras por unos cuantos pesos, y zas, tres años después tendieron una carretera y construyeron el aeropuerto justo en los límites de mi

## El Unicornio Azul

rancho- siguió explicando don Carlos. El manejaba el jeep y volteaba eventualmente a ver a Jenifer y Antonio, sentados atrás.

Se desvió rumbo al aeropuerto, recorrió un trecho por la carretera perfectamente pavimentada y entró por un camino de terracería cubierto con tezontle rojo. El camino desembocaba directamente a un jacalón pintado de blanco y con techo de hoja de palma. Era una construcción típica de la costa.

- Esta es la Casa Grande- dijo Serena y se rió dulcemente. El jacalón consistía en tres habitaciones amplias y frescas, de techos altos y paredes encaladas. Estaba amueblada con una sencillez que requería de mucho dinero para ser lograda. Las dos parejas se acomodaron alrededor de un conjunto de equipales hechos en el vecino estado de Jalisco, desayunaron frutas de la zona y luego salieron a hacer un recorrido a caballo. Dedicaron toda la mañana a recorrer las tierras. En los lugares abiertos entre las palmeras y los árboles, donde el sol entraba a raudales, Jenifer espoleaba su montura sintiéndose a sus anchas sobre el animal. Tenía una postura perfecta, producto de varios años de clases de equitación cuando niña, y parecía formar una sola figura con el caballo. Cuando ella se detenía y regresaba al lado de Serena, Antonio distinguía con mayor claridad las diferencias entre las dos hermosas mujeres; Serena era recatada, graciosa y elegante, inclinada a los afeites y perfumes. Era una mujer de fiestas y recepciones. Jenifer, por el contrario, era una mujer de sol y agua, de juegos y deportes, y el contraste entre las dos personalidades era a veces deslumbrante.

- Qué guapa es su mujer- comentó Carlos Fernández. - - Sí señor, se consiguió usted un buen premio.

- No es un premio.

- Oh, no quise ofenderlo. Creo sinceramente que debemos reforzar nuestras relaciones con los vecinos del norte, y pues, acostarse con ellos me parece buena idea, ja, ja... Debemos tenerlos contentos, ¿no cree?

- Yo creo que hace mucho calor.

- Así es- dijo Carlos Fernández y se produjo un torpe silencio entre ellos, sin que pudieran encontrar la forma de prolongar la conversación.

## El Unicornio Azul

El recorrido fue amplio, pero era imposible que reconocieran la extensión total de las tierras; en total eran más de tres mil hectáreas de pastizales, manglares, palmeras y algunos pantanos, que estaban repartidos a nombre de la esposa y los cinco hijos de don Carlos. Las tierras servían como una especie de coto de caza privado. El grupo cabalgó por varias horas por las tierras ociosas, cubiertas de vegetación, en busca de patos silvestres pues don Carlos quería estrenar su rifle de cacería con miras de rayos láser. Lo único que encontraron fue un lagarto que cruzaba indolente un riachuelo de aguas de cristal. De un solo tiro fue muerto rápidamente por don Carlos.

Después regresaron a la Casa Grande, donde Serena les ofreció una comida agradablemente fría. Se acomodaron en los equipales mientras un sirviente traía lo necesario. Don Carlos mandó llamar al administrador del rancho y a los dos caballerangos que cuidaban de los treinta caballos que pastoreaban libremente en un corral anexo a la Casa Grande. Más allá estaban los dormitorios de los trabajadores y peones. En eso llegaron las dos hijas de don Carlos, que se unieron al grupo con su efervescencia de niñas ricas y despreocupadas.

Cuando llegó el administrador don Carlos habló con él en voz baja un buen rato, y luego ordenó a los caballerangos que prepararan los caballos que montarían sus dos hijas en la escaramuza charra de esa misma tarde. - ¿Otra vez, papá?- se quejó Frances, la mayor de las hijas. Tenía diecinueve años y era muy parecida a don Carlos, lo que provocaba que su belleza fuera de un atractivo plano y sin gracia femenina. - Otra vez.

-¿Con esa bola de indios sombrerudos y cochinos?- dijo Serena, la menor, de quince años.

- Con ellos mismos.

- Pero papá...

- ¡Nada!. No quiero oír una sola palabra más. Cada año es lo mismo. A veces creo que son tontas. Se los pido por una sola razón, hijas. Una vez al año se hacen las fiestas aquí, y una vez al año compartimos con la gente del lugar. A mí no me importa si los otros once meses ustedes se los viven en las discotecas de la capital o de Los Angeles. Pero en abril las quiero aquí, y las quiero sobre esos

## El Unicornio Azul

caballos en la escaramuza charra. Piensen que son relaciones públicas. Recuerden que todo esto será algún día de ustedes- explicó don Carlos pacientemente. Por enésima ocasión, se imaginó Antonio, llevándose a los labios su bebida de ron con coca. Miró a Frances, la mayor, quien le respondió coqueta con la mirada y fingió una mueca de fastidio al aceptar.

- Está bien, papá.

- Voy a apestar por tres días- dijo Serena, la hija menor. Se llamaba como la madre, pero a diferencia de ella que sí hacía honor al nombre, la muchacha era impertinente y grosera.

-¡Serenita! No quiero que hables así. Los rancheros serán incultos, pero son gente buena- dijo la madre.

- Apestan- sentenció Serenita y las dos salieron del jacalón.

- Estas hijas mías me van a matar- bromeó don Carlos.

- Nada de eso, don Carlos. Sus hijas son un par de mujercitas adorables- dijo Jenifer. Antonio fue el único que captó su fina ironía.

- Serena es muy impetuosa- dijo la madre, excusándola al acusarla.

- Serenita es una adolescente preciosa- insistió Jenifer arrastrando las sílabas de `adolescente`.

- Salud- propuso Antonio.

- Salud- respondió don Carlos Fernández.

A las dos en punto los Fernández marcharon al aeropuerto.

Esperaban que en el vuelo de ese día llegaría finalmente el invitado especial, un abogado llamado Héctor Zamora representante del gobierno en el sector laboral. Jenifer y Antonio regresaron al hotel para bañarse y cambiarse de ropa. A las cuatro y cinco de la tarde llegaron a la plaza de toros de Santiago. La fiesta charra estaba dando comienzo cuando ellos subieron por los escalones de cemento. El redondel estaba hecho de piedra y concreto, estaba lleno y había sombreros de todos tipos y estilos en las gradas. Hacía mucho calor y el polvo era fino y seco y se metía en la garganta. No había lugares vacíos. Muchos niños descalzos recorrían las gradas vendiendo cervezas frías que llevaban en cubetas de plástico. El público, pensó Antonio, parecía demasiado alegre. Don Carlos y su esposa Serena ocupaban el palco de honor, Junto al representante del gobierno y las

## El Unicornio Azul

reinas de belleza de Santiago, Manzanillo y Salahuá, otro pueblo aledaño. Jenifer y Antonio fueron presentados y él advirtió la mirada baja y lujuriosa que Zamora le dirigió a Jenifer. Había en la mirada de ese hombre una prepotencia soez que irritó a Antonio. El Licenciado Zamora era corto de estatura, con un enorme vientre que le impedía cerrar su sucia chamarra de piel de venado; sus bigotes de puerco espín chorreaban gotas de sudor. Toda la cara la tenía brillante, como si se hubiera untado grasa. Miraba de lado, con los ojos entrecerrados, y respiraba pesadamente, como un cerdo bajo el sol.

- A sus pies, señora- dijo, poniéndose trabajosamente de pie y sosteniendo en su mano regordeta la mano de Jenifer. A Antonio lo miró de reojo, con recelo. - Mucho gusto, amigo- murmuró. Antonio no respondió y sintió una palma fofa y babosa que le estrechó de paso la suya.

- Antonio, siéntate acá- pidió Serena madre, señalando un lugar entre su hija y ella. Frances estaba arreglada como Adelita, con un vestido amplio y verde, y se disponía a bajar en ese momento a reunirse con su hermana para ejecutar la exhibición de monta con el resto de la escaramuza charra. Antonio ocupó el lugar que le ofrecía Serena, y Jenifer se acomodó entre el barrigón y don Carlos, quien resplandecía de orgullo dentro de su traje negro de charro. Era un traje de paño oscuro, con botonadura de plata. Don Carlos se mantenía erecto y altivo para portar el atuendo con la distinción que merecía.

- Era traje de mi abuelo- explicó con orgullo. Con su pelo completamente blanco y su prestancia física, don Carlos era la viva imagen de un hacendado de finales del siglo XIX.

- Me sienta perfecto, ¿verdad?- presumió don Carlos.

Francés y Serena hicieron su monta acompañadas de otras doce jovencitas vestidas también de Adelitas. El espectáculo duró en total quince minutos. Después, las dos regresaron al palco de honor. Frances se acomodó junto a Antonio. - ¿Te gustó?- preguntó Frances con una sonrisa insinuante. Antonio asintió.

- No tienes idea de lo difícil que es. Ese caballerango no sabe educar a los caballos. Mira, me rompí la uña- dijo Frances, mientras Antonio escuchaba la charla incesante y vacía de la muchacha se asombró al escuchar también la risa burbujeante de Jenifer. El barrigudo contaba algo, mirándola de lado, y ella reía en

## El Unicornio Azul

compañía de don Carlos. Antonio sintió en la boca seca el deseo acuciante de un trago.

- ¡Ay, mira ese diablo!- gritó Frances y lo agarró del brazo con ambas manos para llamar su atención. Al ruedo había saltado un hombre disfrazado de diablo rojo cuando Antonio miró. Atrás de él también saltó otro hombre vestido como Cantinflas. Entre los dos hicieron algunas payasadas y acrobacias sobre un toro cebú y luego subieron a las gradas para recolectar propinas. Eso marcó el comienzo de la jineteada. Cada cinco minutos, en promedio, habría de salir por las puertas de encierro uno de los toros cebú prestados generosamente por los ganaderos de la zona para la celebración de las fiestas. Los toros salían jineteados por jóvenes vaqueros y el animal coceaba, saltaba y se retorció en reparos tratando de tirar al jinete en turno. El ganador de la competencia sería aquél jinete que se mantuviera más tiempo sobre el animal resistiendo los reparos, agarrado solamente con una mano a la cuerda que hacía de pretal en el pecho del toro. La mayor parte de los jinetes duraban unos cuantos segundos antes de caer al suelo. Entonces entraban en acción los lazadores; montados a caballo lazaban al toro con sus reatas y lo conducían fuera del ruedo.

El espectáculo era lento y el público prestaba poca atención. El ruido en las gradas era fenomenal. Antonio se dio cuenta que la mayoría asistía para pasar un buen rato con los amigos más que por la función en sí. Frances seguía hablando de su ropa importada, su pintura de labios fluorescente, su automóvil deportivo y Antonio concentró su atención en los tres torerillos que salían a dar la cara a los enormes toros cebú en cuanto los jinetes caían. Los tres vestían correctamente de luces aunque sus trajes fueran usados y mostraran muchos remiendos. Tanto ellos, como los jinetes, salían a arriesgar la vida inútilmente para complacer a un público indiferente, ruidoso y borracho, que intentaba despertar de su letargo festivo solamente cuando ocurría algún hecho de sangre, como cuando uno de los jinetes fue golpeado duramente por el toro que montaba. El jinete era un adolescente de piernas fuertes que por un momento pareció estar firme sobre el toro. Pero el animal cabeceó, alcanzó al muchacho con el cuerno y luego lo pisoteó en el suelo. El vaquero fue sacado a rastras, medio muerto, y solamente así el público prestó atención por espacio de unos cinco minutos. Después lo olvidaron por completo.



## El Unicornio Azul

Antonio se sintió intrigado. Sin recibir dinero por su labor, sin posibilidad de alcanzar la fama pues ni siquiera conseguían el aplauso a su esfuerzo, ¿qué motivaba a esos jinetes y esos toreros a arriesgar así la vida? ¿Qué íntimo placer les proporcionaba retar a la muerte sin razón alguna? Uno de los toreros, vestido de rojo y plata, era diminuto y delgado en extremo. Cuando le tocó su turno y se acercó al cebú, la cabeza del animal quedaba arriba de la altura de sus ojos. Para citar lo el torero alzó el capote como si fuera una cortina. Antonio presintió que algo iba a ocurrir. Ignorando a Frances se puso de pie y se acercó a la barrera frente a él.

El cebú, con la cincha amarrada aún en el torso, corcoveó y coceó en el aire antes de lanzarse contra el capote amarillo que el torero agitaba. El cebú no era, obviamente, un animal para ser toreado, pero el torerillo de rojo y plata aguantó la embestida. Alcanzó a librar tres cuartos del cuerpo del animal antes de ser alcanzado por la cadera del cebú. El golpe lo arrojó violentamente a tres o cuatro metros de distancia, y el toro lo buscó inmediatamente con los cuernos. No podía hacerle daño con ellos, pues los cuernos estaban retorcidos hacia atrás, pero en el suelo el torerillo se veía tan frágil que Antonio sintió una profunda conmiseración; solamente la cabeza del toro parecía más grande y pesada que el hombrecillo tirado en la arena. El toro, que pesaba diez veces más que el torero, lo golpeó, lo pisoteó y lo revolcó salvajemente como si fuera un muñeco de trapo hasta que uno de los jinetes charros que estaban dentro del ruedo lazó al toro y con la ayuda de los otros dos toreros se lo quitaron de encima.

El torero de rojo y plata se levantó de la arena evidentemente herido pero no aceptó la ayuda de nadie. Cojeando y tambaleándose como si estuviera a punto de desmayarse, fue a recoger su capote. Luego pidió que soltaran al animal y lo dejaran solo. El torero se acercó al animal de nuevo, lo citó una, dos, tres veces, y cuando el cebú no respondió el torero de rojo y plata se hincó en la arena a medio metro de la testa del animal y tiró el capote. Nadie aplaudió excepto Antonio. La gente miraba con indiferencia al siguiente jinete, que ya había entrado al ruedo. En diez segundos cayó al suelo en medio de la apatía del público.

## El Unicornio Azul

Antonio siguió con la mirada al de rojo y plata. El torero se acercó cojeando al burladero donde estaban sus amigos, les dio el capote y pidió un cigarro. Lo recibió y lo fumó ahí, recargado contra las tablas del burladero. Aspiraba con dificultad el aire húmedo y caliente. Su torso, casi esquelético bajo la chaquetilla, se expandía visiblemente cada vez que el torero llevaba aire a sus pulmones. El hombre tenía un gesto de dolor y susto en la cara. Todos sus huesos debían estar molidos, pensó Antonio, y posiblemente tuviera alguna costilla fracturada, pero el hombrecillo parecía satisfecho y orgulloso, casi feliz. ¿Feliz por qué?, se preguntó Antonio sin poder responder a su pregunta.

- Pobre estúpido, ¿verdad?- dijo Frances con su voz aguda, aniñada y vacía. Había estado parada junto a Antonio todo el tiempo, hablando sin cesar.

Antonio escupió a la arena. Y escupió en la regadera para que el agua se llevara los últimos rastros del sabor a metal oxidado que tenía en la boca. Luego se dio cuenta que el coro de locos enfurecidos y balbucientes había reaparecido en su mente y le ordenaban a gritos que hiciera cosas contradictorias. Se recargó en la pared de la regadera para no dejarse caer, y mantuvo la cabeza bajo el chorro de agua fría.

## *Seis*

Rubí destapó su cerveza en el abridor de metal de la heladera. La botella era verde y el líquido oscuro. En la etiqueta había dos equis rojas. De un tirón tragó media botella. Tenía sed y también esperaba amortiguar un poco más su dolor de cabeza. Gracias a las aspirinas los martillazos disminuían; con la cerveza Rubí esperaba que terminarían por desaparecer. Volvía a llevarse la botella a la boca, cuando llegó Isauro Peña. Dominó a Rubí y al Perfumado con su estatura de uno ochenta. Muy alto y delgado, Isauro tenía un rostro tranquilo y de facciones agudas, enfatizado por su nariz aguileña y los ojos negros de mirada profunda. Bajo ciertos tipos de iluminación su rostro adquiría un parecido extraordinario con las representaciones de los antiguos mayas en las estelas de Palenque y Chichén- Itzá.

- Dame una- pidió Isauro al muchacho que atendía la lonchería. El lugar tenía un mostrador de madera pintado de verde, con vitrinas de vidrio colocadas encima para proteger del asedio de las moscas las tortas que preparaba con manos ágiles el muchacho al otro lado del mostrador. Había tortas calientes de jamón, de queso blanco, de pierna y de lomo, o de una combinación de todo.

- ¿Qué te sucede? ¿Qué problema tienes?- preguntó Rubí a Isauro.

- Ninguno, ya ninguno. Mi problema era esa fábrica. Pero ya no. Me largo. Ya renuncié- dijo Isauro Peña, haciendo un gesto vago con la mano. Su estatura, su cuerpo delgado y flexible, combinados con su forma de vestirse, le otorgaban una cierta autoridad y elegancia natural que lo distinguían fácilmente entre los demás obreros. - ¿Y a dónde vas que más valgas?- preguntó el Perfumado. Tomó la cerveza que el lonchero puso para Isauro sobre el vidrio de la vitrina, le limpió el gollete en forma caballerosa con la manga y se la dio a Isauro. Rubí se dio cuenta que la personalidad de Isauro siempre inspiraba actos de ese tipo, aunque fueran hechos en forma medio irónica como lo hizo el Perfumado. Isauro inspiraba un respeto muy especial. El sí es elegante, pensó Rubí. El Perfumado, en cambio, se veía incongruente en su traje azul eléctrico.

## El Unicornio Azul

- Para el otro lado- respondió Isauro después de darle un trago a su cerveza.

- ¿A la pizca de algodón? - A lo que encuentre.

- Yo tengo un primo por allá. En la pizca de algodón- informó el Perfumado, volteando continuamente a la calle. Cada minuto miraba nervioso hacia la salida de la fábrica. - Dice en sus cartas que le va rebién, pero que ya no aguanta a los gringos. - ¿Y tu familia?- preguntó Rubí.

- Entre mis hermanos van a cuidar de mi jefecita. Ya hablé con ellos. En cuanto tenga trabajo allá les voy a enviar dinero.

- ¿Hasta cuándo vas a trabajar en la fábrica? - Hoy fue mi último día.

- Pues entonces salud, mano, y que te vaya bien. Ya sabes. Aquí vamos a estar. No te olvides de los amigos.

- Qué pasó...Eso nunca, mi buen Rubí. Salud.

- Salucita de la buena.

- Ahí viene- dijo el Perfumado interrumpiendo el brindis al darle un codazo a Rubí. Los tres se asomaron a la calle. Al otro lado de la asoleada avenida, Graciela Bernal iba caminando por la acera en compañía de Juana Alonso, su amiga y confidente. A Rubí le hizo gracia la pareja de mujeres que caminaban bajo el sol brillante, pegadas a los muros altos pintados de blanco, con propaganda política en letreros negros:

**VOTA ASI      VOTA ASI      VOTA ASI**  
**PRI              PRI              PRI**

decía la propaganda varias veces, pero una mano secreta había modificado las letras en algunos letreros, y se veían como sigue;

**VOTA ASI    VOTA ASI    VOTA ASI**  
**PAN            PRT            PRD**

Juana Alonso era de mediana estatura y regordeta, mientras que Graciela Bernal era un poco más alta y bien proporcionada. Graciela sobresalía sobretodo por sus senos generosos, pero fue la forma de caminar de Graciela Bernal lo que hizo sonreír a Rubí. La muchacha quería ponerle mucho estilo a su caminado, pero lo único que lograba era verse forzada. Parece estrefñida, pensó Rubí. Sin embargo no hizo ninguna broma por respeto a su amigo y compadre. Está buena la chamaca, que ni qué, pero no tanto como para que mi

## El Unicornio Azul

compadre se ponga como poseído cada vez que la mira, pensó Rubí viendo a su amigo. El Perfumado se había puesto nervioso y se olvidaba de todo. Como ahora, que se marchaba de la lonchería sin pagar.

- Paga, no te hagas menso. Tú invitaste- dijo Rubí.

- Chale, compadre, no friegues. Paga tú. Allá te espero- respondió el Perfumado con la mente en otra parte. Graciela Bernal parecía tener un poder especial sobre él. Bastaba que el Perfumado la viera para que su mente quedara vacía. Actuaba entonces como hipnotizado, como un zombi, como un maniquí, como un títere cuando Graciela Bernal aparecía en el horizonte. Rubí e Isauro se asomaron a la puerta de la lonchería.

- Lo habrá embrujado, tú?- murmuró Rubí.

- Yo creo que le dio toloache- indicó Isauro Peña, perplejo también por la súbita transformación del Perfumado.

- Entonces ya está fregado- agregó Rubí. Resignado, pagó las cervezas. Sabía que contra el toloache o la brujería no se podía hacer nada sin el consentimiento del embrujado. Si el Perfumado tuviera algo de voluntad todavía, Rubí estaría dispuesto a llevarlo con una curandera que él conocía para que le hicieran una limpia con alcanfor y ramas de pirúl. Pero la brujería amorosa era notable precisamente porque dejaba al sujeto sin voluntad alguna, pensó Rubí. La voluntad se la llevaba la que hubiera hecho la brujería, y el sujeto quedaba entonces como un muñeco, sin alma. Lo dejaban como habían dejado al Perfumado; como un espantajo, un pelele imantado a Graciela Bernal. Rubí se persignó y se encomendó a la Virgen de Guadalupe para que nunca le hicieran una cosa de esas a él. Besó el escapulario bañado en agua bendita que cargaba al cuello como protección ante cualquier mal. Salió al sol acompañado de Isauro. El Perfumado ya estaba en la esquina, parado junto al puesto de periódicos esperando a que llegara Graciela. Había comprado el periódico y fingía leerlo recargado contra un poste de luz, aparentando indiferencia. Pero sus manos temblaban y sostenía el periódico tan lejos de sus ojos que era imposible que pudiera leerlo. Las dos muchachas llegaron a la esquina al mismo tiempo que Rubí y el larguirucho de Isauro. Rubí miró atentamente a Graciela Bernal. Ella iba vestida con un pantalón gris muy ajustado y con un suéter negro de

## El Unicornio Azul

tejido abierto que dejaba ver el sostén blanco cubriendo a medias los opulentos senos. Estaba maquillada hasta la exageración. Sí, confirmó Rubí, está muy buena. Pero no para volverse loco. El Perfumado trataba de hacerse simpático ante Graciela.

- ¿Le gusta el fútbol, Chelita? - Un poco- dijo ella con displicencia.

- Los muchachos del equipo se van a poner retecontentos porque sea usted la madrina. Nunca hemos tenido otra más bonita que usted.

- Mentiroso- dijo Graciela Bernal, satisfecha por el halago.

- Se lo juro, Chelita. Además todos saben que usted es mi reina, la única en mi corazón.

- La única que se lo cree, ¿verdad?- dijo Graciela mirando con coquetería, pero a Isauro.

- Usted es mi reina, para acabar pronto. Créame por favor. Yo daría la vida por usted. Se lo juro- insistió el Perfumado sin importarle mostrar su apasionada angustia ante los demás. - ¿A poco?- retó ella.

- Pruébeme.

- Ya vámonos- dijo Rubí molesto, interrumpiendo el desvergonzado ronroneo en público del Perfumado.

- Allí viene un pesero.

- Uy, ¿a poco nos vamos a ir en pesero?- exclamó Graciela.

Rubí la ignoró. Levantó la mano para que el colectivo blanco y verde se detuviera, pero el automóvil iba lleno y siguió de largo.

- ¿Ya ven? Mejor vámonos en taxi, ¿no? Ahorita los peseros van llenos- dijo Graciela.

- Como usted quiera, Chelita- dijo el Perfumado y se apresuró a buscar uno corriendo de un lado a otro en la avenida. Logró parar un taxi y trató de convencer al chofer para que los llevara, pero el taxista se negó y se marchó. El Perfumado corrió tras de otro taxi. Rubí pensó que su compadre hacía el ridículo corriendo como un escuincle por la calle. Un niño de cuarenta años vestido de traje azul eléctrico con su morral de mezclilla colgándole del hombro. Al correr el Perfumado mostraba sus calcetines rojos.

## El Unicornio Azul

- Se me hace que yo no puedo ir- dijo Juana Alonso, abriendo la boca por primera vez. Hasta ese momento se había limitado a sonreír en apoyo de su amiga Graciela Bernal. Su cara morena y redonda inspiró ternura a Rubí, le hizo pensar en agua fresca de río y tierra recién mojada por la lluvia. Juana Alonso tenía el pelo húmedo y olía a limpio.

- ¿Por qué, Juanita? - Tengo a uno de mis niños enfermos. Y como soy sola, pues...

- Acompañemos un rato por lo menos, para que se distraiga. Al cabo que la cancha está cerca de su casa, ¿a poco no?- dijo Rubí.

- Sí, pero por allí está muy solo y me da miedo- - Yo la acompaño al medio tiempo- dijo Rubí - O yo. Tú tienes que jugar- intervino Isauro, dispuesto a ayudar.

- Pero mis chamacos están solos- dijo Juana Alonso, dudosa.

- Ya, gorda, no te hagas del rogar. Si te estás muriendo por ir- apuntó Graciela de mal modo, sacando un chicle de su bolso. Se lo metió en la boca.

- Es una hora nada más- dijo Isauro apoyando a Rubí.

- Ay, no sé...

- Ay, tú. Ni que tu escuincle se fuera a morir por una gripa- dijo Graciela Bernal.

- Bueno, pero que conste. Luego tú me acompañas hasta mi casa, Rubí, no se te olvide.

- No se preocupe, Juanita. Yo la acompaño.

El Perfumado llegó a bordo de un taxi de los grandes, un Fairmont pintado de coral y blanco. Rubí se subió adelante, con el chofer, y atrás se acomodaron Graciela, el Perfumado, Juana Alonso e Isauro. La cancha llanera estaba a unos diez minutos de distancia de la fábrica y en el recorrido lo único que Rubí oyó de la parte trasera fueron algunos murmullos apasionados de el Perfumado y el estallido del chicle que Graciela iba masticando. Usualmente Rubí llegaba a la cancha trotando todo el camino. El lugar era un terreno baldío de gran tamaño que había sido adaptado como cancha de fútbol con el simple procedimiento de plantar dos polines de madera a cada extremo de un rectángulo delimitado con rayas blancas hechas con cal. Era una cancha llanera, porque a fuerza de pisar los jugadores habían acabado

## El Unicornio Azul

con toda la vegetación y solamente quedaba el llano polvoriento, de tierra fina y seca. Los travesaños de las porterías eran sustituidos con gruesas cuerdas que unían a los polines. A los lados, fuera de la cancha, había tablones de madera basta colocados sobre piedras. Esas eran las bancas para los seguidores de cada equipo. Ese día en particular había muchos aficionados de ambos bandos pues se jugaba la final del torneo. Los dos equipos que buscaban el campeonato eran buenos y de un nivel equilibrado, lo que le daba mayor interés al partido. No había un claro favorito, y Rubí anticipaba un juego muy reñido.

Rubí guió a sus acompañantes hasta la banca reservada a las madrinas y a los invitados especiales. Los espectadores silbaron al ver pasar a las muchachas e hicieron algunas bromas por el caminado de Graciela Bernal que molestaron al Perfumado. Se detuvo a reclamar, pero Rubí lo jaló de la manga y les pidió a los cuatro que se acomodaran en la banca mientras él comenzaba a cambiarse de ropa a espaldas de ellos. En un extremo de la banca refulgían los trofeos a repartir ese día. Uno de los trofeos medía casi un metro de altura y estaba rematado con la figura de un jugador pateando la bola.

- Miren, allá está el delegado- dijo Graciela con obvio interés, señalando con su dedo de uña roja al otro lado de la cancha. Junto a un tendejón de madera donde vendían cervezas y refrescos, estaba parado un hombre alto y robusto que vestía una pesada chamarra de cuero y llevaba aparatosos anillos en los dedos. En la muñeca le brillaban con los rayos del sol una cadena de oro. Era un brazalete famoso, pues todos los obreros sabían que allí estaban engarzadas en diamantes las iniciales del líder y su sindicato. Las letras eran seis:

**L.H.G.**

arriba, y abajo decía en letras más grandes;

**C.O.M.**

Significaban Lorenzo Hernández Gómez, y Confederación de Obreros Mexicanos. Las seis letras estaban colocadas contra una pesada placa de oro. El Secretario General de la **C.O.M.**, levantó la mano para acomodarse sus gruesos lentes de miope y la ancha esclava bailó en su muñeca.

- ¿Cuánto le habrá costado esa esclava?- preguntó Graciela.



## El Unicornio Azul

- Mucho- dijo Juana Alonso.
- ¿Y ese milagro que viene?- preguntó Isauro.
- Pues no ves que él puso los trofeos- respondió el Perfumado.
- ¿El los regaló?- preguntó Graciela acariciando los trofeos con la mirada. Eran tres, refulgentes y dorados y ella los veía como si fueran también de oro
- Sí. Son para el campeón, el subcampeón, y el máximo goleador de la liga- explicó Rubí desde atrás. Estaba sentado sobre una piedra y se ponía en ese momento las medias de lana blanca.
- Uy, qué espléndido- dijo Graciela.
- Con nuestras cuotas..- agregó Rubí.
- Es la segunda vez que lo veo- dijo Graciela, pensativa.
- ¿Quiere conocerlo, Chelita?
- ¡Sí! - Vengan, vamos a saludar- invitó el Perfumado.
- Yo no tengo por qué hacerle la barba. La última vez me cobró una semana de sueldo por meter a trabajar a mi hermano, y luego se hizo menso cuando lo dieron de baja al primer mes- dijo Rubí.
- Pues yo sí voy. Es mi cuate- dijo el Perfumado, presumiendo. Rubí adivinó que su amigo seguía tratando de impresionar a Graciela.
- Además tengo que presentarle a la madrina del juego. Digo, él es el padrino ¿no? Chelita es la madrina más chula que hemos tenido y entre los dos van a entregar los trofeos-
- Sí, vamos- apoyó Graciela Bernal.
- Yo también voy. Quiero que me de una carta de recomendación- dijo Isauro.
- Si enseñas una recomendación de ese cuate, van a creer que eres igual de rata que él- dijo Rubí. Juana Alonso fue la única que se rió. Graciela Bernal agarró la mano del Perfumado para ponerse de pie y la soltó de inmediato. Los tres se alejaron rumbo al tendejón donde estaba el Secretario rodeado de un grupo de trabajadores. Rubí y Juana Alonso se quedaron solos, pero no por mucho tiempo. Cuando Rubí terminaba de vestirse otros miembros del equipo se acercaron a él. Eran cinco jugadores ya vestidos de blanco. La simpatía natural de Rubí, combinada con su aspecto impositivo y su fama de maldito con

## El Unicornio Azul

los enemigos le habían ganado muchos amigos en la fábrica. Rubí sabía que para ellos él era una especie de ángel protector y le gustaba ese papel.

- ¿Hoy sí vas a jugar, Rubí? - Al rato. Primero que jueguen los malos- bromeó.

- No le saques.

- Pues no le metas.

- ¿A quién le vas?

- Al que gane.

- Ora...

- No es cierto, Panchito. Pues a nosotros. ¿A poco crees que nos pueden ganar? - Ah, pues no. Va a estar rebueno el partido.

- Por eso vine a jugar.

Rubí terminó de amarrarse los botines cuando el árbitro silbó para que se acercaran los capitanes de los equipos. Rubí siguió a sus compañeros, pero el entrenador del equipo - un obrero de edad muy avanzada que trabajaba en la División de Publicaciones- detuvo a Rubí antes de que entrara a la cancha.

- Tú vas a jugar el segundo tiempo, Rubí.

- ¿Por qué? - No queremos que te vayan a lastimar de entrada.

- A mí no me hacen nada, don Teofilito- fanfarroneó Rubí. - Esos son una bola de mensos.

- Serán lo que quieras. Pero vamos por el campeonato y tú eres el mejor delantero que tenemos. Si te lastiman en el primer tiempo, nos van a ganar. Mejor espérate.

- Como usted diga.

Rubí comenzó a efectuar una serie de ejercicios calistécnicos que había aprendido en el gimnasio de box al que acudía con regularidad. Saltó y tiró puñetazos rápidos al aire y se tocó la punta de los pies para aflojar sus músculos. El dolor de cabeza ya era solamente una presión interna en su cerebro.

El árbitro terminó de dar sus indicaciones a los capitanes y los equipos se distribuyeron en la cancha. Los de TEXMEX iban uniformados de blanco, y los contrarios de azul oscuro. Había dos jugadores del equipo azul que no llevaban el uniforme completo y eso produjo una discusión fuera de la cancha entre los capitanes y el

## El Unicornio Azul

árbitro, pero el problema se solucionó y después de varios minutos el árbitro regresó a la cancha. Era un hombrecillo pequeño, de piernas gruesas como troncos, que vestía correctamente de pantaloncillos y camiseta negra. En el pecho mostraba el escudo de la Federación de Arbitros. Silbó otra vez. Los capitanes se acercaron al centro de la cancha. El árbitro aventó una moneda al aire. Cayó sol, y el equipo blanco recibió el balón. El capitán puso la bola en juego; de inmediato la envió a uno de los delanteros quien avanzó con ella unos pasos, fintó al azul que llegó a quitársela y luego la atrasó, provocando una rechifla entre los simpatizantes de los azules. El defensa despejó largo hasta el otro lado de la cancha. La recibió un blanco, aguantó la llegada de un azul, lo esquivó y envió el balón a un delantero blanco. El árbitro pitó fuera de lugar y el público le mentó la madre. Rubí esperó unos quince minutos. Mientras seguía atentamente el desarrollo del juego completó la serie de ejercicios para aflojar los músculos. Cuando terminó estaba sudando agradablemente y estaba ansioso por entrar en acción. En esos quince minutos se dio cuenta que el entrenador don Teofilito tenía razón; los azules estaban jugando muy fuerte y las llegadas no eran al balón propiamente; eran a las piernas del contrario. El árbitro parecía perder por momentos su autoridad sobre el terreno de juego, y el ambiente festivo de las gradas se estaba caldeando en forma hostil ante cada intervención desatinada del árbitro. Se estaba convirtiendo en un juego de fuerza y no de habilidad.

Rubí regresó a la banca y encontró a Juana Alonso hablando seriamente con Isauro. Ella parecía triste y ninguno de los dos estaba prestando atención al juego. Rubí buscó con la mirada al Perfumado, pero solamente vio a Graciela Bernal y al Secretario Sindical. Los dos estaban recargados sobre el lujoso automóvil del delegado y estaba n muy juntos, hablando en forma íntima.

- ¿Y el Perfumado? ¿Dónde está?

- El delegado lo envió a comprar unas botellas para celebrar cuando termine el partido- respondió Isauro. Rubí hizo un gesto de disgusto.

- Además de embrujado, pendejo. - murmuró.

## El Unicornio Azul

- ¿Qué? - Nada. Vámonos, Juanita. Vámonos antes de que esto se ponga pesado- indicó Rubí. Juana Alonso lo obedeció de inmediato. Recogió su bolso y se puso de pie.

- ¿Te vas a tardar?- preguntó Isauro.

- No. Es cerca de aquí. Regreso antes de que termine el primer tiempo- masculló Rubí, irritado por la forma como sus compañeros estaban siendo agredidos, - Al rato regreso.

- Órale.

- Que te vaya bien, Isauro. Nos escribes.

- Sí, Juanita. Que se mejore tu niño.

- Gracias. Adiós.

- Adiós.

Juana Alonso y Rubí Toscano salieron del llano polvoriento, cruzaron una barranca llena de basura y moscas, rodearon una pequeña milpa con el maíz recién sembrado y siguieron el camino sinuoso abajo de las torres de alta tensión. Rubí iba haciendo boxeo de sombra para que sus músculos no se enfriaran.

- ¿Le gusta el box, Juanita?

- No tengo televisión- dijo ella.

- Un día la voy a invitar a la arena México para que vea una pelea. Se ponen rebuenas.

-¿A ti te gusta pelear, Rubí?

- ¿A mí? Pssssí, pero ya estoy muy viejo para eso.

- ¿Viejo? ¿Pues cuántos años tienes?

- Veintisiete.

- Eres un chamaco. Yo tengo treinta.

- Sí, Juanita. Pero para el box yo ya estoy viejo- dijo Rubí escuchando el zumbido producido por la electricidad en los gruesos cables tendidos entre los postes. Después de una caminata de cinco minutos salieron a una calle, caminaron dos cuadras y llegaron a la vecindad donde vivía Juana Alonso. Solamente entonces Rubí dejó de hacer ejercicio.

La vecindad era una construcción rectangular de un piso, de unos treinta metros de largo por doce de ancho. Los cuartos de la vecindad estaban alineados a lo largo del pasillo central. Cuando ellos dos entraron, el pasillo olía a comida recién hecha. Al fondo estaban los baños y los lavaderos de ropa. La pareja se abrió paso por entre u

## El Unicornio Azul

n grupo de niños que jugaban a las canicas y al trompo en el centro del angosto patio. La quinta puerta del lado derecho, pintada de verde botella mucho tiempo antes, era la de Juana Alonso. Al abrir ella la puerta, dos niños menores de diez años saltaron de la única cama que dominaba el espacio de la habitación y corrieron a abrazar las piernas de Juana Alonso.

-¡Mami, mami, qué bueno que llegaste!

- - Yo sí me porte bien, mamita, te lo juro- dijo el mayor de los niños.

-¿Cómo sigue su hermanito?- preguntó Juana Alonso, mirando con inquietud hacia la cama.

- Igual- respondió el niño mayor.

- Yo no rompí la veladora, mamita- dijo el menor.

- ¿Quién la rompió?

Silencio.

- Yo no fui- dijo el mayor.

- Yo tampoco- dijo el menor.

- Bueno, se rompió sola. Ahora sí pueden salir a jugar al patio- dijo Juana Alonso y los dos niños empujaron a Rubí para salir gritando de alegría. En la cama estaba un tercer niño, inmóvil. Rubí entró atrás de Juana Alonso y cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad de la habitación sin ventanas pudo ver al niño. Su carita pálida estaba cubierta por el sudor que le provocaba la fiebre, y sus ojitos estaban tristes y apagados. No hizo una señal de reconocimiento a su madre. Juana Alonso se acomodó en la cama al lado del niño. La cama crujió. El niño se quejó suavemente. Juana le acarició la cabellera, alborotándola y le pasó la mano por la frente y las mejillas. El niño sonrió débilmente. Juana Alonso le dio un beso en la frente y otro en la punta de la nariz.

-¿Cómo sigues hijito? El niño, que tendría unos seis años, la miró sin responder.

- Sigues malito, pero ya te vas a mejorar, ¿verdad? El niño asintió.

- ¿Qué dijo el doctor?- preguntó Rubí. Estaba parado al pie de la cama, donde permanecía inmóvil viendo la escena.

- Le mandó esas pastillas. Dice que no es grave, que son las anginas.

## El Unicornio Azul

Rubí examinó las cajas que estaban sobre la mesa donde Juana Alonso cocinaba la comida con una parrilla eléctrica. Puso cara seria aunque no tenía la menor idea de lo que estaba leyendo en las etiquetas blancas. Juana Alonso se levantó. Estrujándose las manos fue a donde estaba Rubí.

- No sé qué voy a hacer si mi niño no mejora.

- dijo compungida.

- No se preocupe, Juanita. A todo nos dan anginas.

- Sí, pero mi niño ya lleva dos semanas de calentura. Y no se mejora.

- Calma, con calma princesa. Todo se va a componer, ya verá. Al rato su niño va a estar jugando con todos los otros niños. Ya lo verá- - Es que ya me cansé de rezar día y noche. Le pido a Dios que me lo mejore, pero nada. Parece que no me oye, Rubí. Debo haber sido muy mala para que Diosito me castigue tanto- dijo Juana Alonso y sin poder contenerse más se soltó a llorar escondiendo las lágrimas entre las manos. Rubí la estrechó entre sus brazos. Se sentía torpe e inútil para consolar a Juana Alonso.

- Siga rezando, Juanita.

- No, ya no. Diosito no me quiere, Diosito no me quiere...

- Siga rezando y verá como su hijo se va a componer.

-¿Deveras?

- Segurolas-

- ¿Me lo prometes?

- Se lo prometo. Mire, póngale esto. Está bendito. Lo compré en la Villa- Rubí se quitó su escapulario del cuello y se lo puso en la mano a Juana Alonso. Ella lo recibió y se pegó mas al cuerpo de Rubí, pero no en una forma provocativa o sexual. Rubí adivinó que Juana Alonso buscaba solamente un poco de ternura y comprensión. La mantuvo entre sus brazos mientras ella se desahogaba y se iba controlando poco a poco. Los sollozos fueron disminuyendo, pero el ambiente cerrado e íntimo del cuarto, el olor a limpio de la cabellera de Juana Alonso y su cuerpo voluptuoso terminaron por provocarle a Rubí una poderosa erección que fue difícil de ocultar bajo los calzoncillos del uniforme. Se colocó de ladito para que Juana Alonso no sintiera la erección. Trató de pensar en otras cosas, trató de decir algo que sirviera para consolar a la

## El Unicornio Azul

mujer, pero en ese momento y en esa circunstancia descubrió lo difícil que puede ser brindar consuelo. Se limitó a darle un fuerte apretón con sus musculosos brazos, pero fue peor; los senos de Juana Alonso se oprimieron contra su costado, y su miembro reaccionó amenazando romper el calzoncillo. Tragó saliva, dominando la tentación de agarrar lo que tenía a mano. Luego aceptó con sorpresa un beso que ella le dio impulsivamente en la mejilla.

- Gracias, Rubí.

- ¿Gracias de qué? Yo no hice nada.

- Es que... me sentía muy sola. Por eso acepté ir contigo al juego. Tenía miedo de llegar aquí.

- ¿Y ya no?- preguntó Rubí. Se apartó de Juana Alonso y disimuladamente hizo unos arreglos para que su predicamento fuera menos evidente.

- No- dijo Juana Alonso, negando al mismo tiempo con la cabeza.

- Bueno. Ya me voy, princesa. Si tienes algún problema me avisas. A ver qué hacemos- dijo Rubí pensando en los muslos de Juana, en los senos de Juana, en su breve cintura...

- Cuando mi niño se mejore... ¿vienes a comer con nosotros?- preguntó Juana Alonso y besó el escapulario de Rubí.

- Cuando quieras, princesa. Tú me avisas. Ahora tengo que irme. Pero nos vemos en la fábrica- dijo Rubí y sonrió y su cara se iluminó.

- Está bien.

- respondió Juana Alonso y sonrió a su vez. Su cara redonda y morena se suavizó. El rímel de sus ojos había corrido con el llanto por las mejillas gorditas y Rubí pensó con ternura que Juana Alonso parecía un globito de feria pintado de diferentes colores.

Salió al patio, aspiró profundo y se soltó a correr.

## *Siete*

Antonio se enjabonó seis o siete veces tratando de quitarse de encima el olor a pútrido, pero fue inútil. La pestilencia persistía. Cerró la llave, salió de la regadera, se sacudió el agua excedente del cuerpo y se frotó ligeramente con la toalla. Cuando estuvo seco la tiró al piso. Por la puerta entreabierta volvió a ver el cuerpo de Jenifer. Primero la miró de reojo, pero luego volvió a mirarla con atención pues le pareció que el cuerpo había cambiado ligeramente de postura.

Cruzó a zancadas el cuarto. Llegó al ventanal y de un tirón abrió las pesadas cortinas que bloqueaban la luz del día. Antonio parpadeó, deslumbrado por el sol brillante. Sin darse cuenta, varias horas habían transcurrido. La Bahía de Manzanillo con su mar verdiazul se extendía al frente, cubriendo todo el horizonte visible del Océano Pacífico. El sol estaba en lo alto, y en la playa dorada abajo de los edificios blancos de Las Hadas, junto a la marina repleta de veleros, los bañistas correteaban por las olas.

Antonio regresó junto a la cama y se inclinó sobre el cuerpo de Jenifer sin dejar que su esperanza lo dominara. No se atrevió a tocarla aún, pero acercó el oído a la espalda pecosa y pudo percibir una ligera respiración casi inaudible. ¡Jenifer estaba viva! Entonces sí volteó el cuerpo bocarriba, vio de frente y muy de cerca el rostro tumefacto y ensangrentado y cerró los ojos. No quiso verla. En la penumbra todo tenía un carácter irreal, de pesadilla. Ahora, bajo la luz del sol que entraba por el ventanal, la realidad era más fría y más despiadada. La irracionalidad no podía justificarse a pleno día. La locura era nocturna, era de sombras, de telarañas y polvo, no de sol brillante, de aguas limpias y de quietud. Con la luz natural Antonio comprendió más y aceptó menos las consecuencias de la rabia y de los gritos, de la furia y la incoherencia de la demencia.

Lo importante ahora era que Jenifer, por el sonido de su respiración, parecía grave pero aún estaba con vida. Eso era lo importante. Antonio tenía que concentrarse, tenía que controlarse. Nerviosamente marcó el número de la recepción en el teléfono. - A sus órdenes- le respondió una voz femenina y muy suave.

- ¡Necesito un doctor!



## El Unicornio Azul

- ¿Qué sucede?  
- No le importa- ladró Antonio y luego corrigió. - Hay un herido muy grave en mi cuarto. Es urgente que venga el doctor. .  
- Permítame un segundo. No cuelgue.

Antonio esperó con el cuerpo en tensión.

- Sí, dígame- respondió una voz autoritaria. Antonio pensó que era el gerente del hotel.

- ¡Necesito un doctor!. ¡Es urgente, carajo! Mándelo de inmediato.

- Calma, calma... El doctor está en Manzanillo en este momento y tardará unos quince o veinte minutos en llegar aquí. ¿Qué tan urgente es?

- De vida o muerte.

- Entonces quizá será mejor trasladar al herido directamente al hospital de emergencia.

- ¿Qué tan lejos está?

- A diez o quince minutos de aquí.

Antonio dudó. No había mucha diferencia.

- No. No quiero moverla. Puede ser peor. Llame al médico.

- De inmediato- dijo la voz y cortó la comunicación.

Antonio también colgó de golpe. ¡Quince o veinte minutos! Sería una espera muy larga, pero no podía hacer otra cosa. Comprobó que Jenifer siguiera respirando y cuidadosamente la acomodó sobre la parte limpia de la cama. Ella murmuró algo cuando él la movió del torso. Posiblemente tenía una costilla rota. O la clavícula. O quizá algo peor. Antonio la cubrió con la sábana hasta la barbilla, pero no le pareció correcto la forma como destacaba la cara hinchada y bajó la sábana un poco. ¿Qué más podía hacer? Quitó la almohada sucia y la arrojó al piso. Pensó en tratar de despertar a Jenifer, pero decidió no hacer nada. Cualquier cosa podía ser perjudicial. Además el coro de locos era difícil de mantener bajo control y en cualquier momento podrían dominarlo de nuevo. Decidió esperar.

Recogió sus cigarrillos del baño, se puso el calzoncillo de nadar y salió a la terraza. Aspiró profundo. La brisa que venía del mar abierto frente a él era fresca y dulce. Antonio se acomodó en la poltrona de plástico blanco. Encendió un cigarrillo cubriendo la flama del encendedor para que el viento no la apagara. Distraídamente se

## El Unicornio Azul

fijó en un buque de carga que entraba lentamente al otro lado de la bahía rumbo al puerto de Manzanillo. Se miró los nudillos. ¿Y si Jenifer moría? El doctor tardaría demasiado. Quizá había cometido un error. Quizá debió haberla llevado directamente al hospital, como propuso el hombre por teléfono. *Padre Nuestro...* comenzó a rezar pero se detuvo al pensar que era hipócrita de su parte. Sabía que El no lo escucharía porque Antonio se había alejado mucho tiempo antes. Antonio nunca había rezado en su vida, excepto en sus noches de infancia. Entonces sí había rezado con toda su fe de niño y había rogado por sus hermanos y por su madre, por su madre particularmente para que ella ya no sufriera, pero ella había seguido sufriendo y él había dejado de rezar y ahora era hipócrita de su parte hacerlo solamente en esos momentos de necesidad. Sentía que era hipócrita haberse pasado la vida negando a Dios y necesitarlo en ese momento. ¿Pero y si Jenifer moría? No. Lo mejor había sido no trasladarla a ningún lado. Si tan sólo con moverla unos centímetros en la cama él la lastimó, el viaje en el auto hubiera sido mortal. Sí, que el doctor la examine aquí. ¿Pero por qué tiene que tardarse tanto, Dios mío? *Otra vez Dios. Siempre Dios.*

Padre Nuestro, que estas en los cielos...

Miró al cielo. Grupos de nubes oscuras se movían hacia el sol. Un globo de Cantoya color naranja brillante ascendía rápidamente a la distancia, arrastrando bajo la canastilla a dos hombres colgados por los pies de la cuerda de amarre. El viento arreciaba y abajo el mar estaba agitado. Antonio podía ver las olas golpeando con fuerza en los arrecifes y en la playa y contra el buque de carga, ese enorme barco negro que entraba lentamente a la bahía y que a lo lejos parecía de juguete.

Siete años antes, Antonio también esperaba en una terraza, pero era una terraza en un hotel de Acapulco y Antonio esperaba a que Jenifer saliera de bañarse para ir juntos a comer a la playa. Al llegar a México se habían dirigido directamente al puerto de Acapulco por carretera y continuaron la fiesta por quince días; visitaron algunos restaurantes y centros nocturnos, en especial uno donde tocaba un grupo de música Dixie, pero primordialmente se dedicaron a hacer el amor. Lo hicieron en la playa, entre las olas y de noche, en la alberca, en la cama, en la bañera y bajo la regadera, en el clóset, en el auto

## El Unicornio Azul

estacionado a espaldas de una patrulla costeña, dentro de una lancha, sobre la mesita de servicio a cuartos del hotel y en los pasillos desiertos. Al descubrirse mutuamente descubrían también el mundo alrededor de ellos y su pasión y su felicidad se reflejaba en las sonrisas de los demás. Eran una pareja de enamorados y el mundo reconocía en sus rostros sonrientes el amor que los fortalecía y renovaba. En un a de las playas de La Cuesta conocieron a un viejo marinero de enorme estatura y corpulencia, cuyas barbas grises y largas, sus ropajes holgados y los collares de concha que usaban le daban un cierto parecido a Neptuno, el dios del mar. El viejo marinero había aprendido a tallar figuras en las papas que luego comían a bordo de los barcos mercantes donde él había recorrido varias veces el mundo. Cansado de viajar, el viejo vivía de vender en las playas pequeñas esculturas en palo de fierro. Con su voz de trueno y risa de catarata, el viejo Neptuno les mostró todas las piezas que guardaba en su choza de palma. Cada una era extraordinaria, pero ninguna resultaba comparable a una enorme talla en lapislázuli que descansaba sobre un pedestal de piedra en el centro de la choza.

- Un unicornio... - dijeron Jenifer y Antonio al unísono.
- Yo creo que el unicornio era un rinoceronte- dijo Jenifer.
- O un narval- dijo Antonio.
- Un sueño de alquimistas.
- Una leyenda medieval.
- Un cuento de niños.
- Nunca existió.
- ¿Cuánto cuesta?
- Ese no se vende, señorita.
- ¿Por qué? El viejo suspiró.
- Porque ese animal me ha perseguido durante cincuenta años de mi vida- dijo el tallador. Su voz vibrante denotaba su fascinación.
- Nunca lo he visto, pero como los chinos, yo espero encontrarlo cara a cara antes de morir.
- Usted habla como si el unicornio existiera realmente- dijo Antonio. El anciano marinero sonrió enigmático.
- Los reyes de Francia usaban polvos de cuerno de unicornio para limpiar el veneno de sus comidas, jovencito. Si eso

## El Unicornio Azul

hacían los reyes, ¿usted cree que un pobre marinero como yo se atrevería a negarlo? Además, donde quiera que fui por los siete mares, el unicornio ya era conocido, ya había estado allí; lo encontré en Grecia y en Japón, en la India y en China, en Escandinavia y los Mares Bálticos. A donde quiera que yo desembarcaba, allí estaba ese animal esperándome, burlándose de mis esfuerzos por atraparlo, escabulléndose todo el tiempo...

- De lo que sí estoy segura es que su cuerno era afrodisíaco-susurró con malicia Jenifer. Antonio volteó a mirarla; parada junto a la puerta de la choza, a contraluz, las formas de Jenifer eran claramente visibles bajo su ligero vestido blanco. Se apresuraron a regresar al hotel, donde podían ocultarse de las miradas indiscretas. Cuando los quince días de vacaciones se acabaron, la pareja regresó a la Ciudad de México. Ninguno de los dos pensó que su relación sería algo más que una aventura pasajera pero cuando transcurrieron siete meses y ambos seguían amándose con la misma intensidad, comenzaron a sospechar que el amor iba en serio. Antonio encendió un cigarrillo en la terraza de Manzanillo y recordó el magnífico buen humor de Jenifer al principio. Gracias a eso ella se había adaptado sin problemas a las particularidades de la urbe más grande del mundo. Aceptaba de buen grado la escasez constante de agua, las instalaciones eléctricas deficientes y la grosería de los repartidores de gas. Gozaba muchísimo yendo al mercado público, donde aprendió el arte de regatear y de donde regresaba cargada con exceso de frutas y flores. También aprendió a ponerse una coraza ante el asedio de los moscones que la perseguían en cuanto ponía un pie en la calle, cubriéndola de piropos ingeniosos, y a las doce en punto tenía listo el almuerzo para cuando Antonio llegara. Él procuraba regresar temprano del periódico y hacían el amor y comían y pasaban el resto de la tarde visitando la ciudad. Fueron a los museos y frecuentaron la Zona Rosa, donde Jenifer se aficionó al café con leche y al pan dulce; visitaban las tiendas alrededor del Zócalo, o caminaban a lo largo de Insurgentes Sur viendo a la gente y los aparadores. Iban a Bellas Artes y a Chapultepec, donde jugaban con los niños que se habían ido de pinta de la escuela para irse a remar al lago mayor, o platicaban con los ancianos que dejaban correr el tiempo jugando ajedrez o dominó en las mesas colocadas junto al lago menor.

## El Unicornio Azul

Antonio quería compartir con Jenifer todas las cosas y lugares que a él lo apasionaban. Un domingo despertó temprano con una idea en la cabeza y se apresuró a despertar a Jenifer.

- ¿Qué ocurre?- dijo ella, adormilada.
- Vámonos, que se hace tarde.
- ¿Adónde?
- A las pirámides.
- ¿Las pirámides? Qué ideas tienes- respondió ella y se tapó la cara con las mantas. Antonio la destapó.
- Vamos. Tiene que conocerlas.
- ¿Para qué quiero ir a ver un montón de piedras?
- Te pertenecen.
- ¿A mí? Yo no soy azteca.
- Le pertenecen a toda la humanidad. Ven, vamos. Te van a gustar.

- No quiero, no quiero y no quiero.

Después de una hora Antonio la convenció finalmente y a regañadientes Jenifer se metió bajo la regadera. Cuando salieron del departamento Antonio enfiló el automóvil hacia la carretera a Pachuca. En las afueras de la ciudad, después de la caseta de cobro, vieron un signo verde y blanco que decía Pirámides y Antonio desvió el automóvil. En unos minutos llegaron a un llano extendido desde donde vieron las Pirámides de Teotihuacán a lo lejos, confundidas con los cerros color marrón que cercaban el valle. Después las perdieron de vista un buen rato hasta que llegaron a la entrada a la zona arqueológica. Siguieron las indicaciones hacia la Pirámide del Sol. Estacionaron el auto en un terreno polvoriento y pedregoso y caminaron por entre los pequeños puestos de artesanías rumbo a la pirámide que se erguía imponente frente a ellos con una rotunda solemnidad; no había nada de ligero o alegre en esa maza sólida y pesada que proyectaba en su majestuosidad una poderosa dignidad religiosa y espiritual.

- Esta es una de las zonas arqueológicas más importantes del mundo- dijo Antonio orgullosamente, mientras guiaba a Jenifer hacia los escalones frontales de la pirámide.

- Casi no hay gente- comentó Jenifer, poniéndose sus anteojos oscuros y mirando distraída hacia la Calzada principal.

## El Unicornio Azul

- Fue construida con piedra volcánica hace más de mil quinientos años- agregó Antonio. Jenifer gruñó algo. Ascendieron por los empinados escalones frontales con precaución, tocando con las manos los peldaños superiores conforme subían a la primera plataforma. Descansaron unos segundos y siguieron a la segunda. Luego fueron rodeados por un grupo de excursionistas alegres y bromistas cargados con cestas de comida y cámaras fotográficas, que los acompañaron el tramo final.

Una vez arriba Antonio notó plenamente el viento que había sentido allá abajo. Era un viento seco y frío que golpeaba libremente allí, encima de la Pirámide del Sol. En la cima descubierta había un montículo donde alguna vez estuvo el templo oratorio y de sacrificios ahora ocupado por vendedores de recuerdos en obsidiana y folletos con fotografías a colores del lugar. Con el cabello agitado, Antonio volteó a contemplar el panorama entero de Teotihuacán desde el punto más alto de la antigua ciudad de los dioses. Enfrente de ellos se extendía el camino principal, la Calzada de los Muertos, que seguía en línea recta hasta desembocar en la Pirámide de la Luna, al norte. Al sur estaba la parcialmente derruida Pirámide de Quetzálcoatl. El viento seguía llegando en una ráfaga constante de direcciones encontradas, pero principalmente del oriente, de allá de donde el sol emergía en las madrugadas frías del altiplano. Antonio trató de despertar el escaso interés de Jenifer mencionando todo lo que sabía del lugar; le dijo que Teotihuacán había sido un lugar de veneración surgido mucho tiempo antes que el Imperio Azteca, y que allí, entre esas piedras negras y rojizas, se habían creado las bases de un imperio religioso y militar que había llegado a dominar a todos los pueblos desde aquí hasta Guatemala; le señaló la pirámide derruida dedicada a Quetzalcoatl y le contó la leyenda de ese hombre- dios rubio que había sido vencido y exiliado por Tezcatlipoca; le señaló la Calzada de los Muertos, la Pirámide de la luna, más pequeña, y le explicó la posición de las construcciones, pero Jenifer no mostró mucho interés.

- ¿Qué más hay aquí?

- ¿Más? ¿Aparte de las pirámides? - Sí.

- Nada. ¿No se te hace suficiente?

- Bueno, sí, pero si pusieran algunos juegos o algo así podrían atraer a muchísima gente y hacer carretadas de dinero.

## El Unicornio Azul

- Y convertir esto en una especie de Disneylandia arqueológica, ¿no?

- ¡ Sí! ¡ Algo así!

- Jenifer, por favor...

- *Well*, no me mires así. A mí me parece buena idea. Tu país necesita mucho dinero para desarrollarse.

- Piensas demasiado en el dinero, Jenifer.

- Y tú muy poco. Uy, hace mucho viento. Vámonos de aquí- pidió Jenifer. Descendieron un nivel y caminaron alrededor de la plataforma en busca de un lugar donde protegerse del viento y para alejarse de los ruidosos excursionistas que de alguna forma manchaban lo espléndido del lugar y lo disminuían con sus botes de cerveza y las interminables bromas y chistes.

-¿Sabes lo que le dijo Cortés a Cuauhtémoc?- preguntó uno.

- No- respondió el otro.

- Que su carrera política ya se había acabado.

- ¿Por qué? - Porque ya estaba muy quemado.

Antonio sonrió al escucharlos mientras daban la vuelta a la plataforma y se acomodaban sobre el pasto que crecía allí, entre las piedras.

- Qué curioso. El sol está durísimo, pero no hace calor- murmuró Jenifer y se acurrucó contra Antonio. Era cierto. No hacía calor aunque el sol fuera intolerable. Era un sol seco que no los hacía sudar, pero les escorchaba la piel y quemaba a pesar del viento frío que se arremolinaba sobre ellos; un sol que calcinaba sin calor, y quemaba sin fuego.

Antonio quiso verlo de frente, pero era difícil. Su sorda brillantez era un haz de luz que buscaba incansable, que emblanquecía como huesos todo lo que yacía bajo su peso. La hierba inclusive parecía cansada de aguantar la resolana y había adquirido un color dorado, como de oro viejo, y los árboles del chaparral que rodeaba la Ciudad de los Dioses eran verdes y abombados, de copas de aspecto agotado y vencido bajo el castigo del sol. Antonio examinó la ciudad; siguió con la mirada el trazado de las calles extraordinariamente rectas y prolongadas, encabezadas por la avenida principal que cruzaba frente a la Pirámide del Sol y desembocaba en la de la Luna; aún podía percibirse la distribución de los lugares donde alguna vez

## El Unicornio Azul

estuvieron las casas, el mercado y las escuelas sacerdotales. La distribución de la ciudad era abierta, diseminada a lo largo y lo ancho y Antonio alcanzaba a contemplar sin obstáculos más allá de la zona arqueológica; a lo lejos, las construcciones recientes destacaban inmediatamente por las blancas paredes encaladas, o por las torres y cúpulas de las iglesias.

Jenifer, tendida a su lado, se había quedado completamente dormida. No le interesaba ver lo que Antonio veía, y le aburrían las historias que él le contaba. Antonio comprendió que el lugar era importante solo para él, importante porque lo quisiera o no, Teotihuacán era parte de la memoria colectiva que él, como mexicano, llevaba en la sangre.

Jenifer había juntado y encogido las piernas para adoptar una posición fetal cuando su sueño se profundizó, sin que la grandiosidad del lugar la afectara, sin tener idea del triunfo que significó para la humanidad que aquellos hombres que no usaban la rueda como medio de transporte hubieran construido ese observatorio celeste mientras Europa entraba en su etapa oscura, en su edad media decadente y sucia. Antonio pensó que mientras Roma se desintegraba, aquí se construían templos para observar el sol y la luna, para medir el paso del tiempo, para diseñar calendarios solares y hacer mediciones astronómicas precisas con el uso de tres o cuatro símbolos, y se descubría el valor posicional de las matemáticas y el valor del cero y se construían ciudades esplendorosas, tan importantes como las que en Europa podían encontrarse únicamente en el corazón del Imperio Romano. Allá un Imperio. Aquí otro. San Agustín describía a los Imperios Terrenales como Imperios Temporales. ¿Y acaso no lo son? ¿Acaso en términos históricos no fue ridículamente temporal el poderío romano? Tanto así que al desaparecer, desapareció por completo. Igual aquí. Los aztecas también fueron un imperio, y desaparecieron igual que los romanos; ambos se evaporaron casi absolutamente, dejando atrás unas cuantas ruinas allá, y unas cuantas pirámides aquí; apenas unas cuantas referencias, apenas un recuerdo que se prolongaba por encima del polvillo acumulado en las bibliotecas y en los museos. Fuera de eso no quedaba nada. ¡Nada! Ni siquiera una lengua para maldecir al destino. Ni siquiera una oración para bendecir a ese sol que los quemaba; apenas un poema de



## El Unicornio Azul

Nezahualcóyot que habla, precisamente, de lo temporal del hombre sobre la tierra.

Antonio volteó a ver a Jenifer y le acarició la cabellera rubia y sus caderas y su cintura y no quiso despertarla de su sueño. Habría que darle un poco de tiempo. Miró de nuevo a la Pirámide de la Luna. ¿Quiénes eran ellos, esos hombres que habían construido ese lugar extraordinario? Se preguntó sin poder otorgarse una respuesta. Miró las piedras rojizas y negras y se preguntó, pensando en aquellos otros hombres que ahora parecían tan remotos y lejanos; ¿En qué creían y cómo creían? ¿Creían en el amor? ¿Creían en la armonía, la belleza, todas esas cosas? Antonio quiso retroceder en el tiempo y ponerse en el lugar de uno de esos hombres seiscientos años antes. Tenía unos pocos datos; por ejemplo, veneraban al sol. Dios era el sol. Trató de contemplar el círculo amarillo y deslumbrante del sol, ese sol implacable cuya luz se clavaba en el cuerpo como algo físico. Dios era el sol. El sol era dios. Y dios se ocultaba por las noches, luchaba contra la oscuridad y dejaba en la batalla una estela sangrienta. El Señor Sol luchaba la noche entera para reaparecer por las madrugadas y perdía mucha sangre. El sol se hundía en ese momento por el horizonte y Antonio Iztlaxihuátl se preguntó qué significaba ese cielo ensangrentado. ¿Debía interpretarlo como un aviso? Yo, Nezahualcóyotl Alarcón, Supremo Señor de Texcoco, ¿debo pensar que ese cielo lleno de sangre es una recomendación? ¿Acaso un ruego de mi dios, que me pide sangre para no morir, para no debilitarse, para no perder la batalla y evitar que todos los hombres sobre esta tierra desaparezcamos?

- Tengo frío- murmuró Jenifer. Antonio se quitó su suéter y la cubrió y siguió pensando en ellos. ¿Qué sintieron ellos cuando perdieron todo? Sus costumbres, sus ciudades, sus leyendas, sus lenguas y hasta sus dioses. Todo. Absolutamente todo. Ellos, los más poderosos, ¿Qué sintieron cuando todo, absolutamente todo cambió? ¿Qué sintieron al descubrirse abandonados por sus dioses a pesar de los ruegos y sacrificios? Ellos tuvieron que contemplar la destrucción del universo como era conocido hasta ese momento. La Desolación Mayor. No muy diferente a una explosión nuclear que devastara todo; en ese caso quedarían también solamente las piedras.

## El Unicornio Azul

¿Y él? ¿El quién era? El no era azteca, nahua o maya, pero tampoco era español. Y sin embargo él era ellos; era el conquistador y el conquistado; estaba equidistante de Roma y de Teotihuacán; igual de cerca, pero igual de lejos. El no era como ellos; si se encontraba en la calle con ellos se contemplarían mutuamente con recelo y extrañeza; ni se reconocerían ni se entenderían. El tiempo había abierto una brecha imposible de cerrar; ellos fueron suyos en algún momento. Ahora ya no lo son, ahora son puntos distantes de un pasado que él se esforzaba por entender. Conquistador y conquistado; ni conquistador, ni conquistado. Ahora, los niños que jugaban con las piedras sueltas y las hormigas rascando en las paredes terminaban con la labor destructora y llegaría el día en que ni siquiera este recuerdo de ellos sobreviviera. Civilizaciones todopoderosas; Roma y Teotihuacán; él estaba a igual distancia de esos imperios perdidos, borrados sin dejar apenas huella de su grandeza, de su esplendor. Ocurrió en Roma. Ocurría aquí. Antonio volteó a ver a Jenifer. La vio plácidamente dormida, disfrutando de su sueño confiada en sí misma, gozando de sus imágenes tranquila y sin sobresaltos. Sus ropas destacaban y desentonaban con el lugar donde yacía, ese lugar donde alguna vez se conjugaron el sol y la luna y el universo.

Antonio trató de no escuchar a los visitantes. Trató de borrarlos de allí. En el silencio permanecería únicamente Echátl, el viento incesante que mecía las copas de los árboles y poco a poco iba desgastando esas enormes construcciones, esos remanentes de lo que fue. El viento se llevaba en el polvo a Teotihuacán.

En esos primeros meses Antonio aprendió que hacer el amor con Jenifer era siempre sorpresivo y desconcertante. Lo descubrió la primera noche que pasaron juntos en San Francisco y lo confirmó después en México. Algo emanaba de ella, algo que venía de muy profundo de esa mujer llamada Jenifer Highland; era como una vibración ronca y continua de todas las fibras de su cuerpo en tensión, una vibración que por momentos se escuchaba como si fuera el gruñido ahogado de un felino, el ronroneo de una gata enorme y poderosa viviendo dentro de Jenifer. Era como el rugido de una bestia contenida a base de una sola cosa; de fuerza de voluntad. Amar a Jenifer era una incógnita y un encuentro; era tan simple como dar un paso en firme hacia adelante y caer a un pozo sin fondo; tan simple

## El Unicornio Azul

como zambullirse en una alberca y salir a la superficie en medio de una tormenta huracanada en el Atlántico; tan sencillo como subir un escalón y encontrarse flotando en el espacio de un cosmos sin gravedad ni final. Jenifer tenía poderes que Antonio ni siquiera sospechaba que existieran y al amarla sentía que el cuerpo de Jenifer y la pasión de Jenifer lo volteaban de afuera hacia adentro y hacia afuera de nuevo.

Tuvieron sus primeras desavenencias, siempre por dinero, y Antonio también aprendió que amar a Jenifer podía hacerlo miserable. Ella nunca le negaba su cuerpo, pero lo apagaba y Antonio perdía la batalla por mucho que se esforzara en encenderlo. La situación duró hasta que él comprendió que las chispas ocurrían solamente cuando Jenifer decidía soltar la pasión que controlaba cuidadosamente. Una noche, después de una discusión, Jenifer cerró con llave la puerta de la recámara. Antonio entró por la fuerza y arrojó a Jenifer sobre la cama. Lleno de furia comenzó a escarbar y a hurgar en la cerradura de Jenifer hasta que logró abrirla por completo. Jenifer sintió al instante lo que Antonio quería hacer y abrió espantada los ojos y trató de escabullirse del abrazo, pero Antonio la dominó.

- ♦ ¿Qué haces? ¡No! ¡No sigas!
- ♦ Shhh...

- ¡No! ¡No lo hagas! ¡Es mía, es mía!

- Que sea nuestra.

- ¡No quiero! Por favor, no quiero, no quiero... - rogó Jenifer pero ya era muy tarde; Antonio había llegado al fondo de la jaula y estaba domando a la bestia; le estaba soltando la cadena aunque Jenifer quisiera tenerla quieta. Ella lanzó un profundo gemido de rabia y amor, lo rasguñó y lo mordió, pero Antonio no se detuvo hasta que ella perdió por completo el control y se sacudió como enloquecida bajo su cuerpo y luego se desmayó. A partir de esa noche fue cuando ella comenzó a odiarlo, pues su poder ya no era de ella; era de los dos y el amor se convirtió así en una lucha permanente, en una batalla por el control de la bestia y en una exploración continua por los límites inciertos del placer.

Conforme el tiempo fue transcurriendo, Jenifer dio muestras de una intranquilidad que no alcanzaba a dominar del todo. A veces Antonio la encontraba eufórica sin razón aparente y ella era un

## El Unicornio Azul

torbellino de risas, bromas y travesuras sin final. Otras, Jenifer simplemente despertaba de mal humor y por su rostro cruzaba una sombra que oscurecía todo a su alrededor. Se cambió el peinado doce veces y luego se le ocurrió cambiar la distribución de los muebles en el departamento; principió por la sala, siguió con la recámara y terminó en el estudio de Antonio. Una semana después, insatisfecha con los resultados, cambió de nuevo toda la distribución y a partir de allí rearrreglar el departamento de Antonio se convirtió en un hábito obsesivo. Cada día agregaba o quitaba algo. Luego se fijó en las paredes y decidió que era el color lo que la molestaba; para cuando Antonio regresó del periódico ya el departamento estaba pintado de colores brillantes y luminosos. Luego fueron los colores pastel, suaves y sin cuerpo. Luego una combinación de los dos con rayas y arcoíris extraños, pero Jenifer nunca quedaba del todo conforme con su trabajo y volvía a comenzar.

Una tarde, exactamente once meses después de su fuga, Antonio la encontró revisando unos papeles. Era un telegrama que incluía dos boletos de avión a San Francisco. Los enviaba el abuelo de Jenifer. El telegrama decía simplemente:

***I'd like to meet your new boyfriend.  
Randolph B. Highland.***

- Hazlo por mí- pidió Jenifer ante la negativa de Antonio. - Después de que mi padre murió en la guerra, mi abuelo se hizo cargo de nosotros. Yo era muy pequeña y él ocupó el lugar de mi padre. Mi madre y él son todo lo que tengo en el mundo. Y ahora tú, por supuesto, pero me gustaría tenerlos juntos a los tres.
- No quiero ir, Jenifer.
- Oh, Tony, no seas así. ¿Qué puedes perder?
- A ti-
- Darling, darling, eso nunca sucederá.
- ¿Y por qué redactó el telegrama de esa forma?
- Así es él.
- No me gusta. ``Quiero conocer a tu nuevo novio." ¿De qué se trata? ¿De una exhibición de tus conquistas? No entiendo.

## El Unicornio Azul

- Él lo hizo a propósito, sabiendo que eso te ofendería- dijo Jenifer y se embarcó en una larga explicación acerca del carácter de su abuelo. Lo único que Antonio sacó en claro fue que el anciano colocaba todo en el tapete de la competencia y le gustaba jugar contra un buen oponente. Antonio escuchó atentamente sus razones, pero siguió negándose. Ella se encaprichó. Primero dejó de hablarle. Cuando eso no funcionó trató de intimidarlo rompiendo cosas en la cocina y golpeando las paredes y las puertas en repentinos ataques de furia. Tampoco funcionó. Luego trató de halagarlo y suavizarlo preparándole comidas especiales y siendo particularmente amorosa. Antonio no cedió. Ella intentó un poco de discretas amenazas, pero ni a ella misma le gustaban así que desistió de inmediato. Antonio no quería ceder. Aunque nunca se lo confesó a Jenifer, cuando leyó el telegrama tuvo un presentimiento; por ningún motivo debía conocer al abuelo de Jenifer. Y sin embargo, cuando ella se olvidó de los actos heroicos y se dio por vencida recurriendo finalmente a las lágrimas, Antonio aceptó ir a San Francisco.

*Y ese fue mi primer error*, pensó Antonio en la terraza de Las Hadas, mientras revivía en escasos minutos todo lo que había vivido con Jenifer a lo largo de los siete años de su relación. Se acomodó en la poltrona y cerró los ojos al sol. Estaba cansado, muy cansado... era agradable la sensación de los rayos dorando su piel. Pensó en llamar a Jenifer, pero se dio cuenta que no podía llamar a Jenifer y se refugió de nueva cuenta en el pasado.

Cuando llegaron al aeropuerto internacional de San Francisco los estaba esperando una limosina negra. En cuanto ellos cruzaron las aduanas y salieron del aeropuerto por las puertas automáticas, de la limosina bajó una mujer a recibirlos. Era Elizabeth King, la secretaria de Randolph B. Highland. Elizabeth era una mujer elegante, de cincuenta o sesenta años de edad y de sonrisa pronta y franca. Una sonrisa, sin embargo, que administraba cuidadosamente. Su cabellera había sido rubia alguna vez y ahora era blanca casi por completo.

- Hola, Jenifer. Bienvenida a casa.

- Hola Liza. Gracias por venir. ¿Cómo estás?

## El Unicornio Azul

- Bien, Bien... Tú eres Tony, obviamente.

- Antonio Alarcón. Mucho gusto.

El chofer de la limosina, de ascendencia mexicana, saludó a Jenifer respetuosamente e inclinó la cabeza ante Antonio en forma burlona.

- ¿Es todo el equipaje?- preguntó al meter la única maleta en el baúl.

- Sí. No vamos a permanecer muchos días- respondió Antonio a la defensiva. Elizabeth sonrió discretamente.

- Ya veremos- dijo en forma misteriosa.

Subieron a la limosina y el chofer la puso en marcha. Elizabeth y Jenifer tuvieron amplio tiempo para hablar entre ellas en susurros sigilosos, pues la mansión de los Highland estaba a una hora de camino del aeropuerto. Jenifer contó entusiasmada algunas de sus aventuras en México y Elizabeth la escuchaba mientras inspeccionaba discretamente a Antonio. Varias veces él percibió la mirada penetrante de Elizabeth, pero cada vez que volteaba, ella escabullía los ojos. El chofer tampoco dejaba de mirarlo socarronamente por el espejo retrovisor. Cada vez que Antonio decía algo se producía una tensión torpe y maliciosa dentro del auto, que Jenifer se apresuraba a disipar con algún comentario banal. Poco antes de llegar, Elizabeth se puso repentinamente seria.

- Jenifer, Tony es muy agradable- dijo- ella como si él no estuviera presente- Pero me temo que eso no servirá de nada con tu abuelo. Tu madre me pidió que te advirtiera algo; mister Randolph no va a permitir esta relación.

- Ya lo sabemos- dijo Jenifer en un susurro y apretó la mano de Antonio. Parecía asustada. - Gracias por el aviso, Liza.

- I love you, dear. Good luck- respondió Elizabeth cuando la limosina entraba por los portones de la Mansión Highland. Subieron por un camino empedrado y sinuoso entre los jardines meticulosamente atendidos que rodeaban la mansión. La casa estaba en el punto más alto de la pequeña colina. Era una construcción sombría, no muy ostentosa por fuera; seis ventanas voladas, típicas de San Francisco, destacaban en la fachada. Por cualquiera de ellas se tenía una vista espléndida del Golden Gate

## El Unicornio Azul

Bridge que cruzaba la entrada a la bahía. Enfrente a la entrada principal estaban estacionados otros tres autos; dos limosinas blancas y un Porche rojo.

A la puerta salió a recibirlos la madre de Jenifer y abrazó a su hija con alborozo contenido. En ese momento salieron de la casa cuatro hombres de aspecto misterioso, que cargaban aparatos de intercomunicación y armas mal disimuladas bajo los trajes cortados a la medida. Cuando los guardaespaldas abrieron la puerta de una de las limosinas, de la casa salió un hombre inmensamente gordo con un puro en la boca. Subió a la limosina y se marchó seguido de sus guardaespaldas. Al entrar en la casa Antonio vio a otros hombres distribuidos estratégicamente. Todos ellos lo examinaron atentamente. La madre de Jenifer los guió a sus habitaciones. A él lo enviaron a la más alejada en el pasillo del segundo piso, contra las protestas de Jenifer. La madre de Jenifer, una mujer delgada y de pelo rubio como el de Jenifer - solo que más largo- le pidió a ambos una excusa.

- Deja que nos acostumbremos, dear- le pidió a Jenifer. Juntas y abrazadas como estaban en ese momento parecían hermanas. - Usted lo entiende, ¿verdad mister Alarcón? Después de todo, ustedes aún no están casados- agregó con graciosa ironía la señora Ada Highland y pellizcó la nariz de su hija.

- Bien. Ahora nos disculpa, pero yo tengo muchas cosas que hablar con esta pequeña diablilla a quien no veo desde hace tantos meses.

- Nos vemos más tarde- ofreció Jenifer. Ya salía del cuarto cuando se regresó y le dio un beso en la boca a Antonio.

- Gracias- susurró ella y se marchó.

Antonio acomodó su ropa en un cajón de la cómoda y luego salió a recorrer la casa. Por entre los pasillos encontró a varios guardias de gesto adusto y mirada penetrante. Al principio lo desconcertaba encontrarlos por todas partes, pero luego se acostumbró a ser vigilado y terminó por ignorar su presencia.

La decoración interna de la casa sí era fastuosa, de un lujo afectado y suntuoso, pero de un gusto extrañamente entremezclado; había mesas sostenidas por atlantes fundidos en cobre, junto a cómodas japonesas laqueadas en negro brillante;

## El Unicornio Azul

sillones de roble y de cuero repujado de Jalisco alrededor de mesas de mármol italiano; jarrones de porcelana casi transparente pintados con paisajes chinos encima de la mesa de un comedor Luis XV. En las paredes colgaban cuadros de pintores americanos y europeos; los americanos eran contemporáneos mientras que los europeos eran del modernismo. Antonio pudo reconocer un Chagall, un Van Gogh de paisajes deformes, una serigrafía múltiple de Warhol y sobre la chimenea, colocado al centro, un Diego Rivera. Ese era un cuadro pequeño que llamaba la atención poderosamente por sus flores de colores brillantes y las caras redondas de niños morenos. La casa entera olía a viejo, a encierro, a polilla, a silencio de catacumbas y a olvido. Era como si todo el dinero invertido en amueblarla no hubiera podido suplantar la fuerza y el calor de una risa. Parecía un museo construido con muchos millones y escaso buen gusto, vigilado por celosos guardias y cámaras de vídeo, antes que el hogar de una familia. Antonio tuvo todo el resto de la tarde para acostumbrarse a ese ambiente; cuando la última limosina se marchó, Jenifer fue llamada por su abuelo y estuvo encerrada con él en su despacho hasta las ocho. Al salir de allí Jenifer estaba llorando y corrió a encerrarse en su habitación. Antonio la siguió y estaba ante la puerta del cuarto de Jenifer, tratando de entrar, cuando Elizabeth se acercó. Antonio se impacientaba porque podía escuchar sollozos ahogados atrás de la puerta; Jenifer trataba de acallarlos con la almohada.

- Tony, creo que mister Highland puede recibirlo ahora- anunció pomposamente la secretaria. Parecía complacida.

- No me importa- dijo Antonio.

- Creo que será mejor que me siga. A mister Highland no le gusta esperar.

- Váyase al carajo. Jenifer, abre la puerta.

La puerta se abrió y apareció Jenifer llorosa.

- Estoy bien. Por favor, ve a hablar con él.

- Te dije que era una idea estúpida. Vámonos de aquí.

- Sí, nos vamos a ir, pero primero me gustaría que hablaras con él. Por favor. Yo estoy bien. Te lo juro. Ve y habla con él- insistió



## El Unicornio Azul

Jenifer. Elizabeth insistió. Antonio se decidió y siguió enfurecido a la secretaria.

El estudio de Randolph B. Highland estaba en la parte baja de la casa, atrás de la sala. Antonio irrumpió iracundo en un apacible despacho vacío que abundaba en contrastes de maderas finas y con lámparas diseñadas para crear muchas sombras estratégicamente ubicadas. La decoración del estudio era similar al resto de la casa, excepto que frente a la chimenea había una mesita de Palo de Parota, tallada en Michoacán, con un tablero de ajedrez especialmente iluminado por una lámpara hundida en el techo. Antonio caminó impaciente de un lado a otro hasta que su atención fue capturada por el ajedrez. Era un tablero extraordinario; tallados en marfil, en el campo de batalla se enfrentaban soldados españoles con guerreros aztecas. Antonio lo examinó cuidadosamente mientras esperaba. Jamás había visto cosa igual; las piezas habían sido elaboradas con tanto virtuosismo que cada una de las treinta y dos mini-esculturas era una verdadera obra de arte. Antonio admiró la precisión en los tocados y ropajes de los reyes, las armaduras de los peones, los penachos de los sacerdotes y alfiles, y le gustó especialmente la solución que dio el artista al problema planteado por la ausencia de caballos en la América del siglo XVI; en lugar de caballos, el artista había tallado ocelotes gigantes para el campo azteca, mientras que las torres eran pirámides mayas.

- ¿Juega usted ajedrez?- preguntó una voz seca y cascada por la edad. Sobresaltado, Antonio miró alrededor sin localizar a nadie.

- ¿Juega... usted... ajedrez?- insistió pausadamente la voz. Una lámpara se encendió al fondo del amplio despacho y Antonio se encontró frente al abuelo de Jenifer, el legendario Randolph B. Highland, el poderoso, multimillonario y voluntarioso mister Highland. Sin saber por qué, Antonio se sintió decepcionado. De primera intención, al ver al anciano que lo examinaba a él desde atrás de un largo escritorio, Antonio pensó en las momias de Guanajuato. El anciano tenía la misma piel reseca y estirada, los ojos saltones sobre la nariz afilada y huesuda, aguileña, con mechones aislados de pelo sobre la calva redonda y no tenía labios. El viejo momia tamborileó con los dedos en el escritorio,

## El Unicornio Azul

exigiendo una respuesta. Antonio comprendió que había caído en una trampa; el viejo lo había estado examinando todo el tiempo.

El viejo enmudeció. Apretó las mandíbulas y odió con pasión a Antonio a partir de ese instante.

- Very good- dijo el viejo secamente- Después de un rato. Antonio entendió que el viejo no diría una sola palabra más y decidió que ya era tiempo de marcharse a dormir. Colocó su copa sobre el escritorio y salió del despacho. En su rostro moreno brillaba una sonrisa.

*...sus ojos se le entrecerraban en contra de su voluntad. El calor y el cansancio lo estaban venciendo, venciendo, no le gustó la derrota, porque todo en la vida era para él un juego, un juego, maldito si ganaba, maldito si perdía, de cualquier forma el viejo momia tenía que odiar, tenía que encontrar una razón para odiar porque ya no tenía ninguna razón para amar y el odio era su única justificación en la vida, vida, no podía dejarnos en paz, no podía, nunca podría, no, nunca, nunca, nunca, nunca dejar en paz hasta que la vida se le acabe... Jenifer era suya y tenía que tenerla o destruirla, tenía que poseerla a como diera lugar porque ella era otra de sus posesiones y tenía que forzarla a ambicionar lo mismo que él, a destruir lo mismo que él, a arrasar lo mismo que él, a odiar lo mismo que él...*

La mañana siguiente Randolph Highland mandó llamar a Antonio muy temprano. Era lunes. El viejo lo estaba esperando ante el tablero. Había colocado su silla de ruedas atrás de sus tropas españolas. Con un gesto le indicó a Antonio que se sentara. Sus ojillos saltones, de sapo bien educado, vieron largo rato el rostro moreno de Antonio en forma despectiva. Deseaba fulminarlo antes de hablar. El mexicano tenía enfrente de él a sus guerreros aztecas y mentalmente acarició las finas piezas, felicitándolas por la batalla anterior. Antonio esperó en silencio.

- No me simpatizas- dijo el viejo con su mirada de reptil. Antonio supo que su sentencia había llegado finalmente con esas tres palabras.

- Creo que mi nieta ha cometido un error muy grave.

- Ese es problema de Jenifer, ¿no cree? De ella y mío.

## El Unicornio Azul

- De acuerdo, pero si ella insiste en su relación contigo, quedar fuera de la familia. Para siempre. En lo que a mí concierne, ella habrá muerto. Por supuesto no habrá dinero.

- Por supuesto.

Silencio.

Antonio tenía ganas de reírse, pero trataba de mantener su rostro tan frío como el del anciano, sin mover un sólo músculo. El viejo parecía querer destruirlo con la mirada. La silla de ruedas quedaba bastante más alta que el sillón de patas recortadas, así que Antonio miraba hacia arriba al viejo Highland. La enciclopedia azul no estaba a la vista. Antonio pensó en ponerse de pie para quitarle esa arma al viejo, pero decidió esperar un rato.

- Tú eres un perdedor, Antonio. Eres igual a esos desarrapados que cruzan la frontera de noche. Desde que cruzaste esa puerta por primera vez lo noté. No te diste cuenta que yo hice llorar a mi nieta a propósito para medir tus reacciones. Cuando entraste por esa puerta, estabas muy enojado, dispuesto a pelear conmigo. Luego te tranquilizaste y te conformaste con una ironía fácil. En el fondo eres un perdedor. Llevas en ti ese germen destructor que muchos mexicanos cargan consigo sin saber siquiera de su enfermedad. No la consideran tal, porque ustedes han construido un templo a la derrota. Ustedes adoran a los vencidos; veneran al indio que perdió contra Cortés y olvidan al otro indio que venció a los españoles en la Noche Triste. Prefieren recordar a Villa y Zapata, dos perdedores, para ignorar a Obregón y Calles. Yo tuve el honor de conocer a Calles, como te he dicho; por él supe que Obregón fue indiscutiblemente un genio militar como pocos en la historia del mundo, mientras que Calles mismo creó el sistema político más perfecto del mundo occidental. Villa era un bandido glorificado y Zapata un terco intransigente. Los dos fueron grandes perdedores, pero se les venera como a dioses. Ustedes tienen un gusto morboso por la muerte, que es la derrota máxima, y se complacen en destruirse entre ustedes en su vida diaria. Les gusta perder.

-¿Eso es lo que piensa de mí?-

## El Unicornio Azul

- Sí. Ayer ganaste una partida, pero perdiste el juego. Te negaste a darme la revancha por miedo y eso te hace un perdedor. No mereces a mi nieta. Yo no sé qué ha visto ella en ti, pero de una cosa estoy seguro; ella no te ama. Te está utilizando para rebelarse contra mí. Eso es todo. Ella no te ama.

- ¿Ya terminó? El viejo hizo una pausa.

- Anoche comenté algunas cosas de mi vida privada. Fue una debilidad de mi parte. Pero no te conté toda la historia. Te dije que amé a Corina y es cierto; jamás quise a nadie como la quise a ella, aunque Corina tenía un grave problema: era débil de espíritu. Nunca pudo aprender a ser una dama. En lo más profundo de su alma ella seguía siendo la hija de un curandero y actuaba como tal a pesar de que yo le ofrecía joyas y lujos. Corina no tenía dignidad ni clase- dijo el viejo y esperó a ver la reacción de Antonio. El rostro moreno del mexicano no mostró nada.

- Mientras más le pedía, ella más me daba sin pedir nada a cambio. Por mucho tiempo vivimos en México. La revolución había resultado una mina de oro; el país estaba en ruinas y las oportunidades para hacer dinero abundaban. Yo aproveché algunas de ellas. Cuando parecía imposible, Corina se embarazó. Al nacer mi hijo yo decidí regresar a San Francisco. Aquí se acentuó el problema de Corina. Se acentuó a tal punto que no podíamos salir a ningún lado por temor a las tonterías que ella cometía en su afán de servir a los demás. Esos fueron los años más amargos de mi vida. Periódicamente tenía que cambiar de sirvientes porque inevitablemente llegaba el momento en que ellos le gritaban a Corina y le exigían estupideces. Decidí educar a mi hijo para que fuera fuerte, para que fuera un triunfador... y a los veinticinco años era en verdad un magnifico ejemplar de hombre. Oficial graduado de West Point con los máximos honores. Desafortunadamente murió en la guerra. Corina se había opuesto a que nuestro hijo fuera a la guerra, pero yo insistí. Esa fue la única vez en todos esos años en que ella se opuso a una decisión mía. Y cuando recibimos la noticia de la muerte de William, ella me culpó a mí. Camino al aeropuerto para recoger el cadáver tuvimos una discusión en el auto, perdí el control y nos estrellamos contra un autobús. Corina murió y yo volví a quedar

## El Unicornio Azul

paralítico. De nuevo perdía todo lo importante en mi vida, excepto que mi hijo me había dado una nieta; Jenifer, Antonio se puso de pie y fue a la ventana. El viejo no pareció notar el movimiento y siguió hablando con vehemencia,

- Creí que una vez muerta Corina, nada podría evitar que mi nieta fuera una mujer- diosa, una mujer legendaria que hiciera crecer la fama del carácter de los Highland. La enseñé a triunfar. La eduqué para que fuera una reina. La enseñé a ganar, la enseñé a ser fuerte, la enseñé a prevalecer por encima de todo, inclusive de mí mismo... \_

- ¿Alguna vez le preguntó a Jenifer si ella quería convertirse en eso? preguntó Antonio, pero el viejo pareció no escucharlo.

- ...por eso ella insiste en esta relación absurda. Porque se está rebelando en contra de mí. Como buen mexicano tú crees que el amor basta para arreglar todo y la reclamas para ti. Estás en un error. El tiempo me daría la razón, pero no hay necesidad de comprobarlo. Te estoy pidiendo que dejes a Jenifer. Aún podemos evitar una desgraciada broma de la vida. Te aseguro que tu sacrificio no ser en vano- dijo el viejo y de su bolsillo sacó un cheque. Lo extendió sobre la mesa.

- Con esto puedes conseguirte una bonita señorita que te haga feliz. Antonio ya no pudo contenerse y se rió abiertamente.

- Yo no necesito de su dinero.

- Oh, well. Lo sé- el viejo esbozó lo que quiso ser una sonrisa, pero la mueca fue horrible. Tenia que intentarlo. También sé que no has escuchado una sola palabra de lo que he dicho, pero te diré lo mismo que le dije a Jenifer; si ella persiste en esa estúpida relación de ustedes, ella me perder para siempre.

- Eso lo tendrá que decidir ella- dijo Antonio dirigiéndose a la puerta del estudio.

- ¿Estás seguro de no aceptar esto?- dijo el viejo agitando el cheque.

- Esto vale mucho más que una película de tercera.

- Completamente seguro.

- Lo dicho. Eres un perdedor. Con esto podrías haber comprado una editorial completa, si quisieras.

## El Unicornio Azul

- Antonio abrió la puerta y estuvo a punto de salir, pero obedeciendo a un impulso regresó al tablero y abrió el juego con su ocelote del rey. El viejo lo miró aletargado y sin interés.

- Usted jugó blancas. Ahora me toca a mi abrir- dijo Antonio.

- No me interesa jugar.

- ¿Por qué? ¿Tiene miedo de perder? El viejo no respondió. *Touche*, pensó Antonio. Al mirar los ojos de sapo del viejo millonario, Antonio pensó por un momento que el viejo no caería en la trampa. Pero lo hizo. Randolph B. Highland desvió la vista lentamente, examinó la apertura de Antonio y sin poder usar su peón del rey lo imitó y sacó su caballo. Antonio hizo su labor en forma limpia y despiadada y en catorce movimientos le dio mate al viejo. Sin decir palabra abandonó el estudio y la vida de Randolph B. Highland para siempre. Al cerrar la puerta escuchó el ruido provocado por el tablero de ajedrez al ser arrojado al suelo.

Esa misma noche Jenifer y Antonio regresaron a México. Cuando llegaron al departamento Antonio desconcertó a Jenifer diciendo que tenía que ir a solucionar un problema urgente.

- ¿Hoy? ¿Precisamente hoy?

- Sí. No tardo mucho.

- ¿No puede esperar hasta mañana?

- No. Sería demasiado tarde- respondió Antonio en forma críptica y salió.

Cuando regresó, una hora después lo hizo acompañado de un mariachi que contrató en Plaza Garibaldi. Los músicos comenzaron a tocar parados en semicírculo alrededor de Antonio, arriesgando ser atropellados por los automóviles que pasaban a toda velocidad. Jenifer se asomó a la ventana y aplaudió entusiasmada.

*...Despierta, dulce amor de mi vida*

*Despierta, si te encuentras dormida*

*Escucha mi voz vibrar bajo tu ventana*

*En esta canción, te vengo a entregar el alma*

*Perdona que interrumpa tu sueño,*

*pero no pude más y esta noche te vine a decir,*

*te quiero... (1)*

## El Unicornio Azul

- Oh, darling. Siempre he soñado con una serenata. ¿Por qué tardaste tanto?- gritó Jenifer. Los músicos, expertos en los lances de enamorados, siguieron tocando. ...

*Deja que salga la luna, deja que se meta el sol  
deja que caiga la noche, para que empiece nuestro amor  
deja que las estrellitas me llenen de inspiración  
para decirte cositas muy bonitas, corazón  
Yo sé que no hay en el mundo, amor como el que me das  
y sé que noche con noche va creciendo más y más... (2)*

Jenifer quiso escuchar el falsete de Antonio y él hizo lo mejor que pudo, pero su grito destemplado lo único que consiguió fue despertar a los vecinos.

- Darling, that's beautiful- se rió Jenifer y al mismo tiempo contenía las lágrimas que asomaban a sus enormes ojos verdes. De las ventanas contiguas se asomaron los vecinos y de la planta baja salió la dueña del edificio. El mariachi dejó de tocar.

- ¡Dejen dormir, escandalosos!- gritó uno de los vecinos.

- ¡Usted cálese, aguado envidioso! ¡Sigán tocando muchachos!- gritó la anciana viuda y sonrió antes de recordar que no tenía puesta su dentadura postiza.

- ¡Échele más fuerte, maestro!- ordenó Antonio.

*...Por el día que llegaste a mi vida, paloma querida, me puse a brindar*

*Y al sentirme un poquito tomado, pensando en tus labios, me dio por cantar*

*Me sentí superior a cualquiera y un puto de estrellas te quise bajar*

*Y al mirar que ninguna alcanzaba, me dio tanta rabia que quise llorar*

*Yo no sé lo que valga mi vida, pero yo te la quiero entregar*

*Yo no sé si tu amor la reciba, pero yo te la vengo a dejar*

*Me encontraste en un negro camino*

*como un peregrino sin rumbo ni fe*

*Y la luz de tus ojos divinos cambiaron mis penas por dicha y placer*

*Desde entonces yo siento quererte con todas las fuerzas que el alma me da*

*Desde entonces, paloma querida, mi pecho he cambiado por un palomar*

*Yo no sé lo que valga mi vida, pero yo te la quiero entregar*

## El Unicornio Azul

*Yo no sé si tu amor la reciba, pero yo te la vengo a dejar...*

(3)

- Ahora sí eres todo mío- dijo Jenifer esa noche, después del amor. Estaban a punto de dormir un rato antes de que saliera el sol.

- Todavía no. En México se acostumbra que la novia pida al novio.

- ¿En serio?

- Me temo que tendrás que hablar con mi familia.

- No podrán negarme tu mano.

- Me imagino que estarán de acuerdo en que tengas mi mano.

- Y tu cuerpo también.

- No. Sólo mi mano.

- Esta bien. Me la llevaré y no podrás volver a escribir.

- Entonces retiro lo dicho. No tienes que hablar con mi familia.

- Juntos hasta la muerte; tú conmigo y yo contigo.

- Para servirme y adorarme...

- ¡No se dice así! Se dice "para cuidarnos y ampararnos..."

- ¿Estás segura?

- Absolutamente.

- ¡Que horror!

- Lo siento mucho, pero así es aunque no te guste.

- Te amo, Jenifer.

- Yo te amo y te deseo con el alma, Antonio Alarcón Villareal. Nunca intentes abandonarme.

- Buenas noches, señora Highland.

- Buenas noches.

Silencio.

- Suena impresionante.

- ¿Qué?

- Jenifer Highland de Alarcón.

- Muy impresionante. Buenas noches.

Silencio.

- Me gusta eso, ¿sabes?

- ¿Qué?



## El Unicornio Azul

- Eso. Que cuando una mujer se casa en México no pierde su apellido de soltera.

- Hum. Interesante. Que duermas bien.

- Tú también.

Silencio.

- No entiendes una indirecta, ¿verdad?

- Jenifer, falta una hora para que salga el sol.

- Oh, está bien. Te probaré que puedo ser una buena mujer y ya no te molestaré. Buenas noches, mi amor.

- Buenas.

Silencio.

- ¿Ya ves cómo soy buena? No he dicho nada.

- Yo ya estoy dormido.

- Te amo, Antonio.

- Y yo a ti, Jenifer.

A partir de ese momento todo comenzó a cambiar rápidamente en la vida de Antonio. La noticia de su relación con Jenifer no fue bien recibida en el periódico. Ocurrió que el jefe de la redacción, al enterarse de los amoríos de Antonio, comenzó a hacerlo blanco de sus sarcasmos. Don Sergio Gallardo era un pensador profundo y de tiempo completo que abjuraba de todo lo que estuviera relacionado con el Gran Capital. Hombre rubicundo, gordo y gracioso que le simpatizaba a todos, don Sergio era intelectualmente brillante y le gustaba considerarse a sí mismo como una especie de heredero ideológico de Carlos Marx. Por temporadas se dejaba crecer la barba para acentuar su parecido con el filósofo alemán, pero hasta ahí se limitaba la similitud y no por falta de ideas. Don Sergio bullía con ideas; las discusiones con don Sergio en las cantinas y restaurantes cercanos al periódico eran épicas pues él sólo se bastaba para barrer con cinco o diez o quince oponentes. Usualmente recargaba el codo en la barra, colocaba su cabezota en su mano y con su fina ironía desbarataba a los contrarios mientras bebía a sorbos su cerveza oscura. Cuando hablaba, podía vencer al mismo Rockefeller que la revolución mundial estaba a la vuelta de la esquina. Su vehemencia y sus ideales inspiraban a todos los colaboradores del periódico a pensar, hablar y escribir en tonos cataclísmicos. Al principio Antonio lo admiraba muchísimo; le asombraba la capacidad intelectual que

## El Unicornio Azul

don Sergio desplegaba ante cualquier provocación y lo admiraba por la seguridad con la que predecía a cada instante que la revolución estaba a punto de estallar en todo el mundo. Solía poner fechas en el calendario y decía que de allí no pasaba. Sus predicciones fueron siempre fallidas, pero don Sergio lo culpaba siempre en una nueva maniobra de los imperialistas y renovaba sus análisis con una seguridad absoluta en la precisión de su conocimiento. Esa seguridad, sin embargo, lo llevó a ser intolerante y soberbio y no toleraba que nadie lo contradijera. Como le gustaba pensar que él era un revolucionario latente, don Sergio estaba convencido que en la Secretaría de Gobernación existía un expediente abierto bajo su nombre y siempre se comportaba en forma misteriosa... hasta que un día Antonio descubrió por accidente que don Sergio actuaba en forma enigmática por una razón más pueril. La verdad era que don Sergio tenía otra mujer y tenía miedo a que la primera lo descubriera. Cuando supo acerca de Jenifer, criticó ferozmente a Antonio. Lo único que le faltó decir fue que era un traidor.

- ¿Por qué una gringa? ¿Por qué no se consigue usted una mujer mexicana para tener sus hijos? preguntó a gritos desde su oficina.

- Esos son asuntos privados, don Sergio- respondió Antonio.

- Privados un carajo. Usted es un decadente, compañero- respondió don Sergio, provocando las risas de todos. Pero un día que Jenifer llegó al periódico en busca de Antonio, don Sergio tartamudeó al verla, se puso más colorado que de costumbre, tiró algunas cosas de su escritorio cuando se puso en pie para saludar con recelo a Jenifer y se acarició la espesa barba al reconocer su belleza. La abierta oposición y crítica de don Sergio dio lugar a que hubiera miradas de reojo dirigidas a Antonio. Las risitas y las burlas eran constantes, hasta que un día todo explotó cuando uno de los reporteros palmeó la espalda de Antonio en forma aparentemente amistosa y preguntó en voz alta:

-¿Cómo le va al hijo putativo de Lane Wilson?- La respuesta de Antonio los hizo terminar a golpes dentro de la redacción. Por otra parte, en cuanto Jenifer salió de San Francisco su abuelo reaccionó desligándose completamente de la fábrica en

## El Unicornio Azul

México. Desde su despacho envió una comunicación terminante a la mesa directiva de la fábrica, informando que Jenifer era responsable a partir de ese momento de todos los asuntos relacionados con el negocio. De un instante a otro Jenifer se encontró en posesión teórica del cuarenta y nueve por ciento de las acciones de TEXMEX, S.A. El otro cincuenta y uno por ciento estaba en manos de mexicanos, como lo exigía la ley de inversiones extranjeras, pero los Highland poseían la mayoría más importante y eso hacía indispensable la presencia de Jenifer en las juntas del Consejo de Accionistas. Antonio no quiso saber nada del asunto.

- Es una trampa- dijo Antonio.

- Antonio, no seas paranoico. Es mi herencia.

- ¿Por qué te la da ahora?

- No lo sé. ¿Pero qué importa?

- No sabes nada de administrar una fábrica.

- No puedes crecer con Randolph B. Highland y no saber nada de negocios. Mi abuelo me enseñó mucho. Además la fábrica es parte de la herencia que me dejó la abuela.

- No sé, Jenifer. Déjame pensarlo.

Jenifer lo dejó en paz unos meses mientras Antonio lo pensaba, pero Antonio tenía otras cosas en qué pensar aunque había decidido no comentar con Jenifer las presiones que se iban acumulando. Su amor por ella lo inspiraba a presentarle únicamente lo mejor y lo más agradable de todas las cosas a su alrededor. Por eso evitaba hablarle de sus reportajes en el medio laboral, o de la pobreza en los cinturones de miseria de la ciudad, o de la corrupción intolerable de algunos gobernantes. Procuraba hablarle de literatura y de historia, procuraba mostrarle solamente aquellos sitio donde sabia que Jenifer se sentiría a gusto y lo demás lo mantenía oculto porque le dolía y se sentía culpable como si él fuera responsable de esa miseria y ese abandono. Lo avergonzaba también, como si se tratara de presentar en sociedad a la niña fea y torpe de la familia. En cambio llevaba a Jenifer a los mejores lugares y le compraba todo lo que ella deseaba sin darse cuenta que cada día se hundía más en deudas. Y si lo sabia no le importaba; al verla feliz Antonio se sentía feliz y las caricias de Jenifer y sus palabras de aprobación cuando la complacía lo llenaba de alegría. Por el contrario, cuando no la veía sonreír él se

## El Unicornio Azul

preocupaba y temía que ella extrañara el ambiente lujoso de la Mansión Highland. Procuraba conseguir los mismos aparatos y las mismas comodidades que ella solía tener en la Mansión pues temía perderla. Temía despertar una mañana y encontrar la cama vacía. La peor pesadilla era la de perderla porque ella lo considerara incapaz de proporcionarle la forma de vida a la que estaba acostumbrada. Solamente una vez intentó controlar los gastos, pero la mirada de disgusto y desprecio que recibió de Jenifer lo humilló tanto que jamás volvió a mencionarlo y Jenifer siguió comprando cosas; algunas inútiles, algunas demasiado caras, otras que tiraba al día siguiente y otras - - las menos, absolutamente necesarias. Antonio no decía nada. No quería correr el riesgo de arruinar la pasión que los arrebató por un detalle tan estúpido como el dinero. Mientras tanto los telegramas seguían llegando. Cuando formaron un montón sobre la barra de la cocina, Antonio no tuvo más excusas y cedió a las peticiones de Jenifer. Lo primero que hicieron fue acudir a una junta del Consejo. El imponente edificio donde TEXMEX, S.A., tenía sus oficinas directivas era un monumento de cuarenta pisos de acero, concreto y cristal erigido sobre una colina al oeste de la ciudad, en la parte más exclusiva de Las Lomas. La pareja subió al penthouse y al salir del elevador fueron rodeados de inmediato por una secretaria y tres guardaespaldas. Jenifer mostró su sonrisa neutra y fría.

- Soy Jenifer Highland. Quiero hablar con el Sr. Carlos Fernández- dijo con altivez. La recepcionista los miró sorprendida y descolgó el teléfono de inmediato.

- Don Carlos, aquí está una señora que dice ser Jenifer Highland. No terminaba de decirlo cuando las puertas de caoba de la sala de juntas se abrieron y los cuatro socios mexicanos salieron a recibirla.

- ¿Señora Jenifer Highland?

- Así es- dijo Jenifer, divertida.

- Señora Highland, es un placer conocerla. Finalmente nos honra con su presencia- dijo meloso un hombre vestido en forma deportiva. En el cuello y las manos cargaba pesada joyería. Su nombre era Luis Meyer.

- Es una sorpresa, realmente, aunque la hayamos estado esperando- expresó con mesurada cortesía un hombre alto, delgado y

## El Unicornio Azul

de constitución fuerte. Su cabellera blanca, su bigote cuidadosamente recortado y sus anteojos le daban un aire de distinción que los otros tres socios no tengan.

- Soy Carlos Fernández- dijo, colocando afectuosamente la mano de Jenifer entre las dos suyas.

- Yo la conocí cuando usted era una bebida. Pero pasen, por favor, pasen a la sala. ¿Desean un café? ¿Un brandy?- El grupo entró a la espaciosa y elegante sala de juntas y ahí terminaron de hacer la ronda de presentaciones. Carlos Fernández era el accionista más importante después de los Highland. Luego estaba Luis Meyer, el hombre enjoyado. Después seguía el arquitecto Ricardo González, un norteño bigotón de voz bronca y risotadas francas. Finalmente estaba Salvador Urrieta, abogado, el último de los accionistas. Urrieta era un hombrecillo regordete y nervioso que rara vez hablaba; tenía la actitud genuflexa de un burócrata y siempre parecía a punto de desmayarse. Con gran ceremonia dieron la bienvenida a Jenifer y se sentaron alrededor de la enorme mesa ovalada, en cuya superficie pulida Antonio miró el reflejo de las lámparas que lo deslumbraron

*...como lo deslumbraba el sol de Manzanillo cada vez que intentaba abrir los ojos. El sol, el milagroso sol, el reflejo en la mesa, cuatro hombres diferentes entre sí, elegidos cuidadosamente como socios debido a sus personalidades, tendencias y temperamentos; uno era mesurado, otro avaricioso, otro agresivo, otro miedoso... cuatro hombres siempre en discrepancia uno del otro, siempre divididos lo que garantizaba que el control de la fábrica nunca sería de ellos... el sol milagroso, el sol, el milagro, cuatro vendedores de milagros, qué fácil resultaba engañar a los que querían ser engañados, que trabajo tan sencillo vender milagros a los ciegos los paralíticos los leprosos los cancerosos los ambiciosos...*

Antonio intentó mantenerse al margen de los intereses de Jenifer, pero ella insistió en que la acompañara a las juntas.

- Yo no conozco las costumbres mexicanas, Antonio. Necesito tu consejo- respondió angustiada cuando Antonio se negó. Él la sintió tan frágil, tan desamparada, que tuvo que ceder una vez más. Y comenzó a odiarla por ello.

La fábrica fue como un sifón que los succionó. Los siguientes meses se dedicaron a conocer su funcionamiento, que

## El Unicornio Azul

producía y cómo lo producía y a quién le vendían los cientos de productos que se elaboraban en las inmensas plantas. Un día, que ambos presenciaban desde una baranda del primer nivel el camino que seguían las materias primas a lo largo de los diferentes procesos hasta desembocar en el producto final, Jenifer expresó su fascinación con la tecnología que hacía posible todo eso.

- Es como el laboratorio de un mago, ¿no es cierto? El conocimiento de incontables alquimistas tuvo que acumularse a lo largo de los siglos para producir un simple lápiz. Es increíble- dijo con voz vibrante y la mirada luminosa como si efectivamente estuviera ante la piedra filosofal que transmutaba el plomo en oro. Antonio la escuchaba mientras miraba con extraña perturbación los esfuerzos de un obrero por mantener funcionando una máquina. La cara del hombre estaba horriblemente deformada, con la piel como de cera derretida, y su horroroso aspecto enfatizaba la angustia que sentía cada vez que la máquina dejaba de trabajar; el miedo se reflejaba en sus ojos asimétricos y en la mueca de su boca desviada. El mecánico duplicó sus esfuerzos mientras su uniforme se empapaba de sudor. Antonio percibió su miedo y su angustia y por un instante deseó que la máquina se detuviera por completo para que el hombre pudiera descansar. Pero el hombre siguió en la batalla y cuando logró finalmente que la máquina funcionara correctamente, en su horrible cara apareció por un momento una expresión de goce infinito, casi infantil por su pureza, antes de que su atención fuera distraída a otra máquina en problemas.

Comenzaron a visitar la planta todos los días, lo que incrementó los gastos para Antonio. Seguían viviendo de lo que él ganaba pues Jenifer no podía convertir en efectivo sus acciones de TEXMEX. Su deuda fue creciendo en forma incontenible y convirtió el pedir prestado en un arte y llegó a dominar los trucos del sablista con maestría absoluta; pedía a un amigo para pagar a otro, solicitaba de un tercero para pagar las tarjetas de crédito, hipotecó unos terrenos que había recibido como herencia para cubrir el préstamo del banco... a veces, su salario en el periódico apenas le alcanzaba para cubrir los réditos de lo que debía. Antonio finalmente tuvo que hablar con Jenifer cuando ella se encaprichó en comprar un deslumbrante collar de oro, - Pero si no necesitas mas joyas, Jenifer.

## El Unicornio Azul

- Por supuesto que no lo necesito. Pero ese collarcito me haría enormemente feliz. Y tú quieres verme feliz, ¿no es cierto, cariño? - Ese collar es demasiado... ostentoso.

- ¿Ostentoso? Querido, obviamente tenemos diferentes ideas de las cosas. Ese collar es apenas elegante. No me digas que no te gusta.

- No se trata de eso, Jenifer. El collar es hermoso, de acuerdo, pero, bueno, si me esperas un poco...

- Nunca me pidas que espere, Antonio. It is out of the question. Si no quieres complacerme, dilo y ya. Yo me las arreglaré.

- No digas eso, Jenifer. Claro que sí quiero complacerte, pero... vaya, si tanto quieres ese collar... pero dime por qué no puedes esperar un poco.

- Porque no quiero vivir como mi abuelo, por eso- gritó Jenifer incorporándose en la cama.

- Oh, sí, en apariencia vive rodeado de lujos y de objetos costosos, ¿pero sabes por qué? Porque lo ayudan a pagar menos impuestos. Por eso. En toda su vida ha sido incapaz de comprarse un traje nuevo. En el fondo es un puritano; odia el placer, propio o ajeno. Todo lo guarda para después, pero después nunca llega. ¿Sabes lo que me regalaba a mí, su nieta, cada navidad? Un dólar. Un miserable dólar. De no haber sido por mi madre, yo nunca hubiera recibido educación, ni hubiera tenido todas las cosas con las que sueña una quinceañera. No señor. Yo no quiero que eso me pase a mí.

Yo no quiero dejar nada para después, Antonio, ni quiero dejar nada detrás de mí cuando me muera. Todo lo quiero ahora, mientras estoy viva. Nunca voy a ahorrarme un placer, ni lo voy a posponer para mañana. Lo quiero ahora, en este momento, mientras soy joven y hermosa.

- Pues lo siento mucho, pero necesitas esperar.

- ¿A qué?

- ¡A que tenga más dinero!

- Ah, ¿se trata de eso? Lo hubieras dicho antes- dijo Jenifer y Antonio sintió el desprecio como una bofetada. Se mordió el labio pero ya era demasiado tarde. Jenifer se levantó de la cama y comenzó a cepillarse su rubia cabellera ante el espejo de cuerpo entero. Antonio la miró así, desnuda y distante, y un acucioso deseo de estrechar la

## El Unicornio Azul

entre sus brazos y hacerle el amor lo dominó. En esos instantes eternos, mientras Jenifer se cepillaba el pelo en silencio y Antonio pensaba que la perdía para siempre, el deseo de Antonio creció en su bajo vientre como un dolor oscuro y profundo. Jamás la deseó tanto como en ese momento.

- ¿Qué tan mal están tus finanzas?

- No tan mal... Es... es cuestión de tiempo.

- Yo no dispongo de efectivo, ya lo sabes.

- Lo sé. No te... no te estoy pidiendo nada.

- Soy una pobre millonaria; tengo muchas acciones, pero ni un centavo en efectivo. - Lo sé, lo sé, no te preocupes...

- Sin embargo... quizá pueda conseguir algo en la fábrica- dijo Jenifer y giró para verlo de frente. Las luces y sombras de la habitación acentuaban la hermosura de su cuerpo. Antonio contuvo la respiración y dejó de pensar en el dinero. Se levantó de la cama y avanzó hacia Jenifer. Ella sonrió seductora, segura de su atractivo.

-¿Te gustaría trabajar para mí? Así tendrías más tiempo para escribir- Antonio no respondió. La exigencia de su deseo era inaplazable. Se abrazó a ella y la poseyó sobre la alfombra mientras Jenifer le acariciaba la nuca y gemía suavemente.

- Tony, mi querido Tony... - repetía una y otra vez.

*... consejero, consejo, conserjería... un grupo de niños jugaban y cantaban en algún lugar y el sonido de sus voces interrumpía como el sonido del agua en su conciencia.. . su conciencia, mi conciencia, nuestra conciencia, la conciencia... amo a tó, matarile, lire, lón. ¿Qué quiere usted, matarile, lire, lón? Yo quiero entrar, matarile, lire, lón... a la víbora, víbora de la mar, de la mar, por aquí quiero pasar, los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán, ran, ran... un elefante se columpiaba sobre la tela de una araña. Como veía que resistía, fue a llamar otro elefante. Dos elefantes se columpiaban sobre la tela de una araña. Como veían que resistía, fueron a llamar otro elefante. Tres elefantes se columpiaban sobre la tela de una araña. Como veían que resistía...*

Antonio salió distraído a la calle. Había entregado su colaboración en el periódico y ahora, sin fijarse en nada, emprendió la caminata por Bucareli hacia el estacionamiento público. Casi tropezó



## El Unicornio Azul

de frente con Fernando Ramírez, el reportero con quien había peleado a causa de Jenifer. Antonio trató de evadirlo, pero Fernando lo detuvo.

- ¿Amigos?- dijo el reportero, estirando la mano.

- Amigos- dijo Antonio.

- ¿Qué te has hecho? Ya casi no te vemos por aquí.

- Estoy... estoy terminando un libro- mintió Antonio. Cada día tenía más problemas para concentrarse en la escritura. Algo marchaba terriblemente mal y no sabía cómo detenerlo. En poco tiempo su vida se había modificado por entero y ahora no podía pensar en otra cosa que no fuera Jenifer y el dinero. Estaba aprisionado por una obsesión y lo sabía, pero no estaba dispuesto a sacrificar el intenso placer que le provocaba esa obsesión.

Y sin embargo estaba consciente del precio cada vez mayor que pagaba por tener contenta a su amante.

- Ven, vamos a tomarnos una cerveza. Don Sergio está en la oficina. Ya sabes. A propósito, ya le pusimos un nuevo apodo- dijo Fernando y agarró del brazo a Antonio. Se encaminaron a la cantina que visitaban con frecuencia todos los periodistas de la zona.

- ¿Otro? ¿Ahora cuál? - Don Chema.

- ¿Por qué? - Porque parece semáforo descompuesto.

Siempre en rojo...

Antonio sonrió, aunque su pensamiento estaba en otra parte. Acompañó a Fernando a la cantina y después de tres o cuatro cervezas la conversación se fue haciendo cada vez más íntima. Antonio se sentía relajado, casi alegre. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Ya casi había olvidado el simple placer que le provocaban los amigos y la charla intrascendente, los juegos de palabras, los albures y la constante búsqueda de apodos graciosos para don Sergio Gallardo.

- Yo quiero pedirte una disculpa, hermano- dijo Fernando.

- ¿Por qué? - Por lo que te dije aquella vez. La verdad no pensé que ella fuera tan importante para ti.

- Olvídalo- dijo Antonio mirando con atención la cara de Fernando. Su enorme bigote negro le cubría todo el labio superior y sus ojos negros y juguetones reflejaban la curiosidad que lo dominaba, pero con prudencia evitó insistir en el tema. Después de otra cerveza, Antonio tuvo el impulso de confiar en su amigo, pero no había forma

## El Unicornio Azul

de expresar su predicamento. En la mesa de junto un hombre maduro, vestido elegantemente, se lamentaba su suerte y lloraba incoherencias. La escena era devastadora. Antonio calló y su amigo no insistió.

Siguieron con las cervezas y los chistes y los chismes para evadir temas serios. Don Sergio Gallardo no tardó en hacer su entrada triunfal. Rodeado de amigos fue de mesa en mesa respondiendo saludos con la palma de la mano, como un torero, hasta llegar a donde se encontraban ellos. Antonio y Fernando comenzaron a reírse en cuanto don Sergio se acomodó en una silla frente a ellos.

- ¿De qué se ríen, par de enajenados?- preguntó con voz tronante y el ceño fruncido, fingiendo estar enojado.

- Güerito sandía, ja, ja, ja... - murmuró Antonio, refiriéndose a otro apodo que Fernando había inventado.

- No seas cabrón- dijo Fernando, y le dio un codazo.

- Yo no sé qué carajos le ocurre, compañero, pero me alegra que esté de buen humor por lo que voy a decirle- advirtió don Sergio. El mesero colocó sobre la mesa el tarro especial que los meseros de la cantina reservaban para don Sergio.

- ¿Ya vamos a comenzar otra vez, don Sergio?

- Es la última vez que intervengo en sus asuntos, Antonio.

Nada más quiero recordarle que usted tiene un deber social. No se le olvide.

- No se me olvida, don Sergio. Lo que no entiendo es qué tiene que ver una cosa con la otra.

- No se haga el tonto. Sabemos quién es su mujer.

Conocemos la condición de los obreros de Texmex. ¿O ya se olvidó usted de ellos?-

Antonio pensó en diez respuestas diferentes, pero no tenía humor de pelearse con nadie. No había necesidad. Estaba entre amigos.

- Es una situación que tiene que ser resuelta. Hable con su mujer. No se quede callado.

- ¿Seguimos siendo amigos, don Sergio? - No diga pendejadas. Claro que somos amigos.

- Entonces digamos salud... y ya no se meta en lo que no le importa.

## El Unicornio Azul

- Salud- se apresuró a brindar Fernando Ramírez. Don Sergio movió la cabeza, exasperado, pero terminó levantando su tarro en forma bonachona. Cuando reanudaron la conversación, Fernando guió hábilmente el tema hacia las películas de reciente estreno. Don Sergio era un fanático del cine italiano y alguna vez, en su juventud, había pensado en ser director cinematográfico. Ahora, con el pelo canoso, se fue entusiasmando al recordar sus películas favoritas y su carota rubicunda se fue desdibujando del campo visual de Antonio.

Ocupados de lleno en conocer a los clientes y proveedores más importantes de la fábrica, un día sí y un día no la pareja asistía a cenas de negocios donde invariablemente el tema preferido era despotricar en contra de México. Millonarios orgullosos de ser self-made-men se sentían en confianza ante Jenifer y se quejaban de todo lo que el país ofrecía aunque hubieran labrado sus fortunas en base misma de lo que se quejaban. Se lamentaban tanto que inclusive Jenifer se cansó de escucharlos

- ¿Qué les pasa a estos hombres? ¿No tienen ningún agradecimiento a su país? ¿Ningún cariño?

- Alguien dijo que lo mejor de ser mexicano es quejarse de ello.

- God. These people make me sick. Creen que por menospreciar a su país son muy chic y cosmopolitas. No se dan cuenta del ridículo que hacen.

- No.

Antonio se dio cuenta que Jenifer había bebido más de la cuenta. El mismo estaba agobiado y aburrido esa noche, de regreso de una cena en San Angel Inn.

- Cada vez que los escucho quejarse y hacer comparaciones absurdas me dan ganas de abofetearlos. Creen que por dedicar sus oraciones al Pentágono yo voy a confiar más en ellos. ¡Imbéciles! El que traiciona una vez, traiciona siempre. Hablar mal de tu país es como hablar mal de tu madre- dijo Jenifer, cada vez más furiosa. - Ya me estoy cansando de jugar al analista para esos mal nacidos. Que vayan a quejarse a otra parte. Las citas de negocios son estrictamente de negocios.

- Podrías negarte a escucharlos.

- Eso sería peor. Sería perderlos como clientes.

## El Unicornio Azul

- Deja que los de relaciones públicas los manejen. Ellos están acostumbrados a eso.

- Todavía no, todavía no. Para controlar la fábrica tengo que conocer a fondo cada aspecto, cada detalle.

- ¿De qué estás hablando?

- Esos ineptos han permitido que la fábrica se deteriore. Necesitamos modernizarla, necesitamos fabricar más, vender más, crecer más...

- Jenifer, ¿de qué estás hablando? Jenifer lo miró como despertando de un sueño.

- ¿Yo? De nada, cariño, de nada. Es una idea que tengo.

- ¿Qué idea?- preguntó Antonio desconcertado. Jenifer estaba sentada en el taburete del tocador y se quitaba la ropa y las joyas y las dejaba caer al suelo, rompiendo su cuidadosa costumbre de doblar y acomodar todo en su lugar antes de meterse a la regadera.

- Nada, darling, nada. Es una pequeña sorpresa que te tenía preparada. Pero lo he pensado mejor y no creo que te interese. Después de todo, tú no pareces estar muy interesado en mí.

- No digas tonterías, Jenifer.

- No me mires así. Yo no sé si estás conmigo, o estás en contra mía.

- Has bebido demasiado.

- Yo no estoy borracha. Exijo que me digas si estás conmigo, o en contra mía.

- Mañana, cuando estés sobria.

- Mañana, mañana... se me olvidó que estamos en la Tierra del Mañana, del ahorita, del un momentito...

- Ya cállate.

- ¿Por qué te molesta la pregunta? ¿A qué le tienes miedo? - A nada. Pero este no es el momento de discutir, Jenifer. Estamos muy cansados.

- Sí, yo ya estoy cansada de vivir así, Antonio. Cada día me despierto y me pregunto si tú me amas o no.

- Tú sabes que sí.

- Entonces dime por qué sigo siendo tu amante, dime por qué no nos hemos casado Tony, dime por qué. Ya me cansé de insinuarlo, ya me cansé de esperar y tú no me lo has pedido... - dijo

## El Unicornio Azul

Jenifer y se cubrió la cara. Su llanto estremeció a Antonio, pero cuando él se acercó a ella, Jenifer lo esquivó.

- No me toques. Te odio, maldito bastardo, te odio con toda mi alma... - gritó.

- Cállate.

- A mí nadie me calla. Y mucho menos un bastardo como...

- Antonio le dio una bofetada. Jenifer lo miró sorprendida e intentó cachetearlo a su vez, pero Antonio la dominó entre sus brazos. Jenifer luchó tratando de soltarse.

- No me toques, no me toques- gritó, pero cuando Antonio intentó separarse de ella, Jenifer lo abrazó con toda su fuerza.

- ¡No! No me sueltes. Abrazame Antonio, abrazame fuerte.

Dime que me amas, dime que me amas...

- Cálmate ya, Jenifer. Ya, tranquila.

- Dime que me amas, dime que me amas.

- Sí, sí te amo, pero ya tranquilita. Eso es. Acuéstate.

Duerme un rato.

- No, yo no quiero dormir, Tony. Quiero, quiero que me quieras.

- Jenifer, yo te amo.

Antonio la cubrió con las mantas. Jenifer estaba temblando y hacía esfuerzos por no vomitar.

- No te vayas. No me dejes sola.

- No voy a ir a ningún lado.

- Dime la verdad, Tony. ¿No me amas?

- Tú sabes bien que sí.

- Entonces dime por qué no estamos casados, dime, dime por qué...

- Mañana hablamos.

- ¡No! Mañana no. Dime ahora. Dime ahora. ¿No me consideras suficiente mujer para ti? ¿No crees que soy mejor que cualquier otra? Dime, dime por qué no te quieres casar conmigo, Antonio... Tengo frío. Tengo mucho frío. Tony, quíereme Tony. Ven, hazme el amor, necesito que me hagas el amor. Necesito tu cuerpo, necesito tu calor, ven, hazme vibrar cariño, ven, ven...

*...era un juego de nunca acabar, ¿verdad Jenifer? No tiene importancia quién comenzó, ni quién amó ni quién odió, porque*

## El Unicornio Azul

*vivíamos encerrados en el cuadrilátero de la pasión, y el amor y el odio eran nuestros tantos y las paredes que no veíamos en nuestra ceguera nos detenían y nos aprisionaban. ¿Qué podíamos hacer tú y yo sin o seguir hasta el final el camino marcado por nuestra furia y nuestra tormenta, nuestros deseos y nuestras necesidades? Tú con lo tuyo, yo con lo mío, dos niños encaprichados, dos adultos encadenados a sus mitos, dos seres alimentándose de las miserias del otro, la sangre del otro, sangre y miseria, los sacrificios querida Jenifer, los sacrificios inútiles invocando al amor, y tú y yo y nosotros y después los demás como en una procesión marchando a lo largo de una callejuela oscura e inclinada que desembocaba en el precipicio. ¿Estábamos tan ciegos que no veíamos el abismo?...*

Jenifer y Antonio se abocaron al proyecto de modernización de TEXMEX. Antonio habló con sus amigos de la universidad y entre administradores, economistas y sociólogos diseñaron los cambios necesarios para actualizar la fábrica y prepararla para los retos del futuro. Pero después de estudiar el proyecto durante dos meses, el Consejo de Accionistas lo rechazó.

- Si ese proyecto se lleva a cabo perderíamos, er, por aquí tengo los datos... - dijo Luis Meyer buscando entre sus papeles. Sacó su calculadora de bolsillo. Hizo números y cálculos rápidamente- Perderíamos el cinco punto nueve de las utilidades anuales.

- Lo sabemos. Pero eso sería solamente a lo largo de los próximos tres años. Después se equilibrarían- dijo Antonio.

- Yo no veo ninguna razón para establecer un programa de incentivos a los trabajadores. Ya les pagamos, con seguridad, cada semana. Además ese tipo de cosas deben ser propuestas por el sindicato, no por nosotros- insistió Meyer.

- El programa de incentivos económicos es fundamental para que todo el proyecto funcione. Esto ya ha sido probado en Japón y en mi país, y en todos los países industrializados- respondió Jenifer.

- Nosotros no somos damas de la caridad.

- No se trata de caridad. No les vamos a regalar nada. A cambio les vamos a pedir una mejor calidad y la producción de las nuevas máquinas lo va a requerir- dijo Jenifer.

## El Unicornio Azul

- Eso es una fantasía, señora. Usted no conoce al obrero mexicano. Nosotros no estamos trabajando para los obreros; ellos trabajan para nosotros.

- Ese es el punto precisamente. Trabajan para nosotros y para que trabajen mejor debemos estimularlos- dijo Jenifer.

- Trabajan para nosotros y con nosotros. No son piezas de maquinaria- dijo Antonio.

- Perdón, pero no trabajan para usted. Usted no es socio de esta empresa- dijo Meyer agresivamente. El Arquitecto González intervino con rapidez.

- Lo que yo no entiendo es por qué debemos invertir tanto dinero en maquinaria nueva- dijo. - Tenemos el mercado nacional asegurado, las ventas son buenas y las utilidades seguras.

- Tenemos que crecer al mercado extranjero, principalmente al de Estados Unidos por su cercanía. Tenemos miles de millas de frontera con el mercado más fuerte del mundo. Para entrar en la competencia solamente podremos lograrlo comprando maquinaria moderna. Piensen que actualmente estamos trabajando con maquinaria de hace veinte años. Esos son muchos años. Y desde que era una niña aprendí que la supervivencia y desarrollo de una empresa depende de la inversión y renovación constante que se haga en ella. - replicó Jenifer

- En comprar la maquinaria estamos de acuerdo, pero no en lo demás- dijo Meyer.

- El programa no funcionará sin el apoyo de los obreros- dijo Antonio.

- En última instancia, ¿usted quién es?- dijo Meyer.

- ¿Qué quiere decir?

- Eso. Usted no es accionista y no sé en realidad por qué asiste a nuestras juntas.

- Antonio es mi consejero- dijo Jenifer.

- Pues señora, con todo respeto, páguele el salario que se merezca por su labor y no lo traiga aquí. Aquí no admitimos empleados de la compañía- dijo Meyer.

-¡Óigame usted!- Antonio se puso de pie violentamente, tirando la silla. Jenifer lo detuvo.

## El Unicornio Azul

- Yo estoy feliz con el mercado nacional- dijo Salvador Urieta en una de sus raras intervenciones. Estaba pálido y si habló fue como un acto reflejo ante la actitud de Antonio. - Yo prefiero que todo siga igual.

- Yo también- dijo el Arquitecto González.

- Y yo- dijo Meyer. Jenifer jaló la manga de Antonio para que volviera a sentarse.

Todos voltearon a ver a Carlos Fernández. La decisión final recaía sobre él. El hombre parecía preocupado y no había dicho una sola palabra en toda la sesión. Jenifer tosió. Antonio sabía que a don Carlos le gustaba el proyecto, aunque lo consideraba demasiado audaz, pero no se atrevía a darle su respaldo absoluto pues como buen conservador que era lo asustaban las innovaciones. Antonio lo vio mesarse con la mano la espesa cabellera plateada, indeciso.

- Si Texmex se rezaga en su modernización, en unos años tendrá problemas para abastecer inclusive el mercado nacional- dijo Antonio en tono neutral, como si hablara consigo mismo.

- Hey, esto no es justo- respondió Meyer de inmediato- Mi esposa no me acompaña a las juntas. Ni mi amante tampoco.

- I can understand why they wouldn't- dijo Jenifer.

Don Carlos levantó las cejas, silbó una tonadita e hizo su sillón para atrás antes de hablar.

- Yo aceptaría ese proyecto, siempre y cuando sea aprobado por el sindicato con el compromiso absoluto de que no tendremos el más mínimo problema con los obreros mientras se implementa- dijo elegantemente. A los demás socios les pareció una decisión acertada.

- En esas condiciones yo también estaría de acuerdo; sin huelgas ni peticiones absurdas durante los próximos cinco años, ese proyecto puede ser interesante- dijo Meyer.

- Cinco años es demasiado tiempo- protestó Antonio.

- Lo toman, o lo dejan por la paz- dijo don Carlos.

Después del conteo de votos, Jenifer y Antonio salieron del salón de juntas con su proyecto en las manos. Ahora todo dependía de la resolución de un solo hombre, cuya reputación, sabía Antonio, era pésima. - ¿Cuál es el siguiente paso?- quiso saber Jenifer.

- Tenemos que hablar con el líder de los obreros.



## El Unicornio Azul

- ¿Qué sabes de él? - Poco en realidad. Lo que se ha publicado en los periódicos. Es un tipo extraño, muy polémico en el medio obrero. Se llama Lorenzo Hernández Gómez, mejor conocido como El Loco. Se hizo famoso por balacear a un grupo de obreros que intentaban cambiar de sindicato. Cuando la audiencia se llevaba a cabo El Loco se presentó en la Secretaría de Trabajo y sin provocación alguna comenzó a disparar.

- ¿Mató a alguien?

- En esa ocasión su miopía evitó que acertara, afortunadamente. Pero se rumora que hace algunos años estuvo a punto de ir a prisión por asesinar a un obrero. También es conocido por su afición a llevar a los obreros a la Cámara de Diputados para que aplaudan sus discursos.

- No puede ser tan malo- respondió Jenifer ante las advertencias de Antonio. - Estoy segura que podremos convencerlo de apoyar el proyecto.

- Va a ser difícil. Cinco años de espera son muchos años.

- Pero a largo plazo será un beneficio para todos. Él es un hombre de negocios y lo entenderá.

- ¿Hombre de negocios?

- Por supuesto. Su negocio son los obreros- dijo Jenifer con su pragmatismo de siempre.

La reunión secreta con el líder sindical se llevó a cabo en La Traviata, un restaurante muy exclusivo de Las Lomas, alejado de los ruidosos lugares de costumbre. Elegante y tranquilo, con comedores privados, el lugar fue elegido por el líder obrero, quien llegó tarde a la junta; llegó, casi dos horas después para evitar la posibilidad de que los vieran llegar juntos. Celoso de las apariencias, al líder no le gustaba correr riesgos innecesarios. Al entrar al comedor privado donde lo esperaban Jenifer y Antonio, el líder saludó con una sonrisa ambigua y se acomodó sus lentes de miope para examinar detenidamente a la pareja. Antonio se dio cuenta que el aumento de los cristales acentuaba la mirada perturbada del hombre. Vestido con un traje fino de lana, el líder se limitó a escuchar mientras la pareja se esforzaba a lo largo de dos horas en explicar las ventajas del proyecto de modernización. Lorenzo Hernández cenó en silencio, bebió coñac en silencio y fumó cigarrillos baratos que insertaba en una boquilla de

## El Unicornio Azul

oro. Parecía satisfecho cuando la mirada de Jenifer o de Antonio era atraída por la pesada esclava de oro con iniciales de diamantes que el líder portaba en la muñeca del brazo derecho.

Cuando terminaron de cenar, Jenifer y Antonio lo miraron interrogantes, creyendo que recibirían una respuesta.

- Es un asunto que necesita ser estudiado- se limitó a responder el líder- Tendremos que reunirnos de nuevo.

- ¿Cuándo?

- La semana que entra. Mismo lugar. Misma hora. Hasta entonces- dijo y se marchó. Al cerrarse la puerta del privado, Antonio meneó la cabeza.

- No escuchó una sola palabra de lo que dijimos.

- Por supuesto que escuchó. Y me parece que le gustó el proyecto. Pero no puede aceptarlo tan fácilmente. Tiene que consultar.

- A mí me pareció completamente sordo.

- Es su forma de negociar. Recuerda que yo crecí rodeada de hombres de negocios. Pero vamos a olvidarlo, darling. Ya que estamos en un lugar tan romántico, hablemos de nosotros, ¿te parece?

Antonio fue deslumbrado por el brillo de amor que encontró en los ojos verdes de Jenifer. Ella era hermosa, el lugar elegante, la comida exquisita y el vino excelente. Antonio sonrió. ¿Qué más podía pedir? La segunda reunión con el líder sindical fue una calca de la primera y Jenifer aceptó que Antonio tenía razón; Lorenzo Hernández no escuchaba. Los dejaba hablar, pero su atención estaba concentrada en otra parte.

- ¿Por qué no responde nada?- dijo Jenifer cuando el líder se marchó.

- Está esperando algo-

- ¿Qué? - No lo sé. Vamos a dejar que él dé el primer paso.

Al despedirse al final de la tercera reunión, el líder sindical hizo mención de los fuertes gastos que tendría que realizar para lograr que el proyecto fuera aprobado. Lo dijo sin parpadear, sin importarle que su mentira fuera evidente y con una sonrisa cínica se marchó.

- Ya sabemos lo que quiere; dinero.

- Pero si recibe una cantidad enorme de cuotas de los obreros cada mes- dijo Jenifer.

## El Unicornio Azul

- Y no te has fijado, pero también está en la nómina semanal de la fábrica. El y todos los de su comité.

- ¿Y aún así quiere más? - Jenifer, por favor... Él recibe dinero en cada revisión del contrato colectivo de trabajo. Y cada vez que algo altera el ritmo normal de la producción. Y por cada trabajador despedido con justificación o sin ella. Y un porcentaje sobre cada cláusula del contrato. Y una cantidad extra a finales de año para las fiestas de la Virgen de Guadalupe y navideñas. Y después de cada asamblea... .

- ¿No hay una ley en contra de eso?

- No. Los sindicatos en México son autónomos y pueden hacer y deshacer como les venga en gana.

- My God. Creo que estamos en el negocio equivocado.

Hubo diez reuniones en total, y en cinco de ellas Antonio y Jenifer acudieron con gruesos paquetes de dinero, cada vez cantidades más fuertes, que Jenifer conseguía a su vez de la fábrica. Cuando llegaba el momento propicio, Antonio deslizaba discretamente los sobres bajo el plato de Lorenzo Hernández. Finalmente acordaron que el proyecto sería discutido en la siguiente asamblea general de los trabajadores de TEXMEX, S.A.

- ¿No habrá problema?

- Tiene usted mi palabra, señor Highland.

- Alarcón. Mi nombre es Antonio Alarcón.

- Disculpe usted- dijo Lorenzo Hernández metiendo el sobre dentro de su saco. Se acomodó los gruesos lentes de miope, se acomodó su deslumbrante brazalete de oro y salió cojeando del restaurante. Jenifer y Antonio esperaron media hora antes de abandonar el lugar. Era una de las condiciones de Lorenzo Hernández.

Una semana después de la asamblea Jenifer y Antonio recibieron una grabación del discurso del líder ante sus agremiados y quedaron horrorizados por las acusaciones absurdas que el hombre lanzaba en contra de ellos.

- No puedo creerlo. Este hombre es un esquizofrénico- dijo Antonio.

- Un mentiroso- respondió Jenifer.

- Y un ladrón- dijo él.

## El Unicornio Azul

En la siguiente reunión ambos exigieron una explicación, pero Lorenzo Hernández se encogió de hombros y bebió tranquilamente su coñac.

- ¿Qué esperaban? ¿Alabanzas?

- No. La verdad- dijo Antonio, furioso.

- En política no se puede decir la verdad. No sea usted inocente.

- Pero los engañó a ellos y a nosotros.

- Yo no engaño a nadie, Alarcón. A ellos les dije lo que querían oír. En cuanto a ustedes, pongan en marcha su plan.

- ¡Pero la asamblea lo rechazó!- dijo Jenifer.

- ¿Y qué?- respondió Lorenzo El Loco Hernández y se encogió de hombros. Parecía sinceramente extrañado. Ni Jenifer ni Antonio supieron qué decir.

Esa fue la última reunión a la que asistieron. A partir de ese momento dejaron todo en manos de los abogados laborales.

Una vez lograda la aprobación del sindicato, todo estuvo listo para poner el proyecto en marcha, pero repentinamente Jenifer pretextó un viaje de emergencia a California. Dijo que necesitaba ver a su madre para consultar algo con ella y tomó el primer avión a San Francisco. Durante quince días Antonio no supo nada de ella. Finalmente Jenifer avisó que regresaba. Antonio la escuchó muy deprimida por el teléfono. La conexión era pésima y él prefirió esperar veinticuatro horas para averiguar qué ocurría. En el aeropuerto la encontró muy pálida y pensativa.

- ¿Todo está bien? - ¿Eh? Ah, sí. Bien. Mamá está bien.

- ¿Y tu abuelo?

- No quiso recibirme. Sigue enojado conmigo. Pero no me importa - ¿Entonces qué te sucede?

- No, nada. Nada- dijo Jenifer molesta. Antonio no cejó en su interrogatorio. Jenifer estaba actuando en forma muy extraña. Que ella no quisiera decirle cuál era la razón de su comportamiento misterioso lo incomodó; sin ningún motivo ella lo estaba excluyendo de su vida. ¿Por qué? De alguna forma Antonio adivinó que lo ocurrido también lo afectaba a él. ¿Acaso ella había decidido terminar, romper con él? ¿Otro hombre, quizá? Antonio continuó interrogándola

## El Unicornio Azul

de diferentes formas hasta que logró vencer la resistencia de Jenifer cuando entraban al departamento.

- Okay, okay, te diré qué ocurrió, pero, oh God, no sé cómo- dijo Jenifer y se arrojó sobre el sofá. Comenzó a temblar y a llorar y de repente balbuceó lo ocurrido.

- Tuve... oh, Tony, te amo, te amo, júrame que me vas a comprender...

Antonio palideció y se imaginó lo peor.

- No te puedo jurar nada. Dime qué sucedió.

- Por favor, es que, es que no sabía, no, no... Nunca pensé que fuera así, oh Dios. - los temblores eran realmente intensos en los músculos de Jenifer. Ella parecía a punto de perder todo su control. - ¡Qué sucedió!

- Tuve... tuve un aborto.

- ¿Qué?

- Tuve un aborto - No entien... ¿Estabas embara... ¿Por qué no me lo dijiste?

- Porque te hubieras opuesto, lo sé, lo sé. Te conozco, sé cómo eres y te hubieras opuesto. Oh, my God- Antonio se desplomó en el sofá junto a Jenifer. Pasó de la palidez extrema a un sudor helado acompañado de un calor bochornoso. No sabía que hacer, decir o pensar.

- ¿Fue accidental?

- No. Fui a una clínica.

- Pero, ¿Por qué, Jenifer?

- Oh, Tony, tuve que hacerlo, tuve que hacerlo, entiéndeme por favor, tuve que hacerlo.

- ¿Por qué, Jenifer? ¿Por qué?

- No podía tenerlo. Ahora no es el tiempo propicio para estar embarazada, Tony. Yo... yo no hubiera podido cuidarlo como es debido y.. y no hubiéramos sido felices.

- No hables por mí.

- Con todos los problemas de la fábrica hubiera sido horrible estar embarazada.

- Pensaste solamente en ti.

- Pensé en nosotros.

- No. Pensaste solamente en ti, en lo que tú querías.

## El Unicornio Azul

- Hey, espera un momento. Era solamente un feto de seis semanas. Y además... además es mi cuerpo.

- Era mi hijo también, Jenifer. Es tu cuerpo, pero era mi hijo también, maldita sea, debiste haberlo consultado conmigo.

- ¿Con quién? ¿Con mi amante? - Con el padre de tu hijo. Me lleva el carajo, debiste haberme dicho que estabas embarazada.

- Te hubieras opuesto.

- Era nuestra decisión, no tuya únicamente.

- Oh, Tony, no lo tomes así. Por favor. Ya me siento bastante mal por ello. Fue horrible, horrible... Por favor comprende...

- ¿Comprender qué? Ya todo está hecho. ¿Qué quieres que comprenda? ¿Por qué no me pediste esa comprensión antes de hacerlo? - Estaba asustada.

- ¿De tener un hijo, Jenifer? ¿Te asustó tener un hijo mío? Jenifer agachó la mirada.

- Lo siento. No pensé...

- ¿Lo sientes? ¡Ja! - Por favor...

- Por favor, nada. Tú no puedes actuar como si estuvieras sola en el mundo. Tus decisiones afectan mi vida también. - Por favor, Antonio, ya te dije que lo siento. Por favor... fue horrible...

- Fantástico.

Antonio salió dando un portazo. Cuando regresó tres días después, estaba sucio, sin rasurar y completamente borracho. No dijo nada al entrar. Miró tambaleante a Jenifer, quien lo esperaba cuidadosamente arreglada; su cabellera rubia, peinada meticulosamente hacia atrás, resaltaba las facciones de su hermosa cara. Estaba pintada y vestida como para ir a una fiesta. Solamente sus ojos verdes, ligeramente hinchados y enrojecidos, la delataban. Antonio no dijo una sola palabra. Sencillamente se dirigió a la recámara y comenzó a empacar.

- ¿Qué haces?- preguntó ella.

Antonio se rió estúpidamente.

- ¿T- te cuento un chiste?

- No.

- El pri- primer ministro de Canadá dijo que vivir junto a Estados Unidos es como dormir j- junto a un elefante; nun- nunca sabes cuándo se va a mover.

## El Unicornio Azul

- Antonio, cálmate y escúchame.

- ¿Te cuento otro, elefante?

- No quiero oír.

-¿S- sabes lo que dijo Porfirio Díaz?

- No me interesa.

- Dijo que México es- está muy lejos de Dios y demasiado cerca de Estados Unidos. ¿Tú qué opinas?

- Antonio, escúchame...

- No, no, ya no quiero saber nada. Me largo en paz, Jenifer.

Aquí no ha pasado nada.

-¿Adónde vas a ir? Antonio se detuvo y miró desconcertado alrededor de él. Las paredes pintadas de colores fluorescentes, con grandes pósters de marcas comerciales estilizadas que Jenifer había colgado como decoración, parecían demasiado chillantes, demasiado burlonas. Antonio sonrió, mareado ante la fuerte sensación de extravío.

- Y mi amigo el f- filósofo dice que nuestro problema comenzó cuando dijimos ``Esta es su casa'', y los gringos se lo creyeron a pie juntillas. ¿Tú qué crees?

- Que entiendo tu enojo. Pero quiero que me escuches.

- Ya no me interesa. Au revoir, ciao, goodbye, adios,

Jenifer.

- No puedes irte así, Antonio.

- ¿Quieres apostar?

- Tienes que escucharme primero.

- No.

Antonio abrió el clóset donde guardaba sus trajes. Jenifer se abrazó a él para detenerlo.

- ¿Por qué quieres dejarme?

- ¿Y todavía lo preguntas?

- De acuerdo, de acuerdo. Cometí un error, pero nada ha cambiado. Sigo siendo la misma. Te sigo amando igual... y tú me sigues amando a mí. No me digas que no. El amor no se acaba de un día para otro, y tú lo sabes.

- Ya suéltame, carajo.

- No seas cruel, amor.

- ¿Cruel?

## El Unicornio Azul

- Yes. Cruel. Mil veces cruel. Prefieres destrozarnos nuestro amor en lugar de perdonar una estupidez. ¡Eso fue todo! ¡Un estúpido error! ¿Es que no lo entiendes? Si te marchas vas a destruir todo lo que hemos construido. Por eso serías cruel. ¿Por una estupidez vas a destruir todo? ¿Quién te crees que eres? ¿Es que acaso tú no cometes errores? Antonio cerró los ojos y dejó de luchar. Comprendió que Jenifer tenía razón; no tenía la fuerza necesaria para huir de esa intensa pasión que ella conocía tan bien. No podía dejar de amarla. Era más fácil darse por vencido; era más fácil rendirse; bastaba con abrazarla...

- Ya déjame-

- No puedo dejarte, Antonio. Ni tú a mí. Tú y yo nacimos para querernos-

- Eso quiere decir que estamos condenados-

- Exactly. Estamos condenados a querernos. Para siempre.

- Entonces recuerda una cosa.

- ¿Qué? - Que lo que más queremos puede ser también lo que más odiamos- dijo Antonio antes de agarrar la cabellera de Jenifer y jalarla con violencia hacia él para besarla. La besó y la mordió y ella lo besó y lo mordió. Ella siguió mordisqueando su cuello cuando él la cargó hasta la cama y la dejó caer. El se hincó ante ella, entre sus piernas, y abrió su pantalón con rabia. Ella estiró la mano y lo atrajo con impaciencia.

- No me hagas esperar más, amor. Ven, ven que me estoy quemando-

- No-

- Por favor, Antonio, que me estoy quemando-

*quemando, el sol lo estaba quemando...*

Antonio dejó que ella le mostrara el camino y la penetró de golpe, en una sola embestida furiosa de sus caderas. Jenifer le clavó las uñas en la espalda.

- Ahhhh sí, amor, sí, así, así-

*...quemando, el sol lo estaba quemando, ese sol ardiente entre el Trópico de Cáncer y el Trópico de Capricornio le estaba abrazando la piel y lo adormecía, dormir, soñar, soñar que vivimos y soñar que soñamos a un hombre, a una mujer, a la humanidad entera, crear, crear, la creación, crear un mundo aparte donde el*



## El Unicornio Azul

*odio no penetra, donde el sol brilla igual para todos pero nunca quema, donde tú y yo, querida Jenifer, pudiéramos alcanzar a olvidar que el amor también puede ser terrible...*

Antonio no volvió a poner un pie en la fábrica.

Conocía a fondo la situación, pues Jenifer le contaba todo en detalle cuando coincidían a la hora de cenar o en la cama. Cada día se veían menos. Mientras Jenifer estaba en la fábrica, Antonio completaba la investigación necesaria para escribir la novela histórica que había abandonado. Por las mañanas acudía a la Biblioteca Nacional para excavar de las entrañas de volúmenes polvorosos y olvidados, datos que apuntaba en tarjetas de ocho por cinco. Se detenía a medio día para tomar una copa y una botana en una cantina ubicada cerca de la Biblioteca. Era un lugar frecuentado por taxistas, boxeadores, obreros, burócratas y vendedores de lotería. Fue allí donde Antonio se hizo amigo de un par de obreros que asistían a un gimnasio de box en las calles de Bolívar. Los dos obreros, casualmente, trabajaban en TEXMEX, S.A. Uno se llamaba Roberto Toscano, mejor conocido como Rubí. El otro era alto, delgado y de modales elegantes. Su rostro se parecía al perfil de una estela maya, se llamaba Isauro Peña y quería ser músico de rock. Ocasionalmente los acompañaba un tercero, un hombre de carácter tímido al que Antonio conoció solamente como El Perfumado.

Después de la botana, que a veces se prolongaba hasta muy noche, Antonio regresaba al departamento y lo encontraba desierto y frío pues Jenifer estaba ocupada todo el día en la fábrica. Antonio se encerraba en su estudio para organizar la información que había adquirido en los libracos abandonados por el tiempo; colocaba las tarjetas e n las paredes en hileras cronológicas, por capítulos y por tema. Luego trabajaba en la escritura. Basado en el juicio histórico en que Cortés fue acusado de haber asesinado a su primera esposa, Antonio quería escribir una novela fantástica donde modificaría quinientos años de historia. En la novela, como en la realidad, Hernán Cortés era declarado inocente de la acusación, pero al encontrarse completamente libre Cortés decide seguir las ideas de Alejandro el Magno y asume íntegramente la responsabilidad de unir a dos pueblos multiformes, para dar paso a un tercero. Cortés convierte a la Malinali en su dama, acepta la coronación que le proponen sus soldados a la

## El Unicornio Azul

caída de Tenochtitlán, visita España acompañado de la Malinche y su primer hijo, Martín Cortés, y busca y recibe el virreinato de por vida en su carácter de héroe y creador de una nueva raza. Los siguientes siglos, pensaba Antonio, debían ser una continuación lógica de ese primer acto. Escribió muchas más de las mil páginas proyectadas originalmente, pero terminaba desechando todo en el bote de la basura. Una y otra vez volvía a comenzar y escribía página tras página mientras bebía brandy o tequila. No sabía por qué no podía concretar la novela; tenía todos los datos necesarios emplastados en las paredes y en su mente la novela estaba escrita de la A a la Z, pero cuando releía lo escrito Antonio desesperaba y destruía todo para volver a comenzar. Las noticias del día dejaron de interesarle. Todo lo que no fuera su mundo ficticio quedaba excluido de la atención de Antonio.

Ocasionalmente Jenifer comentaba los últimos acontecimientos. Una noche, ella regresó de la fábrica particularmente tensa y de mal humor. Cenaron en silencio. Después de media botella de brandy entre los dos, Jenifer le dio la noticia.

- El consejo está asustado. Todos quieren sacar su dinero del país.

- ♦ ¿Por qué?
- ♦ - La situación del país nos va a obligar a implementar medidas de emergencia en la fábrica.
- ♦ ¿Como qué?
- ♦ - Los abogados sugieren una... contracción temporal de mano de obra.

- 'Contracción temporal'... Que bonito eufemismo

- ¿Ya vas a comenzar otra vez con tus cosas?

- Sí. Salud- dijo Antonio levantando su copa. Jenifer no respondió y se levantó de la mesa, se levantó sin querer escuchar, pensó Antonio, escuchando entre sueños los golpes en la puerta de la suite de Manzanillo.

*...no queríamos ver, no queríamos ver...*

Tocaron de nuevo.

Antonio abrió los ojos y el sol lo deslumbró y vio que en la bahía el barco carguero se estaba hundiendo; la proa estaba en el aire y el mar se tragaba al barco en medio de un remolino.

En la puerta tocaron insistentemente.

## *OCHO*

Rubí regresó trotando a la cancha de fútbol. Sentía su cuerpo sudoroso y fuerte lleno de energía, y corrió haciendo su rutina de boxeo de sombra. Tenía el sol de frente y los reflejos dorados le impedían ver los detalles de los llanos que atravesaba corriendo. Cuando cruzaba por abajo de las torres de alta tensión, la pata de una de las torres se rompió y la torre cayó al suelo entre chirridos de metal y chispas amarillas, azules y rojas. Rubí saltó a un lado, pensando en Juana Alonso, en el roce de su opulento cuerpo contra su costado, en el olor de su cuerpo limpio y recién bañado, en su carita como globo de feria... Cruzó a brincos la barranca llena de basura, y llegó justo a tiempo para integrarse al equipo antes de que comenzara la segunda mitad del partido.

Encontró a los jugadores de ambos equipos distribuidos en grupos a los lados de la cancha, bromeando con los familiares y amigos mientras tomaban algo para refrescarse. Unos se conformaban con agua de limón, muchos tomaban cervezas y los menos rompían la prohibición expresa de no se vale emborracharse en la cancha, valedores. Rubí vio a tres o cuatro jugadores bebiendo a escondidas del árbitro ron con cocacola que les hacían llegar sus seguidores en vasos desechables de plástico. El sol descendía en su camino hacia la oscuridad, y se acercaba a las puntas más altas de la cadena montañosa de origen volcánico que rodea como una diadema al valle de México. Desde la cancha llanera el Ajusco adquiriría un perfil diferente; parecía la cara de un hombre mirando al infinito. Rubí lo vio así al levantar la vista hacia las montañas. Hacía calor, un calor seco y pesado, pero disminuía gradualmente conforme la tarde avanzaba. Cuando Rubí llegó corriendo a la cancha, el entrenador recorría las bancas llamando a los jugadores para que se agruparan antes de que el árbitro sonara el silbato.

- ¿Dónde estabas? ¿No vas a jugar?
- Ya estoy aquí, don Teofilito.
- Pues ya. Apúrate.
- Órale. Cuando usted diga.

## El Unicornio Azul

Don Teofilito siguió llamando a los jugadores. Rubí se dirigió a la banca de los trofeos, donde descubrió a sus amigos. El Perfumado bebía directamente de una botella de ron que sostenía del gollete. Se veía desolado. Isauro Peña estaba a un lado, leyendo el periódico.

- ¿Qué pasó? ¿Cómo vamos?- preguntó Rubí. Agarró un refresco embotellado que estaba en una cubeta con hielo y lo destapó con la orilla de la banca. Era un refresco de manzana.

- Empatados a uno- respondió Isauro. Dobló su periódico y lo usó para sentarse encima de la banca.

- ¿Entonces por qué están tan serios? Isauro señaló en silencio al Perfumado.

- ¿Por qué estás triste, compadre?- preguntó Rubí.

- Ese hijo de la chingada...

- ¿Qué te hizo?

- Nada. Nomás se llevó a Graciela- dijo el Perfumado y tomó otro trago de la botella de ron. Rubí miró hacia el lugar donde había estado el automóvil del delegado sindical. En su lugar estaba un camión repartidor de cilindros de gas. Rubí quiso preguntarle más a su amigo, pero ya no tuvo tiempo; en ese momento el árbitro hizo sonar el silbato y todos los jugadores salieron a la cancha. Rubí dio otro trago pequeño a su refresco y volvió a meter la botella en la cubeta. Salió a la cancha.

Desde el primer momento en que recibió la bola se dio cuenta que las jugadas ya no eran de habilidad ni de fuerza, como al principio; ahora eran a matar. Los azules estaban bastante más cansados que los blancos y eso les restaba movilidad. Las jugadas de los azules eran lentas y poco hábiles. Para compensar, todas las entradas de los azules eran con los tacones por delante, o con los codos, o abiertamente a empujones. Rubí trató de llamar la atención del árbitro, para que impusiera el orden después de producirse varios encontronazos violentos, pero el árbitro era un hombre pequeño y delgado, sin carácter, que ya había demostrado hasta el cansancio su incapacidad para disciplinar a los jugadores.

- Ni le digas nada. A ese nomás le gusta llevarse el pito a la boca. Tú nomás responde como te den- le dijo uno de sus compañeros. Rubí sonrió malicioso. Sin saber cómo se había desarrollado la

## El Unicornio Azul

primera mitad del juego, Rubí no había querido correr el riesgo de comenzar nada que pudiera ser contraproducente. Pero cuando su compañero le dijo eso, Rubí entendió que el árbitro no tenía capacidad de controlar a los jugadores y para él eso fue como recibir una patente de corso, una licencia para matar. A la siguiente jugada, en cuanto tuvo cerca a un azul, Rubí soltó el gancho al hígado que había aprendido en el gimnasio de box de las calles de Bolívar a donde asistía por lo menos una vez por semana. El azul se derrumbó de rodillas, sin aire, pero como Rubí lo había golpeado con discreción, el árbitro pensó que era treta del azul y dejó que el juego continuara.

Rubí avanzó hasta que tres rivales se le vinieron encima. Antes de que llegaran a él Rubí pasó el balón a su derecha y se adelantó a los defensas azules esperando recibir el balón de nuevo, pero su compañero fue pateado en la espinilla y el balón ahora estaba con los azules. Ellos a su vez se movieron hacia la portería blanca, pero no pudieron penetrar la defensa de los blancos y el balón fue de un lado a otro de la cancha con los jugadores atrás, en un oleaje constante de ida y vuelta.

De esa forma transcurrieron veinte minutos, entre empujones, zancadillas y codazos que se incrementaban conforme la frustración crecía en ambos equipos y entre las porras de sus seguidores en las bancas. Ninguno de los dos bandos podía concretar jugadas efectivas pues era cacería abierta sobre el que tuviera el balón y quisiera retenerlo. Los jugadores ya no procuraban las fintas, los pases elegantes o las jugadas bien estructuradas; se preocupaban únicamente en librarse de los golpes. La rabia de Rubí fue ascendiendo, especialmente porque cada vez que él recibía el balón era bloqueado por dos rivales que lo jaloneaban, golpeaban o pateaban hasta despojarlo. Uno de ellos, el número ocho, hasta se burlaba de él y Rubí sentía que toda su energía se había convertido en tensión, una tensión embutida a presión dentro de él, y la presión era cada vez mayor. Sus oponentes no le habían dado la oportunidad de tirar otro de sus famosos ganchos al hígado, y Rubí empezó a sentir una furia tan intensa que le provocaba una especie de dolor en el pecho. Todo el tiempo estaba jugando con los puños cerrados, esperando

## El Unicornio Azul

su oportunidad de desquitarse con alguien. Seguía al jugador azul número ocho, lo seguía de cerca buscando una excusa para vengarse de las burlas recibidas, pero el número ocho se mantenía lo suficientemente alejado de él, y Rubí tenía que tragarse lo que para él eran humillaciones.

Finalmente se presentó la oportunidad faltando diez minutos antes de que terminara el juego. De repente el número ocho aprovechó una distracción de Rubí y se escapó por el lado derecho, sin marcación alguna, mientras el balón era jugado por el lado izquierdo. Rubí vio claramente la jugada de inmediato y quiso anticiparse a cubrir al número ocho, pero llegó tarde; el número ocho recibió limpiamente el balón, se adelantó y se colocó en posición de disparar. El portero se paralizó en su sitio. Rubí sabía que era una jugada de gol, así que no lo pensó dos veces; dio un salto descomunal y al caer clavó sus tacones con fuerza en la pantorrilla izquierda del número ocho. Oyó un crac, un grito de dolor, los silbatazos del árbitro, y cuando se estaba incorporando recibió sin saber de dónde un puñetazo en el mentón que oscureció su vista. Casi a ciegas repartió golpes a diestra y siniestra y la bronca se generalizó en unos segundos. Intervinieron no solamente los jugadores de ambos equipos, sino también los espectadores que entraron armados con las botellas vacías de refrescos y de vino. En la batalla campal que se produjo, la figura ridícula del árbitro fue de un lado a otro tratando de imponer orden, pero todos los empujaron y nadie le hizo caso. La bronca duró unos diez minutos de principio a fin, con algunas ramificaciones pues cuando todo parecía estar ya en paz, alguno se desprendía de los brazos de sus compañeros y corría a patear a un contrario. Cuando todo terminó, con varios descalabrados en ambos bandos, ya nadie quiso reanudar el juego. Los capitanes discutieron con el árbitro para deslindar responsabilidades, pero no pudieron ponerse de acuerdo más que en una sola cosa; volverían a encontrarse en esa misma cancha dos semanas después para definir quién sería el campeón de la liga ese año. Rubí abandonó la cancha. Mientras sus compañeros se cambiaron de ropa y bromeaban acerca del pleito y curaban a

## El Unicornio Azul

sus heridos, el Perfumado no dejaba de moverse nerviosamente de un lado a otro.

- Ya estate quiero, compadre. Nomás me estás mosqueando- gritó Rubí. Se quitó la camiseta y con ella se limpió el sudor y un ligero hilillo de sangre que salía de su ceja derecha y escurría por la cara y el cuello.

- Me quedé caliente, compadre. No pude descontar bien a ninguno de esos pendejos- explicó el Perfumado sin dejar de brincotear. Rubí sabía cuál era la razón de su verdadera rabia.

- A la próxima te desquitas. Vámonos- dijo, y se puso el pantalón después de quitarse el calzoncillo del uniforme.

- No. Espérate- pidió el Perfumado sin soltar la botella de ron. Sus ojos tenían una mirada dura, vidriosa. Rubí percibió la furia contenida de su amigo y sintió una inyección de energía adicional en su sangre. Le gustaba esa sensación, ya sentida dos veces ese día, que solamente se producía en su cuerpo cuando anticipaba violencia o sexo. Era como una oleada de calor que cosquilleaba en sus venas, como un llamado de alerta que ponía todos sus sentidos a funcionar; todos los sentidos conocidos y otros que no sabía que existían. No se movió. Esperó a que el Perfumado indicara cuáles eran sus intenciones. El Perfumado miraba ansiosamente a los azules buscando la oportunidad de actuar, pero ya no la encontró. Los azules terminaron de cambiarse de ropa, recogieron todas sus cosas y abandonaron la cancha en grupo, acompañados por sus simpatizantes y llevándose con ellos al jugador número ocho; lo sacaron cargando entre tres.

- Me lleva la que me trajo. Hoy no es mi día- dijo el Perfumado y pateó uno de los trofeos.

- ¿Qué le pasa, Perfumado? No se desquite con los trofeos- dijo el entrenador, que llegaba a recogerlos en ese momento.

- Órale, no se enoje, don Teofilito.

- Pos fíjese en lo que hace.

- Ya vámonos- ordenó Rubí agarrando su morral de mezcilla.

- Tú por lo menos le rompiste la pata a ese cabrón.

- Lo quería matar- dijo Rubí sencillamente y al momento de decirlo supo que era verdad; había sentido deseos de matar al jugador número ocho, de hacerle verdadero daño.

## El Unicornio Azul

- Al que yo voy a matar es a otro. Mira lo que voy a hacer por si me los encuentro- dijo el Perfumado y se detuvo a recoger una piedra que colocó dentro de su morral.

- Ora sí, que se me presente ese pinche loco.

- Oigan, ¿qué van a hacer?- preguntó Isauro Peña alcanzándolos en la salida de la cancha.

- ¿Qué te importa?- respondió el Perfumado agresivamente. Rubí percibió el alcohol en el aliento de su amigo; no tenía idea que el Perfumado estuviera tan borracho.

- No, nada. Digo, pregunto por si quieren ir al teatro. Yo invito. Como hoy es mi último día...

- Deveras. Se me había olvidado. Ahí que muera, Isauro, la bronca no es contigo.

- Yo sí voy- dijo Rubí.

- Yo no- dijo el Perfumado.

- Tú nos acompaña. ¿O qué? ¿Ya no eres nuestro amigo?- insistió Isauro Peña golpeando amistosamente el hombro del Perfumado. El otro lo miró con los ojos vidriosos y amarillentos, y por un segundo Rubí no supo si el Perfumado iba a responder con otro golpe, con una sonrisa, o con llanto, pues las tres emociones estaban presentes en el rostro congestionado.

- Psíiii, pero...

- Pero nada.

- Órale, acompáñanos- insistió Isauro.

- Ya vas. Vamos al teatro. Pero primero nos tomamos unas chaves. Tengo mucha sed.

Isauro Peña y Rubí Toscano se miraron entre sí, se encogieron de hombros y aceptaron.

Los tres amigos salieron de la cancha llanera, siguiendo a los grupos de los demás jugadores que se dirigían a la parada de los camiones y peseros. El sol se ocultaba ya tras la punta de los cerros a espaldas de ellos. Enfrente, el perfil borroso, gris y sucio, de la ciudad de México se extendía por todo el valle. La noche estaba a punto de comenzar.

- ¿Y por qué te vas de México, Isauro?

- Quiero buscar otros horizontes, mano. Ya no quiero ser esclavo de nadie. Quiero ser libre.



## El Unicornio Azul

- ¿Y aquí no lo eres?
- Aquí nomás soy libre para morirme de hambre.
- Bájale, bájale güey- dijo el Perfumado.
- Vas a dejar a tu familia, a tus amigos, tu país, todo tu mundo y para qué. Para irte a un lugar extraño, con gente extraña, y con riesgo de que te maten o que termines en la cárcel. ¿Quieres eso?
- No, Rubí. Lo que quiero es buscar oportunidades que aquí no encuentro. Además, ya conoces los rumores en la fábrica. Dicen que van a despedir a muchos.
- ¿Y tú mejor te largas solito?
- Renuncié para demostrarles que ellos no dominan mi vida. Mi vida la controlo yo. No hubiera soportado que me corrieran así nomás, sin ningún problema. Al renunciar, demostré que mi voluntad es superior a la de ellos- explicó Isauro cada vez más exaltado.
- La única consideración que ellos tienen es acerca de los objetos que pueden dominar a fondo, como las máquinas. Eso los hace sentir que su voluntad es todopoderosa. Por el simple hecho de anticiparme a ellos yo demostré mi propia fuerza, les demostré que no soy una máquina que está a su disposición. Les demostré que soy un hombre libre.
- ¿Y para qué te vas de México? No te agarro la onda.
- Me voy a México porque quiero otra oportunidad en esta vida. Es la única que tengo y no quiero morirme sin haber intentado por lo menos conseguir lo que quiero. Necesito tener más libertad para intentar otras cosas. Aquí nomás no se puede.
- ¿Y allá? Allá vas a trabajar en los campos de sol a sombra. Va a ser lo mismo. O peor.
- Pues sí, pero allá voy a tener la oportunidad de hacer lo que a mí me gusta.
- ¿Qué es lo que te gusta?
- Tocar la guitarra.
- Júntate a un mariachi.
- Nel. A mí me gusta el rock.
- Uta, estás grueso. ¿Y por lo menos hablas inglés?
- Un poco. He estado estudiando.
- ¿Esos son los libros que lees?

## El Unicornio Azul

- Nones. Desde que dejé la escuela he tenido que educarme solito. Soy un autodidacta.
- ¿Qué es eso?
- El que se educa a sí mismo.
- ¿Y de qué, pues?
- De varias cosas; acerca de la condición del hombre, por ejemplo; acerca de la libertad, acerca de las diferencias entre las clases sociales...
- La diferencia entre los ricos y nosotros es que ellos tienen cochesotes- dijo Rubí. Los dos se rieron. El Perfumado los miró con resentimiento.
- Pero leo mucho acerca de la libertad. Me gusta la libertad. Me gusta ser libre. Solamente siendo libre podré ser capaz de explorar a fondo mi verdadera capacidad. Solamente siendo libre podré expresar lo que soy y lo que pienso. Solamente siendo libre podré escoger el camino que a mí me gusta más.
- ¿Libertad de qué, o para qué Isauro? ¿Qué es la libertad?
- Libertad para ser tú mismo, como quiera que seas, sin que nadie te obligue a ser otra cosa. Yo no te puedo decir qué es la libertad, Rubí, pero yo sí sé lo que es para mí.
- Que te entienda tu madre, güey- dijo el Perfumado. Isauro Peña se enojó.
- ¿A ti te gusta que te ordenen todo, Perfumado? ¿Que te digan qué vas a estudiar, dónde vas a trabajar, en dónde vas a vivir, qué debes pensar y qué no se puede decir?
- Mi jefecito trató cuando yo era chamaco, pero por eso me largué de la casa.
- No me refiero a tus padres. Me refiero al gobierno. Has de cuenta que un supervisor de la fábrica, pero en todos los aspectos de tu vida.
- A que la... Pues no, claro que no.
- Ya ahí estás siendo libre. Estás expresando una creencia. Eso es ser libre. La libertad es una acción, y no una teoría. Se vive en libertad, o se vive en esclavitud. La libertad se vive, carnal.
- Pues yo no te entiendo.

## El Unicornio Azul

- Yo sí, Isauro. Pero nadie puede ser totalmente libre. Ni aquí, ni en ningún lugar del mundo. Te casas y ya no eres libre; trabajas y ya no eres libre; tienes hijos y ya no eres libre.

- De acuerdo. Pero una cosa es escoger tus propias cadenas, y otra que te las impongan, ¿no?

- A lo mejor- respondió Rubí cauteloso. Trató de memorizar esa conversación con Isauro porque adivinó que era importante y que tenía alguna relación con su estado de ánimo de esa madrugada, cuando se vio a sí mismo en el espejo y no se reconoció. Por un rato dejó de participar en la conversación y se limitó a escuchar las ideas entusiasmadas de Isauro Peña. Sumido en sus pensamientos, Rubí apenas se dio cuenta cuando salieron a la avenida Hidalgo. Los tres amigos doblaron hacia la derecha y siguieron adelante. Cruzaron la avenida entre los claxonasos de los automovilistas irritados por el tránsito lento y complicado. Se metieron por el callejón.

Al fondo de la calle sin salida, estaba la cantina. Sobre la entrada colgaba un letrero pintado en letras rojas EL INFIERNO MAYOR La cantina era un pequeño local pintado de rosa mexicano. Al centro estaban colocadas varias mesas de lámina, y el piso estaba cubierto de aserrín húmedo todavía por los escupitajos y las bebidas derramadas la noche anterior. El lugar olía a cerveza vieja y a orines. Las mesas de lámina exhibían en la superficie la marca de la cervecería que surtía a la cantina. A un lado, pegadas a la pared, una heladera de metal con grandes bloques de hielo derritiéndose sobre las botellas de refrescos y cervezas; los hielos reflejaban los colores de la pantalla encendida de una rocola. A lo largo de la otra pared estaba un ancho urinal recubierto con mosaicos de diferentes tamaños y colores. Atrás, acomodadas en un extremo de la contrabarra, había varias ollas de peltre blanco que contenían los diferentes guisos para preparar tortas y tacos; en una olla había papas con chorizo, en otra, picadillo; una olla mediana contenía huevos ahogados y la más grande estaba llena de moronga; el olor de la sangre de cerdo cocinando se esparcía por todo el local. Al final de la barra, en el extremo más cercano a la calle, un enorme sartén donde la hirviente grasa cocía limpiamente la longaniza y las viseras del

## El Unicornio Azul

cerdo para los tacos de carnitas. Una pequeña pantalla de vidrio alrededor del sartén servía como protección contra las moscas.

- ¿Qué van a querer?- preguntó de mal modo un hombre de cara redonda y cachetona, con bigotitos de ratón, que estaba atrás del mostrador. En la mano tenía un gigantesco cuchillo que usaba para cortar la carne; constantemente limpiaba el cuchillo sobre su delantal blanco.

- Cervezas- dijo el Perfumado, buscando en la heladera.

- ¿Y de comer?- preguntó agresivamente el cantinero- taquero. Su rostro cachetón estaba tan reluciente de grasa como las tortillas que echaba sobre el comal.

- Échanos unos tacos- dijo Rubí.

- ¿Cuántos?

- Quince.

- ¿De carnitas?

- De carnitas y cueritos y machitos y de lengua y de buche y de ojo. Échale de todo.

- Salen.

- De todo no, Rubí- dijo Isauro en voz baja, aunque seguía eufórico.

- ¿Por qué no?

- Mi perro se me perdió ayer. ¡Oiga!- gritó al taquero- ¿No ha visto por aquí a mi perro? ¿Un animal así, medio cafecito? El taquero no respondió, pero su mirada tenebrosa destruyó la broma de Isauro. El Perfumado regresó malhumorado de la heladera, cargando las cervezas. Las puso sobre la mesa y regresó a la rocola. Colocó varias monedas y oprimió bruscamente las teclas con números y letras. Luego regresó a la mesa y los tres tomaron sus cervezas directamente del gollote. De la rocola surgió la voz de Pedro Infante, y la canción sumió a cada cual en sus propios pensamientos.

*...Mira cómo ando mujer, por tu querer*

*Borracho y apasionado nomás por tu amor*

*Mira cómo ando mi bien, muy dado a la borrachera y a la perdición*

## El Unicornio Azul

*Tú, sólo tú, has llenado de luto mi vida, abriendo una herida en mi corazón*

*Tú, sólo tú, eres causa de todo mi llanto, de mi desencanto y desesperación*

*Sólo tu sombra fatal, sombra del mal, me sigue por dondequiera con obstinación,*

*y por quererte olvidar, me tiro a la borrachera y a la perdición.*

*Tú, sólo tú, has llenado de luto mi vida, abriendo una herida en mi corazón.*

*Tú, sólo tú, eres causa de todo mi llanto, de mi desencanto y desesperación. (1)*

- ¿Y cuándo te vas?- preguntó Rubí después de un rato, entristecido por la inminente partida de su amigo. Isauro se encogió de hombros.

- La semana próxima, yo creo. Tengo que esperar a que el pollero me diga qué día nos vamos.

- ¿Y cómo vas a cruzar el río, si no sabes nadar?- Rubí buscaba obstáculos con la esperanza de disuadir a Isauro. Pero todo era inútil.

- Me dijeron que ese no es problema. Hay muchos lugares donde el río casi se puede pasar a pie. Y si no, ya me dijeron que hay quien me lleve de un lado a otro.

- ¿Y luego qué?

- No, pues luego no sé. Parece que tienen un arreglo con la patrulla fronteriza para que dejen pasar los camiones de trabajadores, pero la verdad no sé cómo funciona. A mí me garantizan el viaje hasta los campos de colecta. Lo demás, no sé. Pero luego te escribo y te digo cómo está la cosa.

- Ya vas-

*...Oyes, Lupita, dices que ya no me quieres,  
será por los cuentos que te han venido a contar*

## El Unicornio Azul

*Le pido a mi Dios, mejor que me lleve al cielo, porque si vivo en el mundo yo te he de llevar, de mí no te has de burlar*

*Salgo a los campos, no encuentro ningún consuelo llego a mi casa y es un puritito llorar*

*Le pido a mi Dios, mejor que me lleve al cielo porque si vivo en el mundo yo te he de llevar, de mí no te has de burlar...*

- Ese hijo de la chingada me las va a pagar- dijo el Perfumado de repente, desconcertando a Isauro y a Rubí.
- Ya no estés de ardido, Perfumado- dijo Isauro.
- Y a ti qué te importa, pendejo- respondió el Perfumado.
- Órale, órale, era una broma.
- Pues no te metas conmigo, o te parto la madre- dijo el Perfumado poniéndose de pie en actitud de reto. Isauro se paró también de inmediato. Rubí se rió de los dos.
- Parecen escuincles. Ya siéntense. Ahí vienen los tacos.

Isauro y el Perfumado obedecieron a regañadientes. El Perfumado no quiso sus tacos y Rubí se comió los suyos y los del Perfumado rápidamente. Siguieron bebiendo cervezas. El Perfumado se apresuraba a beber las suyas de uno o dos tragos en su urgencia por emborracharse.

*...Entre copa y copa se acaba mi vida, llorando borracho tu pérfido amor. Qué negros recuerdos me traen tus mentiras*

*Cómo cuesta lágrimas una traición. Traigo penas en el alma, que no las mata el licor*

*En cambio ellas si me matan mientras más borracho estoy*

*Quiera Dios que a ti te paguen con una traición igual*

*Para cuando te emborraches, tú tengas por qué llorar*

*Nomás por quererte dejé yo mi casa*

*Dejé padre y madre, por seguirte yo a ti*

*Nomás por tu culpa me hundí en la desgracia*

## El Unicornio Azul

*Ni el cielo ni nadie se apiada de mí*

*Traigo penas en el alma, que no las mata el licor...*

- Tiene razón Isauro, mano. Ya no le pienses. Total, una más, una menos. ¿Qué más da?
- Ya lo sé. Lo que no me aguanto es la burla.
- ¿Y para qué le haces tanto caso? Olvídala.
- Eso no se le hace a un hombre derecho. Yo la quiero deveras.
- Olvídala, hermano.
- Nomás dime cómo, Rubí.
- Salud, manito- dijo Isauro.
- Ahí muere, carnal.
- Salud. Pero ni crean que esto se va a quedar así.
- No. Se va a poner mejor.
- Otro chiste y te parto el hocico.
- Ya, ¿no? ¿Ya no reconoces a tus amigos?
- Si fueran mis amigos no se burlarían de mí.
- Olvídala, Perfumado. Nomás olvídala.
- Eso se dice fácil, porque tú nunca has querido a nadie Isauro. Todos te importan poco; tu familia, tus amigos, tu país. Todo te importa poco. Pero yo sí sé querer, y me cai que ese hijo de la chingada me las va a pagar.
- ¿Tú crees que a mí no me duele marcharme de aquí?
- A ti todo te importa poco.
- No me conoces, carnal.
- Y menos te voy a conocer cuando te vayas.
- Parecen un par de escuincles- dijo Rubí, y se rió de nuevo.
- Ríete, ríete Rubí. Para ti todo es una broma. Para ti las mujeres son como calcetines, las usas y las cambias. ¿A poco no?
- Es que las quiero a todas.
- El que quiere a muchas, no quiere a ninguna. Y si no sabes querer a una mujer, ¿de qué te vale la vida?
- ¿Ora vas conmigo?
- Sí, carnal, porque ya me cansé de tus chistes y de tus jetas. Tú nomás buscas a los amigos cuando los necesitas, pero cuando los ves en problemas, te burlas de ellos.
- Lo que pasa es que sigues de ardido, Perfumado.

## El Unicornio Azul

- Te sientes muy chingón porque eres fuerte y sabes meter las manos, Rubí, pero no sabes nada de nada, hijo. De acuerdo, eres el más fregón de la fábrica. ¿Pero de qué te sirve, si ni siquiera sabes querer a una mujer?

- Un hombre que vive encadenado a la pasión, no puede ser libre- dijo Isauro Peña.

- Tú y tus ideas se pueden ir ya sabes a dónde.

- No sabes perder, compadre-

- Sí sé perder. Lo que no me gusta es jugar.

- Ya cálmate, ¿no?

- ¿Y si no, qué? ¿Me vas a golpear a la mala? Rubí lo miró a los ojos, furioso, cuando el Perfumado lo miró de frente; parecía a punto de llorar.

- ¿Qué es lo que te duele, Perfumado? ¿Tu orgullo?

- No. Me duele la burla. Yo la quiero bien, a lo derecho.

- Pero eso no quiere decir que ella te quiera a ti.

- Pues nomás con que me hubiera dicho que no, y ya. Pero se estuvo burlando de mí. Y eso no se lo permito a nadie. De mí nadie se burla.

- El amor cuando no es libre, no es amor Perfumado.

- ¿Sigues con tus pendejadas? Rubí le hizo una señal a Isauro para que se callara, pues comprendió que era inútil tratar de razonar con el Perfumado en el estado en que se encontraba su amigo.

- Tienes razón, Perfumado. Me he portado mal contigo- dijo Rubí- Pero te juro que nunca vuelvo a dejar a un amigo en problemas.

- Ni yo- dijo Isauro. El Perfumado asintió y fue a al heladera por otras tres cervezas.

Estuvieron en El Infierno Mayor hasta las ocho, sin dejar de beber cervezas todo el tiempo mientras escuchaban las canciones que escogía en la rocola el Perfumado. Cuando salieron tambaleantes de la cantina, buscaron atajos por callejuelas sin pavimentar hasta que llegaron a una calzada ancha e iluminada profusamente.



## *Nueve*

Antonio se levantó de un salto cuando los golpes en la puerta lograron penetrar hasta su adormilada conciencia. Cruzó la habitación con la vista fija en Jenifer y al abrir la puerta se encontró frente a un hombre alto y fornido que vestía una pulcra guayabera amarilla. En la mano derecha llevaba un maletín de cuero negro y sus antebrazos, excesivamente velludos, parecían los de un orangután.

- ¿Por qué tardó tanto?

- Recibí la llamada hace quince minutos- respondió el doctor.

- ¿Hace quince minutos?

- Catorce, para ser exactos- dijo el doctor al entrar con paso firme a la habitación, dejando tras de sí un suave aroma a formol. Era como el olor de una loción para después de rasurarse. Sin decir palabra el doctor se inclinó sobre Jenifer y comenzó a examinarla. En la puerta apareció otro hombre, muy delgado y de apariencia cortés, aunque despótica.

- ¿Usted quién es?

- El gerente del hotel.

Antonio reconoció de inmediato la voz; era la misma del teléfono.

- No lo necesitamos aquí. Gracias por llamar al doctor.

- Antes de que cierre, permítame advertirle que este es un lugar respetable. Si algo le ocurre a la señora, tendré que llamar a la policía- dijo el hombre sin ocultar su curiosidad por ver lo que ocurría en el interior de la habitación.

- Haga lo que quiera- respondió Antonio azotando la puerta en la cara del gerente.

El doctor estaba tomando el pulso de Jenifer. Había quitado la sábana de encima, dejando completamente al descubierto el espléndido cuerpo bronceado y pecoso. De haber estado consciente, para ella se hubiera sido una penosa humillación. Antonio sintió rabia por tener que someterla a eso y por no haber pensado en ponerle algo de ropa.

## El Unicornio Azul

En la puerta tocaron de nuevo. Antonio pensó que el gerente había regresado y abrió molesto de un tirón, pero se encontró con una muchacha jovencita y regordeta, vestida de blanco, que lo miró intimidada.

- ¿Está el doctor aquí?- preguntó ella con timidez.

- Es mi enfermera- indicó el doctor.

Antonio la dejó pasar.

- Laurita, traiga agua y toallas del baño. Tenemos mucho que limpiar- ordenó el doctor, señalando con un gesto vago la sangre coagulada en la cara hinchada de Jenifer. La enfermera fue al baño. Antonio oyó los chorros de agua del lavabo.

- ¿Está... está grave?

- Mire, señor... Mejor déjenos solos- respondió el doctor muy irritado.

- Yo no sé qué pasó aquí. Ni quiero saberlo. Ya vendrá la autoridad. Pero mientras tanto déjeme trabajar.

- Lo que me importa es que ella se salve.

- ¿En serio?

- No sea sarcástico. Lo voy a dejar solo, pero dígame algo, dígame cómo está ella.

El doctor lo miró despectivo.

- Por favor, dígame que tan grave es.

- ¿Qué quiere que le diga? La señora está inconsciente. Tiene un traumatismo producido por contusiones. Su pulso es regular, pero débil. Ya no le puedo decir más. Será mejor que nos deje solos- dijo el doctor cuando la enfermera salió del baño cargando toallas humeantes.

- Vaya a desayunar, o a caminar por la playa. No sé. Tranquilícese. Todo va a salir bien. Nosotros le avisaremos cuando ya no haya nada que hacer.

- Sí, pero...

- Laurita, limpie toda la sangre mientras yo pongo una inyección de cortisona.

El doctor se agachó a buscar en su maletín y Antonio comprendió que realmente estaba de más ahí. No podía hacer nada, excepto estorbar. Tenía que salir de la habitación. Y rápido.

## El Unicornio Azul

Se puso una playera amarilla que recogió del piso, unos pantaloncillos cortos, los zapatos de lona blanca, agarró su cartera y salió al pasillo. Prefirió bajar por las escaleras y lo hizo con prisa, casi corriendo. Al entrar al vestíbulo sintió que las miradas de los empleados lo seguían atentamente. Al llegar a la recepción se identificó y le pidió a la señorita que le avisara en cuanto el doctor lo mandara buscar. Ella lo miró con miedo.

- ¿Y dónde va a estar usted?- preguntó con voz temblorosa. Era una muchachita muy joven, con gesto de fuchi en la cara.

- Búsqueme en la caleta de Huazaque- dijo Antonio sin pensar, mencionando el primer nombre que el vino a la mente. Deprisa se dirigió a la puerta. Necesitaba salir de allí.

- Eso está muy lejos. ¿Cómo quiere que le avise?- preguntó la recepcionista cuando Antonio estaba ya en la puerta.

- Mande a uno de los botones- respondió Antonio y salió al patio interior. Le pidió al portero un taxi. El portero hizo sonar su silbato y al momento llegó un pequeño auto rojo y blanco. Antonio subió a la parte trasera.

-¿Adónde?

- A Huazaque.

El chofer lo miró por el espejo, receloso.

- ¿A Huazaque? ¿La caleta de Huazaque?

- Sí, sí, allá mismo- respondió Antonio confirmando la orden sin comprender de inmediato por qué la extrañeza del taxista. El chofer lo miró de nuevo como si Antonio estuviera loco, pero no comentó nada y arrancó. Al salir alcanzó a ver que en la bahía había entrado una ballena, un cachalote, con un ballenato que nadaba alegremente a su alrededor. El surtidor del cachalote lanzaba grandes columnas de agua espumosa al aire. En ese momento Antonio recordó en dónde había escuchado el nombre de la caleta.

Había sido la noche anterior, durante la cena en casa de los Fernández Izárraga. A la mesa estaban sentados, en ese orden, Carlos Fernández a la cabecera; a su derecha estaba Jenifer y a su izquierda el presidente municipal de Manzanillo. Luego seguían Frances y Antonio. Doña Serena al otro extremo y finalmente, entre ella y Jenifer, el Licenciado Héctor Zamora.

## El Unicornio Azul

- Oiga, señor Presidente Municipal, ¿Es cierto que hace poco hubo un ataque de tiburones aquí en Manzanillo?- preguntó Carlos Fernández un poco antes de terminar con el platillo fuerte, Cola de Langosta.

- Eso es mentira. Hace muchos años que no tenemos problemas con los tiburones en estas playas, don Carlos. Nada. Ninguno. Estas playas son las más seguras del mundo.

- Pues... yo supe que sí habían detectado algunos- insistió don Carlos con firme suavidad- Hace muy poco tiempo, no sé, una o dos semanas.

- Ah, sí. Pero eso ocurrió en Huazaque, don Carlos. Aquí no.

- ¿Qué pasó?- dijo con interés el abogado Zamora, con los bigotes sucios de comida.

- Pos no mucha cosa, señor Licenciado. Hará cosa de siete días que dos tiburones se acercaron a la costa. Al parecer iban siguiendo un banco de sardinas. Se metieron en la caleta de Huazaque, donde había un grupo de bañistas de Guadalajara. Uno de los animalejos arrancó de un mordisco el brazo a una chamaquita de veinte años- dijo con estudiada brutalidad el Presidente Municipal.

- ¡Qué horror!- dijo Serena, dejando caer sus cubiertos.

- Yo vi a la chamaquilla cuando la trajeron al hospital de Manzanillo. El muñón estaba en tiras. Afortunadamente fue un animalejo grande, oiga, porque de otra forma hubiera arrastrado a la muchachita mar adentro y jamás se le hubiera vuelto a ver.

- ¿Qué ocurrió con la mujer?- preguntó Jenifer.

- ¿A la del brazo? Noo, pos nomás se murió.

- ¡Qué terrible!- dijo Serena.

- ¿Y los tiburones?- preguntó don Carlos.

- Enviamos de inmediato tres lanchas con tiburoneros expertos. No he recibido noticias, pero me imagino que ya los mataron- dijo el Presidente Municipal mostrando su dentadura de oro al reírse.

- La mujer... que murió. ¿Sangraba mucho?- quiso saber el Licenciado Zamora al momento de abrir con el cuchillo la cola de langosta. Con el tenedor pinchó la carne, mientras miraba de reojo el busto de Jenifer.

## El Unicornio Azul

- Al principio sí. Los dientes de tiburón desgarraron la carne y las venas. La carne que colgaba del muñón se veía... pos... se veía algo así como la carne de la langosta, oiga.
- ¿Podríamos cambiar de tema, por favor?- dijo doña Serena, retirando su plato. Los ojos del Licenciado Zamora acariciaron la carne en el tenedor como si fuera los senos de Jenifer.
- Sí, hablemos de otra cosa- dijo Jenifer con su maravillosa sonrisa.
- No, no. Sigamos hablando de tiburones. El Licenciado parece complacido con el tema- dijo Antonio.
- Antonio, el Licenciado Zamora no ha hecho este viaje para hablar de accidentes- dijo Jenifer.
- Tonterías, darling. A eso se dedica el licenciado. A los accidentes industriales. Por eso está aquí, ¿no es cierto? ¿Acaso no está aquí para asegurar que ninguno de los obreros despedidos en la "contracción temporal" de TEXMEX reciba la compensación que marca la ley? El licenciado no respondió. Miró a Antonio de reojo y luego con recelo a los demás en la mesa. Su mirada oblicua y taimada lo hacía parecer un animal acorralado.
- Antonio. - murmuró Jenifer, tratando de suavizar la tensión que se produjo de pronto en la mesa.
- Antonio me gustaría hablar contigo.
- No, todavía no. Primero me gustaría una respuesta.
- ¿Usted quién es?- escupió el Licenciado Zamora.
- ¿Yo? Nadie. Un curioso.
- La curiosidad mató al gato- dijo el Licenciado.
- Pero el gato tiene nueve vidas, no se le olvide.
- ¿Le gustaría un poco de café?- dijo Serena.
- A mí me gustaría que el Licenciado nos responda.
- Antonio, nos está poniendo incómodos- dijo Carlos Fernández.
- Usted disculpará, don Carlos, pero los hábitos son difíciles de cambiar. Siendo reportero aprendí que la verdad siempre incomoda. Pero no se preocupe; no mata- dijo Antonio.
- Usted es reportero- preguntó afirmando el barrigón. Un pedazo de langosta se le había quedado ensartado en los bigotes.
- Así es. ¿Qué le parece?

## El Unicornio Azul

- Me parece que los reporteros siempre se meten donde nadie los llama- dijo el Licenciado. La tensión en la mesa se acentuó.
- Los reporteros nos guiamos por la nariz. Cuando olemos mierda, la buscamos hasta encontrarla.
- ¡Antonio!
- dijo Jenifer.
- Yo puedo responder a la pregunta; el señor Licenciado Zamora ha venido para ayudarnos a encontrar la mejor solución al problema de Texmex- dijo don Carlos.
- ¿La mejor solución para quién?
- Para todos, por supuesto. Este, ahora ¿qué les parece si salimos a la terraza? Aquí adentro ya hace mucho calor, ¿no creen? En la terraza podemos comer el postre y beber un vaso de tuba. La Tuba es una bebida que se produce solamente en el estado de Colima, Jenifer. Creo que a usted y al Licenciado Zamora les va a encantar.
- Estoy segura, don Carlos. Vamos- dijo Jenifer y se puso de pie de inmediato. Todos la imitaron.
- Ya comienzas con tus cosas. Deja de beber- susurró Jenifer al oído de Antonio camino a la terraza.
- No me digas lo que debo hacer.
- Estás siendo muy desagradable.
- Ni modo. Es mi problema, no el tuyo. Salieron a la terraza decorada en diferentes tonalidades de blanco, como el resto de la casa. Los pisos eran de loseta importada. En un extremo había una mesa de hierro forjado con sillas alrededor y en el extremo contrario de la amplia terraza tres poltronas daban un toque de color con sus colchonetas amarillas. Antonio fue a sentarse a un a de las poltronas, con su copa en la mano. Los otros seis se acomodaron alrededor de la mesa de hierro. Serena propuso un juego de cartas mientras servían flan de vainilla y vasos de Tuba. Todos aceptaron, menos Antonio, quien prefirió seguir recostado en la poltrona. Frances jugó una mano en las cartas, dijo que tenía muy mala suerte y se levantó de la mesa para seguir a Antonio a las poltronas.
- ¿Qué estás tomando?
- Estaba tomando brandy- dijo Antonio mirando su vaso vacío.

## El Unicornio Azul

- ¿Te sirvo otra copa?

- Ya que insistes. Quizá sería más fácil si trajeras la botella para que no te levantes a cada rato.

Frances sonrió.

- Buena idea.

Frances entró a la casa. En la mesa de hierro seguían con el juego de cartas y Jenifer se reía de algo que le decía el barrigón. Antonio miró al horizonte. La luna era un círculo irregular de color marfil que iluminaba aquí y allá la superficie del Océano Pacífico. Más allá, el perfil de la bahía estaba perfectamente definido por las luces de Santiago que salpicaban de diamantes el manto de la serranía oscura. Desde donde él estaba parado, podía contemplar todo el escenario y seguir con la mirada la curvatura de la costa que estaba completamente en penumbras por un trecho y luego profusamente iluminada allí donde comenzaban los grandes edificios de hoteles y condominios y residencias frente al mar, con la serranía atrás en ascenso hasta llegar a La Punta, el lugar más alto al otro extremo de la bahía de Santiago. La Punta era una especie de cuña contra el mar. El oleaje reventaba a unos veinte metros de la terraza y su vaivén constante resultó arrullador para Antonio. Se sintió ligeramente mareado por la bebida, pero no lo suficiente. Nunca lo suficiente. Quería dejar de pensar por completo, que su mente se acallara y ya no hubiera voces contradictorias indicándole caminos contrarios. Pensó en Jenifer pero ya no quería pensar en Jenifer.

- Aquí traje esto- dijo Frances. Llevaba en una charola vasos limpios, una hielera de cristal cortado, limones, una botella de tequila y varias cocas. Colocó su carga sobre una mesita al lado de Antonio.

-¿Ya has probado el Colagallo?- preguntó ella.

- No. ¿Qué es eso?- respondió Antonio.

- Te va a gustar. Mira, se hace así- Frances tomó un limón, lo partió en dos y lo exprimió en un vaso. Puso sal, hielo, más limón y sal, tres dedos de tequila y el resto de cocaola. Lo probó. Insatisfecha le puso otras gotas de limón y le dio el vaso a Antonio.

- Hum, delicioso.

## El Unicornio Azul

- Aquí dejo la botella.
- ¿No me vas a acompañar?
- Claro que sí. Pero nada más una.
- Una no es ninguna, dos es media y tres es una...
  - ... y como una no es ninguna, vuelta a empezar- completó Frances. Ambos se rieron. La ventaja de ser un borracho, pensó Antonio, es que llega un momento en que se puede decir cualquier cosa y nadie te hace responsable.
- Eres simpático, Tony.
- Dime Antonio. Tony es el amante de Jenifer.
- Salud.
- Salud.
- Hum, está rico. ¿Te gusta mi blusa?- preguntó Frances. Antonio adivinó que ella quería presumir no de la blusa, sino de sus senos hinchados y redondos.
- Parece que la vas a reventar.  
Frances enrojeció ligeramente y se rió.
- Creo que ya encogió- murmuró tímidamente.  
Antonio se levantó de la poltrona y fue a recargarse contra la baranda de hierro y madera. Recibió en la cara la brisa húmeda que mojaba suavemente la terraza. Frances lo imitó.
- ¿Puedo pedirte un favor?
- No tengo dinero- dijo Antonio.
- Es en serio.
- Adelante.
- Si te hago una pregunta indiscreta, ¿me respondes?
- Dispara.
- Tú... ¿tú crees que soy bonita? Antonio se rió.
- No te burles.
- No es burla. Disculpa. Me reí porque no puedo creer que no sepas que sí eres bonita. Preciosa.
- Gracias.
- No me des las gracias a mí. Agradécelo a tus genes.
- ¿A mis qué?
- Olvídalo.  
Ella guardó silencio y Antonio la vio pensativa. En ese instante comenzó a llover ligeramente. Los de la mesa se quejaron al



## El Unicornio Azul

unísono. Recogieron las cartas y riéndose se metieron a la casa para continuar el juego adentro. Antonio decidió permanecer en la terraza. Le gustaba la sensación de la lluvia fresca sobre su rostro. Frances pensó que era una idea divertida y permaneció con él. Siguió charlando tonterías coquetas y Antonio dejó de escucharla. Pensó en el mar, en la lluvia y en otras cosas mientras sentía el agradable efecto de los Colagallos. De vez en cuando asentía a lo que Frances decía. Escuchaba la voz de ella parloteando sin cesar y escuchaba el sonido amortiguado de la lluvia sobre la playa y el oleaje rugiendo y pensó que todo eso formaba parte de una sola cosa, de un solo movimiento universal, de una sinfonía global cuyas partes se amoldaban en un ritmo suave y sensual. Luego la lluvia arreció y hubo un relámpago y Frances se replegó a él y Antonio sintió su cuerpo joven y firme y en un momento dado él aceptó lo que se le ofrecía, accedió a lo que ella le pedía con su voz de oleaje y de lluvia. La besó, inclinándose sobre ella. Cuando unieron sus bocas, la pequeña seductora abrió su boquita roja y la dejó así, abierta, para que él jugara con su lengua. Respiraba muy fuerte para indicarle a Antonio lo intenso de su placer. Antonio miró atrás. Ellos dos estaban parados en un extremo de la baranda, junto a unas plantas de hule. No podían ser vistos desde el interior. La lluvia los mojaba suavemente, como se mojan las plantas al atardecer. La respiración agitada de Frances se confundía con el viento que arrastraba las gotas de agua en diagonal. Antonio bajó la mano para acariciar los senos hinchados y duros de Frances y ella gimió dulcemente con el viento y la lluvia. Lo abrazó con fuerza. Él siguió acariciándola. Recorrió las caderas redondas y el trasero duro y suave como melocotón y sin detenerse llegó hasta la entrepierna de Frances, pensando que eso la asustaría y ella se detendría en ese momento, pero ella empujó contra su mano y movió sus caderas con un ritmo sensual cuando él frotó su montecillo y lo sintió empapado y adivinó la espesa mata de vello. Frances lo dejaba hacer; tenía los ojos entrecerrados y la boquita abierta y se aferraba al cuello de Antonio y le acariciaba con dedos puntiagudos la cabellera. Rápidamente Antonio subió la falda y metió la mano bajo al ropa interior. Encontró la espesura del vello áspero y mojado y siguió

## El Unicornio Azul

más abajo y ella entreabrió sus muslos para facilitar la llegada de los dedos curiosos explorando el camino. Antonio le arrancó los calzoncillos de un tirón, la volteó contra la balaustrada y se bajó el cierre del pan talón. Dejó libre su miembro erecto y la tomó así, de pie, sintiendo la carne caliente de Frances como un contraste con la lluvia fina y fría y fue rápido y fácil y en dos minutos todo había terminado. Fue un encuentro tan pasajero como la lluvia.

- Más- pidió ella con voz entrecortada.

- No.

- Por favor.

- Aquí ya no podemos.

- Quiero verte. A solas. Más tarde.

- Imposible.

- Mañana entonces. Donde tú me digas.

Antonio se alejó de ella unos pasos y medio compuso su ropa. Recogió el calzoncillo desgarrado y lo tiró a las olas. La lluvia estaba amenguando.

- Recuerda a tus padres.

- No me importan.

- Pero a ellos sí- dijo Antonio y se acomodó en la poltrona justo cuando entraba Serena a la terraza.

- ¿Ya se cansaron de estar en el agua?- preguntó. Parecía preocupada. Su rostro regularmente apacible mostraba unas líneas en la frente.

- No, mamá. Esto es muy divertido- respondió Frances y miró con picardía a Antonio.

- Tony, será mejor que entren.- insistió Serena con una entonación tensa y nerviosa.

- En un momento, Serena.

- Tony, entra a la casa- repitió Serena, aplicando una presión desacostumbrada en su forma de hablar.

- En cuanto termine mi Colagallo- respondió Antonio.

- Como quieras. El que por su gusto muere... ¡Frances, métete ya!

- Pero mamá...

- ¡Dije que te metas! Frances entró refunfuñando a la casa. Serena miró a Antonio y estuvo a punto de agregar algo más, pero se

## El Unicornio Azul

arrepintió y regresó al interior. Antonio se encogió de hombros. Frente a él, el Océano Pacífico no parecía tan pacífico en esos momentos. La lluvia había parado por completo, pero las olas habían crecido y golpeaban espumantes contra la arena que se extendía bajo la balastrada de la terraza.

- ¿Ya ha venido antes por acá?- preguntó el taxista cuando cruzaban por un pueblo que tenía algunas casas destruidas. Las casas hechas de adobe con techo de palma, pintadas de blanco, parecían abandonadas.

- No.

- Mire, ese es nuestro volcán recién nacido.- señaló el taxista. Al fondo, atrás de las casas, un montículo de treinta o cuarenta metros se elevaba entre la vegetación verde esmeralda; por la punta arrojaba humo y lava roja que escurría por las laderas hacia las casitas blancas. En las azoteas de las casas aún de pie, grupos de fotógrafos filmaban lo que ocurría.

- Nació ayer- dijo el taxista.

- Hum.

- Nos va a traer buena suerte.

- Ojalá.

- ¿A qué va a Huazaque, patrón?

- A conocer- dijo Antonio en forma distraída, sin dejar de pensar en Jenifer. Recordó los gritos, los gritos de Jenifer, el sonido y la furia de la discusión creciendo de nivel como una marea inesperada e incontenible al entrar los dos en la suite de Las Hadas. Antonio cerró la puerta y Jenifer aventó su bolso sobre la cama y lo encaró, furiosa y salvaje.

- Pretendes cambiar quinientos años de historia con una novela. ¡Qué absurdo!

- Tienes razón. Es absurdo. Pero eso es lo que han hecho muchos historiadores a lo largo de los siglos. Yo por lo menos soy honesto; yo lo llamo ficción.

- Estás loco. - dijo Jenifer. Fue directamente a la mesa, se sirvió brandy en un vaso y lo bebió de golpe.

- Eso no es nada nuevo. Se necesita estar loco para dedicarse a escribir- respondió Antonio intentando mantener la calma. De no haber estado borracho él hubiera abandonado la discusión en ese

## El Unicornio Azul

momento, pero ya estaba cansado de callar y permitir que todo quedara irresuelto. Por una vez ya no pensaba detenerse, deseaba seguir adelante, hasta el final.

- Vives fuera de la realidad- dijo Jenifer sirviéndose otra copa.

- ¿La realidad de quién, Jenifer?

- Ésta realidad.

- Por el contrario, Jenifer, nada de *ésto* es real. Tú y yo no somos más que personajes creados por el verbo.

- Y la forma como insultaste a ese pobre hombre, acusándolo de ser un ladrón.

- Zamora es un ladrón.

- ¿Y tú qué eres? Un fracasado, eso es lo que eres.

- Eso no le quita lo ladrón a Zamora.

- Maldito seas, Tony. ¿No terminas de entender lo que tratamos de hacer ? Estamos tratando de salvar la fábrica.

- ¿Corriendo a los obreros para pagar una maquinaria que ni siquiera está en bodegas todavía?

- Don Carlos me dijo que si Zamora no decide la próxima semana, Meyer venderá sus acciones a los japoneses. Ninguno se siente seguro de la situación del país y quieren tener su dinero a salvo fuera de aquí.

- Te están usando, Jenifer.

- No, no, escucha; los japoneses quieren comprar las acciones para declarar la fábrica en quiebra. Luego quitarían las instalaciones actuales y revenderían la maquinaria en otro país más pobre, para luego traer su mejor maquinaria y reabrir la fábrica produciendo lo mismo o más con un tercio de la fuerza de trabajo actual- dijo Jenifer.

- Negocio redondo.

- Menos para los obreros, Tony. Menos para ellos.

- No mientras, Jenifer. No utilices a los obreros como justificación. Ellos te importan poco.

- Estás equivocado. Quiero salvarla por ellos.

- Por ti.

- Por mí, por ti, por ellos. ¡Por todos nosotros!

- gritó Jenifer y alzó la mano. Estuvo a punto de rasguñarlo pero Antonio le desvió la mano. Jenifer trató de controlarse y lo demás

## El Unicornio Azul

lo dijo sonriente, pero su maravillosa sonrisa no fue más que una mueca rabiosa.

- Tengo que defender mi herencia, ¿no crees?

- ¿A qué precio, Jenifer?

- ¡Al que sea! No me importa. Todos ustedes creyeron que yo no podría porque soy mujer, pero les voy a demostrar lo equivocados que están. A mi abuelo y a ti y a todos los demás. Yo no nací para perder y me voy a defender a cualquier costo.

- ¿Pero no te das cuenta? Tu abuelo te está usando para perpetuar sus sueños de poder y de gloria. Y la junta te está utilizando para evadir sus propias responsabilidades. ¿Es que no lo entiendes?

- Todas esas son justificaciones de un fracasado. Todo se lo está llevando el diablo y a ti no te importa nada.

- Buen viaje al centro del infierno.

- ¿Sigues con tus ironías?

- El cinismo es el recurso de los fracasados, querida Jenifer.

- Por lo menos lo aceptas.

- Creo que la luna llena ha hecho surgir tu personalidad de loba.

- Pues prefiero ser una loba, a ser una perra escurrida en celo.

¿Acaso crees que no te vi con esa... esa perra?

- ¿Todo esto es debido a tus celos?

- ¿Celos? ¡Ja! No seas ridículo. Esa pobrecita pulga no es competencia para mí. Yo soy mil veces más mujer que ella. Pero me humillaste frente a todos y eso fue lo peor que pudiste haber hecho- sentenció Jenifer con su relampagueante mirada verde, verde como el follaje verde de los montes que cercaban el camino y que Antonio veía como un borrón cada vez que el taxista decía algo y lo regresaba al presente.

- ¿Me oíste? ¡Fue lo peor que pudiste hacer!

- Los celos te hicieron ver cosas que no existen- murmuró Antonio con inseguridad. Jenifer parecía haber perdido el control y se reía como si estuviera a punto de llorar.

- ¡Todos lo vimos! Todos nos dimos cuenta de tu magnífica actuación en la terraza. Estabas buscando la oportunidad para quedarte a solas con esa... con esa pobre estúpida que quiere ser como yo.

- Estás equivocada.

## El Unicornio Azul

- No, Tony. El equivocado eres tú- dijo Jenifer con profunda amargura- ¿Acaso crees que tú eres el único que puede ser audaz?- preguntó retóricamente Jenifer y luego soltó una dolorosa carcajada. Antonio se recargó contra la cómoda de rattan, mudo. La habitación estaba girando, girando; todo daba vueltas en su cerebro. Sabía que Jenifer estaba insinuando algo, que quería decirle algo, que las palabras se le estaban atropellando en la garganta a Jenifer, pero él no atinaba a descubrir qué. El no podía pensar con claridad, no podía discernir por qué sus instintos le estaban enviando señales de peligro. Con las manos se aferró a la orilla de la cómoda de rattan y apretó.

- ¿Te sientes muy orgulloso de tu osadía?- preguntó Jenifer, con su voz repentinamente dura y afilada como un estilete de acero. El viento de la bahía la había despeinado y ella tenía la mirada vacía. Su angustia acentuaba su aspecto desquiciado. Trataba de sonreír, pero su mueca fue de llanto.

- Dime, ¿Te sientes muy orgulloso? Porque yo sí. Muy orgullosa. Estoy muy orgullosa de mi audacia, ja, ja, muy orgullosa- y al fin pudo producir una sonrisa taimada. Antonio sintió un escalofrío al verla así. Jenifer había perdido su acostumbrado control y pasaba de una emoción a la otra con la velocidad de una actriz en un tour de force.

- ¿Qué... qué quieres decir?- preguntó Antonio con dificultad.

- Lo estoy diciendo muy claro, dear. Estoy diciendo que otros también podemos ser audaces- dijo Jenifer con profunda solemnidad.

- ¿Qué hiciste, Jenifer?

- Nada que no hayas hecho tú primero- respondió ella y ahora estaba repentinamente triste y cansada.

- ¿De qué estás hablando?

- preguntó Antonio, pero se interrumpió al recordar de repente al barrigón solícito y las risas de Jenifer y fue en ese momento cuando se imaginó con una oleada de náusea a Jenifer recibiendo los besos babeantes del barrigón, a Jenifer desnuda en la oscuridad y al barrigón acercándose a ella.

- ¿Qué hiciste?- gritó con un nudo de furia en la garganta.

## El Unicornio Azul

- ¿Con ese cerdo? Jenifer, por Dios santo, ¿con ese cerdo? Jenifer agachó la mirada antes furiosa. Ahora parecía complacida. En su rostro bailaba una mirada de satisfacción por el efecto que habían logrado sus palabras. Antonio comprendió que eso era lo que ella buscaba. Se apartó de ella y comenzó a sacar la ropa de los cajones de la cómoda.

- ¿Qué haces?- preguntó Jenifer.

- Me largo. ¿Qué esperabas? Ya no quiero saber nada de ti. Y no te vuelvas a meter en mi vida, Jenifer. Déjame vivir en paz. Ya estoy harto de tus pendejadas. Haz lo que quieras con tu vida, pero ya no te metas en la mía.

- Tú no te puedes ir. ¡Tú eres mío!

- No Jenifer. Todo esto ha sido una triste farsa. Nos equivocamos, eso es todo.

- ¡No!- gritó ella y se le fue encima para evitarlo- ¡Tú a mí no me dejas así!- gritaba ella luchando por la ropa y luchando con Antonio- ¡No te va a ser tan fácil deshacerte de mí! ¡Yo soy mejor que esa!

- ¡Jenifer, ya basta! ¡Ya basta!- gritó Antonio- No me importa lo que seas, Jenifer. Simplemente ya no te quiero en mi vida. No tienes ningún derecho.

- ¡A mí no me vas a dejar por esa!- respondió Jenifer y con la botella de brandy trató de golpear a Antonio en los testículos. Él la aventó a un lado, pero ella lo rasguñó en la espalda y lo mordió en el hombro y Antonio se hundió en una marejada de aguas negras y rojas que ascendía hasta su mente y todo fue dar el primer golpe para que los demás siguieran después, uno tras otro, incontenibles...

## *Diez*

El camión de la ruta 100 los dejó en la estación Tasqueña del metro. Rubí y el Perfumado sacaron sus boletos, pero Isauro, jovial y risueño, se saltó las barras giratorias aprovechando un descuido del guardia en turno. Vivaracho y juguétón, Isauro hizo una finta a Rubí. Cuando el obrero se puso en guardia, y levantó sus puños como mazas, Isauro le alborotó la cabellera y se le escabulló. Rubí lo correteó hasta los andenes, donde esperaron a que llegara el Perfumado. Llegó el Perfumado con cara agría, y llegó el convoy anaranjado completamente vacío. El andén estaba lleno de gente. Cuando se abrieron las puertas todos se abalanzaron para alcanzar un asiento. Los tres amigos esperaron recargados en la pared hasta que los demás subieron al vagón, para luego subir ellos tranquilamente. Las puertas se cerraron y el convoy se puso en marcha.

- Mira- dijo Isauro, dándole un codazo a Rubí. Junto a la puerta estaba parada una señora frondosa y atractiva que volteó a verlos de reojo al sentir sus miradas.

- Ya ligué- dijo Isauro. Se acercó a la señora y aprovechando el movimiento del tren manoseó discretamente el trasero de la mujer, cuyo vestido apretado revelaba sus formas. Ella se hizo a un lado, pero sin molestarse ni protestar. Isauro volteó a ver a Rubí con una sonrisa pícara. Rubí codeó al Perfumado, quien lo ignoró. Isauro le buscó la cara a la señora y le hizo la plática. Ella no le hizo mucho caso al principio, pero después de tres paradas comenzó a responder cariñosamente a los avances de Isauro. A Rubí le pareció buena idea y buscó una candidata, pero fue en vano. Entre los viajeros de pie no había ninguna mujer a quién él pudiera acercarse. Pero en el sillín anterior a la puerta central de salida iba sentada una muchacha con aspecto de secretaria. Entre los brazos sostenía su bolso, como si fuera un bebé; tenía los pies cruzados y las rodillas entreabiertas y cabeceaba tratando de mantenerse despierta. Rubí se acercó a un lado de ella. El amplio escote del vestido floreado que ella llevaba le proporcionó a Rubí una vista completa de sus senos pequeños y mustios. Los comparó



## El Unicornio Azul

mentalmente con los opulentos senos de Juana Alonso y la sangre se le calentó con el recuerdo. Siguiendo los movimientos naturales del vagón en marcha, Rubí se acercó para ver mejor, hasta que en una de sus cabeceadas la muchacha se durmió completamente.

Cuando faltaba una parada para llegar a su destino, del fondo del vagón empezó a salir una espesa humareda negra, y luego aparecieron flamas. El Perfumado, con la mirada cada vez más vidriosa y perdida, se agarraba con las dos manos a la barra de metal que cruzaba por encima. Cuando el fuego brotó cerca de él, Perfumado se movió hacia adelante unos metros sin soltar la barra. Colgado de ella dormitó hasta que el vagón se detuvo en Pino Suárez. Todos abandonaron el vagón y los tres amigos se dirigieron por los largos pasillos hacia la salida.

- ¿Y tu señora esa? Te la hubieras traído. Estaba muy entrona - dijo Rubí.

- No quiso. Le dio miedo porque nos vio a los tres. Dijo que éramos muchos para ella solita.

- Se me hace que el Perfumado la espantó.

- ¿Qué? ¿Yo qué?- respondió agresivo el Perfumado.

La inmensa estación de Pino Suárez era un maremágnum de gente presurosa que cambiaba de líneas, subía y bajaba por las escaleras en corrientes contrarias, entraba a las tiendas abiertas, se detenía a comer algún antojito, corría para alcanzar su tren, bajaba de vagones, corría por los largos pasillos, y toda esa actividad, agregada al calor generado por los trenes al correr por las vías, hacía el ambiente dentro de la estación casi insoportable. La estación parecía un enorme horno de movimiento incesante. Los tres amigos corrieron para salir a la calle. De ahí al teatro eran cuatro o cinco cuadras siguiendo por Fray Servando Teresa de Mier. Rubí aspiró profundo el aire fresco. El aire en el centro de la ciudad era más caliente y más sucio que en las afueras, por el humo de los automóviles, pero comparado a la hornaza dentro del metro, a Rubí le pareció sumamente agradable y llenó sus pulmones. Siguieron la avenida, caminando entre burócratas que salían a trabajar de las oficinas cercanas de gobierno. Cuando

## El Unicornio Azul

estaban a punto de llegar a la Avenida Lázaro Cárdenas, una patrulla se emparejó con ellos.

- ¡Párense ahí!- ordenó el policía del lado derecho en forma imperiosa. Los tres amigos se detuvieron frente a una marisquería que estaba cerrada, junto a un edificio en construcción. La patrulla enfrenó del todo y el policía bajó.

- ¡Identifíquense!- exigió, tronando los dedos. Los tres obreros enseñaron sus credenciales de la fábrica. Mientras el policía examinaba las credenciales, Rubí vio que del edificio en construcción salía un gato arrastrando el cuerpo mordisqueado de una de esas ratas como conejos. El olor a podrido los envolvió a todos.

- ¿A dónde van?- inquirió el policía. Los tres obreros, atemorizados, dudaron un momento en responder.

- Al teatro- dijo Rubí.

- A ver, qué traen en esos morrales.

- Ropa- respondió Rubí y abrió el bolso.

- Enseñame el tuyo- ordenó el policía al Perfumado.

- Ni que fuéramos rateros- gruñó el Perfumado y se aferró a su saco.

- ¡Cállese! Como si no los conociera. A ver bocón, abre tu morral

- respondió el policía. Sin esperar, le arrebató la bolsa al Perfumado y la abrió de un tirón para examinar su contenido con una lámpara de mano. Con actitud suspicaz sacó la piedra.

- ¿Y esto?

- Pus, es una piedra.

- ¿Y por qué la escondes? ¿Vale algo?

- Pus no creo...

- Pus yo creo que sí. A ver. ¿No traes herramientas para abrir coches?

- No, jefe, qué pasó. Somos pobres, pero honrados. Son nuestros uniformes- explicó Rubí.

- ¿Uniformes de qué?

- De fútbol.

- Ustedes vienen de chupar, no se hagan pendejos. Cuál fútbol, ni que la fregada Ustedes están borrachos.

## El Unicornio Azul

- Ora, jefe. Tanto como borrachos, borrachos, pus no. Pero la verdad sí nos tomamos unas cervecitas, digo ¿no? Para celebrar mi cumpleaños - dijo Rubí con su sonrisa irresistible.
- Ya lo sabía. Bola de criminales.
- No somos criminales. Y usted está violando nuestra libertad- dijo Isauro.
- ¿Qué dijiste? - gruñó el policía.
- Usted está violando nuestra libertad - repitió Isauro tranquilamente. El policía lo miró de arriba abajo, sin responder por un momento. Luego sacó lentamente su macana.
- Aquí traigo tu libertad. ¿Quieres que te la dé? –
- Ya, jefe, déjenos ir. Somos obreros y vamos al teatro de aquí a la vuelta para ver a las encueradas- se apresuró a decir Rubí.
- ¿Y para qué quieren ver encueradas? -
- ¿A poco tiene algo de malo?- refunfuñó Perfumado.
- Pues yo los veo sospechosos. Se me hace que se suben a la patrulla. Vamos a la delegación.
- Pero si no hemos hecho nada - protestó Isauro.
- ¿Sigues de alborotador? –
- No, jefe, déjelo. Mire, ahí le va para sus refrescos. Pero déjenos ir- insistió Rubí con docilidad. Puso unos billetes en la mano del patrullero. Su sonrisa amistosa y brillante hizo que el policía sonriera también.
- ¿Ya ves?- le dijo a Isauro - Aprende. Tu amigo sí sabe comportarse con la autoridad - Isauro no respondió.
- Váyanse. Pero cuidado y los descubro haciendo algo, porque les toca chirona y madrina- advirtió el policía. De reojo contó los billetes que Rubí le había puesto en la mano. Sacó la piedra del morral del Perfumado y la sopesó.
- Por si las moscas, me la llevo- dijo, guardando la piedra dentro de su chamarra.
- Es una piedra - insistió el Perfumado.
- No le hace. Órale, ya váyanse. No me den las gracias- dijo el policía, subiéndose a la patrulla. El auto arrancó y cuando se alejó a la distancia, el Perfumado le mentó la madre.
- ¿Ya para qué, menso?- preguntó Rubí, riéndose.
- ¿Cuánto le diste?- preguntó Isauro.

## El Unicornio Azul

- Ni sé. Nomás agarré del sobre sin ver. Pero ahora ustedes pagan todo. Yo ya no tengo.

- Simón . No te preocupes. Yo invité- dijo Isauro.

Colocaron sus morrales a la espalda y dieron vuelta en Lázaro Cárdenas. Cruzaron Izazaga, pasaron frente a la antiquísima iglesia de San Francisco. El edificio destacaba en la noche como un monolito recubierto de tezontle rojo y lajas de piedra volcánica. Antes de llegar al Cine Teresa, sobre el lado derecho de la calle, estaba la entrada al teatro. Grandes cartelones con fotografías a colores de mujeres desnudas anunciaban el espectáculo. En la ventanilla había una corta hilera de hombres solos esperando para comprar boleto. La entrada, profusamente iluminada, tenía un aire de suciedad y abandono a pesar de los cartelones. Isauro se adelantó y se formó en la taquilla. Rubí y el Perfumado esperaron en el vestíbulo. A un lado estaba una oficina con la puerta abierta, y los gritos que provenían del interior atrajeron la atención de Rubí. Adentro de la oficina, un hombre de calva reluciente gritoneaba a una mujer que vestía ropa muy ajustada, de colores chillantes, y una peluca rubio platinada. La mujer estaba de espaldas y lloraba, implorando algo en voz baja

- ¡Eso a mí no me importa!- gritaba una y otra vez el pelón. Rubí lo miró fijamente. La mujer sintió su mirada y volteó a verlo un segundo. La pintura le corría por el rostro. Rubí la reconoció antes de que el calvo se levantara a cerrar la puerta.

- Ese mi Rubí- saludó un chaparrito de aspecto simpático que abandonaba en ese momento la taquilla. Pequeño y de cuerpo cilíndrico, parecía una caricature con su bigotito recortado. Era Pichichi, otro obrero de TEXMEX.

- Quihubo, Pichichi- saludó Rubí.

- ¿También vienen a sacar la lengua?- preguntó el Pichichi meneando su bigotito de lápiz. No medía más de uno cincuenta de estatura, y sus hombros y sus caderas parecía n ser del mismo ancho, lo que le daba un aspecto de enano.

- Pues ahí... Isauro viene por su despedida - respondió Rubí, pensando en la mujer de la oficina. Pichichi se quedó callado, como dudando lo que iba a preguntar.

## El Unicornio Azul

- Oye, cuate... este... ¿te castigó el supervisor ? preguntó finalmente.

- No. Nomás me amenazó con dos días de castigo. Pero si me la hace efectiva, me las va a pagar.

- Eso, mi Rubí. No te dejes, manito.- Pichichi volteó a ver al Perfumado, que estaba recargado indolentemente contra la pared.

- ¿Qué te pasa, tú? ¿Por qué tan triste? - El Perfumado no respondió.

- Déjalo- dijo Rubí.

- Oye, Rubí, ¿y qué hay de cierto en el rumor ese de que nos van a correr a todos?

- ¿Nos van? Te van a correr, Pichichi. Ya te descubrieron tus movidas.

- ¿Cuáles movidas?

- No te hagas menso- dijo Rubí. Su sonrisa era fría. - Tus movidas con el supervisor.

- Estás loco- respondió Pichichi, sonriendo a su vez. Estaba acostumbrado al sentido del humor de Rubí.

Isauro regresó con los boletos, y los cuatro entraron a una pequeño auditorio. Había dos pasillos laterales y uno ancho al centro; todo el demás espacio libre estaba cubierto por sillas plegadizas de metal.

El auditorio olía a yeso desprendido y a humedad rancia Al frente, el escenario hecho con tabloncillos y con dos mamparas pintadas con paisajes de mar. Las mamparas estaban colocadas a los lados de las cortinas rojas y raídas que colgaban del techo. Una pasarela se desprendía del centro del escenario y corría unos cuantos metros por el pasillo central. La pasarela estaba alfombrada de rojo. Había poca gente aún y los cuatro alcanzaron buenos lugares junto a la pasarela. No bien terminaron de sentarse, cuando el teatro ya estaba lleno y el espectáculo dio comienzo.

De dos enormes bocinas colgadas en lo alto a los lados del escenario se escuchó una fanfarria y después la música que provenía de algún disco viejo y medio rayado. Salió una mujer de pelo pintado de rojo y piel morena Las luces, de poca intensidad, no alcanzaban a ocultar la madurez de sus carnes flojas. Hizo una

## El Unicornio Azul

rutina de baile con desgano y con torpeza; cada tres pasos la aguja del tocadiscos saltaba y provocaba que la mujer perdiera el ritmo. Rápidamente se fue despojando de las pocas prendas que tenía encima, conforme los asistentes gritaban para animarla.

- Pe-los, pe-los, pe-los! –

La bailarina se despojó del vestido con movimientos que intentaban ser gráciles, y que alguna vez quizá lo fueron, pero ahora resultaban torpes y fuera de sincronización. Conservó solamente un pequeño sostén que apenas alcanzaba a cubrirle los pezones morados, y un diminuto calzoncillo. Tenía un cuerpo rollizo, y su carne saltaba a cada paso que ella ejecutaba. Comenzó a sudar y los reflectores hicieron brillar la carne morena. La bailarina dio la espalda al público, se agachó abriendo las piernas, y poco a poco fue bajando su bikini rojo. Luego se detuvo cuando la mitad de sus nalgas chatas estaban fuera. Se incorporó, dio media vuelta, y con un solo movimiento dejó sueltas sus enormes tetas, que agitó meneando los hombros al ritmo de la música. El público rugió alegremente, olvidando el disco rayado y la mala sincroniza

- ¡Mucha ropa!- gritó uno.

- Pe-los, pe-los, pe-los!- gritaban los que estaban hasta el frente y los de atrás coreaban. La mujer se quitó el bikini rojo y los espectadores, en su mayoría obreros, burócratas y desempleados, aplaudieron con entusiasmo. La mujer se acarició los senos, mojó un dedo con la lengua y lo pasó por su pubis y lo ofreció a un muchacho de la primera fila, quien lamió con fruición el dedo. La bailarina se acostó y levantó las piernas, abriéndolas ampliamente para que todos pudieran ver hasta el fin de la tierra.

- ¡Pasarela! - Exigió un hombre de mediana edad, con aspecto de soldado por su pelo cortado a rape.

- ¡Ese sardo está caliente!- le respondió un hombre chimuelo.

- Soy tu padre, pendejo- respondió el primero.

- No se peleen, par de güeyes, o les parto el hocico- indicó un tercero, entre las carcajadas generales.

La bailarina jugó un poco más con su cuerpo, y luego se retiró. Con la segunda bailarina, una mujer más joven y delgada, la rutina se repitió, excepto que ella sí fue obligada por el público a

## El Unicornio Azul

recorrer la pasarela alfombrada de rojo. El ambiente dentro del teatro se estaba calentando rápidamente. El humo de los cigarrillos le daba un aspecto vaporoso, irreal, al espectáculo. La mujer comenzó a recorrer coquetamente la pasarela cuando ya estaba completamente desnuda, y al instante varios hombres se levantaron de sus asientos. Coloca dos en ambos lados de la pasarela, esperaron el paso de la bailarina. Conforme ella fue recorriendo la tarima, fue permitiendo que los hombres la besaran en los muslos firmes y sudorosos. Guardias uniformados impedían que los espectadores agarraran o acariciaran con las manos a la mujer. Solamente estaba permitido usar la boca. Y la lengua. Ella iba escogiendo a los que más le gustaban, y se acercaba a la orilla para restregarles el pubis en la cara. Así lo hizo con el Perfumado, quien se había colocado casi al final de la pasarela. La bailarina lo tomó de la cabeza y lo acercó a su coño. Hizo girar sus caderas sensualmente, pero luego hizo un gesto de dolor, jaló al Perfumado del cabello y le dio una cachetada. Los guardias se acercaron corriendo, mientras el Perfumado se ponía colorado por el golpe y regresaba a su asiento entre las carcajadas del público. La bailarina se retiró furiosa del escenario.

- ¿Qué le hiciste?- preguntó Rubí.

- La mordí- respondió el Perfumado con la mirada vacía, e hizo tronar sus dientes.

Otra bailarina salió e hizo su rutina. Luego, un mago de capa roja especialista en fuegos mágicos, una cantante enana, un malabarista tuerto, y finalmente el número especial de la casa fue anunciado con las cortinas cerradas. Apagaron las luces cinco minutos. Al encenderlas se abrió simultáneamente el telón y una mujer negra, de cuerpo maravillosamente firme y bien proporcionado, estaba recostada en un diván. Vestía un vaporoso negligé blanco y pretendía estar dormida. Como en un sueño comenzó a acariciarse sensualmente a sí misma, circulando con sus pequeñas manos de uñas rojas sus senos, y jugueteó con sus pezones hasta que se pusieron morados; descendió a su vientre plano, recorrió sus muslos redondos y fuertes y sus dedos se fueron acercando lentamente a su pubis de vello rizado y corto, emitiendo todo el tiempo fuertes jadeos y gemidos sexuales. Atrás

## El Unicornio Azul

del diván había una ventana, y por la calle pasaron dos hombres vestidos de overoles. Al escuchar los gemidos y grititos se asomaron al interior. Hicieron cara de asombro al descubrir a la mujer masturbándose. Ella sacó un enorme falo de plástico del buró junto al diván. Los obreros se hicieron señas. Uno de ellos abrió la ventana sin hacer ruido, y saltó al interior. Rápidamente cubrió la cabeza de la mujer con una almohada, y la inmovilizó, mientras el otro entraba y se desvestía. Cuando el segundo estuvo desnudo completamente se acostó a un lado de la mujer, quien intentó resistirse, pero el hombre terminó por dominarla. El primero se colocó sobre ella. El primer hombre se desvistió también, se unió a la pareja y los tres terminaron juntos en el piso, donde representaron hábilmente todas las variaciones posibles para tres cuerpos. Las luces se fueron apagando en medio del silencio general, hasta que permanecieron solamente las siluetas en la oscuridad, enmarcadas por los gemidos de la mujer que se incrementaban conforme la actividad de las sombras se volvía más y más frenética. Hubo un gemido general en el escenario, que fue coreado por los suspiros del público silencioso. Las sombras se apartaron. Salieron del escenario los dos hombres. Las luces se encendieron para mostrar a la mulata de nuevo en el diván, vestida como al principio. Todo había sido un sueño. Pero ahora ella despertaba y estiraba sus brazos hacia el público en una invitación muda para que algún voluntario subiera a copular con ella. Los espectadores, sin saber qué hacer, rompieron el silencio con aplausos.

- ¡Yo quiero! - gritó uno.

- Órale, Perfumado. Súbete y desquita tu rabia - dijo Rubí con la boca seca y la voz ronca. El Perfumado lo obedeció impulsivamente. Subió al escenario entre los silbidos y las risas en las gradas. La mujer se levantó del diván para recibirlo con los brazos abiertos y lo abrazó y lo besó. Vorazmente abrió la camisa de Perfumado y frotó sus senos contra el pecho plano de él, que permaneció inmóvil, sin atreverse aún a responder a las caricias que recibía en abundancia. La mujer lo acostó en el diván. Sin dejar de besarlo descendió por el cuerpo delgado de Perfumado mientras iba desabrochando lentamente el pantalón del traje azul



## El Unicornio Azul

eléctrico. Cuando llegó al vientre de Perfumado y miró de cerca su miembro erecto, ella le bajó el pantalón para que todos pudieran verlo con claridad. El público se rió a carcajadas.

La mulata manipuló con dureza sus genitales del Perfumado, quien se encogió de dolor. Cuando parecía que la mulata se iba a montar sobre él, de repente salieron los dos obreros anteriores, ya vestidos. Por la fuerza sometieron a Perfumado, mientras el público aplaudía y reía a carcajadas, lo acostaron bocabajo sobre una camilla con correas de cuero y lo ataron. Recogieron el gigantesco falo de plástico y con eso fingieron que iban a violar a Perfumado. Entre más forcejeaba él por librarse, entre más luchaba y gritaba e intentaba zafarse de las correas, más cómica resultaba toda la escena. Después de uno o dos minutos los hombres soltaron a Perfumado. El trató de golpearlos y los persiguió por todo el escenario' pero la mulata se interpuso y como premio le dio un beso en la boca y lo convenció para que abandonara el escenario. Perfumado bajó de un salto con la cara enrojecida, y se dirigió a su asiento acomodándose su traje azul eléctrico.

La mujer arrojó otro beso a Perfumado y después volvió a invitar a más voluntarios, pero todos se negaron con una rechifla general, carcajadas al por mayor, y aplausos de todos los presentes. La mujer agarró el micrófono y pidió silencio y luego dijo un aplauso para ese muchacho tan valiente, no sean así, para que nos perdone la broma. A la una, a las dos, a las tres, y todos aplaudieron.

El telón fue cerrado, todas las luces encendidas, y una voz en el micrófono invitó al público para que salieran ordenadamente por las puertas laterales del teatro.

- La Botella de Champaña les agradece su asistencia a nuestro espectáculo, igualito que al de Las Vergas, digo, perdón, igual que al de Las Vegas. Esperamos que vuelvan pronto. Salgan rápido, por favor, para que el siguiente chou pueda comenzar- Salieron del teatro todavía riéndose del Perfumado, quien aceptaba las bromas sin molestarse. Parecía inclusive de buen humor. A la salida del teatro se detuvieron un momento, pues estaba llovisnando. Parados bajo la marquesina, para protegerse del agua, los cuatro esperaron a que el teatro quedara vacío.

## El Unicornio Azul

- Ya sé cómo me las va a pagar ese hijo de la chingada dijo el Perfumado.

- Oh, pérate, Perfumado. Oye, Pichichi, ¿traes tu taxi? preguntó Rubí -

- Clarín. Yo no suelto mi coscolina ¿Nos das un aventón? Ahí te pagamos la dejada otro día-

- Ya vas. Voy por el coche. Lo dejé en mi estacionamiento privado aquí a dos cuadras- dijo Pichichi. Le quitó el periódico a Isauro, lo usó para taparse la cabeza, y se fue corriendo bajo la lluvia.

- ¿Cuál estacionamiento?- preguntó Isauro cuando Pichichi se alejó.

- La calle. Cómo eres lento- dijo Rubí sintiéndose repentinamente cansado. Sin haber dormido la noche anterior, y con el ejercicio y la excitación y los golpes del juego, y luego las cervezas y el teatro, ahora sentía que los ojos se le cerraban contra su voluntad. Ya no podía pensar claramente. Tan sólo quería recostarse y estirar su cansado cuerpo. La diminuta herida en la esquina de la ceja que ya tenía costra y ni siquiera se le había hinchado. Mañana sería una herida más en su cuerpo.

- Vamos a Garibaldi- propuso Perfumado.

- Vámonos a dormir. Ya me gasté la mitad de la raya.- respondió Rubí.

- Yo quiero oír mariachis- insistió Perfumado en forma grosera. De repente parecía más borracho que al entrar al teatro.

- ¡Yo quiero oír mariachis! - dijo Perfumado fuerte, como si no hubieran oído la primera vez.

- Pues te irás solo, porque nosotros nos vamos a Rubí, tú eres mi cuate, ¿no? Lo prometiste, acuérdate. Vamos a echarnos unos tragos con los mariachis. No seas así. No me dejen solo. Me siento mal, Rubí. Me está llevando el diablo. Y verdad de Dios que no quiero traer una tontería. Vamos con los mariachis.

- Pues vamos un rato, Rubí. Total, me gasto lo que me dieron en la fábrica - ofreció Isauro Peña - Al fin y al cabo es mi última noche en México - agregó inseguro.

- Yo la verdá ya estoy muy cansado. Anoche no dormí. Mi abuelito se murió y apenas lo enterramos ayer.

## El Unicornio Azul

dijo Rubí, recordado de repente a su abuelo y pensando en lo lejano que su recuerdo parecía . No había vuelto a pensar en él en muchas horas.

- ¡Vamos a los mariachis! ¡Yo quiero oír mariachis!

- ¿Se murió tu abuelito? No la chin... Lo siento, mano. Lo siento deveras. Yo sé cómo querías a tu abuelo. Pero ni modo, mano, así es la vida Nomás te dura un cacho.

- Psí. Ni modo.

- ¡Yo quiero oír mariachis!

- Como eres necio, Perfumado. Eres un necio de primera. Necio y aferrado y bruto. Dejas que te bajen a la vieja y ahora quieres ahogarte por ella Ya compórtese, cabrón.

- No te burles de mi dolor, compadre.

- No me burlo, pero ya no seas necio.

- Vamos, Rubí. Total, que nos lleve el Pichichi. Vamos un rato. No estaría mal ir con los mariachis. Los tres estamos jodidos; el Perfumado perdió a su Graciela. Tú perdiste a tu abuelo. Y yo estoy perdiendo tantas cosas que la verdad me está dando miedo, Rubí. Sé que una vez que cruce la frontera mi vida va a cambiar para siempre, y no sé si será bueno o será malo. Pero por si las moscas, vamos a que nos toquen Las Golondrinas por lo menos.

- Ese hijo de la chingada me las va a pagar- balbuceó el Perfumado, agarrándose a la parad para no caer al suelo.

- Ya cállate – ordenó Rubí.

- Yo quiero oír mariachis- murmuró Perfumado como si fuera un niño castigado.

Rubí estaba molesto; se sentía impulsado en diferentes direcciones. Por una parte estaba comprometido a no abandonar a sus amigos; esa era probablemente la última parranda que se correría con Isauro Peña Y el Perfumado estaba mal, como él mismo había dicho. Muy mal. Pero por otra parte Rubí estaba verdaderamente cansado. De no haber sido por ese cansancio tan grande no hubiera titubeado tanto.

- Vamos, Rubí. Total, un rato y ya- insistió Isauro.

- Pues vayan ustedes-

- No. Sin ti no tiene chiste.

## El Unicornio Azul

· Órale, pues, vamos a Garibaldi - dijo Rubí decidiendo súbitamente al pensar que si se rajaba, si no iba, su fama bien cimentada de entrón y parrandero como el que más sería puesta en peligro.

- Yo quiero oír mariachis.

- Ya, Perfumado. Ya se te hizo. Ora cállate.

- Es que me cai que ese hijo de la chingada me las va a pagar.

- Sí, sí, ya cálmate.

Pichichi hizo un cambio de luces y tocó el claxon para que lo reconocieran cuando se acercó por la avenida.

detuvo su viejo automóvil de ruletero frente a ellos. Isauro abrió la puerta delantera y fingió amenazar con una pistola al taxista.

Con la mano en el bolsillo hizo como que llevaba un arma oculta.

- Este es un secuestro.

- Uta, manito, ya te jodiste. Soy más pobre que tú.

- Así no Pichichi. Tienes que espantarte.

- No mames.

- Pues ya te jodiste de cualquier forma. Vámonos para Garibaldi.

- ¿Para Garibaldi, Rubí?- preguntó Pichichi mirando por el espejo retrovisor a Rubí, que terminaba de acomodarse junto al Perfumado.

- ¿Nos acompañas, cuñado?

- ¿Me vas a pasar a tu hermana?

- Tú no te desanimas. ¡Jálate pa' Garibaldi!

- Pues vamos arriando la yunta, bola de güeyes- gritó Pichichi.

Aceleró en vacío y luego soltó el clutch de repente. El automóvil saltó hacia adelante, y las llantas rechinaron.

- ¿Cómo les quedó el ojo?

- Pus todavía jala tu carcacha - respondió Isauro comenzando a recuperar su euforia de antes. Dio un manotazo en el tablero cubierto con una tela afelpada, de color escarlata subido. Bajo el espejo retrovisor, colgando de un rosario de cuentas de madera, estaba la imagen de San Cristóbal, el santo patrono de los viajeros. Y atrás del volante había un pequeño altar de plástico con la imagen de la santa patrona mexicana la Virgen de Guadalupe.

## El Unicornio Azul

En la esquina un par de desarrapados asaltaban a un policía. Ya le habían quitado el arma. Con ella lo intimidaba uno de ellos y lo mantenía con los brazos en alto mientras el otro esculcaba en busca de dinero.

## *Once*

- ¿Aquí está bien?- preguntó el taxista después de un rato de haber llegado a la caleta de Huazaque. Antonio, concentrado en sus pensamientos, no se había dado cuenta que el viaje ya había concluido.

- ¿Eh? Ah, sí, sí, gracias- dijo como despertando de un sueño. De la cartera sacó unos billetes y se los dio al taxista. Abrió la puerta y bajó del automóvil.

- ¿Quiere que lo espere?- preguntó el taxista, asomando la cabeza por la ventanilla.

- No- respondió Antonio. Caminó por sobre las piedras del camino de terracería hacia la arena caliente de la playa. A un lado estaba una palapa a medio construir.

- ¡Oiga! ¡Oiga!- lo llamó a gritos el taxista, descendiendo del automóvil cuando Antonio ya pisaba la arena fina y dorada. Volviéndose, Antonio esperó por el taxista.

- Allí hay tiburones, oiga- dijo el hombre honestamente preocupado.

Antonio se encogió de hombros.

- No me importa. No voy a nadar. El taxista lo miró dudoso.

- No voy a nadar. Quiero estar solo un rato- dijo Antonio y era cierto cuando lo dijo. En ese momento pensaba en muchas cosas, menos en nadar. Pero al momento de pronunciar las palabras las escuchó extrañas y lejanas, como si no hubieran sido pronunciadas por él. El taxista dudaba en marcharse hasta que Antonio lo tranquilizó.

- ¿Cuánto tiempo falta para que anochezca?

- Como cuatro horas- dijo el taxista mirando su reloj.

- Regrese por mí en cuatro horas- pidió Antonio. El taxista asintió y se despidió. Regresó a su automóvil, hizo sonar el claxon dos o tres veces, agitó la mano y se alejó por el camino de terracería que había sido abierto entre los cerros cubiertos de vegetación. Antonio lo vio marcharse. Se acomodó en la arena caliente justo al centro de la caleta y miró al mar mientras escuchaba el ruido del motor disminuyendo a la distancia.

## El Unicornio Azul

Luego fue el silencio y las olas rompiendo contra la arena frente a él y explotando contra los arrecifes como picos irregulares de piedra negra a los lados de la caleta. Una gaviota amarilla chilló sobre su cabeza. Antonio la miró planear solitaria sobre el mar intensamente azul turquesa. La gaviota chillaba alegremente enmarcada por el cielo despejado y transparente, de un azul claro y limpio. A la entrada de la caleta semicircular, en forma de luna menguante, una formación rocosa y piramidal limitaba el paso de las aguas marinas. A los lados de la herradura de mar ascendían las escarpadas laderas de la serranía de Colima, abundantes en follaje verde y brillante, como una manta de lujoso terciopelo cubierto con polvo de esmeraldas. La gaviota amarilla desapareció atrás de unas rocas en la ladera izquierda y de ellas surgió un pelícano que seguramente tenía ahí su nido, justo arriba de una bufonera. Cada ola que se estrellaba espumante en los arrecifes empujaba el agua a presión por un conducto entre las rocas y el sonido era similar a un bufido. El chorro de agua saltaba alto y blanco y espumoso.

El pelícano voló cruzando la caleta de un lado a otro a ras de las olas, buscando comida. Después de volar un trecho se dejó caer en el agua y salió con un pez en el pico. El pez brilló como plata bajo el sol antes de que el pelícano lo metiera en el buche. El ave se elevó y se alejó rumbo mar adentro. Antonio la miraba atentamente y la vio posarse en un objeto blanco que era mecido por el oleaje. Antonio se fijó bien en el objeto; era como un globo de feria que a la distancia se veía diminuto, pero debía ser bastante grande para que él pudiera distinguirlo; el objeto estaba aproximadamente a medio kilómetro de la playa. Antonio decidió que era una boya. Una boya de marcación, probablemente puesta allí por los tiburoneros. ¿Y ellos? ¿Dónde estaban los tiburoneros? La caleta estaba completamente desierta. Ni en el mar de oleaje fuerte, ni en la playa, mucho menos en los montes alrededor de la caleta, había nadie. Antonio recorrió con la vista todo el entorno varias veces. El lugar estaba completamente solitario.

Frente a él, Antonio contempló el punto donde el oleaje cambiaba de color a unos metros de sus pies, inmediatamente

## El Unicornio Azul

atrás del lugar donde las olas rompían; era una línea café que se extendía a lo largo de la playa. Más allá de esa línea el mar era azul oscuro con manchas plateadas en los lugares donde el agua en movimiento reflejaba los rayos del sol. El color azul oscuro era sólido y continuaba así hasta llegar a la línea de separación, a unos tres metros de la playa propiamente dicha. Ese era el punto donde las olas revolcaban y bajo la espumosa transparencia el agua cambiaba a verde, luego a café y luego era solamente espuma corriendo por la arena dorada de la playa. Antonio advinó que allí, en ese punto, el suelo arenoso se hundía de repente adquiriendo profundidad, a diferencia de las otras playas de Santiago y Manzanillo. Por esa razón, pensó, los tiburones habían podido acercarse tanto. ¿Y los tiburoneros? ¿Dónde estaban los tiburoneros? El barrigón había dicho que tres lanchas cargadas con pescadores expertos estaban buscando a los tiburones. ¿Dónde estaban? ¿Acaso ya los habían capturado? No parecía posible, pues unas horas antes el barrigón había insinuado que los tiburones seguían vivos y sueltos. Ya cebados con carne humana, los animales eran extremadamente peligrosos.

Súbitamente escuchó una carcajada estruendosa y triunfal seguida de susurros y suspiros y consejas malignas. Percibió la imagen de Jenifer y tuvo otro acceso de náusea al recordar plenamente toda la violencia estúpida que la locura lo había llevado a desatar. El olor a sangre putrefacta volvió. Antonio intentó vomitar pero su estómago estaba vacío. Impulsado por los murmullos incesantes, y la desesperación por quitarse de encima la podredumbre, se incorporó de un salto. Rápidamente se quitó la camiseta, los zapatos de lona— sintió la arena quemante bajo sus pies— y después de un ligero titubeo se quitó también el calzoncillo negro. Estaba completamente desnudo, excepto por algo. En el cuello llevaba la cadena de oro que Jenifer le había regalado. También se quitó la cadena y la aventó sobre la arena. Ahora sí completamente desnudo bajo el sol, corrió hacia el mar. Con el primer paso sintió el agua tibia en los tobillos, con el segundo el agua le llegó a los muslos, y con la siguiente ola el agua salada subió a su vientre y a su torso y Antonio perdió pie.



## El Unicornio Azul

No se había equivocado. La playa terminaba abruptamente y él se hundió por completo en el fuerte oleaje.

El agua era cálida, muy cálida casi caliente. Tenía unos cuantos grados menos que la temperatura de su piel. Antonio se sumergió; el agua era placentera, y dejó que meciera su cuerpo en un arrullo acogedor. Sin embargo la peste siguió presente. Los olores pútridos emanaban como pus de todos sus poros cuando el coro de locos balbucientes le gritó que fuera a la boya. Antonio intentó resistirse, pero la orden fue repetida en forma imperativa y Antonio comenzó a nadar rumbo al globo blanco que flotaba a la distancia. Al principio su intención había sido solamente entrar al mar y dejar que el agua salada le quitara de encima todo ese hedor a carroña, pero luego los locos aparecieron y le ordenaron en forma irresistible y Antonio supo que tenía que llegar a la boya donde estaba parado el pelícano tragando su pez. Si quería realmente quitarse de encima ese olor tenía que nadar hasta la boya. En una ráfaga de lucidez superior al dolor de la punzada en el vientre y a las órdenes del grupo de locos enfurecidos, Antonio pensó que era doblemente temerario el intento en esa caleta abandonada. Además de los tiburones

- ¿Estarían allí todavía?- , él no había nadado en forma en mucho tiempo y no había ejercitado su cuerpo. Cualquier cosa que le ocurriera dentro del mar se convertiría necesariamente en un billete de ida, sin regreso. Dudó, pero los locos se burlaron de él; Antonio recordó a Jenifer y reanudó con fuerza sus brazadas. Se concentró en el ritmo, que era importante para no desperdiciar energía; una, dos, tres brazadas, sacar la cabeza del agua por el lado derecho para aspirar profundo mientras levantaba el brazo en el aire, meter la cabeza y el brazo en el agua simultáneamente; una— dejar escapar el aire bajo el agua— dos, tres, sacar la cabeza... Tenía que sincronizar las brazadas y hacer suave todo el movimiento para no provocar demasiado chapoteo; tenía que enconchar las palmas de las manos para jalar más agua y avanzar más en cada brazada... Una, dos, tres, sacar la cabeza... Era fácil y Antonio retomó sin dificultad la sincronización de todos los músculos de su cuerpo. Lo bien aprendido nunca se olvida, pensó, recordando fugazmente las lecciones recibidas en las playas de

## El Unicornio Azul

Acapulco muchos años antes, cuando él era un estudiante de preparatoria.

*¿Qué buscas, Antonio? ¿Por qué te empeñas en ser escritor? ¿Qué buscas en la historia? ¿Justificar tu existencia? Olvídalo. La existencia no necesita ser justificada. ¿Encontrar verdades absolutas? ¿Una sola verdad absoluta? Nada. Nada. Eres un fracaso y te niegas a aceptarlo. Fracaso. Un fracaso... fracasado, fracasado... ¡Quítate la careta y mírate al espejo! ¡Eres un fracasado!... un fracasado...*

un... una, dos, tres, sacar la cabeza... Piensa en las brazadas, se dijo. Contó de nuevo; una, dos, tres, sacar la cabeza por el lado derecho... Siguió nadando hasta que los brazos se fueron cansando. Se detuvo y dejó que el oleaje lo meciera. Localizó la boya; faltaba más de la mitad de camino. Volteó a ver la costa y la encontró lejana como el horizonte del océano. Reanudó las brazadas, pero algo ocurría pues ya no podía llenar de oxígeno sus pulmones. Los sentía inflarse solamente a medias. Abría la boca y jadeaba, se esforzaba una y otra vez por jalar aire con fuerza, pero sus pulmones parecían paralizados. Era culpa de los cigarrillos que fumaba, decidió al detenerse de nuevo a descansar; flotando boca arriba, cerró los ojos al sol deslumbrante que se encontraba justo a la mitad de la bóveda celeste. Tengo que seguir adelante, pensó, tienes que seguir adelante, le ordenaron los locos, debes seguir adelante, le dijo su conciencia y Antonio prosiguió su camino concentrando su mente en la imagen de la boya color blanco con tiras azules que estaba allí adelante, como si estuviera esperándolo.

Un lecho de sargazos caféverdosos pasó flotando a su alrededor y su roce lo hizo pensar en los tiburones. Los locos se rieron e hicieron sonar campanas cuyos sonidos repercutieron en todo el cuerpo de Antonio. Una sombra fría y oscura descendió sobre él, tapando el sol. Comenzó a abrir los ojos cada vez que metía la cabeza al agua a pesar de que la sal marina los irritaba. Era un intento por sorprender al tiburón cuando se acercara con las mandíbulas abiertas, surgiendo del fondo del mar. Era inútil abrir los ojos y sin embargo siguió nadando así, pensando que por lo menos alcanzaría a ver la muerte cara a cara.

## El Unicornio Azul

Con la llegada de la sombra también llegaron los ruidos. Antonio escuchó cada vez más fuerte unos zumbidos y sonidos extraños bajo el agua. Los tiburoneros en sus lanchas, pensó, pero cuando se detuvo a mirar la caleta seguía igual de vacía que al principio. O peor. Ahora ni siquiera encontró al pelícano ni a la gaviota. Siguió nadando. Los ruidos se incrementaron. Por más que buscó una explicación no la encontró. Intimidado por la frialdad y la oscura tenebrosidad de la sombra, Antonio comenzó a boquear tras cada brazada aunque sabía que así se cansaría más y eso incrementaría todo el proceso de desgaste. Era un círculo donde la sombra crecía más y más fuerte.

Antonio tuvo que detenerse otras tres veces a flotar en la superficie del agua, exhausto; las tres veces reanudó sus movimientos al sentir la inminencia del ataque que surgiría silencioso de la profundidad bajo su cuerpo, de las honduras de la inmensa maza de agua azul. Tratando de empujar a la sombra, de mantenerla controlada, se dio cuenta que si la muerte llegaba en ese momento, disfrazada de cualquier forma, no había nada ni nadie que lo atestiguara. Moriría en completa soledad.

Miró la boya. Estaba cerca, muy cerca. No podía darse por vencido estando tan cerca. Deja tus ideas morbosas a un lado y termina lo que comenzaste, se dijo, furioso contra su propio cuerpo por estar tan cansado. La sombra oscura no se había ido. Seguía ahí, junto a él, alrededor de él, encima de él, amenazando tomar el control en cualquier momento. Antonio se advirtió a sí mismo que si dejaba que el pánico lo dominara, entonces sí estaría perdido. Mientras pudiera mantener la sombra a raya, tendría una esperanza. No quería renunciar. Quería completar su acción. Por lo menos quería terminar con la tarea que se había impuesto. - Si llego a la boya podré alcanzar todo lo que sea necesario -, pensó sin detenerse. Ya no sentía sus brazos. Eran como partes independientes, ajenas a su cuerpo. Las piernas, sin embargo, estaban fuertes y tenían todavía energía para rato. A pesar de sus autoregajos, siguió pensando en la muerte. Y pensó en Dios de nuevo. Y pensó en Dios y en la muerte y en Jenifer hasta que de repente tocó la boya.

## El Unicornio Azul

¡La boya! ¡Había llegado a la boya! Justo cuando parecía incapaz de vencer su miedo y su cansancio la boya llegaba a sus manos y le produjo la misma reacción de alivio que tendría un condenado a muerte a quien le posponen en el último minuto la fecha de fusilamiento.

Aferrado a la boya, tocando con los pies la cadena de anclaje para adquirir una mayor seguridad y sentirse menos desamparado, Antonio esperó a recobrar sus fuerzas. Los brazos parecían vigas de metal pesado. Los movía con esfuerzo, pero sin dolor, como algo ajeno. Los ojos le ardían y sus pulmones estaban tapados y no podía respirar. El pelícano reapareció. Antonio lo vio despegar de su nido sobre la bufonera y lo siguió con la vista, considerándolo una especie de aliado, su único aliado en toda la tierra. El ave planeó sobre la superficie del agua siguiendo las corrientes del viento e hizo varios intentos por dejarse caer en picada, pero se detenía antes de tocar el agua, hasta que de súbitamente descendió cerca de Antonio y se elevó con otro pez en el pico, como la primera ocasión, pero ahora era un pez más grande y la mitad del cuerpo quedó fuera del pico. El pez era plateado y agitó la cola antes de desaparecer completamente dentro del gannete del pelícano.

La sombra, que se había alejado en el instante en que Antonio tocó la boya, apareció otra vez. Se acercó de nuevo con la impetuosa violencia de un torbellino y Antonio tuvo el impulso de aferrarse a la boya con toda su reserva de fuerzas, de subirse a ella si fuera posible y esperar ahí hasta que alguien llegara a rescatarlo. Pero logró" contener el impulso de pavor. Se sumergió y miró hacia abajo de la boya; la cadena de anclaje se perdía en el fondo oscuro y borroso. No vio nada, pero algo ocurría, algo terrible. Salió a la superficie y escuchó un tronido enorme y el cielo entero pareció resquebrajarse con un sonido extraordinario. Fue como si Dios se alejara de él. Pensó en Jenifer. Temió por Jenifer. Rogó por Jenifer. Se sumergió de nuevo y no vio nada y emergió a la superficie. Respiró profundo sin soltar la boya. La sombra lo había sorprendido, pero tenía que mantenerla a raya. No podía hacerla desaparecer, pero si dejaba que su debilidad física y su agotamiento fueran armas a favor de la sombra,

## El Unicornio Azul

entonces todo su esfuerzo habría sido en vano. ¿Y Jenifer? ¿Acaso el tronido en el cielo significaba que Jenifer había muerto? No, no, por favor Dios mío, no. Pero fue como si su voz ya no tuviera resonancia, ni eco. Pensó en regresar a la playa de inmediato. Quizá lo estaban buscando para notificarle... para notificarle algo, lo que fuera. Sabía que emprender el regreso en esa condición de agotamiento extremo era difícil, pero la alternativa era peor. Supo que si se aferraba a la boya por mucho tiempo más, ya no podría soltarla. Nunca. La sombra terminaría por dominar sus músculos sin brío. Soltó la boya de inmediato cuando pensó eso; la soltó como si lo hubiera quemado. Haciendo un enorme esfuerzo por dominar los movimientos de sus brazos insensibles, emprendió el regreso a la playa. Se concentró en los movimientos pausados y torpes de su cuerpo y paulatinamente fue perdiendo la noción del tiempo y la distancia. No supo cuántas veces se detuvo a descansar unos minutos en cada ocasión, ni las veces que sintió bajo su cuerpo a las tintorerías, ni cómo pudo mantener allí a la sombra, justo en la línea divisoria. No supo cuál fue la longitud del trecho recorrido pues el oleaje lo fue empujando gradualmente hacia el otro extremo, el extremo más alejado de la caleta. La pesadez de sus brazos se hizo insoportable, pero sin saber cómo siguió moviéndolos. Las piernas se debilitaron también y sus jadeos se convirtieron en una sola boqueada interminable. El tiempo se dobló y se distorsionó. Las imágenes que percibía dentro y fuera del agua pasaron a ser parte de un mismo todo y dejó de saber cuál era el cielo y cuál era la hondura del mar. Dejó de pensar, excepto en una sola imagen; era la imagen del torerillo de rojo y plata regresando a hincarse frente al toro después de haber sido golpeado duramente y casi muerto por un enemigo diez veces mayor a él. Ahora lo comprendía, carajo, lo comprendía tan claramente como jamás había comprendido nada en su vida.

Comprendía el por qué del enfrentamiento, la humillación, el valor en apariencia derrochado en vano, el orgullo... Comprendía y compartía de alguna forma todo eso y también el dolor y la satisfacción de seguir dispuesto a enfrentarse al enemigo cara a cara, una cara que no era otra que la de él mismo.

## El Unicornio Azul

El mundo se transformó en un silencio continuado y dejó de escuchar inclusive sus propios jadeos. Desapareció la luz y el sol y el cielo y bajo su cuerpo no había nada; no había agua ni peces ni tiburones ni misterios insondables. No existía ya. Nada. No existía el calor, no existía el frío, no existía la carne, no existían los huesos, ni la sangre. No existía nada en esa oscuridad silenciosa. Solamente existía la imagen del torerillo de rojo y plata regresando, siempre regresando, en un movimiento fraccionado e inmortal, única verdad en el negro mutismo de un cosmos entregado al olvido y la indiferencia, una indiferencia apabullante que era discretamente ahogada en océano. Esa indiferencia era el secreto guardado celosamente por ese océano y por todos los océanos. Negro y violeta contrastaban sigilosamente con el rojo y el plata. Comenzó a tragar agua; lo salado le supo amargo y trató de escupir y tragó más agua mientras escuchaba la voz de Jenifer llamándolo desde el fondo de ese océano indiferente. Se hundía ya cuando vio a la distancia a un animal que se acercaba galopando por encima de las crestas ahora enrojecidas de un mar ignoto y remoto, el mar primario, el mar divino, el mar del origen de la vida y la madre de la imaginación; el animal gigante galopaba entre las crestas enrojecidas por la sangre de la muerte y la sangre del parto; la muerte y el renacimiento, el llanto del principio y las lágrimas del final, las aguas rojizas expulsadas por las contracciones de un vientre agónico que abarcaba el génesis total y básico, envolviendo en mantos de líquido espeso como sangre de toro a ese unicornio azul que seguía avanzando por entre las olas del grueso líquido, acercándose a pesar de los embates de un viento huracanado que se le oponía, acercándose contra la marea gigantesca, acercándose para rescatar a ese hombre diminuto ante la inmensidad de todo lo que lo rodeaba en la oscuridad silenciosa; cerca, cada vez más cerca con su galope constante y firme hasta que pasó frente a él y Antonio hizo un último esfuerzo y se aferró a la cola como cabellera del unicornio azul y el unicornio lo arrastró por la superficie de ese mar embravecido, ese mar molesto y rugiente y convulso y violento...

## El Unicornio Azul

Cuando Antonio sintió finalmente bajo sus pies el roce de la arena, soltó la cola del unicornio. El animal corcoveó y embistió a las olas de sangre y fue tragado por ellas y Antonio se vio a sí mismo en la playa en una contra toma, como al torero de rojo y plata que regresaba a hincarse frente al toro y retarlo de nuevo. Escuchó el primer sonido que escucharía un recién nacido y ese sonido fue un relincho. Se dejó empujar por las olas. Estaba tan cansado que ni siquiera pudo celebrar internamente el estar a salvo, el haber regresado a su punto de partida, el haber completado con éxito su odisea, y el haber derrotado a la sombra para regresar a tierra, para regresar a la vida. La sombra maligna y su peste se habían quedado allá atrás, ahogada en las profundidades de un mar que se había tranquilizado y ahora parecía cantar con las olas su regreso a la playa. Se hizo la luz y el sol calentó su piel. Antonio Alarcón se tambaleó hasta que se dejó caer sobre la arena caliente. Primero de rodillas y luego bocabajo. Aspiró profundo... y cerró los ojos.

## *DOCE*

- Tú eres más que mi amigo, Rubí. Tú eres mi hermano. Te lo juro por la vigencia que tú eres mi hermano. Pídeme lo que sea, Rubí, y te lo doy. Te lo juro. Por amigos como tú, yo doy la vida carnal.

- Yaaa, pinche Perfumado. Se me hace que te estás volviendo putón- dijo Pichichi desde el asiento delantero y se rió como conejo. Estaban dentro del taxi esperando que aflojara el nudo de tránsito congestionado en la Avenida Lázaro Cárdenas. Había transcurrido media hora desde que salieron del teatro; no avanzaron más de tres cuadras cuando la circulación se detuvo por completo. Estaban inmovilizados a una cuadra de la Avenida Juárez, y esa parte del centro de la ciudad se agitaba aún con el movimiento de la gente en las calles. A una cuadra de distancia, Rubí podía ver parte de la mole del edificio de Bellas Artes, cuyas paredes de mármol eran iluminadas por luces suaves de color azulado. La figura de un caballo con su jinete, sobre un pedestal blanco, destacaba en la esquina del edificio. Había mucha actividad alrededor. Desde el asiento trasero Rubí alcanzaba a ver las luces azules de las torteras en las patrullas, y las rojas de las ambulancias. Un reloj cuadrado en la pared frontal de la Torre Latino marcaba la hora; 11:24. Varios automovilistas habían descendido de sus autos, dejando las puertas abiertas, para adelantarse por entre las hileras de coches y sumarse al grupo de curiosos que bloqueaban la calle más allá del cordón tendido por la policía. Isauro Peña estaba sentado en la ventanilla, con la mitad del cuerpo afuera. Cuando uno de los curiosos regresó con paso cansino a su auto, Isauro lo interrogó.

- Oye, maestro, ¿cual es la bronca?

- Una avioneta. Se cayó una avioneta frente a Bellas Artes.

- No chingues.

- ¿Y yo qué güey?

- No, pus nada. ¿Y se van a tardar mucho?

- Sepa. Apenas están recogiendo los cuerpos.

- ¿Se murieron muchos?



## El Unicornio Azul

- Sepa. La policía no deja pasar.
- Ya vas. Gracias, carnalillo.
- Órale. Isauro regresó al interior del taxi.
- Parece que va para largo- dijo, estirando la mano para encender el radio. Hizo girar la perilla en vano.
- No sirve- dijo Pichichi.
- Yo quiero oír mariachis- dijo Perfumado.
- Ya vas a empezar de nuevo. Ya cállate, Perfumado. Evítanos la pena y la vergüenza de tener que cerrarte la boca a punto de chingadazos- dijo Isauro engolando la voz como la de un locutor. El Pichichi se rió como conejo.
- Tú no eres mi cuate, Isauro. Rubí es el mero valedor.
- Pues casete con él.
- Rubí, tú eres mi hermano. Me cai. Vamos a echarnos unos tragos, ¿no?
- ¿Te estás haciendo el borracho, o qué? Si casi no has tomado nada- dijo Rubí, provocativo. Abrió la ventanilla y sacó la cabeza para aspirar profundo. Estaba más cansado cada minuto que pasaba, y se le hacía más difícil tolerar las exigencias del Perfumado. Su amigo estaba recostado en el asiento, con la cabeza descansando en el respaldo. Había adoptado esa posición, según él, para no vomitar.
- Quiero un trago, Rubí. Ya se me está bajando el cuete.
- Al rato. Espérate. Nomás que lleguemos a Garibaldi.
- Más vale que compremos la botella antes. En Garibaldi salen muy caras- advirtió Pichichi.
- ¿Pero en dónde?
- A dos cuadras para allá está una tienda de abarrotes que no cierra- dijo Pichichi y señaló hacia 16 de Septiembre.
- Ve por ella, Pichichi- ordenó Rubí.
- Yo voy- ofreció Isauro- a estoy cansado de no hacer nada.
- Órale. Cómprate una botella de Castillo y cuatro cocas familiares. Pero que están bien frías, ponte abusado- ordenó Rubí, sacando unos billetes de la bolsa del pantalón.
- Déjalo. Yo pago.
- Agarra el dinero.

## El Unicornio Azul

- Que no- dijo Isauro rechazando la mano de Rubí. Abrió la puerta del taxi y bajó. Ya se alejaba por entre los autos encajonados cuando se detuvo y se regresó dando saltitos como un niño. Rubí sonrió. No importaba lo que hiciera Isauro, parecía imposible que perdiera su gracia natural.
- Dime exactamente dónde está la tienda- preguntó asomando la cabeza por la ventanilla.
- En la esquina te vas por la derecha. Son dos cuadras por dieciséis de septiembre. La tienda está en la mera esquina. No hay pierde. Tiene la cortina cerrada, pero le tocas en la ventanilla y te abren. Siempre hay un mono adentro.
- Mejor acompáñalo- dijo Rubí.
- Sí, mejor te acompaño. Ahí te encargo el negocio. Rubí.
- No hay bronca. Pichichi bajó del automóvil y se alejó en compañía de Isauro. El Perfumado hizo un ruido extraño en ese momento. Rubí volteó a ver a su amigo. Perfumado estaba sollozando.
- No chilles, cabrón. Pareces vieja.
- Chillo de puritito coraje, Rubí. Estoy que me lleva el diablo. Yo no me merecía esto. Pero te juro que se van a arrepentir.
- ¿Qué quieres hacer?
- Los voy a matar.
- Cálmate, culebra. No me muevas la cola.
- Me vieron la cara de pendejo, Rubí.
- Te la viste tú solo. Graciela nunca te quiso.
- Ya me estaba empezando a querer, Rubí, yo lo sé. Pero ese infeliz llegó a deslumbrarla. Se aprovechó porque tiene dinero. Pero una cosa es que le aceptemos sus ladronadas, y otra que nos vea la cara de pendejos.
- A Graciela siempre le han gustado los que están por encima de ella. Los obreros se le hacemos poca cosa. Acuérdate de la bronca que se aventó con el jefe de personal. Ella creía que por andar con él ya no iba a tener problemas en la fábrica, pero le salió mal el tiro y hasta la chamba andaba perdiendo. ¿A poco ya se te olvidó?
- No, carnal, pero esto es diferente. Yo lo sé. Yo sé cómo es Graciela. Pero es buena, me cai, en el fondo es buena y me quiere. Pero como a todas las mujeres, pus le gustan las cosas finas, ¿no?

## El Unicornio Azul

Ese hijo de puta llegó a presumirle de esclava de oro y de coche último modelo y pus, pus la apantalló. ¿Para qué se la llevó, si ni la quiere? Nomás la quiere como su puta. Pero se va a arrepentir. Te lo juro por la Virgencita de Guadalupe que se va a arrepentir. A mí me lastimó donde más me duele, pero yo le voy a pegar donde más le duela a él, vas a ver.

- Tú no conoces a Graciela, Perfumado. No te engañes. Nadie conoce a las mujeres. Ni ellas mismas.

- Graciela es buena, Rubí. Te lo juro. Rubí pensó en cómo decir las siguientes palabras para no herir más los sentimientos lastimados de su amigo, ni faltarle al respeto. Rubí se ponía en el lugar del Perfumado y sentía su dolor como propio, pero no podía apoyarlo en sus desatadas ideas de venganza.

- Pues sí, yo no digo que no sea buena. Nomás digo que no le gustan los obreros. A ella le gustan los que tienen influencia y dinero. Yo no digo que no sea buena. Nomás digo que tú no tienes ni dinero ni influencia.

- Ya lo sé. Pero ya le estuve pensando y ya s, cómo se van a acordar de mí esos dos, carnal. Ya sé cómo. No te me vayas a rajar. Quiero que tú me ayudes, Rubí. No te me rajes. Rubí estuvo a punto de agregar algo más, pero comprendió que sería inútil. El Perfumado realmente parecía estar embrujado por Graciela, pensó Rubí, mirando la cara descompuesta de su amigo. Iluminado a medias por las luces de la calle, el rostro del Perfumado se iba endureciendo por las ideas que cruzaban por su mente. Los ojos vidriosos estaban congelados en una expresión de odio intenso que desmentían las lágrimas derramadas unos segundos antes. Rubí aceptó la seriedad con que el Perfumado pronunció las últimas palabras, y se abstuvo de hacer bromas a costa de su amigo o de sus amenazas preferidas con voz pastosa. Estaba embrujado. Rubí ya no tenía ninguna duda. Aferrarse a Graciela aún al extremo de negar la realidad era un indicativo de ello para Rubí. Sí, la acción de Graciela era criticable, pensó, pero Rubí sabía que la culpa no era de otro que del propio Perfumado. Veinte veces ella lo había rechazado, y veintiuna veces el Perfumado había vuelto a pedir más desprecios. Detrás de cada rechazo, el Perfumado se despeñaba más y más profundo. Ahora

## El Unicornio Azul

ya no le importaba siquiera que lo vieran llorar así por una mujer. Una mujer que ni siquiera había sido de él, que nunca lo había sido y que jamás lo sería. Estaba embrujado. No cabía otra explicación. Rubí pensó otra vez en llevarlo con la curandera para que le hicieran una limpia, pero tenía que buscar el momento apropiado para convencerlo. Ahora no tenía caso ni siquiera mencionarlo.

- No te me vayas a rajar, Rubí- repitió el Perfumado con su voz estropajosa. Tenía dificultad para mover la lengua y muchas palabras las dejaba a medias, sin terminar.

- No, Perfumado. Ya sabes que yo no me rajo nunca, pero ya cálmate.

- Conste. Tú me vas a acompañar.

-¿Adónde?

- Tú eres el único macho bien plantado de la fábrica, Rubí, no te me rajes.

- Est bien, pues. Vamos ¿Pero a dónde?

- Ese cabrón me las va a pagar, ya verá- amenazó misteriosamente el Perfumado. Su aliento apestaba fuertemente a alcohol y bilis. Rubí no respondió. ¿Para qué? El Perfumado estaba embrujado y estaba borracho y estaba neceando. Era mejor dejarlo hablar. Que se desahogara, que se emborrachara todo lo que él quisiera ahora que estaban ellos para cuidarlo, para vigilar que no le ocurriera nada malo y con eso, pensó Rubí, con eso tendrá para aguantar hasta la siguiente. Bostezó. O hasta que lo lleve con la curandera para que le quite de encima todo lo malo. Est salado. Bostezó de nuevo. El cansancio y el sueño se acentuaban por momentos. Recostó la cabeza en el marco de la ventanilla y se lastimó la herida en la ceja. Bostezó de nuevo al sentir una gota de sangre escurriendo por su mejilla. Si no regresan pronto, pensó, me voy a quedar dormido. El Perfumado seguía profiriendo amenazas secretas en murmullos incoherentes. Rubí miró a la calle. No vio a sus amigos, pero vio a mucha gente en la banqueta; parejas que salían del cine, grupos de obreros regresando de trabajar, y prostitutas que comenzaban la noche. Una pareja fajaba recargada contra un poste de luz. Ella estaba vestida de azul, con cinturón de plástico verde y zapatillas blancas. El hombre vestía de

## El Unicornio Azul

mezclilla y chamarra de algodón a cuadros. La mujer se recargaba contra el poste con las piernas entreabiertas y agarraba al hombre del cuello con los brazos; lo jalaba de la cabellera contra ella y lo besaba ansiosamente una y otra vez. No lo dejaba separarse. Él volteaba indiferente a cada momento a ver si llegaba su camión. Ella lo acariciaba y lo obligaba a besarla de nuevo. Rubí pensó en Juana Alonso, en su cara de globito de feria, y sintió de nuevo la misma sensación de extrañeza que había experimentado esa madrugada al mirarse al espejo. El mundo alrededor parecía diferente. Las tiendas de la avenida estaban cerradas, con las cortinas de metal corrugado pintadas de colores llamativos, en las que anunciaban los productos con grandes letras negras. Una era una tienda de reparación y venta de relojes. Otra, pintada de amarillo canario, anunciaba camisas de segunda. La tercera era una librería. Más allá estaba un expendio de billetes de lotería, una tienda de discos, un edificio destruido y una zapatería. Enfrente, al otro lado de la avenida, estaba una tienda de ropa con los aparadores iluminados; un edificio cuadrado que sobre el arco de la entrada decía Banco General. Luego estaba el edificio imponente y misterioso de la Procuraduría General de la República, y antes de llegar al edificio de la esquina, un grupo de restaurantes y loncherías de un solo piso. Rubí había visto todo eso miles de veces, pero algo estaba cambiando dentro de él que hacía todo lo externo diferente. Se oyó un claxonazo que lo sacó de sus reflexiones, y luego otro más prolongado. Varios automóviles junto al taxi arrancaron los motores. La línea comenzaba a moverse. Las autoridades había terminado de despejar el camino y el tránsito se reanudaba rápidamente. Rubí abrió la puerta para colocarse al volante, pero en ese momento llegaron corriendo Isauro y Pichichi cargando las cocas y la botella de Ron.

- Ya llegó el que andaba ausente- dijo Isauro. Pichichi subió y encendió el motor. Pasaron frente a Bellas Artes a vuelta de rueda y pudieron observar la avioneta accidentada. El aparato estaba con la punta clavada en el jardincillo frontal del Palacio de las Bellas Artes. Las alas rotas estaban botadas en la calle. Era una avioneta blanca con rayas rojas en los costados y estaba

## El Unicornio Azul

destrozada, excepto por la cola, que se erguía orgullosa como la cola de pescado. Rubí le dio una ojeada a la avioneta y también al hermoso edificio de mármol y alcanzó a admirar las fuertes columnas y las estatuas del frontispicio; miró de pasada el medallón del petimento y se fijó en la cúpula, la inmensa cúpula, con su remate de bronce. En la oscuridad parecía ser un ángel que ascendía al cielo. Al pasar por el cruce de Cinco de Mayo, Rubí vio también un automóvil rojo que estaba a un lado de las escaleras de Bellas Artes, con el techo aplastado.

- Miren. Los mató el santo.

- ¿Cuál santo?- preguntó Isauro.

- El santo madrazo que se dieron- respondió Pichichi con su risa de conejo. Siguieron adelante, rumbo a la Plaza de Garibaldi. Los grupos de mariachis, en su mayoría vestidos del con el tradicional atuendo de charro (traje de paño negro con botonadura plateada) habían avanzado hasta la esquina de Tacuba para observar el accidente. Seguían allí y aprovechaban para pescar clientes entre los automovilistas que avanzaban, como el Pichichi, a vuelta de rueda. Los mariachis cubrían casi la mitad de la avenida cuando el taxi avanzó hacia ellos; eran un contingente grande y ruidoso. Una mujer vestida de largo y con sombrero de paja de ala ancha se acercó a los músicos, les tomó una fotografía, y luego fue besando a cada uno en la mejilla. Algunos músicos se agruparon alrededor de ella y al pasar Rubí no pudo verle la cara a la mujer.

- Debe ser una gringuita borracha- dijo Pichichi. Cruzaron Donceles y a Rubí le asombró descubrir un almacén de discos que estaba aún con las puertas abiertas. A la siguiente calle estaba el Teatro Blanquita, con las luces de la marquesina apagadas. Los músicos en busca de trabajo estaban esparcidos a lo largo derecho de las siguientes calles. Corrían tras los autos particulares que disminuían la velocidad, y se les trepaban encima y los rodeaban por los cuatro costados.

- ¿Serenata, joven?

-¡Nosotros tenemos marimba!

- Pague por cada canción...

- Nosotros le tocamos de todo, oiga. Norteñas, boleros, rancheras, hasta yucatecas, oiga. Los músicos gritaban simultáneamente en

## El Unicornio Azul

una competencia sumamente reñida entre las docenas de mariachis dispersos a lo largo de la calle. Varios de ellos cargaban sus instrumentos por la avenida y tocaban pedazos de canciones para entusiasmar a los conductores, intentando ser los elegidos de la noche, los que irían a cantarle a la novia o a la esposa. Algunos, para protegerse del frío nocturno, vestían sarapes de colores alegres y vistosos. Pichichi fue bordeando su taxi cuidadosamente entre la multitud. A ellos no los acosaban con tanta vehemencia como a los demás; solamente le hacían una señal a Pichichi y se retiraban.

- Ni nos pelan- dijo Isauro.

- No es eso. Lo que pasa es que los taxistas ya tenemos nuestros arreglitos con algunos grupos- explicó Pichichi. Finalmente llegaron a la Plaza de Garibaldi, dedicada a la memoria del héroe italiano. Pichichi estacionó su auto atrás de otro taxi igual de viejo, junto a la cerca frente a la plaza. Varios discos en los postes señalaban que ese lugar estaba prohibido, pero Pichichi saludó al policía encargado de vigilar en tránsito, le deslizó unos billetes en la mano y le dijo que no tardaban.

- Ahí le encargo el changarro, jefe. Que no se lo vayan a robar.

- Quién va a querer llevarse eso. Mejor tíralo.

- Qué pasó, que pasó... Rubí descendió del auto y miró hacia la plaza, que se extendía hacia dentro de la calle y parecía un hormiguero lleno de músicos y visitantes. Pequeños grupos de turistas altos y rubios entraban y salían de los bares y restaurantes alrededor de la plaza, principalmente de los más famosos; el Tenampa y el Santa Cecilia.

- Espérense, déjenme preparar las cubitas- dijo Isauro y procedió a hacer la mezcla moviéndose con rapidez. Destapó las cocas familiares con una llave que le prestó Pichichi, y vació la mitad de cada una en el arroyo. Luego destruyó con los dientes el surtidor de plástico de la botella de ron y relleno las cocas con el ron, dividiendo el contenido de la botella de Castillo en cuatro partes iguales; sacudió cada coca tapando el gollete con la palma de la mano, y finalmente probó la mezcla.

## El Unicornio Azul

- Pa'su... Quedaron a toda madre- dijo. Le dio una botella a cada uno. El perfumado empinó la suya ávidamente y le dio un buen trago.

- Con calma, Perfumado, que no es leche- dijo Pichichi.

- Vamos a los mariachis- respondió el Perfumado con un eructo. Los cuatro avanzaron adentrándose en la plaza. La explanada era rectangular, con fuentes de agua al centro y macetones y bancas de metal distribuidas a los lados de las jardineras. Rubí encabezaba el grupo. Primero le dieron una vuelta completa a la plazuela, buscando el mejor lugar donde pudieran sentarse. Había muchas bancas públicas, pero todas estaban ocupadas con visitantes pobres como ellos que no tenían dinero para pagar la entrada de alguno de los centros nocturnos. Al fondo de la plaza, frente al altar de la Virgen Santa Cecilia, la patrona de los músicos, una pareja estaba sentada en la balaustrada de piedra de un jardincillo. Un trío de guitarristas les cantaban canciones de amor. Ella se reía y lloraba de emoción abrazando cuatro o cinco enormes ramos de rosas rojas que su novio le había comprado; lloraba y reía metiendo la cara entre las rosas. El novio la estrechaba y le cantaba suavemente al oído las canciones de amor que entonaba el trío. La pareja tenía ese aire de inocencia y asombro permanente que identifica rápidamente a los recién llegados de provincia.

- Me las van a pagar, Rubí. Te lo juro que me las van a pagar- sentenció con rabia el Perfumado al ver a los novios. Con un brazo estaba colgado de los hombros de Rubí, quien era más alto. Rubí lo sostenía de la cintura al caminar para que el Perfumado no cayera al suelo. La enconada cólera del Perfumado y su necia insistencia sobre el mismo tema eran exasperantes, pero Rubí trataba de comprenderlo y aceptarlo como era, aunque a veces tenía que apretar las mandíbulas para que las palabras no se le fueran a escapar de la boca. En ese momento pasaron frente al mercado de San Camilito, que permanecía abierto toda la noche con docenas de locales que vendían comida especialmente sazónada para curar las crudas más difíciles; había pancita, menudo, birria, tacos de barbacoa con salsa borracha, consomé, de carnero, pozole, carnes asadas con salsa ranchera, sopa de



## El Unicornio Azul

médula... Cuando los olores se hicieron penetrantes, el Perfumado comenzó a boquear. De repente soltó a Rubí, corrió tras un árbol y sacó todo lo que llevaba en el estómago. Las carcajadas y las bromas de Isauro y Pichichi formaron un coro a sus ruidosas arqueadas. Rubí, por su parte, sonrió al ver a sus amigos contentos. Le gustaba estar con sus amigos. Le gustaba lo que sentía al compartir con ellos las penas y las alegrías. Le gustaba que confiaran en él al grado de encomendarle a sus propias vidas, como hacía el Perfumado. Siempre había sido igual. Ya desde la secundaria él se había convertido en jefe natural de un grupo de estudiantes y había formado su propia pandilla para defenderse de los porros de la preparatoria vecina. En preparatoria, los dos años que estudió, había sido lo mismo. Pero ahora, con el paso de los años, sentía una responsabilidad personal por ellos, por cada uno de sus amigos. Cada día esa responsabilidad se incrementaba; acudían a él en busca de consejo, acudían a él en busca de apoyo, acudían a él cuando querían festejar, y acudían a él cuando tenían necesidad de llorar. Esa responsabilidad le gustaba a Rubí. Era como si sus amigos fueran sus muchachos, como si él fuera el padre de todos ellos. Miró a Pichichi con su bigotito de lápiz, riéndose como conejo y agitando todo su cuerpecito de boiler y empujando a Isauro Peña, quien se reía abiertamente con carcajadas estruendosas y agitaba elegantemente su cabellera; su larga figura delgada y orgullosa lo hacía destacar en cualquier parte. Miró al Perfumado que se abrazaba al árbol y les mentaba la madre con la mano sin poder contener los vómitos, y Rubí los vio a los tres, a sus tres amigos, como a través de un vidrio distorsionado; los vio lejanos e indefensos, con sus botellas de coca cola en las manos y sus risas y sus penas y su eterna pobreza y su alegría llena de vida... Volteó hacia la plaza y vio de la misma forma a los músicos corriendo tras los clientes, a la pareja de las flores llorando de amor frente al altar de la Virgen, a los grupos de miserables con sus ropajes desgarrados que estaban acostados en las banquetas a un lado del mercado, esperando que alguien les diera unas monedas para correr y comprar un poco más de alcohol. Rubí vio sus ropas negras de mugre, sus cuerpos negros de mugre, sus bocas rotas y sin dientes y las caras con

## El Unicornio Azul

costras de mugre y Rubí hubiera querido estirar la mano e invitarlos a unirse al grupo. Uno de ellos madreaba a su mujer, y los gritos penetraron profundo en la mente de Rubí. Las prostitutas baratas caminaban entre la multitud escondiéndose de la policía; las caras curiosas a bordo de los automóviles, un par de ancianos lavando los parabrisas de los coches asediados por los mariachis, esperando recibir una propina, los muchachos tragafuegos haciendo buches de gasolina y escupiéndolos sobre la tea encendida para lanzar llamas e impresionar a los turistas, que tomaban fotografías. Sobre un banco de madera, un músico de pelo blanco, triste y enteco, estaba sentado con un sarape colgándole flojo por los hombros; tocaba solitario un arpa grande y dorada. Cariñosamente acariciaba las cuerdas, alejado de todo lo que ocurría a su alrededor. Rubí pensó en su abuelo al ver al viejo y de nuevo pensó que todo lo que veía parecía nuevo y extraño, como si lo viera por primera vez. Pero no lo era; todo era una repetición de escenas que Rubí había visto cada día desde que nació y a lo largo de toda su vida. Sin embargo ahora eran o parecían diferentes, como si no las conociera. En ese momento pasó junto a él una bailarina de ballet. Era una muchacha muy jovencita que meneaba sus caderas estrechas bajo la falda de tul, y mostraba sus largas piernas delgadas cubiertas por medias blancas. Sus zapatillas de baile estaban sucias y rotas y la parte superior de las mallas blancas aplastaban sus tetitas. Al pasar junto a Rubí lo miró cínicamente con sus ojos pintarrajeados en arcoíris y le sonrió mostrando sus dientes pequeños y blancos y la punta de la lengua donde llevaba un chicle. En la cabeza portaba una corona plateada.

- No te preocupes, moreno. La música la llevamos por dentro-dijo ella, enigmática, y siguió su camino sin detenerse. El Perfumado regresó del árbol y correteó a Isauro y a Pichichi aparentemente enojado, pero también se reía como ellos cuando los insultaba y los perseguía y Rubí no entendió lo que le dijo la chamaca, ni entendió al Perfumado, que de repente parecía haber dejado la borrachera junto al árbol, ni entendió a sus otros dos amigos. No entendía nada. Las imágenes ya no estaban

## El Unicornio Azul

distorsionadas; eran planas y los colores sin brillo, pero Rubí no las podía descifrar.

- Te juro que nada nos va a detener, Rubí. Tú y yo y nosotros vamos a destruir a ese desgraciado- dijo el Perfumado de buen humor y lo abrazó de los hombros y lo guió hasta un grupo de mariachis que estaban tocando para varias parejas con aspecto de estudiantes. Todos ellos estaban sentados en una banca junto a la fuente de la plaza, y el mariachi tocaba frente a ellos. Estuvieron ahí un rato, escuchando las canciones, y luego se unieron a otro grupo que tocaba música norteña para una familia de Chihuahua. Después siguieron a un charro albino de voz potente que cantaba como Javier Solís, y todo el tiempo los cuatro bebían de sus cocas y se contaban chistes y se provocaban mutuamente y Rubí no podía desarrollar ninguna emoción. Estaba apartado de ese mundo de repente extraño que lo dejaba frío. Terminó por separarse de sus amigos un rato y regresó junto al anciano del arpa. Se acomodó junto a él, sentándose en la orilla de la jardinera, y en silencio le ofreció su botella de cocacola; el anciano le dio un trago, asintió con la mirada cansada y tocó el arpa para Rubí. La pobreza reconoce a la pobreza y el anciano tocó para su único escucha sin esperar nada a cambio, excepto lo que Rubí quisiera o pudiera compartir con él. Lo único que Rubí tenía para compartir eran tragos de la mezcla de ron con coca, y colocó la botella en el piso, entre él y el anciano. En silencio se dijeron más que con palabras. Rubí pensó en su abuelo muerto, pensó en Juana Alonso y sus niños traviosos y el otro enfermo; pensó en Isauro Peña que se marchaba de México y en el Pichichi asustado porque a lo mejor los corrían a todos de la fábrica, y pensó en el Perfumado con su pena de amor y pensó en todo eso y no pensó en nada en particular y dejó que el viejo expresara en las cuerdas del arpa lo que él estaba sintiendo esa noche, ese día que habría de recordar para el resto de su vida.

- ¿Te gusta?

- Toca usted de primera, abuelito.

- Te enseño, si quieres.

- Ujule, abuelito, va a estar difícil. Yo como músico soy muy buen amigo.

## El Unicornio Azul

- Eso es bueno. El arte es para los amigos.
- Gracias, de todos modos.
- Ya nadie quiere aprender a tocar este instrumento. Ahora prefieren otras cosas.
- ¡Rubí! ¿Dónde estás, Rubí?- gritó el Perfumado.
- ¿Es a ti?
- Sí.
- ¿Rubí? ¿Dónde estás, querido Rubí?- gritó Pichichi, imitando femeninamente la voz de Perfumado.
- Qué nombre tan extraño.
- Mi papa me lo puso cuando yo era niño, ya sabe... pero me bautizaron Roberto, Roberto Toscano, para servirle.
- ¡Rubíiii! ¿Dónde te escondes, que testamos extrañando? Rubí hizo una señal con la mano para que dejaran de molestarlo, pero solamente logró provocar más risotadas de sus amigos.
- ¡Te doy veinte por cada uno que me tires, canijo!- respondió Perfumado
- Rubíii. Rubíiii. No te duermas, Rubíii. No te duermas, porque ya lo dijo el poeta; la vida no es más que un sueño, valedores, y el que se duerme se lo lleva la... corriente- insistió Pichichi.
- Así no va el poema- quiso corregir Isauro.
- Oh, tú cállate.
- ¡Rubí, ven para acá, que el sueño nos está ganando!
- Ya tenemos mariachi- anunció Perfumado y eructó estruendosamente.
- Te estamos esperando nomás a ti para que nos recuerden lo que queremos olvidar.
- ¡Ya voy!
- No te me rajes, Rubí. Nomás no te me rajes, que tenemos mucho que hacer.
- Tus amigos te están esperando.
- Pero no me quiero ir.
- Vete. Algún día nos volveremos a ver. Rubí pasó la botella al anciano. Compartieron otro trago y Rubí se levantó. Dejó la botella junto al arpa.
- Se la dejo para el frío.

## El Unicornio Azul

- Gracias- dijo el anciano. Rubí le agarró una de las manos de piel seca y arrugada y se la besó en señal de respeto.
- Adiós, abuelito.
- Hasta luego. Ah, una cosa; dile al del traje azul que se comporte y que no haga tonterías.
- Sí, abuelito. Adiós.
- Hasta luego, Roberto. Rubí se unió a sus amigos.
- ¿Dónde estabas?- preguntó Isauro.
- Con el viejito del arpa- dijo Rubí, pero cuando volteó, el anciano había desaparecido. Extrañado, Rubí lo buscó con la vista por la plaza, pero el Perfumado lo distrajo al acercarse con el mariachi; había hecho un buen trato con ellos; el mariachi tocaría una canción a cada uno del grupo, y al final decidirían la paga con un volado; o doble, o nada. Cada uno de los cuatro amigos debía escoger su propia canción, y el primero que eligió fue Isauro. Sin dudar un segundo pidió "La Barca". ... o ya me voy, al puerto donde se halla, la barca de oro, que ha de conducirme, yo ya me voy...
- Escúchame, Rubí. Tú eres mi hermano, te lo juro, pero no te vayas a rajar... - dijo el Perfumado colgándose de los anchos hombros de Rubí.
- Digo, ya estamos cuetes, ¿no? Pero yo sé que tú sí eres valedor y aguantas todo, ¿a poco no?- murmuró y luego, eufórico, cantó con los mariachis las últimas estrofas de la canción. Luego le tocó a él escoger. Al contrario de lo que decía, después de vaciar su estómago parecía recuperado y coreó sin dificultad, aunque con voz desentonada y destemplada, la canción. Todos la cantaban con él, pero Rubí se dio cuenta que Isauro estaba cada vez más triste. Le dio un codazo.
- Órale, no te me apachurres. Somos tus cuates. Para toda la vida. No se te olvide. ...

*Me cansé de rogarle, me cansé de decirle, que yo sin ella,  
de pena muero*

*Ya no quiso escucharme*

*Si sus labios se abrieron, fue pa'decirme, ya no te quiero...*

## El Unicornio Azul

- Gracias, hermano. Te juro que los voy a extrañar.
- Aquí te vamos a estar esperando. Seguro que no vas a aguantar del otro lado y te vas a regresar.
- Somos amigos, ¿verdad?
- Somos hermanos, Isauro. Somos tus hermanos. Si alguna vez necesitas algo, nomás búscanos.
- Un favor, Rubí, nada más uno; ahí te encargo a mi familia.
- Diles que si tienen algún problema, que me busquen en la fábrica. Yo me hago cargo de ellos.
- Gracias, Rubí. Deveras te lo agradezco.
- Tú no te preocupes.
- Órale, carnales, poniéndose buzos que me toca escoger a mí- dijo Pichichi.
- ¿Cuál quiere?
- La Vida es un Sueño.
- ¿De José, Alfredo?
- Esa mera. ...

*Cariño de mis cariños, corazón apasionado, no quiero verte llorando,  
porque me voy de tu lado*

*Yo no nací pa'darte el mundo que tú has soñado*

*Pa'mí las nubes son cielo*

*Pa'mí las olas son mar*

*Pa'mí la vida es un sueño, y la muerte el despertar...*

- Falta una- dijo el cantante al terminar con la pieza. El Pichichi los miraba a todos con una sonrisa burlona, mientras se atizaba el bigotito de lápiz.
- Es la tuya, Rubí- dijo Pichichi.
- Escoge, hermano- dijo Isauro.
- ¡Tú eres el mero, mero chingón, Rubí! Tú y yo les vamos a demostrar de qué cuero salen más correas, vas a ver. Pídele, manito, pídele la que tú quieras.
- ¿Cuál le cantamos? Rubí se rascó la cabeza, sin poder decidirse.
- ¡Yaaaa! ¿A poco no te acuerdas de ninguna?- Dijo Pichichi.

## El Unicornio Azul

- Tranquilas, ranas, que el sapo mayor va a cantar. A ver, maestro, échense El Rey.

-¡El Rey, muchachos!- ordenó el cantante y el Perfumado soltó un grito de entusiasmo. Pichichi se rió como conejo y entre los cuatro cantaron a toda voz en el centro de la paz. ...

*Yo s, bien que estoy afuera, pero el día que yo me muera,  
sé que tendrás que llorar*

*Dirás que no me quisiste, pero vas a estar muy triste,  
y así te vas a quedar*

*Con dinero y sin dinero, hago siempre lo que quiero,  
y mi palabra es la ley*

*No tengo trono ni reina, ni nadie que me comprenda,  
pero sigo siendo el rey*

*Una piedra en el camino, me enseñó que mi destino,  
era rodar y rodar*

*Después me dijo un arriero, que no hay que llegar primero,  
sino hay que saber llegar*

*Con dinero y sin dinero, hago siempre lo que quiero,  
y mi palabra es la ley*

*No tengo trono ni reina, ni nadie que me comprenda, [  
pero sigo siendo el rey...*

- Órale, mi Rubí. Échate un trago conmigo- dijo el Pichichi ofreciéndole la botella. Rubí la agarró y le dio un trago.

- Servidos, señores. ¿Alguna otra?- preguntó el cantante.

- Pues si es de a gratis, las que ustedes quieran- dijo el Perfumado.

- Ahí va el volado- dijo Isauro mostrando la moneda. La hizo girar en el aire y el cantante pidió sol y cayó sol y entre todos pagaron la cantidad estipulada.

- El Perfumado se colgó de nuevo al cuello de Rubí y lo apartó un poco de los demás.

## El Unicornio Azul

- Ya sé cómo le vamos a hacer, manito. Ya se me prendió el foco. Hasta nos lo van a agradecer, ya verás.
- ¿De qué hablas?
- Ya sabes de qué.
- Sigues con lo mismo.
- No, carnal. Ya se me ocurrió una idea perfecta. Perfecta, me cai.
- ¿Cuál?
- Pero no te me vayas a rajar.
- No, hombre, no.
- Mañana... no. Mañana no. El lunes nos vamos a ir a ver a un licenciado que nos puede ayudar.
- ¿Quién es?
- Es un licenciado que le arregló un problema a uno de mis hermanos cuando lo despidieron de su trabajo. Me dijeron que es un licenciado a todo dar.
- ¿Y cuál es tu idea? El Perfumado miró alrededor como si lo pudieran oír, y bajó la voz aún más.
- Ya sabes que en la fábrica nadie quiere al Loco de Hernández. ¿No es verdad?
- Psí. Nadie lo quiere. ¿Y qué?
- Vamos a correrlo. Vamos a cambiar de sindicato. Rubí sonrió.
- Ay, culebra, qué ondas te cargas.
- Tú espérate. Ya verá. Nomás no te me rajes, Rubí. Sin ti nomás no la hacemos.
- Está bueno, está bueno. Ahora vámonos de aquí- respondió Rubí.
- ¿Qué hora es?- preguntó el Perfumado.
- Ya es mañana, hijos míos- dijo Pichichi.
- Las tres- respondió Isauro.
- Ya se acabó la noche. De aquí directo a la fábrica- dijo Rubí.
- Podemos dormir un rato en el changarro- ofreció Pichichi y señaló su viejo taxi.
- Psí. Ni modo.
- Ya qué. Los cuatro dieron otra vuelta más a la Plaza de Garibaldi, escuchando lo que los mariachis cantaban para otros, y después regresaron cantando al taxi. De las botellas de cocacola solamente quedaba un poco en la de Isauro. Entre todos se la



## El Unicornio Azul

acabaron. El Perfumado sugirió comprar otra botella, pero los demás lo abuchearon y el Pichichi enfiló hacia el sur de la ciudad por Avenida de la Reforma y luego por Insurgentes. Siguieron sin problemas por la avenida vacía hasta San Angel, donde Pichichi detuvo el taxi frente a un puesto de tacos al pastor, instalado en la esquina a un costado del Monumento a Obregón. La madrugada era fría y húmeda; la lluvia había dejado el pavimento mojado y ahora comenzaba a lloviznar de nuevo en el sur de la ciudad. Parados bajo el techo de lámina del puesto de tacos, los cuatro se calentaban con el fuego del asador.

- Oye, Pichichi, ¿tú qué tal eres de jalador?- preguntó el Perfumado con intensa curiosidad. Rubí comprendió de inmediato por qué lo preguntaba y trató de detenerlo, recordando de repente la advertencia del anciano del arpa.

- Ya cállate, Perfumado.

- ¿Por qué lo preguntas?- quiso saber Pichichi.

- Responde tú primero.

- Pues depende. ¿A quién tengo que madrear? El Perfumado sonrió malicioso.

- Al Loco Hernández. Pichichi se sonrió.

- Uta. Para madrear a ese cabrón hay que hacer cola.

- Salen tacos al pastor- gritó el taquero. El Perfumado estaba a punto de agregar algo cuando una patrulla se detuvo junto a ellos. Los policías los miraron atentamente. Rubí le hizo una señal al Perfumado para que cerrara la boca. Los policías pidieron diez tacos. Los obreros terminaron de comer y emprendieron el camino rumbo a la fábrica. El Perfumado se inclinó sobre Rubí para susurrarle unas palabras al oído.

- El Pichichi no sabe de Graciela. No le digas nada.

- Es tu bronca.

- Sale. Subieron al viejo Chrysler cuatro puertas, y Pichichi siguió por Insurgentes. Iba manejando sin prisa rumbo a la fábrica, donde planeaban estacionar el auto y dormir un rato antes de entrar a trabajar. Rubí se recostó contra la ventanilla y cerró los ojos. Adormilado, escuchó al Perfumado volver a lo mismo.

- Entonces qué. ¿Eres jalador, o no?

- Sí soy jalador, pero primero dime para qué.

## El Unicornio Azul

- Ya te dije. Queremos sacar a Hernández de la fábrica y meter otro delegado. Pichichi lo miró por el espejo retrovisor.
- ¿Estás hablando en serio?
- Clarín.
- ¿Neta?
- La pura neta. Pichichi no respondió de inmediato. Isauro lanzó un silbido agudo y prolongado.
- Me hubieran dicho antes de renunciar- se quejó.
- Sería una broncota.- dijo Pichichi.
- ¿Le entras, o no le entras?
- Pos, pos sí. Pero... ¿Y cómo se le hace? El Perfumado comenzó a explicarle a Pichichi su idea. En ese momento iban cruzando frente a Ciudad Universitaria. La llovizna seguía cayendo suavemente. De repente, un auto plateado los rebasó y se desvió de su carril y estuvo a punto de chocar contra el taxi. Pichichi tuvo que enfrenar de golpe para evitar el choque, y el frenazo envió de bruces a Isauro contra el parabrisas y al Perfumado y a Rubí contra el respaldo del asiento. Isauro y Rubí alcanzaron a meter las manos, pero el Perfumado se hirió la boca y comenzó a sangrar por la comisura de los labios, aunque eso no le importó en lo absoluto.
- ¡Son ellos!
- ¡ Son ellos! ¡Alcánzalos, que son ellos!- gritó el Perfumado como poseído.
- ¿Quienes?
- ¡ Alcánzalo!- ordenó el Perfumado. Pichichi encendió el motor y aceleró.
- Ese no es Hernández- dijo Rubí, pero el Perfumado no lo escuchó.
- ¡ Alcánzalo!
- ¡ Alcanza a ese hijo de puta!- gritaba el Perfumado, limpiándose la sangre de la barbilla con el dorso de la mano. Pichichi alcanzó al deportivo a la altura del tronco con el Periférico. El auto deportivo hacía eses por Insurgentes. Pichichi se emparejó y los ocupantes del deportivo voltearon a verlos con indiferencia cuando el Perfumado sacó la cabeza y les reclamó con insultos el cerrón. Adelante iba una rubia de gesto altivo y desdeñoso. Rubí

## El Unicornio Azul

no podía ver el conductor, pero sabía que no era Hernández; atrás, una pareja cachondeaba en estrecho abrazo. La rubia de adelante los miró con asco y volteó a ver al conductor y luego les sacó la lengua cuando Pichichi y Perfumado sacaron las cabezas por las ventanillas. La pareja de atrás se separó y los dos se rieron de algo que dijeron los de adelante. La rubia bajó el vidrio de la ventanilla.

-¡ Qué quieren, bola de mugrosos!

-¡ Mugrosa tu abuela, pendeja! ¿Qué no saben manejar?- dijo Pichichi. La rubia volteó a ver a su pareja otra vez y el conductor asomó entre las sombras su rostro imberbe.

-¡ Pobre naco pendejo!

-¡A ver si me alcanzas, pinche indio muerto de hambre!- gritó, y aceleró.

-¡ Esos hijos de puta de van!

-¡ Métele la pata, Pichichi!- gritó el Perfumado al ver que el Mustang se alejaba. Pichichi pisó el acelerador hasta el fondo, pero su viejo automóvil no hubiera tenido ninguna oportunidad de alcanzar al auto deportivo, excepto que el conductor del Mustang perdió el control en la curva frente al Hospital de Neurología. Derrapó en el pavimento mojado por la lluvia, rebotó con las llantas contra la banqueta del camellón, pareció volcarse, y luego estuvo a punto de estrellarse contra los portones de la entrada a las Fuentes Brotantes del bosque de Tlalpan. El deportivo se desvió y se detuvo contra un poste.

- ¡Ya se fregaron! ¡Párate!- ordenó el Perfumado.

- Ya déjalos- dijo Isauro.

- Vamos a darles en la madre, no seas maricón. Esos cabrones se van a acordar de mí.

El Perfumado abrió la puerta y saltó fuera antes de que Pichichi detuviera completamente el taxi, y los demás lo siguieron. Rubí, sin decir nada, vigilaba atentamente la acción.

Del deportivo bajó el conductor, evidentemente borracho. Portaba como defensa la barra del gato hidráulico. Del asiento trasero del auto deportivo salió trabajosamente un muchacho igual de joven, pero que pareció desdoblarse hasta su altura de casi dos metros.

## El Unicornio Azul

- Ni se atrevan a acercarse, piojosos, porque les va a costar caro. Mi padre es el Licenciado Yañez, de la Secretaría de...

- ¡Cállate, hijo de la chingada! ¡Ora insúltame otra vez, cabrón!- gritó el Perfumado, y se abalanzó sobre el muchacho. Le tiró una patada a los testículos, pero falló y el otro le pegó en el hombro con la barra. Pichichi se le fue encima al gigantón, haciendo gala de valor a pesar de su corta estatura. De un solo golpe fue noqueado. Rubí se acercó al de la barra, lo fintó, y cuando aquél tiró el golpe Rubí esquivó la barra y aprovechando el impulso del contrario lo recibió con un gancho de izquierda a la barbilla, y luego un recto a la nariz. El de la barra se fue para atrás y se desplomó junto a la llanta trasera de su automóvil. Isauro se arrojó sobre el otro. Isauro medía uno ochenta, y el pleito estaba parejo. Rubí dejó que Isauro se las arreglara solo. El Perfumado se había levantado y pateaba con furia incontrolable al otro muchacho. Las mujeres dentro del deportivo chillaban y gritaban al unísono.

- Ya déjalo- dijo Rubí. El Perfumado no le hizo caso y siguió pateando el cuerpo caído.

- ¡Que ya lo dejes, te dije!- gritó Rubí y aventó al Perfumado lejos del cuerpo desmayado. El muchacho en el suelo sangraba de la boca y la nariz.

- ¿Quieres desquitarte con alguien? Órale, ahístá ese, que salió cuerero- dijo Rubí, señalando al gigantón que peleaba con Isauro y parecía estar llevando la mejor mano. Tenía a Isauro acorralado contra el muro y lo golpeaba mientras Isauro se cubría como mejor podía.

-¡Ora vas conmigo, pinche riquillo!- gritó el Perfumado y se lanzó sobre él.

- ¡Uno por uno, cabrones, no sean montoneros!- respondió el gigantón.

Rubí ayudó a Pichichi a levantarse. Apenas lo terminaba de poner en pie, cuando el Perfumado fue doblado en dos por un puñetazo bien colocado del gigantón, y se derrumbó tras un segundo golpe en la cabeza. Había sido noqueado limpiamente.

- Pinche Perfumado. Traes la suerte chueca- murmuró Rubí.

- ¿Quién sigue?- preguntó envalentonado el gigantón.

## El Unicornio Azul

- Yo mero- dijo Rubí, acercándose. Vio atentamente los ojos del muchachón cuando se aproximó con los puños levantados; en ellos no había la menor sombra de miedo. Rubí puso su cara de maldito y vio a su contrincante de arriba abajo, midiéndolo; el fino traje de casimir del gigantón estaba desgarrado y manchado de sangre propia y ajena. Los puños de Isauro habían logrado abrirle una pequeña herida en la ceja, igual a la que tenía Rubí. Al ver la sangre Rubí sintió una aceleración repentina de su pulso y esa corriente de energía ardiente le gustó.

- Saliste cabrón- dijo Rubí- Pero yo soy cabrón y medio- y golpeó duro y rápido. El muchachón le sacaba cabeza y media de ventaja, pero Rubí pensó que mientras más grandotes más duro caían y metió su puño en el riñón del muchachote para aflojarlo. Lo clavó tres veces seguidas y cuando el otro se dobló un poco Rubí se acomodó para darle con la derecha, pero el muchachón se adelantó y lo golpeó en la oreja. Rubí lo sintió como un martillazo y se desconcertó por la potencia del golpe. Alcanzó a esquivar la zurda del muchachón y recuperándose clavó otra vez su puño en el riñón. Conocía la potencia de sus propios golpes y le sorprendió que el grandote siguiera erguido. El otro respondió con el codo y pegó en la frente de Rubí. La lucha era de cerca, con las respiraciones contenidas y las caras enrojecidas. Rubí retrocedió un poco y el muchachón lo alcanzó con otro de sus martillazos a la cabeza. Rubí sintió que perdía la conciencia; la vista se le nubló y las piernas se le doblaron. El muchachón se le fue encima. Rubí lo recibió con un topete al pecho. El otro lo jaló del pelo y tiró una patada. Rubí reaccionó rápidamente y antes de que el otro pudiera recuperar el equilibrio Rubí lo golpeó en la punta de la barbilla con su famoso gancho de izquierda. El grandote levantó la cabeza. Rubí repitió con el gancho y luego un derechazo al estómago y luego, cuando el gigantón se doblaba, Rubí lo levantó en vilo con un rodillazo a la cara que le hizo trizas la nariz. Rubí escuchó el ruido que hizo la nariz al explotar; *pluaf*, la nariz hizo *pluaf*, y la sangre salpicó el rostro de Rubí y el gigantón cayó de espaldas cuan largo era sobre la banquetta.

## El Unicornio Azul

El Perfumado, Pichichi e Isauro se acercaron a Rubí y le palmearon la espalda. Las mujeres estaban chillando otra vez, o nunca se habían callado; Rubí había dejado de percibir sonidos mientras estaba luchando con el gigantón.

- Jálense a las putas- dijo el Perfumado, lacónico, y sin esperar respuesta abrió la puerta del Mustang y trató de sacar a la rubia arrastrándola de los cabellos. Isauro y Pichichi miraron a Rubí, dudosos, esperando su aprobación o negativa. Rubí se paralizó por unos segundos, y el tiempo interno se le detuvo mientras trataba de pensar. Todo estaba ocurriendo tan rápidamente que Rubí se sentía arrastrado por las acciones del Perfumado.

- ¡Ora! ¿Qué esperan?- apremió el Perfumado.

- ¿Qué hacemos?- preguntó Isauro. Rubí volteó rápidamente a todos lados; las calles desiertas hicieron más difícil la decisión. El y nadie más que él tenía que decidir. Recordó su promesa de nunca abandonar a un amigo, y no quiso que después se burlaran de él en la fábrica por rajón, aunque sabía que estaban llevando las cosas demasiado lejos, así que respondió con una sola palabra; - Sáquenlas.

Pichichi fue a ayudar a Perfumado, y entre los dos sacaron a las mujeres, quienes no dejaban de gritar y llamar por ayuda, pero en ese lugar no había casas cercanas; de un lado estaban las Fuentes Brotantes. Del otro, un supermercado.

- Diles que las suelten, Rubí- dijo Isauro.

- ¿Por qué?

- Yo no estoy de acuerdo con esto.

- Diles tú- dijo Rubí, con la esperanza de que Isauro los convenciera, pero Pichichi y Perfumado ya habían obligado a las mujeres a subir a la parte trasera del taxi y no quisieron escuchar a Isauro. Pichichi agarró el volante y los urgió a subir. De inmediato enfiló el viejo taxi hacia la salida de la ciudad por la vieja carretera a Cuernavaca. Atrás, Isauro y Perfumado estaban sentados a los lados y las mujeres en el centro. La rubia seguía gritando. Perfumado la cacheteó para callarla. De inmediato las dos cerraron la boca, aunque continuaron sollozando en murmullos que intentaban contener con las manos.

## El Unicornio Azul

- Pinches riquillas. Ora sí se van a morir- sentenció el Perfumado, provocando otro chillido de la rubia y las protestas de la morena.
- No, no, yo soy la secretaria del Licenciado Yañez. Yo no...
- ¡Me importa poco! Ya te dije que se van a morir- dijo el Perfumado y metió la mano bajo el vestido de la rubia, que parecía una modelo. Ella apretó las piernas instintivamente.
- Afloja las patas, puta de mierda. ¿Sabes lo que te vamos a hacer? Te vamos a desollar viva, cabrona. Te vamos a quitar la piel cachito a cachito con un cortaúñas hasta que te veas como una res en el matadero, ya verás.
- Yo soy la secretaria, muchachos, se los juro por Diosito santo, yo nada más soy la secretaria...
- ¡Tú te callas el hocico! A ti también te va a tocar, vas a ver, vas a ver. Mejor pónganse a rezar sus últimas oraciones, porque ya les llegó la hora para de putas. Van a llorar sangre. Se van a arrepentir de haber nacido. Les voy a sacar los ojos. Van a suplicarme de rodillas que mejor las mate. Se creen con derecho a todo nomás porque tienen padres influyentes, ¿verdad cabronas? Pero aquí no les sirve de nada. Recen, par de putas, porque ahora sí se les apareció el diablo. Yo soy el diablo. Y me voy a llevar tu alma, pinche güerita. Dices que soy un indio, ¿no? Pues los indios quitamos las cabelleras a los blancos, cabrona puta. Les arrancamos el pelo. Les arrancamos cachito a cachito toda la carne. A pura mordida. ¿Somos indios, no cabrona? Pues vas a aprender lo que hacen los indios, hija de la chingada. Te voy a matar, cabrona- dijo el Perfumado con tanto odio y vehemencia que dejó helados a los demás. La sangre en la boca y en la nariz le daba un aspecto espantoso, como si fuera una bestia escapada de una película de terror. Hasta Rubí sintió una inquieta ansiedad al escuchar las abominables amenazas del Perfumado, y se arrepintió de haberse dejado arrastrar por él. Como un loco poseído por demonios, el Perfumado controlaba de repente toda la acción. Algo dentro de él se había roto, algo en su cerebro había dejado de funcionar correctamente; babeaba al hablar, y su voz era la de un hombre que hubiera perdido la razón completamente. Escupía las viciosas amenazas como un alucinado, y hasta el tono de su voz era diferente; más profunda y

## El Unicornio Azul

cargada de ponzoña, su voz no era la de costumbre. Su cuerpo despedía un hedor a sangre y sudor y mierda. Mientras profería sus amenazas manoseaba con violencia los muslos de la rubia. Ella estaba enconchada y se tapaba la cara con las manos y sollozaba y temblaba llena de pavor ante cada nueva injuria, pero no aflojaba los muslos. De un tirón el Perfumado le quitó las medias, haciéndolas trizas, y le levantó la falda. Cuando descubrió el diminuto calzoncillo de encaje blanco también lo arrancó y se lo llevó a la boca y lo masticó. Luego lo escupió.

- Se van a morir- balbuceó.

- No ganas nada con matarnos- dijo la rubia repentinamente, con pasmosa serenidad.

- Te vas a morir, cabrona. Ya ni ruegues porque de todas maneras te vas a morir. Yo soy el diablo, y te voy a despedazar.

- Hagan lo que quieran, pero no nos hagan daño.

- Te vamos a hacer lo que queramos aunque no nos des tu permiso, pinche puta. A ver, abre las piernas.

- No me lastimes, por favor. Por favor, no me lastimes. Les damos lo que quieran, pero no nos hagan daño. ¿Quieren dinero? Yo les consigo dinero. Mi padre es muy rico. Sí, muy rico. Déjenme hablar con él y les puedo conseguir mucho dinero. ¿Cuánto quieren? ¿Un millón de pesos? ¿Dos millones? Yo les consigo los dos millones en un ratito, pero déjenme hablar a mi casa.-

- ¿Crees que con tu dinero lo puedes arreglar todo, verdad? ¡Putas de mierda! ¡Abre las piernas te dije! Ella se resistió aún. El Perfumado le dio una bofetada con el reverso de la mano en la boca. Ella abrió las piernas.

- Hum, casi no tienes pelo. Y estás empapada, pinche puta. ¿Te gusta? ¿Te gusta que te metan la verga? ¿Te gusta que te la metan por el culito? Apuesto a que sí. Eh, ¿qué te gusta más? ¿Te gusta mamar? Sí, te fascina mamar, ¿verdad? A ver, enséñame cómo la chupas, pinche puta- El Perfumado se bajó la bragueta y sacó su miembro erecto y lo sacudió. Agarró a la rubia de la cabeza y quiso obligarla a agacharse, pero ella se resistió cambiando de táctica.

- No me empujes. Yo lo hago, pero no me empujes.

- ¡Cállate!- gritó Perfumado y le dio otra bofetada.



## El Unicornio Azul

- ¡Ya no le pegues!- gritó Isauro.

- Pus ya, que me obedezca esta cabrona. Y tú cállate el hocico, Isauro, tú no te metas. Esta cabrona es mía.

- Si no nos hacen nada, les puedo conseguir mucho dinero- insistió la rubia.

- ¡Ándale ya, cabrona, chúpala! La rubia negó con la cabeza, llorando en silencio.

El Perfumado le dio otra bofetada y la jaló del cabello, obligándola a bajar la cabeza. Isauro abrazó a la morena, quien estaba callada y apenas y respiraba por el terror. Toda ella temblaba.

- No les preocupes. No les va a pasar nada. No voy a dejarlo que les haga nada- susurró al oído de la muchacha.

- Así, así... suavecito. Chúpala bien, hija de la chingada, o te arranco los ojos puta de mierda. Chúpala Gra... chúpala bien, no te hagas pendeja que ya lo has hecho muchas veces. Así, cabrona, así...

- Yaaa, no sean avorazados. Dejen algo para el piloto, ¿no?- dijo Pichichi. Preocupado, Rubí vigilaba las calles y cuidaba que nadie los siguiera.

- ¡No me muerdas porque te mueres! Así, así, con la lengua, con la lengua, usa la lengua pinche Graciela- murmuraba Perfumado, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados y la voz afiebrada y extraña.

- No me quisiste a la buena, ora me vas a querer a la mala, hija de puta.

- Ya cállate, Perfumado- dijo Rubí con los dientes apretados.

El taxi salió a la carretera y pasaron por el pueblo de San Pedro Mártir y siguieron adelante por la carretera desierta. Cuando llegaron al cantil del kilómetro veintisiete, Pichichi redujo la velocidad al encontrar una patrulla federal examinando con linterna el interior de los automóviles estacionados en El Mirador, una pequeña explanada asfaltada que dominaba la vista de toda la inmensa urbe del valle de México, trescientos metros abajo del precipicio. Rubí trataba de encontrar alguna fórmula que le sirviera para dominar la furia asesina del Perfumado, pero por alguna absurda razón cuando vio las luces de la ciudad

## El Unicornio Azul

extendiéndose en la oscuridad de la noche, pensó que eran como perlas y rubíes y zafiros y lapizlázulis sobre la falda negra de una china poblana. Abajo de la falda, la china poblana estaba desnuda.

- Se los juro que soy la secre, muchachos, no sean así. No me jodan. Ya me voy a casar- suplicaba la morena.

- ¿Con quien?- preguntó Pichichi.

- Con mi novio. No me jodan. Por la Virgencita se los pido, no me jodan. Por lo que más quieran- insistió ella sintiendo el apoyo de Isauro.

- Pórtate bien y no te va a pasar nada, chula, ya verás- dijo Pichichi.

- Es que si me muero quién le va a dar de comer a mis hermanitos. Yo soy el único sostén de mi familia- dijo ella, llorando.

- Se... van... a.. morir...cabronas- dijo el Perfumado.

Pasaron la desviación hacia Topilejo y siguieron adelante. En el kilómetro treinta y dos había un grupo de casas construidas, y un tipo loco que jugaba con sus perros en el jardín de su casa a esa hora los vio pasar. Rubí alcanzó a distinguirlo claramente por las luces que iluminaban el jardín. Por un segundo ambos se vieron las caras. El otro era un tipo delgado y de pelo alborotado que jugaba con un pastor alemán blanco y uno negro. Después de eso, hubo solamente oscuridad en el campo y en la carretera. Dos kilómetros adelante, Rubí indicó al Pichichi una vereda que parecía abandonada por completo. Pichichi se desvió a la derecha y entraron al monte, rumbo al cerro del Oyameyo, por entre las milpas de maíz crecido. Cuando perdieron de vista la carretera, Rubí ordenó al Pichichi que se detuviera.

- Órale, bájense- ordenó, abriendo su portezuela.

- Hagan lo que quieran, pero no nos maten. Por favor. No nos maten- suplicó la rubia. Rubí la separó de Perfumado.

- Quiero hacer chis- dijo la morena.

Rubí ordenó al Perfumado que acompañara a la morena a un lado del camino, y le dijo a Pichichi que apagara los faros del taxi. El Perfumado obedeció a regañadientes.

- Si apago las luces no vamos a ver nada- se quejó Pichichi.

## El Unicornio Azul

- ¿Quieres que te vea la patrulla?

- Ah, no, pus no, ¿verdad?- respondió Pichichi y apagó los faros estirando la mano por la ventanilla. En la intensa oscuridad de la montaña, acentuada por una ligera neblina que flotaba sobre los campos después de la lluvia, Rubí podía ver solamente lo que la luna llena le permitía adivinar.

Mientras la morena estaba acuclillada, orinando, el Perfumado sacó su miembro y lo acercó a la boca de la mujer, pero ella lo empujó a un lado y vomitó. Cuando ella terminó, el Perfumado la llevó a donde los demás esperaban. Pichichi ya había terminado de desnudar completamente a la rubia, quien temblaba incontenible por el frío y la humedad de la zona, y por el terror. Pichichi extendió las ropas de la mujer sobre el pasto crecido a un lado de la vereda y la obligó a tenderse sobre ellas.

- Vigila al Perfumado. Que no se pase- ordenó Rubí a Isauro en un susurro perentorio. Luego empujó a Pichichi a un lado.

- Primero voy yo- dijo, y se bajó los pantalones y se arrojó sobre la rubia.

- No, no, les doy dinero, pero no...uhuhuhu, ay, ay...

- Chale- se quejó Pichichi, y se entretuvo masturbándose

- No me chilles, güerita. No me chilles- dijo Rubí, sintiendo la carne caliente de la mujer y los muslos suaves que le apretaron los costados y la funda sedosa que lo recibió.

El Perfumado desvistió a la morena y la tendió igual sobre la yerba, con las ropas de colchón.

- Infelices, desgraciados montoneros. Así son muy machos maricones, en montón...

- lloriqueaba la morena cuando el Perfumado la cubrió con su cuerpo.

- ¿Qué te pasa, mamacita? ¿No te gusta mi verga? Orita hago que te vengas, espérate tantito- jadeó el Perfumado, pero en ese momento le ganó la excitación y se quedó quieto.

- ¿Ya ves lo que hiciste? Pinche puta- gritó y le dio una cachetada y se retiró cediéndole el lugar a Pichichi.

- Hínquese, cabrona- ordenó Pichichi. Ella no le hizo caso y trató de cubrirse con su ropa. Pichichi le dio un puñetazo en los senos. La morena aulló de dolor, pero no se atrevió a protestar.

## El Unicornio Azul

Comenzó a rezar en voz baja y con los ojos cerrados. La rubia jadeaba bajo las embestidas de Rubí.

- Hínquese, le digo- repitió Pichichi. La morena obedeció torpemente.

- Por atrás no, que duele mucho- pidió la morena cuando el Pichichi se hincó atrás de ella.

- Cállese- ordenó Pichichi y la agarró de las caderas y enfiló su miembro. El Perfumado no podía estar quieto. Se hincó a su vez frente a la morena y le levantó la cabeza jalándola de los cabellos.

- Para que te calles el hocicote, cabrona. Órale, chúpala- ordenó. La morena hundió la cara entre las piernas del Perfumado.

- No me vayas a morder, ya sabes cómo- dijo él mientras Pichichi daba pequeñas embestidas contra el trasero de la morena. Las embestidas se hicieron cada vez más rápidas y el Pichichi murmuraba en voz baja cosas que nadie podía entender.

Rubí se desprendió de la rubia en ese momento y el Perfumado dejó a la morena para ocupar su lugar sobre la rubia. Rubí le dio un codazo a Isauro, mientras sacaba un cigarrillo. Lo encendió. A la luz del cerillo vio la cara descompuesta de Isauro, quien estaba muy serio.

- ¿Y tú qué esperas? Ya te ganó el Perfumado.

- Yo no lo voy a entrar- dijo Isauro.

- ¿Por qué?

- No es mi onda. Yo soy de amor y paz.

- No mames.

- Es en serio. Yo paso. Esto es un crimen Rubí- susurró Isauro, tembloroso, pero no hizo nada para detenerlos.

Rubí comprendió lo que decía Isauro y él también estuvo a punto de permitir que su conciencia lo dominara, pero los gemidos de las mujeres y los cuerpos calientes en el frío de la noche y los perfumes y las cremas caras que él había olido en las pieles femeninas lo mantenían en un estado de excitación que no quería controlar. Aspiró profundo y percibió los aromas del campo; la tierra mojada, los elotes a punto de crecer, las matas de compazúchitl, el pasto, el zacate y la lluvia y el olor del sexo y no quiso pensar en otra cosa. Isauro le pidió un cigarrillo y después de encenderlo, Isauro agregó con solemnidad;

## El Unicornio Azul

- No hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti-  
- Pues tú te lo pierdes- dijo Rubí sin querer escucharlo, temiendo lo que Isauro decía. Pensó en el anciano del arpa por un segundo, pero prefirió olvidarlo de inmediato.

El Perfumado se ponía cada vez más violento porque la rubia no daba muestras de estar gozando lo que él le hacía.

- Que te vengas, te digo. ¿Que no te gusta mi verga? Cabrona puta. Nada más te gustan los pitos de los niños ricos, ¿eh? Órale. Vente cabrona, vente te digo. - exclamó mientras la embestía con fuerza. La mujer parecía muerta. Pichichi terminó con la morena. Se quedó quieto y la soltó y la morena se desplomó bocabajo sin dejar de rezar. Repetía incesantemente el padrenuestro y el ave María, y Rubí botó su cigarrillo y se acercó a ella. La volteó, bocarriba y se acomodó sobre ella y le acarició los senos endurecidos por el frío y le mordisqueó los pezones y los labios y cuando la morena incrementó sus rezos Rubí la penetró de golpe con un movimiento brusco de las caderas. Ella aulló, pero luego siguió rezando.

- ¿Qué te pasa?- le preguntó Pichichi a Isauro Peña. Isauro estaba temblando con las manos en los bolsillos del pantalón.

- Nada.

-¿No vas a mojar tu brochita?

- ¡No!-

- ¿Por qué? ¡No me digas que eres puto!

- ¡Piensa lo que quieras! ¡Yo soy un hombre libre y nadie me obliga a hacer lo que no quiero!

- Estás pendejo.

- No, yo no. El pendejo eres tú.

- Estás loco, cuate. Pulgas como esas no van a brincar en tu patate. Aprovecha el viaje, no seas pendejo. Chamacas como esas no te las vas a encontrar fácilmente...

- No me estés fregando- gritó Isauro y se metió al taxi.

Pichichi se encogió de hombros y se acercó a Perfumado, que jadeaba y embestía inútilmente. La rubia estaba acostada con los brazos extendidos, como crucificada, y lo dejaba hacer con la cara volteada a un lado. Inerme, parecía desmayada.

## El Unicornio Azul

- Ponla sobre ti- indicó Pichichi. Perfumado volteó a verlo, titubeó un momento pero luego sonrió al entender la idea y giró su cuerpo, poniendo a la rubia encima de él. Fue como mover un maniquí sin vida. La rubia parecía una muñeca de trapo; su cabellera cubrió la cara del Perfumado. Pichichi se hincó tras ella, guió su miembro, y luego se dejó caer y empujó con fuerza. La rubia dejó escapar un insulto.

- Mal-ditos. - dijo con esfuerzo. Luego ya no dijo nada.

Rubí escuchó la maldición y sintió miedo y embistió más fuerte y más rápido a la morena, quien no cesó sus rezos; repetía una y otra vez el padrenuestro y el ave María en forma monótona y sin expresión. El Perfumado fue el primero en terminar. Un momento después lo siguió Pichichi, y cuando ellos ya estaban vestidos, terminó Rubí.

- Tengo hambre- dijo Pichichi.

- ¿Ahora qué hacemos con ellas?- preguntó el Perfumado y escupió al suelo. Rubí sintió un ramalazo de viento frío, y volvió a sentir miedo. Fue un miedo intenso que se le atragantó en la garganta y no lo dejó pensar.

- ¿Qué hacemos con ellas?- insistió el Perfumado

- ¿Qué hacemos?- dijo Pichichi.

Rubí miró a sus amigos, miró a las mujeres, y miró de nuevo a sus amigos, tratando de ocultar su titubeo.

- ¡Vámonos!- ordenó secamente.

Subieron al taxi. Isauro Peña estaba recostado en el asiento trasero y parecía dormir. No pronunció una sola palabra cuando sus amigos entraron al automóvil, y Rubí no supo qué decirle. Ninguno supo qué decir. Pichichi metió la reversa y encendió las luces; los faros iluminaron a las mujeres que dejaban atrás, tendidas sobre la yerba húmeda en el oscuro camino vecinal entre las milpas de maíz crecido; la morena se arrastraba lentamente hacia la rubia y estiraba la mano hacia ella cuando Rubí cerró los ojos.

Salieron a la carretera y Pichichi se dirigió hacia la ciudad. Rubí se dio cuenta que los cerros de Topilejo ocultaban el valle de luces más allá, pero la luminosidad era tal, que el cielo entero en

## El Unicornio Azul

esa parte se iluminaba de luces doradas y anaranjadas, como si fuera un amanecer. Pero era un amanecer falso.

Ninguno habló hasta que llegaron a Insurgentes. Ya cuando estaban sobre la avenida profusamente alumbrada con los postes públicos, el Perfumado fue el primero en hablar.

- Échenme las otras- dijo. Y se rió. Pichichi también comenzó a reírse como conejo. Su risita entrecortada le molestó a Rubí. En ese momento volteó a ver a Isauro Peña; el muchacho estaba llorando en silencio.

## *Trece*

Un grito sacó a Antonio Alarcón de su letargo. Estaba tendido de bruces sobre la arena quemante, con sus piernas dentro de la zona cubierta por el oleaje incesante. Tenía la mitad de la cara hundida en la arena y jalaba aire con la boca abierta sin sentir las partículas de tierra que le entraban en la nariz y en la boca al respirar y se pegaban en su lengua y paladar. Ni siquiera se movió cuando un cangrejo blanquecino salió de su agujero y le caminó por la cara en busca de comida.

No podía moverse. Simplemente no podía. Pero el agudo grito penetró hasta el fondo de su estado semiinconciente como la punta de un estilete que lo picaba para que regresara a la vida. El grito se repitió una y dos veces y se confundió con el ruido de las olas. Al tercero Antonio comprobó que era un grito real, un llamado de esta tierra y no de ese otro lado de donde él había regresado. Levantó la cabeza unas pulgadas y pestañeó hasta que pudo enfocar claramente la borrosa figura que se acercaba a él desde el otro lado de la caleta de Huazaque, desde el mismo punto donde él había comenzado su viaje. Sin poder creer lo que veía sacudió la cabeza y se incorporó sobre su codo. Pensó que estaba delirando de nuevo. A la distancia, Jenifer se veía esplendorosa con ese vestido blanco sin mangas que resaltaba sobre su piel tostada por el sol. Tanto el vestido como el pelo rubio y largo de Jenifer eran agitados por el viento y Antonio se dijo que era una visión. Jenifer no podía estar allí. Jenifer estaba agonizando en la suite de Las Hadas. No era real; era una visión fantasmal producida por el agotamiento, se dijo, pero era una visión tan agradable y hermosa que Antonio rogó silenciosamente nunca jamás olvidar esa imagen, que le fuera concedido conservarla en su memoria hasta el fin de los tiempos.

- ¡Antonio!- escuchó de nuevo el grito que lo llamaba. Entendió su nombre y dudó. Quizá no era una visión. Se arrastró sobre la arena y con dificultad se puso en pie. Jenifer estaba frente a él, a cincuenta pasos de distancia. Cuando él se levantó, ella se detuvo por un momento. Luego avanzó con el sol de frente y su figura



## El Unicornio Azul

destacó en el marco de la arena dorada y los cerros verdes esmeralda que rodeaban la pequeña caleta.

- ¡Maldito seas, Antonio!- gritó Jenifer. Ella se acercó paso a paso y Antonio pudo ir distinguiendo los detalles; vio el parche que ocultaba la ceja izquierda, la tela adhesiva en el pómulo derecho inflamado hasta casi cerrar el ojo. Antonio cerró los ojos por un segundo. No quería verla así. Pero ahora existía algo nuevo en él que lo obligó a abrirlos de inmediato para mirar a Jenifer de frente. Se enderezó lo mejor que pudo y la esperó con la cabeza erguida.

Ella se detuvo a unos diez pasos de distancia. El brazo izquierdo tenía una venda. En la mano derecha Jenifer portaba un arma. Antonio descubrió la pistola escuadra calibre .38. Era pequeña y del color del acero inoxidable y brilló en la mano de Jenifer como si fuera un arma de plata. La cache de marfil, sabía Antonio, tenía las iniciales de Jenifer en letras de oro blanco. La pistola había sido un regalo del abuelo cuando Jenifer cumplió los dieciocho y alguna vez ella se la había mostrado con orgullo a Antonio. El no sabía que ella la cargaba consigo. Y ahora la usó para apuntar directamente a la cabeza de Antonio; apuntó justo a la frente para meterle allí un proyectil de plomo gris; allí, en el centro, entre los ojos, al estilo de los mejores pistoleros de las llanuras. Jenifer apuntó con el pulso firme. Por unos segundos eternos ambos se miraron a los ojos por encima del cañón refulgente. Antonio miró los ojos verdes y fríos y acarició con la mirada los moretones y las heridas de Jenifer. Una ligera sonrisa jugueteó en los labios de Antonio.

- Quihubo, güerita.

- Oh, my God, Tony...you son of a bitch...you're so beautiful and I love you so... - murmuró Jenifer sollozantes.

- Y tú... - comenzó a decir Antonio antes de que Jenifer lo interrumpiera al jalar el gatillo. La explosión produjo un eco que acalló el ruido, todos los ruidos, y retumbó secamente en la playa. La primera bala pasó rozando la cabellera de Antonio y él pudo descubrir cuál era el sonido que producen las balas en el aire. Antonio parpadeó ante la explosión, pero no cerró los ojos. Los mantuvo abiertos y miró a Jenifer sin parpadear y sin moverse un

## El Unicornio Azul

solo milímetro. Aunque hubiera querido defenderse no tenía las fuerzas necesarias, así que esperó tranquilamente. Mantuvo su sonrisa. Jenifer disparó de nuevo. La bala lamió con lengua de fuego el hombro de Antonio y pegó en la arena atrás de él. La tercera bala se enterró también en la arena junto al pie derecho de Antonio. Jenifer siguió disparando hasta que vació todo el cargador de seis tiros y todos los cartuchos se perdieron en la arena. Entonces ella dejó caer el arma y cubriéndose la cara se soltó a llorar, a llorar como jamás había llorado frente a Antonio. Ahora no era un llanto de capricho; era un llanto profundo y verdadero que conmovió a Antonio. El no se movió de su sitio. Sintió el escozor de la herida en el hombro, pero le dolieron más las lágrimas de Jenifer.

- Jenifer... - llamó. Se concretó a abrir sus brazos, que sintió pesados como mármol, para invitar en silencio a Jenifer a refugiarse en ellos. Jenifer negó con la cabeza una, dos, tres veces y luego corrió el trecho que los dividía. Antonio la estrechó y la besó suavemente en los labios, en los ojos moreteados y llorosos y luego las piernas se les doblaron y ambos se dejaron caer en la arena con sus cuerpos entrelazados.

- Fue tu culpa- dijo Jenifer.

- La tuya- respondió Antonio. El sol era un globo gigantesco y rojo que se hundía en el horizonte azulado del Océano Pacífico. Jenifer y Antonio lo vieron desaparecer. No dijeron nada más. Jenifer pasó la mano con delicadeza sobre la herida del hombro de Antonio. Lo besó y reconoció en sus labios la acritud de la sal marina confundida con la dulzura espesa de la sangre. Antonio se estiró sobre la playa y colocó su brazo izquierdo alrededor de Jenifer en forma protectora. Jenifer se acurrucó sobre el torso de Antonio como solía hacerlo antes, al principio. Antonio cerró los ojos y se quedó dormido. Ella se sintió segura y besó de nuevo la piel morena que tenía sabor a sal, tierra y sangre. Jenifer murmuró algo que Antonio no escuchó antes de cerrar los ojos ella también. La pesadilla había terminado.

## *Catorce*

El primero de mayo de ese mismo año, a las siete horas con treinta minutos de la mañana, Rubí Toscano salió de la estación Portales del metro acompañado de Juana Alonso. La pareja caminó rumbo al norte de la ciudad. Cuando llegaron al cruce de Tlalpan con Calzada Carranza, se detuvieron a esperar; era el lugar convenido de antemano para encontrarse con Pichichi. La pareja se recargó contra la balastrada y se estuvieron besando cariñosamente hasta que quince minutos después Rubí vio acercarse el viejo taxi, placas JRB543, con defensas oxidadas. El auto se detuvo el tiempo suficiente para que Juana y Rubí subieran y Pichichi aceleró de inmediato. Más adelante Tlalpan estaba cerrado al tránsito y Pichichi fue desviado. Cruzó Tlalpan por un túnel y guió hábilmente el automóvil por las calles adyacentes rumbo al centro de la ciudad, a donde se les había ordenado por escrito que asistieran. Veinte minutos más tarde Pichichi estacionó el taxi en la calle Alva Ixtlaxóchitl, el lugar más cercano al punto de reunión, y caminaron el resto del camino.

Los obreros afiliados a la C.O.M. estaban agrupados sobre la avenida 20 de noviembre, esquina con José María Izazaga, a dos cuadras de la Plaza Tlaxcoaque. La mitad de los obreros de TEXMEX, S.A., habían recibido notificaciones similares, mientras la otra mitad recibió la orden de permanecer laborando normalmente en la fábrica a pesar de ser un día festivo tan importante. Conforme se fue acercando al lugar de encuentro, Rubí pudo reconocer los uniformes de sus compañeros. La Plaza de la Constitución estaba a unas siete cuadras de distancia. A la C.O.M., una de las ocho confederaciones obreras del país, le correspondería ese día marchar en el último puesto de las largas hileras compuestas por los enormes batallones de la C.T.M., la confederación más grande, seguidos por la C.R.O.C., la C.G.T., la C.R.O.M., etcétera, que confluían desde diferentes calles para desfilar alrededor del Zócalo. El Presidente de la República los vería pasar desde el balcón de Palacio Nacional.

## El Unicornio Azul

Juana Alonso, Pichichi y Rubí se sumaron a sus compañeros, y se prepararon para una larga espera.

Diecinueve días antes, un martes, el Perfumado estaba esperando a Rubí en la esquina de la fábrica. Rubí se sorprendió al verlo desde lejos. El Perfumado no se había presentado a trabajar desde el domingo anterior, y ahora fingía leer el periódico cuando Rubí se acercó. En una actitud misteriosa, el Perfumado pronunció una sola palabra.

- Acompañame- dijo nerviosamente. Regresó el periódico al puesto y se encaminó rumbo a Tlalpan, agarrando su morral con ambas manos y estrujándolo incesantemente. Todo su aspecto denotaba el gran peso moral que lo estaba ahogando, oprimiendo, aplastando, y que había modificado toda su personalidad; se veía sucio, y sus ropas estaban arrugadas como si el Perfumado hubiera dormido en ellas esos tres días que Rubí no lo había visto. Lo amarillo y vidrioso de sus ojos señalaban claramente el exceso de alcohol y la falta de sueño. Cuando llegaron a la Calzada de Tlalpan el Perfumado giró de repente y aferró la manga de la camisa de Rubí.

- ¿No te me vas a rajar, verdad?

- No. ¿Adónde vamos?

- Ya sabes- dijo el Perfumado y reanudó la marcha. Su aliento olía a tabaco y alcohol y comida.

Subieron a un camión repleto de pasajeros que los llevó por Calzada de Tlalpan. Rubí se dio cuenta que tres carteristas profesionales iban desvalijando a los pasajeros. El Perfumado bajó en la entrada del metro General Anaya. Rubí lo seguía en silencio. Entre empujones bajaron a los andenes, donde el calor generado por los vagones y el sudor de los pasajeros fue como una ola agobiante que los envolvió. Transbordaron en Pino Suárez, siguieron hasta la estación Salto del Agua y ahí bajó Perfumado con Rubí detrás. Sobre la calle de Dr. Vértiz entraron a un viejo edificio de tres pisos, y subieron al último. La oficina que buscaban era la última de una serie de cuatro. Era un lugar oscuro y pequeño. El recibidor consistía en tres sillas de plástico colocadas frente a un escritorio ajado donde una secretaria extremadamente delgada fumaba un cigarrillo con displicencia,

## El Unicornio Azul

indolente, sin nada que hacer. Ojeaba con curiosidad una revista de modas cuando ellos entraron.

El Perfumado preguntó por un Licenciado Chontal García, y la secretaria los hizo esperar un momento mientras ella entraba a la oficina para anunciarlos. Un minuto después salió de allí acompañada de un hombre robusto, de mediana edad, con grandes bigotes a la Emiliano Zapata; estaba vestido con una vieja chamarra de cuero gastado y pantalones de mezclilla. Parecía nervioso.

- ¿Quieren hablar conmigo?

- Sí, Licenciado.

-¿Quién, este, quién los envió conmigo?

- Un amigo- dijo Perfumado.

- ¿Un amigo de quién?

- Mío. Y suyo.

- ¿Qué amigo? ¿Cómo se llama?

- Bueno, la mera verdá es mi hermano. Se llama Martín. Martín Juárez.

El Licenciado Chontal García se concentró entrecerrando los ojos, y al recordar a quién le pertenecía el nombre sonrió. Tenía una sonrisa bondadosa y cálida que contradecía la dureza de sus ojos.

- Ah, sí, Martín, cómo no. Pasen, pásenle a lo barrido- El Licenciado Chontal les indicó que se acomodaran en un sillón de plástico que tenía dentro de su pequeño privado, frente a un escritorio de madera. El se acomodó en el asiento atrás del escritorio, puso sus pies encima, y los miró en silencio, esperando que ellos comenzaran la conversación. Rubí no dijo nada, pues no sabía qué estaba haciendo allí, ni cuál era el propósito de la visita. El Perfumado tampoco dijo nada, pues estaba dominado por la ansiedad y los nervios. Seguía aferrando y estrujando su morral con las dos manos.

- Si no me dicen qué quieren, no los voy a poder ayudar- dijo el Licenciado Chontal después de un rato.

- Queremos cambiar de sindicato- barboteó abruptamente el Perfumado. Rubí volteó a verlo en silencio- Queremos que usted nos ayude- agregó Perfumado con timidez.

## El Unicornio Azul

El abogado los miró un rato antes de responder, como si estuviera sopesando sus palabras cuidadosamente.

- ¿Por qué quieren cambiar de sindicato?

Los obreros se miraron sorprendidos entre sí, desconcertados.

- ¿Cómo que por qué?- murmuró el Perfumado.

- Necesitan tener una razón, muchachos. Ni modo que se trate de una venganza personal, ja, ja... - bromeó el abogado, pero contuvo su risa al ver los rostros preocupados de los obreros.

- Si se trata de alguna venganza personal, no cuenten conmigo- dijo el Licenciado García.

- Yo trabajo con el raciocinio, muchachos, no con las tripas. Ustedes necesitan tener una razón válida para querer cambiar de sindicato.

- Hay muchas razones, Lic. El sindicato que tenemos no hace nada por nosotros, ni nos defiende en nada. Siempre se pone del lado del patrón. Y nos cobra dinero para todo. Hasta cuando nos corren- dijo Rubí de repente.

- ¿Qué sindicato tienen ustedes?

- La C.O.M.

- ¿Hernández? ¿Ustedes están con Hernández?- dijo el abogado brincando en su silla con repentino interés.

- Sí. ¿Lo conoce?

- Híjole, no podían estar en peores manos- dijo el abogado cobrando mayor aplomo- Ahora ya entiendo por qué quieren sacarlo. Ese tipo es un ladrón.

- ¿Lo conoce?- insistió en su pregunta Rubí.

- Algo así- dijo el abogado misteriosamente. Otro día les contaré- prometió cuando una sombra cruzaba por su rostro. Con mucha mayor seriedad bajó los pies y se puso de pie. Adoptó una postura de profesor.

- ¿Ustedes saben cómo se cambia de sindicato?

- No. Pero mi hermano me dijo...

- No importa lo que te haya dicho. Cada caso es diferente. ¿Ustedes conocen el procedimiento legal?

- No- dijo el Perfumado. Rubí negó con la cabeza.

- Se lo voy a explicar para que se den cuenta que no se trata nada más de querer cambiar de sindicato. Hay mucho trabajo que

## El Unicornio Azul

hacer- dijo el abogado y se acarició los espesos bigotes a la Zapata y aspiró profundo.

- En términos legales lo primero que se tiene que hacer es elaborar una demanda por la titularidad del Contrato Colectivo de Trabajo de la fábrica. La demanda se deposita ante la Junta de Conciliación y Arbitraje de la Secretaría de Trabajo. Ellos examinan el expediente y señalan una fecha para efectuar un recuento, es decir, una votación general. En la fecha señalada todos los trabajadores tienen que pasar frente a los inspectores de la misma Secretaría de Trabajo para votar con viva voz qué sindicato quieren que los represente.

- ¿A poco eso es todo?- preguntó sonriente Rubí, sintiendo cada vez más confianza con el abogado.

- Eso es todo en términos legales, pero implica muchas cosas. La teoría es una cosa y la práctica es otra. Hernández utiliza en todos sus contratos una cláusula de exclusión, o de exclusividad. Eso significa que el sindicato puede excluir a los trabajadores que no le convengan. Les quita el trabajo, pues.

- ¿Eso es legal?

- Completamente.

- O sea que nos pueden despedir- dijo el Perfumado con voz baja. Parecía haberse sumido en su asiento.

- Sí. Si los descubren antes de tiempo, ténganlo por seguro.

- ¿Entonces no podemos hacer nada?

- Yo no dije eso- respondió el abogado.

- Podríamos hablar horas y horas acerca de lo que se puede hacer, pero eso lo vamos a dejar para después. Primero necesito conocerlos a ustedes- dijo el abogado y comenzó a preguntarles a los obreros un sin fin de cosas. La entrevista se extendió por varias horas, pero cuando salieron de ahí, el Perfumado y Rubí sabían exactamente cómo debían de proceder. El abogado les había explicado a grandes trazos el proyecto, y todo hubiera salido bien, pensó Rubí bajo el sol del primero de mayo, si el Perfumado hubiera hecho las cosas con calma, como les recomendó el abogado. Las horas comenzaban a transcurrir lentamente para él y para Juana Alonso y los miles de hombres y mujeres que esperaban a lo largo de 20 de noviembre a que les

## El Unicornio Azul

llegara el turno de avanzar. Rubí se apoyó en los hombros de Pichichi y se estiró lo más que pudo sobre la punta de los pies para mirar alrededor. Examinó con mirada crítica ese oleaje humano que los empujaba por atrás y por adelante en una moción rítmica de espera, y pensó que probablemente ninguno de todos esos trabajadores sabían realmente qué estaban haciendo ahí, sudando bajo sus uniformes en el agobiante calor del centro de la ciudad. Ninguno lo sabía, porque ninguno había participado en la toma de decisiones acerca del desfile. Como él, todos y cada uno habían recibido simplemente la orden por escrito de acudir al Zócalo, con riesgo de ser castigados si desobedecían. Y todos obedecimos, pensó Rubí. A regañadientes, pero aquí estamos.

- Borregos, Pichichi. Somos unos borregos.

- Borrego lo serás tú. Yo soy carnero- bromeó Pichichi y se rió con su risa de conejo y Rubí tuvo ganas de aplastarle su cara cachetona al recordar lo que Pichichi había hecho.

- Extiéndanse en círculos concéntricos- fue el primer consejo que les dio Chontal García. Y explicó lo que eso significaba. Cada uno de ellos iba a hablar confidencialmente con su amigo más querido y confiado. Se iban a reunir los cuatro en la casa de alguno de ellos para planear el siguiente paso. Los cuatro hablarían entonces con otros amigos; la siguiente junta debería ser de ocho y sería efectuada en una casa diferente; luego serían dieciséis y así aumentarían el número en cada junta.

- Eso se llama progresión numérica. Cuando la mayor parte de los trabajadores estén de acuerdo en cambiar el sindicato, estaremos listos para seguir adelante. Ahora bien, cuando reúnan a veinte o más me llaman para que yo los ayude a manejar las juntas- agregó Chontal García. Hablen solamente con sus amigos de más confianza-

- Va a estar difícil, Lic.

- ¿Por qué?

- Porque mi mejor amigo está aquí- dijo Perfumado señalando a Rubí. Los tres se rieron.

- Bueno, pues, adelante. Programen las juntas y tengan mucho cuidado que no los vayan a descubrir antes de tiempo.



## El Unicornio Azul

Permanezcan en contacto conmigo. Si lo hacen con cuidado, nada debe salir mal. Los espero dentro de una semana.

- Está bueno, Lic.

Se despidieron del afable abogado y salieron. Una vez en la calle, desde el momento mismo en que cruzaron la puerta del viejo edificio, Rubí intuyó que el Perfumado había olvidado ya las palabras de caución. Estaba demasiado excitado y estaba saboreando de antemano su venganza y no podía percibir el peligro. Rubí por su parte comenzó a obrar prudentemente, para sondear el terreno, pero el Perfumado perdió la noción de lo que estaba haciendo y cuatro días más tarde ya tenía organizada una junta con más de cincuenta obreros. La junta habría de llevarse a cabo el domingo a las cinco en casa del Patotas, un mecánico que vivía cerca de la fábrica, pero el sábado por la noche desapareció el Perfumado.

Rubí se arrimó a la pared y se acuclilló recargando la espalda para descansar el peso del cuerpo. Estaba acostumbrado a estar de pie durante las ocho horas que su trabajo diario le exigía, pero no estaba acostumbrado al sol y ahora la sed lo presionaba. Alrededor de las once llegaron los comités de organizadores y repartieron algunas banderas de la C.O.M., y banderolas y banderines negros y grandes mantas con leyendas que Rubí leía por primera vez.

- A ver, tú, carga esto- le dijo uno de los organizadores a Rubí.

- ¿Qué dice?- preguntó Rubí.

- Tú cárgalo. Y tú también. Y tú. Y tú- señaló el organizador a otros obreros de Texmex. Entre todos desenrollaron la manta, que decía en mayúsculas `GRACIAS SEÑOR PRESIDENTE."

- ¿Y eso? ¿Gracias de qué, o por qué? Yo no cargo eso- dijo Rubí, y se regresó a donde estaba Juana Alonso. El organizador y Pichichi fueron tras él. .

- ¿No la vas a cargar?

- A mi nadie me preguntó qué deberían decir esas mantas. Denme una que diga lo que yo quiera y la cargo yo solito.

- Uy, sí, ya parece que te van a pedir tu opinión- dijo Pichichi. El organizador apuntó el nombre de Rubí en una libreta y se alejó.

- Te van a castigar.

## El Unicornio Azul

- Me vale.

- Además, ¿qué tienen de malo los letreros?- dijo Pichichi. Rubí se dio cuenta que lo estaba sondeando.

- ¿Tú estás de acuerdo?- preguntó con una sonrisa maliciosa.

- A mí me da igual.

Tarde o temprano vas a caer, Pichichi, pensó Rubí con rabia, sin mostrar nada. En su rostro de piedra mantuvo una sonrisa inofensiva. Adivinó el juego de Pichichi y se dio cuenta que el Perfumado tenía razón; Pichichi era el traidor. Pichichi, el amigo de siempre, era un dos caras, un hipócrita. Lo reconoció sin amargura. Fue sencillamente el aceptar una verdad plena.

- Es como el chiste del jorobado. ¿No te lo sabes?- dijo Juana Alonso, con su voz dulce y enamorada. Tenían ya once días viviendo juntos y disfrutaban intensamente la compañía mutua.

- Un jorobado tuerto, cojo y manco va camino a la Villa y se lo encuentra un amigo. Le pregunta a dónde va. El jorobado le dice que a darle las gracias a la Virgencita de Guadalupe. ¿Vas a dar las gracias? Tú deberías ir a reclamar- terminó Juanita. Sus gestos, más que el chiste, hicieron sonreír a Rubí. La abrazó del cuello y siguió leyendo las mantas en voz alta, pero lo que se expresaba en ellas — las peticiones, agradecimientos y felicitaciones— le eran tan ajeno que lo dejaron indiferente.

Recordó al Perfumado. Al lunes siguiente de su desaparición, la familia de su amigo acudió a la fábrica a preguntar por él. Rubí los encontró en la calle y los acompañó a hacer un recorrido por los hospitales del Seguro Social y las clínicas de emergencia de la zona, pero ese día no encontraron nada. El martes por la mañana en Locatel le informaron a Rubí que un herido de gravedad, con las señas del Perfumado, estaba en la Cruz Roja de Ecatepec, estado de México, al otro lado de la inmensa ciudad.

Rubí fue allá de inmediato a bordo de la motocicleta de uno de sus hermanos y encontró a su amigo en un cuarto colectivo en compañía de otros enfermos. Perfumado estaba terriblemente golpeado, y hasta un pedazo de labio le faltaba. Tenía varias fracturas en el cuerpo, pero la principal, en el cráneo, era la que ponía en peligro su vida. Rubí avisó a la familia del Perfumado y mientras esperaban a que llegaran se acomodó en una silla junto a

## El Unicornio Azul

la cama. El lugar apestaba a enfermedad, a formol y a muerte y había quejidos y lamentos y Rubí deseó con toda el alma poder sacar al Perfumado de allí cuanto antes. Pasó una hora, luego otra, y el Perfumado balbuceó lo siguiente en su delirio;

- Pichichi. Fue Pichichi. Él... me acusó. Me agarraron entre cuatro... cerca de la casa... me patearon los hijos de puta...

-¿Quiénes fueron? ¿Los reconociste?

- No. Me... me dijeron que por andar... alborotando a la...

- ¿Y luego?

- Me... me subieron a un carro... hijos de puta, montoneros, cabrones... uno por uno, no sean... me... me pegaron en mis güevos, Rubí, me patearon mis güevos...

Eso fue todo. Después entró en coma y por la tarde murió sin hablar de nuevo. Intervino el Ministerio Público y a pesar de los ruegos de la familia el médico forense procedió a efectuar la autopsia de rigor, que comprobó que la muerte se había producido por estallamiento de vísceras y fractura de cráneo. Esa misma noche trasladaron el cadáver a México, lo velaron, y al día siguiente, después de trabajar, Rubí y otros cinco amigos del Perfumado acudieron al cementerio. Llegaron apenas a tiempo para formarle una guardia. Mientras el ataúd era descendido al fondo de la fosa por medio de cuerdas y poleas, el hijo recién nacido de una de las hermanas del Perfumado rompió el silencio de los diez o quince asistentes con un llanto impaciente, y continuó llorando mientras los sepultureros arrojaban paletadas de tierra para rellenar la fosa.

Al salir del cementerio Rubí se sintió extraviado y con la imperiosa necesidad de hablar con alguien para calmar su angustia. No podía hablar con su familia, pues no entenderían; comenzarían a hacer preguntas y todo se complicaría. Pensó y pensó y no pudo encontrar a nadie que lo escuchara; era irónico que teniendo tantos amigos, él no tuviera nadie con quien hablar. Finalmente fue en busca del Licenciado Chontal García, le narró lo ocurrido y pidió en silencio un consejo.

- Qué brutos. Ahora resultaron hasta asesinos. Qué brutos. Bueno, dos cosas saltan a la vista. Una, que debemos mantener la cabeza agachada por un tiempo hasta averiguar qué ocurre en esa fábrica.

## El Unicornio Azul

Debe estar pasando algo gordo como para que se atrevan a tanto. La segunda es que esta ha sido en realidad tu primera lección en política. Se me ocurre otra cosa, pero por respeto no te la digo.

- Dígala.

- Que cometieron un error terrible. La muerte del Perfumado nos ha proporcionado una bandera política contra la que no podrán luchar.

- Usted no entiende, Lic.

- ¿Qué es lo que no entiendo?

- Perfumado era mi amigo. Y yo no lo detuve- dijo Rubí y salió de allí más angustiado y más desorientado. Eran las ocho de la noche y no se le ocurrió otra cosa que ir en busca de Juana Alonso. Ella lo recibió con cariño, lo escuchó, y a partir de esa noche Rubí se quedó a vivir con ella.

Conforme el día fue avanzando las calles de 10 de Noviembre y las alledañas se llenaron de grupos de obreros cada vez más desesperados por avanzar. Algunos trataban de mantener formaciones tradicionales de cinco en fondo a instancias de los respectivos organizadores y miembros de los comités de las diferentes fábricas, pero la mayoría estaban dispersados en la calle y se acomodaban lo mejor que podían para charlar; otros jugaban rayuela, y los más buscaban una sombra que les permitiera escapar del calor plomizo y el tedio reinante. Los vendedores de paletas, raspados y nieves y de aguas frescas movían sus pequeños puestos de un lado a otro entre la multitud. Había también vendedores de sombreritos de papel de colores y periscopios de cartón; puestos de quesadillas y pambazos y sopes y tacos de canasta y de perros calientes

- ¿Qué vamos a hacer, Rubí?- preguntó Pichichi acariciándose su bigotito de lápiz. Estaba repentinamente serio. Eran cerca de las doce y Rubí se había bebido ya seis o siete aguas frescas sin que su sed se calmara. Ninguno de ellos había comido nada y comenzaba a tener hambre. No se habían movido de su lugar. No podían, cercados como estaban, y Rubí se sentía adormilado por la prolongada espera bajo el sol caliente de mayo, que es duro y seco en la ciudad de México.

## El Unicornio Azul

- ¿Qué vamos a hacer de qué?- preguntó Rubí a su vez sintiendo que Pichichi estaba a punto de enseñar el cobre.
- ¿Vamos a cambiar de sindicato, o no? Ahora andan diciendo en la fábrica que van a correr a la mitad de los obreros. A lo mejor nos toca a nosotros.
- Pues ni modo, ¿no? Tendremos que buscar otro trabajo.
- Yo no me resigno. Sobre todo después de lo del Perfumado.
- Yo tampoco. Pero qué le vamos a hacer.
- La idea de él era buena. Hay que sacar a Hernández.
- Yo no sé de eso, Pichichi.
- Perfumado me dijo que tú estabas de acuerdo.
- Pues algo me dijo. Pero ve cómo estamos todos en la fábrica. Ninguno quiere arriesgarse a perder la chamba.
- ¿Y si hacemos otra reunión como la que proponía el Perfumado?
- No, Pichichi, ya no se puede.
- Ya nos llevó la fregada como quien dice.
- Como quien dice. - dijo Rubí, pensando que Pichichi había caído en su propia trampa. Había ido por lana, y resultó trasquilado.
- Híjole.
- Ni modo.
- Pues sí. Ni modo.

A las doce del día llegó Lorenzo Hernández, rodeado de su comité y de otros ayudantes, y se apresuró a movilizar a los obreros. Los hicieron formar una gruesa columna de diez en fondo y se pusieron en marcha para tratar de ganarle el paso a los miembros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, quienes intentaban penetrar al desfile oficial por una de las calles a la izquierda de la Avenida 20 de Noviembre. Debido a que no tenían reconocimiento legal no se les permitía desfilar. Los obreros de la C.O.M., acicateados por sus líderes y ansiosos de salir de ese horno, de ese mar caliente y oscilante, rechazaron a los de la Coordinadora, quienes se defendieron con palos. El enfrentamiento fue rápidamente controlado por los miembros de seguridad, policía y ejército que surgieron de todas partes, y finalmente la columna de trabajadores de Texmex se puso en marcha. Los organizadores del sindicato procuraban

## El Unicornio Azul

alentar a los portabanderas a que elevaran en alto los estandartes, pero lo único que recibían a cambio eran gestos desganados, miradas cansadas y algunos insultos solapados. Los obreros marcharon con paso inquieto, sin formación alguna en las filas. Los de la Coordinadora y miembros de la Preparatoria Popular lograron infiltrarse y formaron columnas paralelas. Cuando Rubí, Juana Alonso y Pichichi pasaban frente al balcón presidencial, de algún lado surgió una rechifla y como si se hubieran puesto de acuerdo, los silbidos se extendieron como la cresta de una ola entre los trabajadores que desfilaban alrededor del Zócalo; al día siguiente los periódicos calcularían que en total habían desfilado millón y medio de sindicalizados. Los dirigentes políticos del país sonreían para las cámaras de televisión que estaban enfocadas sobre ellos y saludaban con las manos abiertas. Lorenzo Hernández se había colocado frente al balcón presidencial para revisar con orgullo manifiesto el paso de sus tropas. Rubí lo vio y le dirigió una mentada de madre que se perdió entre el griterío general.

Los obreros de TEXMEX siguieron alrededor del Zócalo caminando cada vez más deprisa, empujados y guiados a la vez por columnas de trabajadores adelante y atrás de ellos.

- Hoy es el Día del Trabajo, ¿verdad Rubí?- preguntó Juana Alonso, agarrada de la mano de Rubí.

- Qué comes que adivinas.

- Se nota. Hoy nos han hecho trabajar más que nunca.

Rubí se encogió de hombros, sin deseos de fingir una sonrisa. En ese momento su acostumbrado dolor de cabeza había reaparecido por todas esas horas bajo el sol y ahora lo único que deseaba era salir de ahí. Dejaron atrás la Catedral Metropolitana, entraron a la calle Cinco de Mayo, y cruzaban frente a la discreta marquesina de un hotel cuando escucharon los bombazos. Fueron tres. Dos seguidos y luego de un momento el tercero. Rubí vio la humareda gris saliendo de uno de los balcones de Palacio Nacional. De inmediato hubo confusión y gritos y movimientos apresurados de los miles de policías destacados para vigilar la concentración obrera. Tanto los vestidos de uniforme como los de civil corrieron hacia Palacio Nacional.

## El Unicornio Azul

- ¿Y eso?- preguntó Pichichi, asustado.

- Ya se murió algún menso. Vámonos. Pélese antes de que esto reviente. Vámonos de aquí.

Rubí Toscano jaló a Juana Alonso de la mano y los dos corrieron a todo lo largo de Cinco de Mayo, rodeados de miles de trabajadores que se alejaban en oleadas del centro de la ciudad, como ellos. En la carrera Juana Alonso perdió uno de sus zapatos y mientras se detenía a recogerlo con la ayuda de Rubí, perdieron de vista a Pichichi. Juana levantó su zapato, se quitó el otro y descalza reanudó la carrera. Siguieron hasta llegar al jardín de la Alameda Central. Allí se detuvieron recuperar la respiración sentados en una banca de hierro pintada de verde que estaba colocada bajo un ahuehuete a un costado del Palacio de Bellas Artes.

Rubí miró el edificio sin poder creer cabalmente en su belleza, majestuosa y tranquila, impasible e incongruente con el farragal y el tumulto de las oleadas de trabajadores que salían de las calles conducentes a la Plaza de la Constitución. De día parecía un edificio diferente, pensó Rubí, recordando con tristeza y vergüenza aquella noche, tres semanas antes, que ahora recordaba como si hubiera sido una pesadilla. Pensó en su amigo muerto y se dijo que si tan solo no se hubiera dejado arrastrar por la pasión rabiosa e incontrolable del Perfumado, quizá él aún estuviera con vida. Había sido un error terrible haberse dejado arrastrar por la aventura del momento. Pero también comprendió que tenía toda la vida por delante, y nunca volvería a caer en la misma trampa. Lo juró en ese momento, pensando que él tenía una responsabilidad especial hacia su gente. La confianza que ellos depositaban en él significaba que él no podía cometer errores. Reconoció que tenía mucho qué aprender, y pensó en el abogado Chontal García. Le simpatizaba el hombre; parecía honesto y sincero y eso le permitía pensar a Rubí que él podría ser su amigo e instructor. Se prometió a sí mismo seguir visitándolo en su oficina y no perder el contacto. No quería volver a caer de esa forma. Y de repente comprendió que a pesar del trágico error, la muerte del Perfumado le había regalado la posibilidad de un futuro. Ahora Rubí tenía un objetivo en la vida. La batalla contra

## El Unicornio Azul

Lorenzo Hernández apenas comenzaba. Sería una contienda larga, pero Rubí adivinó que al final vencería por una razón sencilla; Lorenzo Hernández era un hombre viejo y él era un hombre joven; el tiempo estaba de su parte.

- ¿Quieres una nieve?- preguntó Juana Alonso después de un rato. Ella lo miraba seriamente, pero con una chispa de picardía en sus ojos negros. La carrera le había provocado un ligero sudor y su cara redonda y morena brillaba ante la luz del sol.

- Es buena para el susto- dijo ella y su voz dulce hizo sonreír a Rubí.

- Pues ya qué, chaparrita. Vamos por la nieve.- respondió, y los dos se acercaron a un carrito nevero que pasaba por allí. Juana Alonso pidió su nieve de limón y Rubí de chabacano. Recibieron los conos y abrazados se fueron caminando tranquilamente mientras comían los barquillos y admiraban las elegantes tiendas y aparadores de los edificios a lo largo de la Avenida Juárez.

**FIN**



## El Unicornio Azul

## El Unicornio Azul